

# Luis Mateo Díez

## La soledad de los perdidos



Lectulandia

Ambrosio Leda vive escondido desde hace quince años en Balma, la Ciudad de Sombra, donde la posguerra es un tiempo inmovilizado que mantiene a quienes la habitan apresados por la desgracia y el remordimiento. La Depuración decretada tras la Contienda le obligó a una huida de su hogar y le condenó a vagar por la ciudad, desde el oscurecer a la mañana, buscando la subsistencia. Sus noches están llenas de sucesos, encuentros y revelaciones que hacen tan sorprendente como arriesgada una travesía que es el espejo de su destino.

Todo es posible entre la niebla y la negrura de esta ciudad desolada: requerimientos disparatados, aventuras misteriosas, voces que articulan conversaciones anónimas que parecen diluirse. *La soledad de los perdidos* es una incursión sonámbula y grotesca en el extravío de quienes, tras la tragedia de un siglo trágico, se vieron arrojados al abismo de la historia.

**Lectulandia**

Luis Mateo Díez

# **La soledad de los perdidos**

ePub r1.0  
Titivillus 06.03.15

Título original: *La soledad de los perdidos*

Luis Mateo Díez, 2014

Imagen de cubierta: Christine Ellger

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Agustín Delgado, in memoriam*

# I. Pasos

# 1.

La noche viene con la niebla y lo que Ambrosio Leda no acaba de decidir, cuando desde el Alto de Listán ve los grumos en la distancia, que se parece más a la profundidad que a la lejanía, es el sentido de sus primeros pasos. Una dirección acorde a lo que en Balma, la Ciudad de Sombra donde vino a esconderse hace ya quince años, llaman la orientación de la voluntad urbana.

Dar sentido a esos primeros pasos, ahora que la noche llega con la niebla y en la humedad del precipitado oscurecer la lengua lame los desmontes, puede ser la garantía de un mínimo orden en la cabeza de Ambrosio Leda.

Del desorden de los sentimientos y del altercado de las emociones es mejor precaverse sin dar rienda suelta a la imaginación o posponiendo lo que la memoria en cualquier momento reclama. El orden en la cabeza es necesario en la vida de Ambrosio Leda para que el desorden del mundo no le afecte tan imperiosamente. Siempre tuvo Ambrosio, ya mucho antes de venir a esconderse en Balma, la reclamación de una existencia contraída entre las deudas pendientes, como si vivier precisase de un esfuerzo lleno de débitos o el mero acto de abrir los ojos cada mañana supusiera un déficit.

Los grumos no tienen una atracción especial en el paisaje, casi hay que adivinarlos en la sustancia de la niebla, pero existe una palpitación en las indecisas coagulaciones y los ojos de Ambrosio, que suman a la opacidad de sus cataratas una curiosidad visual en la que no puede interponerse el humor vítreo, detectan la palpitación y retienen la resonancia de un agobio respiratorio, como si la noche vecina mostrara el desgaste de los pulmones.

Los primeros pasos de Ambrosio Leda, cuando cierra la puerta del chamizo y, al fin, camina por el sendero de la derecha en la línea menos arriesgada del cercano desmonte, corroboran ese orden incipiente en su cabeza, ajustan la voluntad urbana de una decisión orientadora.

Balma tiene una puerta de tierra por donde Ambrosio asoma al Norte de la Ciudad de Sombra. La puerta horadada en el extremo del último desmonte, tras cruzar la carretera y demorarse en la Vaguada de Letio, es el resultado de una incisión que perdura como la cicatriz de la herida, el único indicio de que Balma estuvo sitiada y llegó a desangrarse en la escorredura del barro y la ceniza.

Hay un susurro en la cavidad que contiene la niebla y apura el viento.

La cabeza de Ambrosio late requerida por lo que el susurro musita en la puerta de tierra, y antes de pasar por ella al interior de lo que en la Ciudad de Sombra es un Norte devastado, la cabeza descifra las palabras que tienen igual desgaste que las de cualquiera de los sueños con que Ambrosio se va desprendiendo del pasado en el que

los quince años de su huida son los quince tramos de su desaparición.

La línea más oscura, o acaso más sucia y mugrienta, de la Ciudad de Sombra, que en la mirada de Ambrosio Leda, cuando la puerta de tierra queda atrás sin que su murmuración se prolongue en otro eco que el de las palabras que perdieron el pensamiento y el deseo, cimienta la opacidad que favorecen las cataratas, como si el cristalino se complaciera en la niebla, y la noche fuese el acicate de una ceguera a la que sólo le falta el tiempo de su maduración.

Un Norte sin otra visible ruina en su corona que la de los paredones demolidos del Cedal, donde ya son pocas las piedras sillares que mantienen la ordenación originaria sin que apenas se distinga en alguna de ellas el labrado paralelepípedo rectángulo, donde la señal de la esquirra no se sabe si proviene del cincel o del disparo.

Ambrosio siempre rehúye esas piedras y jamás se le ocurre sentarse en ellas, aunque en algunas mañanas, cuando regresa más exhausto de lo previsible tras el recorrido de la noche y el Norte no tiene otra meta que la cuesta arriba que le hace retroceder cada dos pasos para recuperar uno y llegar a su guarida, el cansancio lo dobliega y la tentación de sentarse es casi insuperable.

Las rodea inquieto, y tampoco escucha lo que habitualmente dicen quienes en ellas permanecen: los hombres que en la mañana fuman despacio el que parece un cigarrillo que no tuvo fin, o que en la demora de consumirlo invierten los minutos finales de la existencia, el humo de su expectativa y de su fatalidad.



## 2.

Es una corona de espinas.

Lo dijo el *Diario Vespertino* en alguno de los artículos que en su día fueron evaluando los daños urbanos de la Contienda, al atestiguar que en el paraje devastado apenas pervivían las ruinas del Cedal. El resto del Norte en la corona mugrienta delimitaba la línea de una destrucción reiterada, con el brote arrasado en el muñón de las viejas edificaciones y la quemadura en las huertas y las camperas.

Las espinas forjaban la corona en la cabeza de la Ciudad de Sombra, si, como entendía Ambrosio Leda, la Ciudad no era otra cosa que un cuerpo derribado y con los brazos abiertos.

La cabeza reposada en el Norte con la inclinación y el peso de la nuca, sin que el rostro contuviera ninguna señal, ya que no existía gesto que diera la mínima identidad.

La Ciudad de Sombra tenía borrada la mirada, lo que equivale a decir que los ojos se habían extinguido en la antigüedad de su destino.

De los brazos extendidos, la mano izquierda indicaba el Este, donde podía rozarse el distrito más extremo de la Condonación, y la mano derecha orientaba las avenidas y las vicisitudes urbanas del Oeste, con los distritos del Temblor y la Simiente. Hacia el Sur, las piernas juntas de la Ciudad de Sombra se estiraban como dos carreteras paralelas o una misma avenida escindida en dos direcciones. Los pies desnudos rezumaban un sudor frío en las Colominas o la fiebre del Ejido y la Manchuria.

Por el cuerpo derribado, que en el pensamiento de Ambrosio Leda tenía mucho más que ver con el cansancio que con la enfermedad o las heridas de los combates, resultaba costoso andar.

La encarnadura urbana no propiciaba el sosiego en ninguna dirección y, a pesar de la delimitación estricta de los puntos cardinales, el extravío era la opción más benigna entre los huesos y la piel agostada, el pergamino y la piedra, un tegumento que parecía más arañado que escrito.

En muchas ocasiones, cuando los pasos de Ambrosio eran más inciertos o la cabeza se le iba sin que lograra sujetar el vestigio de la imaginación más dolorosa, aquella que reincidía en el pasado como si los quince años de animal escondido de nada sirviesen, la intuición del cuerpo tendido se revelaba con un estremecimiento.

El cuerpo de la Ciudad de Sombra crepitaba con la respiración alterada, y Ambrosio era el único habitante que podía correr para guarecerse en un solar o un descampado mientras el cuerpo buscaba una postura más cómoda, en el vano intento de reposar de costado o de aliviar aquella inmovilidad que adormecía los músculos, la carne yerta.

Ambrosio era el único habitante de la Ciudad de Sombra que percibía las alertas.

La respiración, el ahogo, un estallido muscular, el vacío del estómago o la conmoción que en el sueño le estiraba el cuerpo como si el alma del durmiente quisiese huir sin que la carne lo permitiera.

Era una sensación paralela a la de los sueños de Ambrosio, fatalmente reconducidos, tras el vacío y la desolación de sus tramas, a esa tensión del alma prisionera de la carne, imposibilitada para un vuelo liberador que le permitiera escindir-se de la materia.

Los sueños que atenazaban el espíritu de Ambrosio Leda, y que en el fértil río de sus emociones más turbias suponían la mayor contribución a su desgracia...

Siempre hay un susurro que contiene la niebla y apura el viento, en esos primeros pasos que suscitan la orientación de la voluntad urbana.

La cabeza de Ambrosio late requerida por lo que el susurro musita desde la puerta de tierra hasta vislumbrar el interior de la Ciudad de Sombra en el Norte devastado.

La cabeza descifra las palabras que tienen igual desgaste que las que se pronuncian en cualquiera de los sueños con que Ambrosio se va desprendiendo del pasado en el que los quince años de su huida son los quince tramos de su desaparición.

Ese primer latido en la cabeza de Ambrosio se parece al del eco milenario que resuena en la memoria de la Ciudad de Sombra.

Siempre son voces anónimas que se esparcen con el requerimiento de los desaparecidos.

### 3.

—No es el porvenir, no cabe y, sin embargo, hubo un uso cotidiano en el que el pensamiento se acogía al futuro como la reserva de los mejores deseos.

—Nunca fui el beneficiario que acude a una llamada o a un recibimiento. Nadie me retuvo jamás con intención de no soltarme. Lo que queda por el camino es la huella de un extravío o de una persecución. No me parezco a quienes te habitaron, apenas a quienes ahora sobreviven como yo en las fronteras de los extrarradios o emboscados con mejor fortuna.

—Es que el porvenir se agotó, ya no cabe. Las ciudades que gastaron la raigambre, heridas y expoliadas, venidas a menos sin solución de continuidad, también perdieron la decadencia y se sumaron sin más al desperdicio y la ruina. Eran antiguas y se hicieron viejas. No hubo decadencia, sólo deterioro y desperdicio. Pero es verdad, no lo dudes, entre los mejores y últimos pensamientos subsistieron los buenos deseos. Ya no había porvenir y, sin embargo, el futuro era un deseo. Aquello que todavía se quiere.

—Un rastro que es un gesto. Esos pensamientos pueden atormentar un sueño, poco más. Lo que todavía se quiere no tiene alternativa, nada que rascar, ninguna encomienda. No cabe.

—Quedaban los vestigios. Cuando todavía existía un uso cotidiano en el que el pensamiento no se resignaba a darse definitivamente por vencido y el deseo pertenecía precisamente al pensamiento. La señal, el resto, lo que ahora ya contabilizamos como ruina. Los vestigios, mientras quedaron, mientras aliviaron la vejez que tanto ensucia la antigüedad y siembra los escombros, fueron indicios para averiguar alguna verdad, el propio pensamiento encaminado al futuro.

—En la condición del huido no hay vestigio que valga. Conviene esconderse sin dejar el mínimo indicio que suscite una averiguación.

—El porvenir se agotó, la raigambre quedó desgastada. Las mismas raíces trabadas entre sí, saciadas en la madurez de los frutos, llegaron a pudrirse. Lo que une a los habitantes, hábitos y afectos, también los intereses y todo lo que les antecedió, dejó de ser estable y ya ni siquiera el pavimento fue firme bajo sus pies...

—En esa incertidumbre viven, y lo más curioso sería comprobar cómo el pasado legó una buena parte de las angustias y los desastres, de tal modo que los monumentos y las ruinas no sólo atañen a la imaginación y la gloria sino también a los sentimientos oscuros que anidan debajo de las piedras, y expanden el veneno de la codicia y la envidia y el aborrecimiento.

—Nada se acaba y todo se consume. Es un modo de creer que en el tiempo, sea como sea la historia, y se encadenen los hechos con parecida impiedad, hay fines y finales, una herencia del orden y del desorden, un término, un acabamiento que mantiene su continuidad en el pensamiento y el deseo, una consumación que fortalece el tránsito de las cosas y las ideas. Lo que acaba y no termina. Del tiempo es de lo

que menos conciencia guardan los habitantes que tanto se cuidan de medir y sentir el suyo.

—El porvenir se agotó. Hubo demasiadas Contiendas y en la arquitectura urbana el modelo de los monolitos y los arcos conmemorativos quiso imponer la memoria de lo que nadie deseaba recordar, como si el mármol y el bronce de las palabras inscritas para la preservación fuesen huellas impías, datos de la maldad y el descrédito.

—No cabe, no le demos más vueltas. Una memoria sucia, reventada, los guiñapos y las tripas y el hervor mental de las desolaciones. El mismo desafuero de los tribunos y los sacerdotes. Las castas y las razas, y las cabezas picudas y las serpientes que se guarecen en las cunas de los recién nacidos. Convengamos que casi siempre el olvido es más piadoso que la memoria, aunque haya muchos jueces que no lo avalan con su autoridad, temerosos de que el olvido ciegue sus ojos y sus bienes.

—Las dudas abundan como los pasos del que huye. Yo no tengo otro patrimonio que el de haberme escondido, y hay una voluntad urbana muy superior a la mía, ya veis qué desdicha.

## 4.

Quince años atrás, un dieciséis de enero, llegó un hombre a la Estación de Balma, en el correo del Noroeste. Eran dos los convoyes que en Balma confluían desde el centro peninsular y allí diversificaban el tramo final, uno hacia el Castro Astur y el otro hacia el Galaico.

El Astur se detuvo esa mañana con dos horas de retraso, y el hombre bajó del último vagón cuando el amanecer no acababa de romper la pesadumbre de un cristal morado en el horizonte.

El hombre aguardó a que el convoy iniciara la marcha y saltó al andén en ese momento, midiendo con precisión los pasos para cruzarlo y colarse en la Sala de Espera.

Apenas habían bajado cuatro o cinco viajeros que se fueron presurosos, y no hubo ferroviarios revisando las ruedas y los enganches, sólo la calma de un factor que cruzaba las vías, y la bandera del jefe de estación alzada cuando el Astur dio tres pitidos y, entre el vapor y el humo, se estremecieron los vagones, rechinaron los topes y estallaron algunos cristalillos helados en los hierros y las juntas.

El convoy retomaba el esfuerzo de su dirección y, hasta alcanzar la pasarela donde quedaba el término de la Estación de Balma, resopló aturdido, como si el humo le atascara los pulmones y el enfermo no lograra equilibrar la respiración.

En la Sala vacía, el hombre tuvo también que esforzarse para equilibrar la respiración. Lo hizo apoyado en la puerta, sin que todavía el relumbre morado del horizonte dejase de remover aquella pesadumbre que había hecho de su viaje un camino tan largo como peligroso.

No tenía conciencia de que el tren se hubiese detenido en otras estaciones, aunque sabía que lo había hecho en algunos tramos de la Estepa.

La noche lo cercaba entre el viento que podía haberlo sacado del curso de las vías, como si el convoy pudiera rodar por la tierra pelada, dando tumbos sin otra orientación que la que el viento marcara con el riesgo del descarrilamiento. La noche lo tragaba y esa misma boca era la que se abría para que el hombre asomara a un abismo que reproducía muy bien el que resonaba en su interior: el tajo que el miedo incitaba en las emociones de su desvalimiento, cuando el riesgo de que le descubrieran parecía inminente.

Lo que el hombre soñaba, dormido al pie de la ventanilla que cubría la noche como una cortina de carbón, antes de llegar a Balma, era que en el tren vacío, descarrilado, sin viajeros en ninguno de los vagones y con los servidores ferroviarios ensimismados en sus puestos y ajenos a lo que pudiera suceder, resultaba más fácil que lo identificaran. El sueño no era una garantía de su desapercibimiento, antes al contrario, lo dejaba indefenso, fácil de descubrir, como el saco de patatas que alguien abandonó ante la sospecha del estraperlo.

Subieron dos hombres. El único contraste entre ellos era la altura y la delgadez de uno y el corte achaparrado y obeso del otro. Las trincheras y los sombreros además del mismo color sufrían igual desgaste y a los cinturones se les saltaban las hebillas.

Lo que pudieran tardar en recorrer los vagones vacíos no equivalía a la desazón de presentirlos con la amenaza de su inspección. El tiempo no era el mismo en el convoy detenido en la Estepa, como si alguien lo hubiera sacado de las vías, que en el traqueteo del viaje, cuando las traviesas marcaban el ritmo del minuterero.

En el sueño del hombre la idea del retraso horario se amoldaba a la sensación del mayor peligro, ya que la distancia corría a favor de la huida y el tren simulaba en la noche el escondrijo de la velocidad, lo que cualquier bicho podría considerar el aliciente de la guarida si lograba llegar a ella cuando más la necesitase.

El hombre abrió los ojos y, al tiempo, hizo el gesto de llevar la mano al bolsillo interior de la chaqueta, como si buscara el billete que le requería el revisor, pero las dos figuras que llegaban, una detrás de otra, no se habían detenido y le rebasaban sin advertir su presencia.

—Es el sueño quien me defiende —pensó el hombre—, lo ideal sería dormir hasta estar salvado.

Los hombres se quedaron quietos unos asientos más adelante, siempre a su espalda, y fue la primera vez que escuchó las voces que compartían igual ronroneo.

Hablaban como ratones o elegían las palabras con la suspicacia de quien no quiere ser escuchado, escarbando en el suelo de las mismas o arañando lo que significan, sin que en ningún caso pudieran interesarles demasiado.

Lo que ellos se trajeran entre manos, como en tantas ocasiones llegaría a pensar, acaso ni ellos mismos lo supieran del todo, ya que en el cumplimiento de algunas órdenes, o de algunas encomiendas, es mejor no enterarse por completo de la pretensión de las mismas.

## 5.

Lo que Balma semejaba en la mañana incierta, cuando el hombre abandonó la Estación en la lejanía de aquellos quince años, era lo que la Ciudad de Sombra supuraba según el testimonio del cronista Decelio: la pestilencia que de la noche llega al día.

El relumbre morado contenía una suciedad de carmín y azul; la raya tiznada en el horizonte maloliente, que el hombre percibió con mayor disgusto cuando su respiración se hizo más profunda.

Respiraba con temor y desaliento, con la necesidad de quien quiere pasar inadvertido sin que los pulmones le ayuden. Evitar la tos era igual que hacerlo con el tropiezo de los pies entumecidos o las botas que perdieron los cordones en alguna carrera. La previsión del sobresalto aceleraba el pulso y llenaba de impaciencia el corazón.

La disciplina del hombre en la huida, los días sesgados desde que dejó el hogar tras los últimos trámites de la Depuración y el requerimiento que al tiempo notificaba la insuficiencia de los avales, se aferraba a la orden de no mirar atrás, no volverse en ningún caso. Lo que pudiera quedar era lo mismo que lo que debiera dejarse, y en ese orden de valoraciones todo tenía idéntico sentido.

La Depuración suponía el sometimiento a un expediente destinado a sancionar las posibles responsabilidades políticas, sin que hubiese otra opción rehabilitadora que la de quienes con sus avales pudieran responder de su conducta.

Lo que el hombre había sobrellevado en el recuento de sus actos, a lo largo de aquellos meses en los que el expediente acumuló las actuaciones enjuiciadoras sin ninguna expectativa favorable, ahondaba el desánimo y reconducía el temor a la amargura y a la perdición.

Los cordones que se desprendieron de las botas, sin duda por el descuido de no anudarlos debidamente, no merecían el esfuerzo de recobrarlos; nada justificaba el gesto de recoger lo que caía o de volver a mirar, cuando el tiempo de salir de casa resultó tan acuciante, la alcoba donde la mujer dormitaba con el niño apretado contra el pecho. La alcoba ofrecía el requerimiento más radical del cobijo, la atracción de lo que el sentimiento más hondo recababa en la disolución de sus pasos, lo más duro de dejar.

Pero la disciplina del hombre en la huida respondía a la decisión y al recelo, cualquier incumplimiento en la nimiedad de esas responsabilidades sería suficiente para minar el largo aprendizaje que iba a suponerle la desaparición.

El hombre sabía que en los términos de la huida, ya que no iba a tratarse de un largo viaje, de una distancia que auspiciara la coartada de una notable lejanía, sería imprescindible que nadie se percatara de su presencia, al menos en la variación

sospechosa y que, al fin, acomodado a la costumbre de la nueva vida, se produjese la metamorfosis que lo transformara en otra persona.

Lo que hizo el hombre en la incipiente mañana de su llegada fue iniciar un consciente merodeo con el que poder ir delimitando la geografía urbana de la Ciudad de Sombra.

La elección de su destino no por precipitada era menos decidida. De la Ciudad de Sombra tenía la advertencia de un lugar acomodado al pensamiento del abandono.

El enclave de la misma en el vértice de la Estepa y la estribación de los Montes Murales orientaba la lejanía de un reducto ajeno, entre la escolta de los ríos paralelos que en nada contribuían a ampararla, como si entre el Nega y el Margo no existiese ninguna contribución común ni la mínima confianza.

Dos ríos paralelos, con sus fuentes matrices en los bosques de Alcidia, el manadero cercano de uno y otro y la dispersión inmediata hacia las contrapuestas laderas de los Valles del Venero y los Murales.

Los ríos que bajaban por las vegas alledañas, a uno y otro lado de la Ciudad de Sombra, al pie de parecidas choperas y con igual frescor en las tabladas primerizas donde saltaban las mismas truchas o, al menos, las que tenían en los lomos las pintas tatuadas con iguales colores.

Esa circunstancia de los ríos desavenidos no era inocua en el propio destino de la Ciudad de Sombra.

Los ríos no apretaban la consistencia urbana al delimitarla en sus cauces, la dejaban suelta, desarticulada, esquivándola en los meandros, como si no existiera una condición fluvial para que el destino urbano tuviese un sentido o como si, en el desentendimiento que los ríos sufragaban, la Ciudad de Sombra encontrara el ideal de su extravío: los cauces enemigos, las aguas irreconciliables, un musgo quemado en las orillas, y el cuerpo intermitente, verano tras verano, del ahogado que dejó hijos que jamás se hablaron al otro lado de las corrientes.

En el camino del hombre, aquella mañana de un dieciséis de enero, la bruma morada tenía el perfil de la piedra en la atmósfera de Balma.

La pestilencia que la noche dejaba al llegar el día flotaba sobre la humedad en el pavimento y en las fachadas del Barrio de la Estación, pero cuando el hombre sintió la necesidad de subir a la pasarela que se alzaba sobre las vías y se detuvo en medio de ella pudo percibir el poder de la piedra, el perfil morado de las moles monumentales, cuyas torres asomaban en la neblina que deshacía la nieve más menuda, un mar de cristal empañado y roto y la fiebre de la congelación que apuraba el mal olor, ya que la Ciudad de Sombra enfermaba en el invierno, y una razón crucial de su desolación y abandono era precisamente la de la leyenda que mantenía la idea de que se trataba de una enfermedad infecciosa.

El hombre se hizo desde la pasarela, que a lo largo de los quince años que ahora



llevaba en Balma siempre fue una especie de mirador al que pocas noches no acudió, la imagen más o menos desconcertante de aquella urbe que había elegido como refugio y escondite.

La imagen con que el merodeador empezaba a delimitarla con pasos decididos, pero no por ello menos cuidadosos, propicios para abastecer su posesión, como si al pensarla delineara las formas de un dibujo que poco a poco se convertiría en el mapa de la Ciudad de Sombra que, como bien pudo llegar a comprobar, tanto difería del que otros en condiciones no muy distintas a las suyas habían realizado.

El anónimo rumor de los desaparecidos ya resonó en su cabeza aquella mañana.

## 6.

—A lo que sabe la vida cuando acaba. La nicotina ofrece este aliciente, y yo le saqué gusto al alcaloide. Me conformaba con poco.

—La dichosa muela picada. Ya es el colmo que me siga doliendo. Fumaba para entumecerla, igual que hacía con la copa de coñac u orujo. Me dolió la muela más que la bala.

—La muela, el alma, un pie torcido al correr. También la cabeza con las ideas revueltas, que enturbian el pensamiento y además de doler pesan como plomo. El alma duele con la aspereza de los remordimientos, es preferible que se te hinche el tobillo.

—Hay que reconocer que al final ya no son muchos los intereses que quedan, hayas vivido lo que hayas vivido. Lo que duele, lo que gusta...

—Ni el mínimo recuerdo. Voy a seros sincero. Nada me vino a la cabeza que no fuera esa hormiga viciosa que subía por la piedra como si la llamaran. Tuve la intención de aplastarla con la yema del dedo y sonó el disparo.

—La mente se me quedó en blanco. Cerraba los ojos para recuperar un poco de oscuridad. En el pensamiento no había otra cosa que una luz de cal y dinamita. Era el resultado de la explosión. No hubo restos de nada, ni de las emociones ni de los sentimientos, ni de la razón y la conciencia. La luz lo borraba todo.

—Yo tenía el presentimiento de que iba a sonar la campana de San Tilde. Un presentimiento o una obsesión. A esa iglesia va todas las mañanas la pequeña de mis hijas. Se santigua y no reza, le da por llorar. En San Tilde huele a cera y, en este caso, a pólvora. Salitre, azufre y carbón. El tiro me quemó el cuello. Esa chica va y viene como si estuviera descontrolada desde que el padre le dijo adiós, sin que ella imaginara lo que suponía la despedida. Van a cuidarte con el mismo mimo que a tus hermanas, no pongas esa cara, no me echarás de menos, no eres distinta a las otras. No reza, llora. Las lágrimas le están quitando la salud.

—Lo que no quiere decir que en algún caso no haya un sueño que parece un recuerdo. Estaba quieto, igual que tú, aquí sentado en las piedras del Cedal del mismo modo, como ahora lo estamos, aunque es más lógico que sean los muertos los que no se muevan. Soñaba que me había puesto de pie, luego volvía a sentarme. Pudieran ser los nervios...

—Los nervios, la inquietud, la sensación de que en la misma inmovilidad hay un viento que abate lo que se siente, como si de nada pudiera ocuparse uno con la mínima tranquilidad. ¿Un viento en las vísceras, o en el último recoveco de la cabeza?... No son los nervios, es el temblor de un bosque arrebatado, y la pesadumbre que asedia a las víctimas.

—El afán de no estarse quietos, o un vicio parecido al de la hormiga, que creía que la llamaban de alguna parte.

—La campana de San Tilde que no sonó.

—La hija pequeña.

—Es curiosa esta suerte de eternidad que no tiene paredes. Los cuatro sillares y basta.

—No sé si lo que fumamos es el mismo cigarrillo que nos dieron u otro cualquiera, el último que quedaba en el paquete.

—Tampoco lo sé. La cerilla estaba húmeda, no hubo medio de rascarla, se le deshizo la cabeza en vez de encenderse.

## 7.

Ambrosio Leda recuerda al hombre en la simetría de aquel camino que le llevó, tras el largo merodeo, al Norte, que tenía el monte nevado y, entre la retama, con más dificultades de las previsibles, donde el declive indicaba la cota de una cartografía militar que pudo confundirse en los meses de asedio o en el desánimo con que las tropas entraron finalmente en Balma, logró distinguir lo que podía haber sido una casamata y que tiempo después, con el aprovechamiento de lo que quedaba de la bóveda, se había convertido en un chamizo.

La cartografía militar la conservaba en la memoria el amigo que había ayudado a Ambrosio en su huida y que, en parecida circunstancia, con los avales denunciados y la inminente notificación sancionadora de la Depuración, también intentaba desaparecer.

Era una hoja en la que el Norte urbano se incrustaba en las estribaciones de los Montes Murales, con alguna determinación comarcal en las sucesivas cotas y la referencia a los límites del Margo y el Nega, como si el papel satinado que el amigo de Ambrosio reproducía tan fielmente en la memoria contuviese la calidad de los relieves, los tajos de las escorrentías y la línea de los sucesivos desmontes que llegaban a la carretera y se abrían a la Vaguada de Letio, indicada con su propio nombre como la línea más honda.

—Podría dibujártelo paso por paso... —dijo el amigo—. Pero no va a ser lo más oportuno que lleves un plano, sería sospechoso. Letio te servirá de referencia. La casamata es un chamizo, y lo que puedo asegurarte es que a ese Norte nadie sube. El último conejo murió fusilado. Lo más importante es que al pie del chamizo tienes un manantial.

Ambrosio también memorizó todas las indicaciones. No se trataba de huir más allá de lo posible, con el riesgo de que en el largo viaje le descubrieran. La decisión no era otra que la de desaparecer, y en la Ciudad de Sombra la condición del escondido tenía alguna referencia aprovechable.

La sombra indicaba un remedio en el pensamiento de Ambrosio, también en las palabras de su amigo que, como él, había sido maestro y, años atrás, habían impartido lecciones en las mismas Escuelas Graduadas. No era la luz lo que precisaban, la claridad delatora que ilumina el cuerpo sin que nada ensucie su constitución, el brillo espiritual de su materia.

—Es el doble negativo de esa claridad... —decía el amigo, que tenía en la mirada una inquietud de desvarío y quimera—. El negativo del cuerpo, acaso la imagen de su parte inferior y maligna. La sombra que es un álter ego, pero también un alma.

El pensamiento de Ambrosio se acomodaba mal a lo que escuchaba. El desvarío de la mirada del amigo transmitía la inquietud con excesiva desazón. Y sin embargo la propia imagen de la Ciudad de Sombra, la Balma que indicaba el mapa de su huida

entre las cotas de la cartografía militar, el Alto que podía semejarse a un mirador encendido en el sueño irradiaban la atracción del acogimiento, como si también en las palabras del amigo hubiese un sentido beneficioso y consolador.

—La sombra es lo que podemos ver en el agua o en el espejo como el alma o, al menos, como una parte vital de lo que somos. No será errado que vayas allí. Yo no lo hago porque lo que me queda de Balma, desde el sufrimiento de las trincheras donde hice guardia, es el remordimiento de la conciencia. Los muertos que maté y los que me mataron. Ya sabes que hace años que no existo.

El amigo alzó la mano, se la pasó por la frente.

Ambrosio pensó en el vano intento de curar los pensamientos, los malos pensamientos o los malos deseos a que el ser humano se acostumbra mientras vive.

—No es ninguna desgracia, tómalo como un duelo curativo, la luz, la sombra. Puede que no sea otra cosa que la personificación de la parte primitiva o instintiva de lo que somos. Una ciudad con el alma oscura y los espectros que mueven la ausencia en el aire de su imagen vecinal. La que más le conviene a quien huye, no lo dudes.

## 8.

El hombre llegó al chamizo, las indicaciones del amigo eran precisas. Una puerta descompuesta dificultaba la entrada, y en el vacío del interior se escuchaba zumbar el viento con la resonancia de una chimenea.

La bóveda daba consistencia al recinto, que parecía fortificado por la leña entretejida en los laterales, como si alguien hubiese reconstruido las paredes con el entramado de las antiguas techumbres. La humedad de la nieve espesaba la atmósfera vegetal, un aroma de hierba silvestre, de gramíneas medicinales.

La luz se filtraba en el mediodía de aquel dieciséis de enero como el humo deshilachado de la locomotora, y el hombre tuvo la sensación de que en el término del viaje todavía podía percibir la velocidad de la separación y el amparo helado del monte; el contraste entre la procedencia y el destino, como si el humo de la luz invernal inscribiera la línea definitiva de la huida y el escondite.

Tardó un tiempo en acomodarse. El tiempo real en que su cuerpo asimiló la respiración de la intemperie y el tiempo mental en el que el presente sostendría todo el peso de la supervivencia para que el pasado desapareciese. Nada que no derivara de la necesidad debiera considerarse; ninguna cosa, ninguna emoción, ningún pensamiento. La necesidad sería el único atributo de la subsistencia, en su cualidad de impulso irresistible, lo que se precisa para obrar sin otra alternativa y condición.

La idea de desaparecer se sumaba en la mente del hombre a la de vivir sin otro horizonte que el que iguala la precariedad de la materia y el espíritu, nada que encumbre una decisión voluntariosa o un ensueño desmedido que debilite la transformación.

Lo primero que le vino a la mente, cuando dejó en el suelo los escuetos bártulos y se sentó en el centro del chamizo, fue que la existencia, como había comentado con su amigo antes de la partida, podía tener en el refugio un efecto de hibernación.

—El sopor de la despedida. El adiós que nos anestesia.

—Algo parecido a lo que algunos bichos del monte buscan en su retiro. Como si también pudiésemos ser capaces de disminuir las funciones vegetativas y quedarnos en vilo.

—La cueva lo facilita, pero no te hagas ilusiones.

—Es un modo de hablar. Se suspende el tiempo, toda una estación o, todavía mejor, unos años de la vida.

—El sopor convertido en la rutina de un trance.

—Un adormecimiento morbosos, persistente.

—La vuelta a la consciencia, tras ese lapsus, puede ayudar a entender la vida de otro modo. El que vuelve ya no es el que hibernó.

—Poco menos que un alivio, no me parece otra cosa. Lo que necesitamos al desaparecer es transformarnos. La coartada para seguir viviendo sin el peligro de que

nos descubran sólo podemos encontrarla en la metamorfosis...

Ambrosio Leda recordó los días que antecedieron a la huida del hombre. La notificación que rechazaba los avales y determinaba la sanción en el expediente de Depuración, citándole con la advertencia de los cargos.

El hombre venía considerando la estrategia de la huida. Nadie sabía nada en el entorno familiar, tampoco en el vecinal. Las suspicacias relegaban lo que las sospechas hubiesen esparcido en el rumor de quien debía tener un cuidado extremo. Y de eso se trataba ante todo: del cuidado para que nada trascendiese más allá de los requerimientos, alguna impertinencia policial, o el documento que llegaba en el sobre que contenía la citación y que él intentaba por todos los medios controlar.

Las tres personas a las que recurrió como avalistas, después de pensar mucho la decisión, mostraron los mismos intereses que dudas. Lo apreciaban, sabían que podían responder de su conducta, pero no tenían la certeza de que su testimonio fuese el más fiable. Esa falta de fiabilidad se correspondía con la carencia de convicción, y al menos a uno de ellos el compromiso le pareció engorroso, aunque no se atreviera a confesarlo.

Las declaraciones que llegaron a hacer los tres en el expediente apenas certificaban la buena voluntad y un comportamiento en el que no podía apreciarse nada reprochable.

Los cargos de la investigación y de otras declaraciones y denuncias no resultaban tan contenidos, repasaban lo que el hombre parecía haber hecho o dicho en circunstancias diversas: algún viejo carné de filiación sospechosa, la actitud extraña en alguna requisita o no haberse presentado al recibir la citación, cuando en la Comisaría del Distrito se evaluaba el censo de las adhesiones.

## 9.

Ella dormía con el niño prendido al pecho.

Estaba a punto de amanecer y lo último que el hombre se concedió fue abrir ligeramente la puerta de la alcoba para observarlos.

Logró reconstruir las figuras dormidas a través de las respiraciones que se acompasaban en el rumor de un mismo sueño. La de ella más honda y más indolente, como desligada de la voluntad y el cansancio, y la del niño más precisa, como si en el cuerpecillo el aire tomara del sueño el aliento necesario.

Escuchó el rumor, sorbió el aroma de la lana de las mantas y del cabello que reposaba en la almohada, también el de la leche que el niño había mamado y que en todo momento, hasta después de bañarlo y echarle colonia, exhalaba su piel.

A lo que olía el niño, a lo que olía la alcoba, a lo que la madre acariciaba en el perfume de la carne tan tierna, como si desde el poder de sus pechos toda la casa rezumara el alimento que aseguraba la salud del hijo.

Las figuras parecieron estremecerse un instante en la oscuridad, cuando el hombre cerró los ojos y apretó el puño. El gesto no contenía otro reclamo que el del desánimo, nada alteraba la condición de un sentimiento ya sometido a la decisión de lo que estaba haciendo.

Cerró la puerta de la alcoba, caminó por el pasillo, cedió a la tentación de beber un vaso de agua en la cocina. Lo hizo sin encender la luz, cuando todavía el amanecer seguía siendo apenas una amenaza que no rozaba el frío esmaltado de los azulejos.

Llegó a la puerta, había dejado los escuetos bártulos en el descansillo y, casi en el momento de cerrarla, vio a su hija que venía hacia él como una aparición.

—¿Adónde vas?... —quiso saber la niña, que tenía en la mirada una resolución muy distinta al sopor que imprime el sueño.

—¿Qué haces levantada? Vas a despertar a mamá...

La niña llegó a su lado. Los ojos persistían en la pregunta y en la extrañeza.

—Voy a hacer unas cosas, vuelvo pronto —dijo el hombre manteniendo la puerta entornada.

—Nos dejas... —musitó la niña, humedeciendo las palabras.

—No digas tonterías, vuelvo en seguida.

Acercó la mano a su cara, le acarició la mejilla.

—Acuéstate, no hagas ruido.

—Es que no puedo dormir.

—Es muy temprano, tienes que hacerlo. Para mediodía ya he vuelto. Vamos, Lila, que podemos despertarlos.

La niña alzó los hombros indecisa.

—Soñaba.

—Vamos, vamos, tengo que irme, me están esperando. Llego tarde.



- Soñaba que te marchabas muy lejos.
- No voy a ningún sitio. Acuéstate y duerme.
- ¿Y si lo vuelvo a soñar, y si no estás cuando despierte?...
- Está tu madre, está el niño.
- ¿Y tú?
- Yo no voy a ningún sitio, no seas boba.

Ambrosio Leda sabe el costo que tiene cerrar la puerta sin esperar siquiera a que la niña regrese a la habitación.

El desánimo concierne a un desaliento que se llena de culpabilidades, como si ese imprevisto suceso echara por tierra todos los planes o supusiera el mayor vuelco en la estrategia doméstica de la huida.

Esa imagen de Lila, descalza, insomne, con el camisón demasiado grande cubriendo su cuerpo enjuto, está en el límite de un recuerdo que no puede permitirse y, sin embargo, en aquel amanecer de enero el recuerdo no es otra cosa que una advertencia inmediata, el aviso de que lo que está haciendo tiene un precio que podrá contabilizarse en una cantidad de sufrimiento difícil de medir.

Lila se acuesta y el hombre, como en tantas ocasiones a lo largo de los siete años de vida de la hija, está sentado en la cama, velando en silencio el sueño que no tarda en llegar, sin que la niña le requiera para que le cuente un cuento o le diga cualquier cosa, sólo que esté con ella, como el testigo silencioso que ofrece el acompañamiento sin más testimonio que su presencia.

## 10.

—No volvería a verte. Cuando estabas en el pasillo eras como el fantasma diminuto que se te mete debajo de la almohada.

—Perdí una zapatilla. Iba descalza del pie derecho. Sentía el calor de la tarima, el frío de la baldosa. En ese pie persiste el temblor cuando me acuerdo.

—La verdad es que me iba. Me descubriste cuando ya me disponía a cerrar la puerta. Lo que quedaba detrás era lo que definitivamente olvidaría. Vosotras, el niño. No había otra alternativa, lo que me habían comunicado suponía el mayor riesgo para todos. Tenía que desaparecer.

—Cerrar la puerta y que todo desaparezca, no puedo entenderlo. Perdí la otra zapatilla, también el pie izquierdo quedó desnudo. Me daba mucho miedo volver al pasillo y, sin embargo, lo hice. Escuché tus pasos bajando las escaleras.

—Esos tramos son los más dolorosos. Cada peldaño cuenta como una herida que se abre y rechina. Una herida que agranda el esfuerzo de bajar. El pasamanos también produce un escozor en la piel, la irrita. No hago otra cosa que contar los peldaños que me llevan y me retienen, las heridas abiertas.

—Eso queda, nada más. Los pasos en el eco de las escaleras. Las zapatillas no las encontré hasta la mañana siguiente, una en cada sitio, como si también hubiesen huido. Siempre que la puerta se cierra me estremezco. Cuando suena el timbre siento un sobresalto. Los que vienen a casa siempre lo hacen para preguntar por ti.

—En la calle no había nadie. Me asomé desde el portal, lo que quedaba de la noche era un relente sucio. Lo que quedaba de la noche y lo que quedaba en el ánimo de cualquiera que se fuera de casa con la resolución de no volver jamás. Hay que entender que una niña descalza es el reclamo más urgente y poderoso. La niña que tiembla. Los pies desnudos. En la suciedad de ese relente se contagia la conciencia de quien la engañó diciéndole que iba a volver en seguida.

## 11.

Aspira el hedor de la niebla contaminada.

La noche que viene expande el aroma de su amargura, y en las paredes del Callejón del Cuenco, en el Norte que se abre al dédalo de los pasadizos y las correderas, la humedad tiene el espesor del aceite.

Ambrosio Leda ajusta los pasos en el Callejón a lo que la voluntad urbana incita en el camino de cada noche. No existe otra orientación en tantos años que la que establece la costumbre, para que el sentido de los mismos contribuya al orden de algún pensamiento.

La Ciudad se abre al sueño, y en las esferas de su encarnadura existe un ritmo de especies y sucesos que se representan mientras duerme, como si en ese abatimiento fluctuase una vida secreta que nadie controla y en la que el tiempo y la memoria apenas se corresponden con los parajes de la representación. El tiempo desleído como una sustancia que se corrompe entre las piedras y los pergaminos polvorientos, y la memoria como el charco que pisan los que van y vienen sin enterarse de la distancia que media entre las calles y las avenidas.

En el sueño de la Ciudad de Sombra nadie tiene cobijo y, sin embargo, la trama urbana proporciona un aliciente a la dispersión y, de ese modo, posibilita los escondrijos y hace que las coartadas resuelvan algunas situaciones arriesgadas, cuando no existe otra alternativa de exculpación que la de poder confesar el lugar más lejano o la situación menos previsible.

La mano de Ambrosio Leda roza en la pared aceitosa unos dedos que se mueven como orugas. En sus ojos vibra el cristalino y se mece la telilla de la catarata.

El Callejón es más hondo hacia el interior, la niebla no lo barre en la totalidad y el cieno de la noche todavía no desborda sus paredes. La mano se detiene, los dedos la evitan.

—No soy un ciego para reconocer al que palpa la misma piedra... —dice Ambrosio, intentando distinguir al hombre que se sujeta de espaldas contra la pared.

—No hace falta que sea ciego, yo mismo puedo decirle mi nombre. Me llamo Carpo. Si tiene la amabilidad de no preguntar por los apellidos se lo agradeceré.

—En la Cartilla de identidad los míos tampoco son muy visibles, de suyo el segundo apellido está prácticamente borrado, no se preocupe.

—Es que apellidarse Expósito no es la mejor vitola.

—Lo que importa, más que el nombre y el apellido, es la dirección que se lleva. Me parece que la suya va al revés de la mía. Yo voy y usted viene.

—Tampoco esté tan seguro... —dice el hombre, que se separa de la pared y acaba de toser.

—En el Callejón hay espacio suficiente para unos y otros, y eso que a veces hay muchedumbres. Esta vía de Balma es la que más se parece a una vena en la sien.

El hombre da dos pasos y Ambrosio distingue un rostro mucho más joven de lo previsible.

—Si me deja, lo acompaño...

—No tengo inconveniente —asiente Ambrosio.

—Es que no conozco Balma. La estuve mirando desde la ventana del corredor un día y otro, pero no la conozco. Cuando hablaban de ella en el Castro decían que tenía dos ríos que la ahogaban.

No es un hombre, comprueba Ambrosio, es un muchacho espigado y torpe. La cabeza parece prendida sobre los hombros como la de un espantapájaros, y al caminar se traba. No logra andar recto, lo llevan las enormes botas que ni siquiera tienen cordones.

—¿Conoce usted la Vela del Descarriado? Sube el Crucero, llega al Pavía, otra revuelta si le sudan los pies. Es la Balma que tuve a mano.

—¿El Reformatorio o el Correccional?...

—El mismo establecimiento. No le busque distinciones. La Vela gasta igual palo para reformar que para restringir. La conducta viciosa, ya sabe usted, y la mano dura en cualquier caso. El que sale corregido o el que sale reformado es el mismo, quiero decir que no es otro que el que entró, más curtido y peor persona.

Ambrosio se detiene. El muchacho da dos pasos. La chaqueta le vuela como una manta. Vuelve a toser, se encoge. Cuando alza la cabeza se le desploman los hombros. Una bota acaba de salirsele.

—¿Es que estabas en la Vela?...

—Siete meses y tres días, al cuarto ya no pude más. El cuarto es exactamente el día de hoy, la misma hora en el Meridiano de Greenwich.

—Los malos pasos se acomodan frecuentemente a las malas compañías.

—Tampoco esté seguro, yo no necesité quien me animara, la vida misma fue suficiente.

El oscurecer se retiene en el Callejón del Cuenco, como si en el trato entre el día y la noche se necesitase un arbitraje para solventarlo.

Alguien podría pensar que en la Ciudad de Sombra la luz se escurre por los orificios hasta que el día se extingue, y que en las aberturas de los conductos esa extinción es como un lamento.

En las Puertas nobles de la Ciudad, las que legó la historia en los puntos cardinales de las murallas o al límite de las barbacanas, aunque la historia apenas puede ya reproducirlas en un grabado, también el oscurecer se retenía con parecida inquietud a la del Callejón. Los portazgos no sólo se abonaban en los caminos y las entradas, también establecían el derecho que la senda del tiempo reclama en la

medida del mismo, el curso de las horas, la contribución que se debe pagar por su uso en el recinto urbano.

Las Puertas de la Ciudad señalaron el horizonte de una medida que semejaba un destino, como si la orientación urbana, entre el cristal de los ríos, la aspereza de los montes y el yermo de la llanura, remitiera con igual predilección a la Estrella Polar, al Mediodía, al Levante o al Poniente, dejando sin embargo una huella más señera en la ruta del Poniente, acaso porque en los vestigios fundacionales pudo percibirse en seguida la presencia del viento que sopla de la parte occidental.

Los umbrales de la Ciudad de Sombra fueron originariamente los tránsitos de esa historia y de esa vida. Las Puertas señalaban con la solvencia simbólica de su aprecio la casa y la patria y el mundo. El paso permitido indicaba el agujero, ese orificio que en el temblor del oscurecer escurre la luz, como si la sombra precisara del alivio de la misma en el aposento.

Poco queda de esos umbrales, la historia determina la ruina antes que la gloria, y en los derroteros de cualquier camino urbano la orientación se pierde sin que los puntos cardinales mantengan una dirección fiable, apenas la señal de un Poniente que reverbera en la piedra o refracta la luz del oro de algún lejano mar de Occidente.

## 12.

El muchacho espera a Ambrosio al final del Callejón. Hay una cuesta entre los solares y en la niebla rala el olor de una acritud de residuos químicos que resudan en algunas paredes con un color amarillento.

—Tienes menos años de los que pensaba antes de verte —le dice Ambrosio.

—Unos años que para nada se corresponden con lo que llevo andado. De usted no me cabe decir lo mismo. Por lo que puedo apreciar es al revés, los que tiene son demasiados para el escaso rendimiento.

—Escaso pero radical, no te fíes. Lo que me pesan los años no se compadece con las circunstancias. Un golpe en la vida es a veces suficiente para que jamás se deje de temblar. La edad se resiente sin más alternativa.

—Yo no me acomodo a la idea de hacerme mayor. Si pudiera decidirlo, me quedaba en la edad en que estoy. Lo que pueda pasarme me gustaría vivirlo con los años que ahora tengo.

—No me acuerdo cómo me dijiste que te llamabas.

—Carpo. Expósito es un apellido que prefiero olvidar, nunca consentí que me lo echaran en cara.

Ambrosio lo mira. El cuerpo desvencijado del muchacho se mueve con el resorte de un muelle o de un escalofrío. No puede estarse quieto.

—¿Ya se habrán dado cuenta en la Vela de que te escapaste?...

Carpo tose. La tos le arranca del pecho un ruido ensordecedor. Por un momento se dobla hacia el costado, como intentando paliar la convulsión.

—Con el recuento de la medianoche no hay problema, el que más y el que menos se escabulle sin que el Vigilante se esmere o se preocupe. Será la lista de la mañana la que me delate. Ningún interno dirá nada, pero tampoco van a congraciarse.

Carpo se sienta en una piedra y Ambrosio va a su lado. En la cuesta de los solares, la niebla es un vaho que parece desprendido de la respiración amarillenta de las paredes.

—No sé a qué huele —dice Carpo, haciendo un gesto de desagrado.

—Viene del río, de los Laboratorios Helvéticos. La química está podrida desde que los desmantelaron, quiero decir que el vertido apesta en las aguas del Nega. Los sulfatos y los abonos compuestos. ¿Tienes algún plan?...

Carpo asiente, mientras sus manos se aferran a las solapas de la chaqueta.

—Voy a quedarme en Balma, al menos por un tiempo y mientras, si es posible, me curo el catarro. Los de la Vela pensarán que intento ir lejos. Otra cosa es que sea capaz de aguantar esta peste.

—Se acomodan los pulmones, igual hasta te resulta curativo. El ácido sulfúrico es como una medicina y un alimento. Las noches en que no encontré nada que llevarme a la boca fui al Nega, a la orilla más cercana de la Helvética, a respirar como si

masticara.

—Si usted me permite acompañarlo, mientras me sitúo por estos andurriales... — dice Carpo, mirando a Ambrosio.

—La noche la tengo completa, es mi costumbre. Más o menos me muevo por los mismos lugares. La noche ha sido siempre la organización de mi vida. Llevo en Balma quince años y no acabo de discernirla, quiero decir que la Ciudad no se entrega a los forasteros, pero eso la hace más importante. Puedes venir conmigo hasta que nos cansemos, pero ya te advierto que la tengo completa.

—No soy curioso. La vida que usted lleve y la noche que le pertenezca son cosas suyas. Le agradezco que me haga el favor, también sabré recompensarlo, no lo dude.

## 13.

—Es la cabal circunstancia de haberse dormido en el Callejón. Los que queríamos ir por él como en la fuga de una mañana ingrata. Atraviesas el Cuenco y ya avistas la realidad.

—El tránsito acoge a los desfallecidos, también a los que se aventuraron porque no encontraban otro conducto. Yo no miro las paredes, me dejo reposar en ellas. El primer suspiro de cada día, el último de lo que me queda. Las paredes siempre estuvieron húmedas.

—Recuerdo un día en el que la muchedumbre invadió el Callejón. Venían de un lado y de otro, armaban bastante barullo. Cuando todos se juntaron, ninguno distinguía a nadie y entonces hubo un largo silencio. Los primeros que comenzaron a hablar se dieron cuenta de que entre las paredes no había modo de entenderse. Las palabras no servían de nada. El Callejón era una trampa.

—Cualquier cosa menos un laberinto, tampoco un refugio. Los que nos hemos quedado en él sabemos mejor que nadie lo que alberga y requiere. Siempre me interesaron los reptiles, las culebras y las lagartijas sobre todo. La primera vez que vine al Callejón fue una culebra la que se enroscó en mi tobillo y una lagartija me subió por el pantalón y se metió en el bolso. La culebra piensa que el mayor peligro está en las piedras y la lagartija sabe que es en las paredes donde mejor se vive.

—Pisé una salamandra. Mi vida ya no es la misma desde que observé al batracio destripado. Ya sabes lo que opinaban los cabalistas de este insectívoro. El espíritu elemental del fuego y esas patrañas. Os ruego que no hablemos de bichos.

—Los hay en el Cuenco, qué le vamos a hacer. Estos lugares tienen la idiosincrasia de las profundidades. No es la piel de la tierra, la superficie propiamente dicha. Vienes tan campante, dueño y señor del Norte estricto y, de pronto, asomas al Callejón y te caes al abismo. A los reptiles les gusta lo más bajo, se arrastran y eso marca su ser. En el averno tienen el cubil que mejor se les acomoda.

—No he vuelto a salir, ni siquiera me apetece. La idea de estar dormido no es la mejor. Cuando despiertas te sobresaltas. Las paredes hay que reconocer que son muy altas.

—Hace años se me ocurrió trepar por ellas, subir piedra a piedra para llegar a lo más alto. ¿Qué Balma podrá verse desde tal balcón?...

—La misma que nos persiguió.

—O la que más nos echa en falta.

—La que peor nos recuerda.

—O la que más se resiente de estar llena de fugitivos.

—No hay reptil que diga nada. Saben más que nadie de muchas cosas, pero jamás las cuentan.



## 14.

Los hechos más importantes en la vida de aquel muchacho, que estaba atada a la de un niño que pervivía en su cuerpo y en su espíritu como un quiste o una esquirra, estaban señalados por las correspondientes bofetadas.

El recuerdo más remoto, entre los que eran imposibles de rehuir, no concretaba una imagen sino un sonido: el vértigo de una mano que estallaba como un proyectil y alcanzaba algo más que el carrillo y el oído, parte de la cabeza, retumbando el golpe hasta el mareo de su propio eco.

Un sonido que nada amortiguaba en la lejanía del niño que probablemente había buscado un equilibrio extremo para mantenerse en pie y después, como el combatiente que asomó la cabeza en la trinchera y recibió el impacto, buscó dónde asirse, en el vano intento de sujetar el dolor o de contribuir a que el daño se diluyera en el aturdimiento.

—Mi padre no era mi padre... —decía el muchacho cuando, en el hilo narrativo de alguna confidencia, en el aburrimiento compartido con otros compañeros, el cansancio facilitaba las palabras—. Tampoco mi madre lo era. Viví con un hombre y una mujer que nunca fueron los mismos, cambiaban cuando menos podía pensarse. El que salía de casa no era el que volvía y, en más de una ocasión, el que me llevaba por la calle, siempre tres pasos detrás de mí, mientras yo pedía una limosna con el llanto que había ensayado, no regresaba conmigo, venía otro para llevarme. Todos los que me tuvieron cerca, de una u otra manera, me dieron collejas y bofetadas. Luego, cuando ya estaba en el Hospicio, hubo algunas visitas: otra madre que ni siquiera recordaba o un padre que me iba a sacar la piel a tiras.

En doce bofetadas cruciales cabían aquellos primeros doce años que el muchacho recomponía y recordaba como el destino de un niño que fue y vino a muchos sitios sin llegar a ninguno, en un paisaje común de barrios y extrarradios y algunos sucesos especialmente peligrosos que, curiosamente, no se correspondían con las andanzas en manos de quienes lo controlaban, tantos padres y madres y acaso tíos o parientes innominados, sino con las suyas propias, cuando lograba desprenderse de cualquier mirada y se quedaba sin ninguna vigilancia.

—Así fue como me estalló la granada... —decía con la indolencia de quien cuenta un suceso al que se sobrevive por casualidad y que no deja otra cosa en el ánimo que el estupor de haberlo vivido.

El niño extraviado guardaba la granada entre la camisa y el pantalón, con la satisfacción y la codicia de quien hizo un hallazgo extraordinario. Durante muchos días, mientras pudo andar solo, haciendo sus incursiones por las escombreras o los basureros, mantuvo el secreto de aquella pertenencia, de la que adivinaba un riesgo y

un valor enormes, y que a veces sujetaba en las manos sin que sus ojos logran posarse tan asombrados como inquietos en ella. Los dedos le temblaban al sostenerla, y cuando alguno de los casuales acompañantes de aquellos días lo descubrió, sintió la misma perturbación de la bofetada o la amenaza de la denuncia.

Iba a salir corriendo cuando el proyectil se le fue de las manos y hubo un extraño movimiento y un brillo raro en el metal del mismo que hizo saltar al tiempo al niño tras la pared cercana, mientras el que lo había descubierto corría y gritaba como un descosido.

—Yo no la tiré... —decía Carpo, que recordaba al niño agazapado, y al tiempo del estallido una lluvia de piedras y areniscas, y el temor de lo que reventaba en la onda de la fuerza desatada.

—¿Cuántos días la llevaste escondida en la barriga? —quería saber uno de los que escuchaban.

—Cinco o seis.

—Los mismos que tardaste en quedarte sin ella, desgraciado. Con el agravante de que además de la barriga hubieras perdido las piernas y lo muy poco que entre ellas te colgase.

## 15.

El niño que pervivía como un quiste o una esquirra en el cuerpo y el espíritu del muchacho no era un niño bueno.

Carpo podía hacer un reconocimiento preciso de la maldad que, poco a poco, creció en las intenciones y en las acciones del niño que había sido, no sólo con la voluntad animosa sino también en el resultado inconsciente de lo que al niño se le pudiera ocurrir.

—Fue aquel chaval enfurruñado y rabioso el que me llevó por el peor camino — le dice a Ambrosio—. Yo no puedo ser otro que el que quiso, aunque la vida que tuvo y que le dieron es la mejor justificación de lo que era.

La voz del niño supuraba la incomodidad y el desaliento en los sueños de Carpo, cuando en la multiplicación de los recuerdos se formaba un amasijo que envenenaba las noches hasta que lograba dormirse.

En el sueño Carpo caminaba detrás de él, y a la vuelta de todas las esquinas, mientras el niño iba solo o acompañado, sin que jamás lograra descubrir el rostro del acompañante, se volvía y le hacía un gesto de complicidad para que no dejase de seguirle.

Escuchaba su voz:

—Anda listo y no me dejes. Ven conmigo y no te olvides. Lo que veas no se lo cuentes a nadie.

Casi siempre sucedía lo mismo en el sueño.

A la vuelta de una última esquina no sólo desaparecía el niño, y su posible acompañante, también el relieve urbano se iba esfumando y lo que quedaba era una frontera de pavimento y paredes derruidas, con algún árbol seco que, sin embargo, mantenía las hojas vivas.

Carpo rebullía en la cama. El sueño desembocaba en una terrible desazón.

Volvía la voz:

—Lo que me debes tendré que cobrarlo. Lo que me quitas, lo que me robaste.

El niño alzaba la cabeza tras una de las paredes derruidas, la más lejana, y Carpo apenas tardaba un momento en superar la desazón para correr hacia él.

—Vuelve.

—No me toques.

—¿Qué tienes?...

—Una pupa en la rodilla.

—¿Y en la barriga?...

—Una bomba. Si te acercas la hago estallar.

Ambrosio contempla a Carpo sentado en la piedra e intenta distinguir en él al

niño desarrapado que por un momento mantiene la granada en la mano. Ese niño que Carpo fue y que sigue incrustado en él como una esquirra imposible de extirpar.

El niño sabe que se trata de un tesoro peligroso y que eso lo hace máspreciado. También sabe que el peligro forma parte de la amenaza de su posesión y que esa amenaza le infunde el poder secreto de andar entre la gente como si perdonase la vida a quienes están a su alrededor. La vida que tan fácilmente invierten unos y otros en él con las oportunas bofetadas.

—Malo de malos pensamientos e intenciones... —dice Carpo, cuando en el recuerdo del sueño corre tras el niño que asomó al otro lado de la pared y le hizo burla—. Puedo contarle a usted por dónde anduvo con la bomba y lo que de pronto se le ocurrió. También puedo contarle lo que hizo con la bayoneta que encontró en el mismo sitio que la granada, los Cuarteles de la Remonta en Borenes.

—No me lo imagino —dice Ambrosio, que no acaba de distinguir al niño en la figura inclinada de Carpo, que vuelve a toser y escupe lo que más puede parecerse a una esquirra sanguinolenta.

—En la Iglesia de la Sagrada Forma, una misa mayor. Está pidiendo en el atrio y es una ocasión en que nadie lo vigila. Muchos días se escapa con el regusto de las bofetadas y no hay quien lo encuentre. Acaba la misa y según va saliendo la gente, él entra, apretujado en el barullo. Se lleva la mano al pecho y saca la bomba, la aprieta como si pudiera decidir el estallido. ¿Y sabe usted lo que dice, igual que si rezara o susurrara a los que lo oprimen y empujan?... No me tientes, no me apures, ni me rasques ni me aprecies. Lo que vale la camada y la suerte del bendito. Ve con ojo, no te rías...

—Un chico con esas intenciones no es conveniente —dice Ambrosio, que en la opacidad de las cataratas advierte una sombra esquelética y muy movida.

—La bayoneta estaba herrumbrosa, pero no le fue difícil conseguir unos trapos y aceite. Brillaba. Era larga y afilada como un cuchillo de monte. La llevó durante mucho tiempo sujeta al cinto y oculta bajo la pernera. El día que la perdió tuvo el mayor disgusto de su vida. No le quedó más remedio que tirarla en una persecución. Algunas noches, cuando estaba solo, la sacaba, la ponía sobre el pecho, rozaba con la punta la garganta, llegaba a hacerse sangre. Y en tres ocasiones se la clavó a tres chicos de los que andaban con él en parecidos derroteros. A dos de ellos en los muslos y a otro en el brazo. El filo, la pestaña, el diente, la caricia, decía cuando limpiaba la hoja. No veas lo que rasga, no quieras lo que tientas, no te rías...

Ambrosio siente el reguero de la niebla en la cuesta y escucha las palabras de Carpo como un eco en la humedad. Le parece que el muchacho se pone de pie y que mueve los brazos y las piernas, acaso intentando desentumecerlas.

—Ese niño tenía la pericia del malvado, no lo dude, y lo peor que me queda a él se lo debo, a que fue mío, a que fui yo mismo. Ese niño soy yo, no otro cualquiera, yo

mismo. Uno no sabe lo que las bofetadas contribuyen a que la pericia aumente, para todo se puede encontrar justificación, y la vida no es la misma en el resultado. La vida que se tiene y la que se quiere y la que se merece. Hubo más bofetadas inmerecidas que merecidas, pero más de una llegó cuando era necesaria. Ese crío es un quiste y, por si usted no lo sabe, el quiste contiene humores o materias alteradas, es una vejiga llena de amenazas.

## 16.

Los ojos del ratón.

Lo que Ambrosio Leda distingue, entre las paredes de los solares donde Carpo se ha sentado, en la misma piedra, es el brillo de esos ojos. Uno cualquiera de los muchos ratones que pudiera haber perseguido en las carboneras y los patios de las Escuelas Graduadas donde ejerció el magisterio, o el más diminuto que asoma en la primavera del monte a la puerta del chamizo.

Le miraban con menos atención que desconfianza, y cuando Ambrosio comprobó que era el niño quien lo hacía, sintió un leve estremecimiento.

Lo que los ojos del ratón mostraban de inquietud y curiosidad, los del niño lo hacían con el recelo malicioso de quien es descubierto.

—Lo que ése le haya dicho, allá usted si lo cree. Si yo fuera el quiste o la esquirla, él sería cuando menos la llaga y el chirlo. Nunca pudo aguantarme, siempre pensó que vine al mundo de culo y que la primera leche que mamé estaba agria. Si quiere hacerme caso, no le consienta, deje que se vaya por donde vino. Es la peor compañía.

Ambrosio ve al niño sentado en la piedra donde estaba Carpo. Alza los ojos, intenta que las telillas no le impidan distinguir un poco más allá de la niebla que se posa en las paredes. No logra adivinar por dónde desapareció Carpo. La intención de llamarlo se contrasta con el gesto del niño que le indica que no lo haga.

—Ni se le ocurra, a no ser que quiera vérselas con quien no debe. Usted tampoco tiene el saco limpio, sólo hay que mirarlo. El que camina de noche anda a la zaga de su propia miseria, con muchas más cosas que ocultar que enseñar. No se me despinta. Lo tengo clavado. ¿Quiere que le cuente el cuento del saco que lleva a la espalda?...

—Nada quiero que me cuentes, gandul —dice Ambrosio, enfadado.

—Son buenos consejos, no se altere. Si ya tiene la noche complicada, olvídense de los que vienen a marearlo. El tal Carpo no es trigo limpio. La llaga y el chirlo, lo que supura y lo que jamás cicatriza. Tengo la desgracia de haber sido todo lo que él aborrece, ya ve qué cargo. Todavía, después de aguantarlo sin remedio, me hace la vida imposible. Ni soñando me deja en paz. Y eso que somos el mismo.

El niño gesticula y escupe. El pelo revuelto se le eriza como si lo sujetara la mugre y las piernas se mueven desacompañadas. Tiene algo en las manos.

—Carpo es amigo mío —dice Ambrosio.

—¿Dónde lo apañó? En cualquier callejón oscuro, como el de su mala conciencia, no me diga que no. Además del pulmón averiado, tiene agujereada la cabeza. ¿Por lo menos le dijo de dónde viene huido?...

Ambrosio se le acerca. Lo que el niño tiene entre los dedos es un objeto metálico,

se lo pasa de una mano a otra, juega con él arriesgándose a que se le caiga al suelo.

—Le doy tres pistas, y con cualquiera de ellas puede hacerse a la idea de con quién se las entiende. La Vela del Descarriado no es la peor, aunque cuando pasen lista por la mañana verán que faltan dos internos, uno desaparecido y el otro con un navajazo en el vientre, enroscado en las sábanas ensangrentadas. Vaya luego a Doza y pregunte por el dueño de la Cafetería Buenos Aires. Las lesiones no tenían el precio de lo que había en la caja, que era poco, pero tardaron más de quince días en curarse y dejaron secuelas. Se puede pegar con la mano y se puede pegar con un cortafríos, la diferencia está en la intención y en la inquina. Tampoco tenían precio suficiente las bagatelas del escaparate de Regalos Miranda, en el centro de Balboa. A la chica del mostrador le costaron cuatro costillas y un desgarró en la vagina. Haga cuentas y, si tiene humor, síganos y compruebe cómo el niño se quedó de veras huérfano en manos de ese pájaro que asegura no poder quitárselo de encima. Ese Carpo no soy yo aunque lo sea, la mala ley no me concierne ni me gusta que nos confundan. La granada y la bayoneta son dos juguetes. La infancia me la tiene machacada.

Ambrosio ya no logra desviar la mirada del objeto metálico que va y viene peligrosamente en las manos del niño.

Cuando cierra los ojos percibe un estallido de luz, un ramalazo que lo hace retroceder, como si entre la noche que llega y la niebla que la recibe hubiese un escape de fuerza y aire, parecido al que se produce cuando revienta una rueda.

## 17.

—Las ataduras o las singladuras y la escala correspondiente. Medidas proporcionales en la representación o el vaticinio.

—Es el rastro el que no varía. No nos vayamos por las ramas. La baba del caracol, el salto del saltamontes y hasta el vuelo del murciélago si me apuráis.

—Lo que no obsta para que una mano mida lo que abarca y un pie nos diga dónde llegó. Tanto la mano como el pie tienen la incidencia del cerebro, no son miembros neutrales.

—Se trata de evaluar lo que se pisa, a eso me refiero. No hay mejor cartografía que la que mide quién va y viene. La escala más perentoria es la de los sentimientos, que no son otra cosa que los actos y efectos del ánimo y las impresiones. Nadie anda sin ser lo que es por la urbe que lo amamanta. La urbe no es otra cosa que el mapa de nuestras emociones y necesidades.

—Balma misma, donde me parieron y me partieron el alma. El mismo día en que me rompí el tobillo en la acera de Capitán Cavieda sentí que el dolor era de ella, aunque la factura del Sanatorio Montalvo me tocó pagarla. Desde entonces soy un cojo descreído.

—Pero distinta de esa Ciudad de Sombra que no delimita con nada. ¿En qué geografía se basa la lírica fantasmal?...

—Según quien la entone, no exageremos. Los clásicos ya no tienen escudero, y casi todos los modernos abren el despacho a las diez de la mañana. El poeta dejó de ser un hombre sin oficio ni beneficio. La lírica es el gemido del que descuidó la úlcera.

—Otras escalas, otras direcciones. Ya no hay vecinos reconocibles. ¿A quién saludas cuando vuelves a casa? El callejero tiene las guías desatadas y hay una descripción alterada de las alcantarillas. Dicen que huele a lo que expectoran los internos del Cordial. Balma está extinta.

—Es como si lo celebraras.

—No me conduelo más de lo debido. El último vampiro, el que se seca la lágrima cuando sale el sol, duerme en la tumba del rey Vacceo, en la Cripta de los Monarcas Capitulares, donde Dios nos dio Cortes y Fueros.

—Un rey sin armadura. La solfa de la monarquía malaquita, el pendón de Udierna. Y morganático, para mayor inri, hurtándole la auténtica ceremonia a la Princesa Coralina. No es extraño que el vampiro le robe el lecho.

—Nada es extraño. Por la juntura de las piedras fundacionales se ceban las lagartijas, y el romano que sobre ellas durmió la siesta no es capaz de limpiar la baba.

—Un prelude del caracol. No olvidéis al saltamontes en el escudo de armas y a ese murciélago que yace donde la pobre Princesa lloraba la virginidad sin que el Vacceo lo remediara. Está extinta, puedo jurarlo.



## 18.

En la vela encendida, en el temblor adormecido de la llama, estará la señal que oriente a Ambrosio Leda cuando llegue a la puerta de la Iglesia del Escapulario.

La Calle Confecciones tiene la embocadura confusa, todavía con los escombros no retirados de lo que fue una fábrica de alpargatas adherida a un taller de hilaturas; iguales piedras polvorientas en el desprendimiento y el derrumbe, el mismo montón de espartos y lanas enmarañadas.

Al pie de los escombros está siempre sentada la misma figura, un hombre que parece cavilar ensimismado y que acaso no hizo otra cosa en la vida que aguardar a la entrada de la iglesia la limosna de quien reparara en él.

Ambrosio mira si está encendida la vela en el presbiterio. Lo hace desde la ventana lateral y cronometra el tiempo que le lleva entrar en la iglesia y sentarse donde está previsto cuando brille la llama, en el tercer banco de la nave derecha, a la altura de la Capilla del Desprendimiento. Se acerca a la figura del hombre que al percatarse de su llegada se pone como siempre de pie.

Es un hombre embutido en un capote. Las barbas crecidas como hojarasca, los ojos tamizados por la ceguera de quien perdió el don de ver en una ciudad de sombra.

Ambrosio se sienta a su lado. El hombre acaba de hacer un saludo militar.

—Conforme a lo que el otro día me propuso —dice el hombre, que tiene cubierta la cabeza con un gorro militar—, le cedo la palabra al Rufián Glauco. El anopluro, como usted sabe, me salió parlanchín y está deseoso de contar lo que quiera.

—Soy todo oídos, Valdesamario —dice Ambrosio—. Lo único que tengo que hacer ahora no es otra cosa que esperar a que la vela se encienda.

El silencio contiene la niebla.

En la Calle Confecciones la noche entra despacio.

El viejo olor de las lanas y de las sogas y las esteras de la antigua fábrica todavía exuda con cierta acritud, como si se desprendiese de los pies mal calzados o la roña de un empeine.

Ambrosio cierra los ojos, el hombre ha vuelto a sentarse. El capote se mueve. No se trata del temblor del cuerpo desvencijado y frío de Valdesamario. El movimiento es diminuto, producido por lo que parece un salto o un desplazamiento tan rápido como incontrolado en el tejido.

—¿Al fin escuchas, Capirote? Llevas tanto tiempo escondido que hasta desconfías de los insectos. ¿Es que no te gusta enterarte de la vida del anopluro, que tanto sabe de la condición parasitaria?... El voy y vengo de la necesidad y la simulación te tiene embotado.

—No me apetece echar un cuarto a espadas con cualquiera y, además, es cierto, tengo que cubrirme las espaldas. No hay sopa clandestina ni pescado frito para el huido. La única vida que me cuadra es la de la subsistencia.

—Toma ejemplo. Ni yo ni Valdesamario cobramos por dar lecciones. La peor subsistencia es la de la necesidad pura y dura, la que no admite monsergas, por eso hay que cuidarla. Es igual que el que se queda desnudo y no tiene otra cosa que la piel y la intemperie.

—Las lecciones puedes ahorrártelas, Rufián. No voy a aprender nada de lo que me digas, lo único que puedo hacer es comprenderte, si me esfuerzo.

—Si te callas, puedes escuchar el cric-crac de mi aparato bucal. La maquinaria expeditiva del picador-chupador. Soy un áptero, las alas me la refanfinflan, y en mi calidad de parásito de los mamíferos tengo asegurada guarida y manutención. Valdesamario es un buen mamífero y un huésped paciente, no me quejo, aunque con lo que lleva pasado no le queda ni media hostia. Tres fusilamientos consecutivos y la fiebre que es ahora el único rescoldo donde calentar las manos.

—El tifus, Rufián, el tifus que transmites.

—No lo niego, Capirote. Un tifus exantemático con su erupción y sus descamaciones. No hay que privarse de nada, y Valdesamario es más agradecido que tú, que andas por ahí siempre evitando que la última filaria te eche el diente. Las ladillas que malgastas tienen las pinzas averiadas y son unas guarras vellosas. ¿Desde cuándo se puede comparar a un piojo con una ladilla?...

El hombre intenta ponerse en pie de nuevo, pero no lo consigue.

Ambrosio abre los ojos.

La voz del Rufián Glauco obtiene un siseo muy parecido al salto vertiginoso en la tela del capote.

—Ay, las liendres —dice Valdesamario, con la angustia de un padre aquejado por el precario destino de los hijos sobrevenidos, y que no puede dejar de rascarse—. Los póstumos y los bastardos...

## 19.

La cara de Valdesamario es la misma que la del Cristo yacente de la Capilla del Desprendimiento. Un Cristo que tiene roto el brazo derecho y los agujeros de las balas en el vientre, y que permanece retirado a un lado del altar en la urna de la que saltaron todos los cristales en alguna explosión.

—No es que el Cristo y yo nos parezcamos —dice Valdesamario cuando el piojo se calla—, es que somos la misma persona. Yo era el Cristo descolgado de la cruz y echado en la cama con el cuerpo del muerto que me correspondía y que luego podría resucitar, y él un furriel del Cuartel del Calvario donde le pegaron los tiros que tiene en la barriga, los mismos que agujerearon la mía.

La primera vez que Ambrosio vio al Cristo tuvo un sobresalto. Lo había rozado con el pie mientras se disponía a sentarse en el tercer banco de la nave derecha según le habían ordenado, cuando la vela del presbiterio acababa de encenderse.

La urna estaba desvencijada y el Cristo permanecía inclinado sobre el costado izquierdo y mostraba el brazo derecho roto, un apéndice suelto que tenía la longitud de un leño oscuro marcado por las venas.

Era también la primera vez que Ambrosio llegaba a la hora convenida y lo hacía con mucha prevención, lleno de temores y reservas.

A la Iglesia del Escapulario sólo había entrado anteriormente en una ocasión, huyendo de lo que le pareció un solapado perseguidor cuando intentaba alcanzar el Callejón del Cuenco en un regreso matutino lleno de incómodos encuentros, cuando la noche, como a veces sucedía, acumulaba más alertas y sospechas de las razonables, y por las calles de la Ciudad de Sombra la organización de su rutina modificaba los pasos y hacía demasiado laberíntica la orientación de la voluntad urbana.

La vela estaba encendida y en la semioscuridad del Escapulario apenas rechinaban las maderas resacas de los altares, algunos de ellos medio desmoronados, o se escuchaba el goteo de una pila bautismal o el aleteo de un pájaro que hubiese anidado en un resquicio de la techumbre.

—La misa no tiene consagración y la casulla del cura está completamente remendada. Tampoco hay homilía. El cura ventila como puede el Santo Sacrificio y, al acabar, no dice *ite missa est*, sino se acabó lo que se daba. No te fíes de que se vaya a la sacristía, puede salir por piernas por donde menos lo esperes pero, en cualquier caso, sabe que eres el feligrés y que recoges inmediatamente lo que deja en el sagrario. Es un paquete pequeño.

Ambrosio aceptó la encomienda. El hombre, que estaba cojo, llevaba varios días detrás de él. No le perseguía ni le vigilaba, no infundía otra suspicacia que la de buscar la mejor ocasión para atajarle. El hombre le había pagado sucesivas copas, en

noches seguidas en el Galpón y en el Galimatías.

—La pericia del transportista... —le dijo, tras las convincentes palabras que ofrecían un dinero modesto pero proporcionado—. No sé por qué demonios la vida me enseñó que el más discreto es habitualmente el más pobre. El saco que arrastras es un buen aval de la miseria. Y las cataratas que tienes evitan que veas más de la cuenta. Un momio para este negocio. La pena es que en el Escapulario no se puede comulgar.

El Cristo se movió en la urna en una ocasión, cuando Ambrosio aguardaba a que volase la casulla remendada, ya que el oficiante, antes de desaparecer, solía quitársela con presteza y tirarla al otro lado del altar.

De suyo la casulla remendada era la contraseña de que todo estaba en orden o de que, como le habían advertido, no había moros en la costa.

—Soy yo con parecido dolor —dijo Valdesamario—. El manco en la cruz y el penitente con el madero a cuestas. También soy el ciego a quien Cristo quiso curar y no pudo. El parecido está en la comparación de un mismo camino sobrenatural, quiero decir que el Hijo del Padre se aviene a que un pobre pecador, ciego y menesteroso, huésped de un piojo verde, sea ungido en la benevolencia.

## 20.

Cuando el Cristo se volvió, Ambrosio pudo comprobar que el brazo derecho además de roto estaba suelto.

El esfuerzo que el Cristo hizo para sentarse era mucho más costoso que el que hacía Valdesamario para ponerse de pie. Con la mano izquierda el Cristo cogió el brazo derecho, y cuando Ambrosio vio que lo llevaba al hombro sintió la angustia de imaginarlo con la disposición de un máuser.

Valdesamario siempre se ponía de pie y saludaba militarmente. El Rufián Glauco le afeaba aquella manía castrense. El Cristo se rascaba la espalda. Guiaba el brazo con mucho cuidado, arrastrando los dedos de la mano por la piel.

—Era lo último que podía imaginar —dijo Ambrosio—. Si a Dios le pica la espalda, no es sólo la humanidad quien la tiene escocida.

—Le pica tanto como a mí —afirmó Valdesamario—. La providencia no resuelve las precariedades de la depauperación y la roña. Ese pobre leño que tiene mi cara, y los mismos tiros en la barriga, está tan escocido como irredento, quiero decir que el Padre lo desautorizó cuando decidió alistarse y, además, para mayor inri, en el bando equivocado.

—Uno y Trino aprendimos en la escuela. El Espíritu Santo no era una paloma mensajera, y con san José y la Virgen nos hicimos un lío. La paternidad no estaba en entredicho, ya que Dios andaba por el medio. Pero otra cosa es ver al Señor escocido. Tirado en el suelo y rascándose como si tuviera urticaria, ¿o es el propio Rufián quien lo muerde?...

—A mí me dejáis en paz —dijo el Rufián Glauco—. No es la madera el medio de los anopluros en ningún caso. Nos gustan los pelos y los tejidos y a ese pobre madero lo raparon y le esculpieron un taparrabos indecoroso, por mucho que lo llamen el paño de castidad. Los piojos no compaginamos la divinidad con la comezón, nada sabemos de rascar y rezar.

El Cristo volvió a la posición yacente, ahora tendido completamente de espaldas. El brazo roto lo mantuvo sobre el pecho.

—Es un Cristo condolido —dijo Valdesamario—. Al dolor de su profesión se añade el de la orfandad. El Padre lo tiene desautorizado, el Hijo se hizo brigadista. No hay razones ni sentimientos ni ideologías que justifiquen la caridad y la misericordia de su militancia. Todo lo echó a perder durante el Desprendimiento. Fue entonces cuando se les escapó de las manos a quienes lo bajaban y cayó al suelo, igual que los mortales caemos al mundo.

—No me hago a la idea —dijo Ambrosio conturbado.

—Calla y escucha, Capirote —dijo el piojo—. El huésped Valdesamario sabe algo más que las tres reglas y las faltas de ortografía. Escucha al propio Cristo, que es quien habla por su boca. ¿No te diste cuenta de que tienen la misma cara y son

primos hermanos?...

—Hay tantos cristos —dijo Valdesamario, que acababa de quitarse la gorra y se rascaba la cabeza— que ya no existen cruces suficientes para colgarlos.

## 21.

La vela se enciende en el presbiterio.

Una llama trémula en la semioscuridad de la Iglesia del Escapulario que es el aviso para que Ambrosio llegue al tercer banco de la nave derecha, donde el Cristo volvió a coger la postura reclinada en el costado, tirado en el suelo y con el brazo suelto entre los cristales estallados de la urna.

—No puede estarse quieto —dijo Valdesamario—. La comezón, las escoceduras. La verdad es que la mayoría de los huérfanos tenemos ese mismo prurito. Las úlceras y los sabañones del Hospicio. Hay que haberse muerto de hambre y de frío para apreciar lo que cuesta la redención de los pecados.

El oficiante tarda más de lo normal en aparecer y, cuando lo hace, no puede estar seguro de que sea el de siempre. La casulla remendada le queda excesivamente corta y en los movimientos por el altar se nota más torpeza de la debida, como si improvisara la celebración o tuviera demasiada prisa o desconociese lo que se trae entre manos.

Los ojos de Ambrosio se acomodan a la semioscuridad y en el temblor de la niebla, que vierte desde el tejado roto de la iglesia un incienso húmedo y un olor de maderas polvorientas y resinas astilladas, presiente que las naves no disponen del olvido que las arrumbó.

Lo que huele y lo que rechina, el mismo goteo de la pila bautismal, componen un raro eco que percute en su ánimo, con menos sosiego o alteración con que percuten en su conciencia las voces de Balma, los ruidos y las palabras que parecen contenidas en un manantial que acompaña sus pasos, como si en el discurrir del escondido todo confluyera para que las voces de la Ciudad de Sombra alimentaran su experiencia y su memoria.

Las palabras de Balma no tienen la impronta de las piedras y los pavimentos y, sin embargo, detallan la espesura urbana de una contribución de vidas y vicisitudes.

En la Ciudad de Sombra las voces no calmaron ni colmaron los parajes, no se disiparon en la medida de su actualidad o de su finitud, quedaron esparcidas en cada tramo o en cada recodo, donde las paredes se sostienen o se derrumban y donde las esquinas indican una posible vuelta en el destino de cada habitante.

—Tantos como murieron, tantos como mataron o desaparecieron sin que el rastro imprima la huella de una decisión o un imprevisto... —dijo alguna vez Lepo Corada, que disimula en la condición del gacetillero la del poeta vergonzante, y que siempre que se encuentra con Ambrosio pugna por que le muestre lo que lleva en el saco, convencido de que Ambrosio acarrea un tesoro.

—El de la mísera subsistencia, no otro. Los cuatro desperdicios, el mendrugo y

las mondas.

—Con él al hombro en todas las noches que puedo recordarte. Nadie guarda con tanto ahínco lo que no tiene más valor que la miga que llevarse a la boca.

—Vivo de los detritos, de lo que Balma descompone y tira. El saco no es otra cosa que el utensilio del buscador.

—Por ese conducto no te queda más remedio que avistar a los muertos que no se resignaron, o a los vivos que no comparecieron cuando fueron requeridos para saldar la cuenta de su vida. Eres un alma errante, amigo Leda. Con los cuatro vasos que compartimos las noches gemelas puedes contarme las mil historias que más te gusten, yo te escucho sorbo a sorbo y ya te digo que lo que más me jode es que no me enseñes lo que llevas en el saco.

—Pueden ser esas mismas palabras, Lepo. No te pongas pesado, los mendrugos y las palabras. Las voces anónimas de los que no se resignan, como tú dices. Hubo más muertos que razones, no lo dudes.

Lepo Corada tiene el perfil de la sabandija. La gacetilla es el género de su cortedad de miras, algo que también se sostiene en las gafas del miope desorbitado. La condición del poeta vergonzante mantiene, sin embargo, un secreto refinamiento en el espíritu. La vergüenza le intercepta la escritura, y en la concepción de sus sonetos hay un ejercicio mental que hace tan obsesiva como inacabable la composición. Nadie conoce esa obra recóndita de la que, apenas en alguna ocasión, recita un terceto.

—Es por si quieres escucharlo, amigo Leda. Endecasílabos. Arte menor, consonancia, tercerilla. La música de quien siente por lo que hace más grima que vehemencia.

—Lo que te acepto es otra copa —decía Ambrosio cuando Lepo entrecerraba los ojos y enfilaba el verso con la tentación de un recuerdo malogrado—. Y te pido que me dejes el saco en paz, ya es bastante castigo cargarlo a la espalda como el muerto que no supimos enterrar.



## 22.

El oficiante se mueve nervioso en el altar.

En algún momento alza la casulla para liberar los brazos y las manos y cuando Ambrosio cree que se vuelve con la intención de bendecir y dar por finalizada la celebración, alguien le requiere desde el banco de atrás.

—¿Usted sabe si con esta misa se cumple el precepto?...

Es una mujer enlutada, de cabello gris recogido en moño. Sujeta en las manos un misal y tiene el velo prendido en lo alto de la cabeza.

—No lo puedo asegurar —dice Ambrosio sorprendido, mientras comprueba que el oficiante da un traspié y está a punto de caer por las escaleras del altar.

—Son tan pocas las ocasiones de oírla —dice la mujer suspirando—. Tan pocas y tan raras. El Escapulario lo tienen completamente desatendido, el agua de la pila bautismal es de lluvia y las reliquias del ara no son de fiar, ya sabe usted que los dos ladrones del Calvario eran de la misma catadura.

El oficiante se quita la casulla y la deja en el altar. Ambrosio lo ve bajar las escaleras con la presteza del Cojo y reconoce al hombre que le tiene contratado.

El Cojo jamás dijo cómo se llamaba. Sigue siendo la figura volátil que le ataja algunas noches en el Galpón y en el Galimatías, con la confianza de un entendimiento sin suspicacias.

Ambrosio sabe lo que tiene que hacer los días de la semana que en la iglesia se enciende la vela, exactamente los martes y los viernes si no hay novedades, y cumple las entregas de acuerdo con lo establecido.

—El cura es de verdad. No se trata de decir misa, pero sí de que las apariencias eviten las sospechas. Un cura que sufrió los gajes del oficio y se quedó a verlas venir. Perdió la fe pero no se quitó de encima ni la esperanza ni la caridad... —le había dicho el Cojo.

El oficiante le hace alguna indicación a Ambrosio según camina igual de veloz hacia el atrio, y Ambrosio duda en acercarse al altar para recoger el paquete del sagrario o ir tras él por si tiene algo urgente que decirle.

Nunca el Cojo estuvo en el Escapulario, siempre ofició el cura verdadero y en muy raras ocasiones tuvo Ambrosio la compañía de un feligrés.

—El Cristo del Desprendimiento está, como usted sabrá, desahuciado —dice la mujer a sus espaldas—. Lo pueden hacer leña porque ni siente ni padece. La madera de Dios se vuelve como la encina o el roble de la que procede. Yo le juro que no enciendo la estufa, pero un día del pasado invierno llevé a casa con intención de atizarla el brazo de ese pobre crucificado.

Ambrosio se pone de pie, arrastra el saco.

—Si el precepto se cumple, estamos contentos. La plegaria más barata es la de quien madruga, y usted y yo asomamos más pronto que nadie. La pena no es ver desahuciado al Cristo sino a la santa Colunga desaparecida. Una hornacina de tanto respeto en lo más vistoso del templo y sin que ella la ocupe. Esa santa es la mediadora entre la codicia y la renuncia. Si la viese por casualidad, le rogaría que le diese recuerdos de Emilia Cema, fui muy devota suya.

## 23.

No hay nadie en el atrio.

Un soplo de niebla como una escorredura que fluye entre los escombros de la Calle Confecciones.

Ambrosio vuelve a dudar entre recoger lo que dejaron en el sagrario y lo que el Cojo pudo advertir con su indicación de que le siguiese.

La niebla contraviene el silencio, igual que en un piso vacío donde dejaron el grifo abierto y el agua repica en el fregadero con la inquietud de su derroche, mientras todas las habitaciones están cerradas.

Lo que las cataratas de Ambrosio incrementan cuando en cualquier momento de indecisión o extravío se queda más desamparado, no es otra cosa que verse descubierto, como si en la indefensión se intensificara la opacidad del cristalino y la amenaza lo atenazase.

No es su nombre lo que escucha, aunque el escurrir de la niebla arrastra nombres y, como dice Lepo Corada, el gacetillero, también voluntades.

—La niebla es el fenómeno natural más estupefaciente, amigo Leda. Oscurece la atmósfera y trastorna el sentido con la misma impaciencia que el sueño, con el agravante de que crea adicción. Se ansía vivir en la niebla perdiendo la conciencia y la sensibilidad que proporciona su humedad narcótica. Los nombres que arrastra son llamadas, incitaciones, reclamos. Recuerda, por ejemplo, el canto de las sirenas y a Circe robando las voluntades. Tú, además, amigo Leda, tienes el antecedente de una mancha en la córnea...

El Cojo está en la esquina, dando saltos, como si la pata buena se hubiese lastimado en la carrera y la mala no le perdonase el esfuerzo.

—Hay moros en la costa —dice sin poder estarse quieto—. El cura malvendió el viático y ya no quiere saber nada de misas y alijos. Yo mismo he tenido que venir y jugármela, ya viste la incompetencia del Santo Sacrificio, una burla que puede rondar el sacrilegio. Soy cristiano, no practicante pero sí creyente, y jamás se me ocurrió pintarle bigote a Dios.

—Entonces ¿qué hago?... —quiere saber Ambrosio, contagiado por el nerviosismo del Cojo.

—¿Cómo que qué haces, es que no has recogido la mercancía del sagrario?...

El Cojo baila. La música de la pata demediada tiene un estribillo inspirado en el raquitismo y la desnutrición. El mechón de cabello que le cae sobre la frente no puede aliviar la ceñuda preocupación que le corroe el ánimo.

—Me equivoqué contigo, metí el rejo hasta donde sólo el renco lo dobla. No eras el momio que pensaba para un negocio sencillo pero delicado. Ni el más discreto es el más pobre ni las cataratas que tienes evitan que veas más de la cuenta. Estamos jodidos.

—Vuelvo y lo recojo —dice Ambrosio contrito.

—La morisma anda esparcida y al acecho. Yo soy cristiano, y me conduelo de que un sagrario haga de escondrijo, pero peor lo tiene el cura renegado. Tú no tienes perdón de Dios, sabes de sobra que la mercancía debe durar allí lo que la vela y la misa. Vuelve y no rechistes. Los de la costa suponen la misma amenaza que llevó a la cristiandad a la Reconquista.

El Cojo cae al suelo en una de sus piruetas.

Ambrosio queda desconcertado entre la niebla escurrida que viene de la embocadura de la Calle Confecciones.

La opacidad, como bien sabe, es un aviso de la ceguera, esa indeterminación entre lo oscuro y lo diáfano que va royendo la córnea, en igual medida en que la vida se desgasta entre la desgracia y la felicidad, sabiendo que la suya sólo obtiene una corrosión.

—¿Y los clientes?... —quiere saber Ambrosio en cualquier caso.

El Cojo se incorpora con dificultad.

—El reparto no varía. Cada cual sabe lo que le corresponde y, como siempre, ellos te buscan. Otra cosa es que suspendamos definitivamente la misa. Si hay suerte, y todo sucede sin contratiempos, ya nos avisamos. He gastado contigo demasiada confianza y ahora, ya lo ves, la apostasía o el perjurio o la profanación. La burla de la misa enoja a Dios más que cualquier cosa, soy un puto blasfemo, no estoy ordenado.

## 24.

No hay nada en el sagrario.

Ambrosio ni siquiera tiene que accionar la llave, la puerta está entornada. Palpa con avidez el interior vacío.

—Esa cueva del Cristo sacramentado —dijo un día el Cojo, cuando le pagaba a Ambrosio y el humo del Galimatías se mezclaba en sus ojos con los efluvios del alcohol— es la del tesoro pesaroso y culpable.

El tesoro ha desaparecido. El pesar de Ambrosio no deriva en la culpabilidad sino en el miedo. No es capaz de asimilar la sorpresa. Cierra la puerta del sagrario, vuelve a abrirla, rebusca ansioso, desconfiando de la mano que tiembla frustrada.

—Cualquier sospecha, la más mínima advertencia —dijo el Cojo cuando concertaron el negocio— y pones pies en polvorosa. La garantía del trato es que podamos llamarnos andana en cualquier momento, y que nadie nos señale con el dedo. El saco me gusta, un pobre y un saco, el mismo san Picio con los huesos del perro perdiguero.

Ambrosio se vuelve, dispuesto a salir corriendo.

En ese instante la Iglesia del Escapulario tiene la resonancia del vacío como un eco obstruido, y en la atmósfera de humedad e incienso se percibe también la emanación de las cenizas entre los cascotes.

—La quemaron seis veces —escribió el gacetillero del *Vespertino*, cuando el Obispado decidió que a falta de dinero para reconstruirla era mejor desacralizarla—, y en todas ellas se mantuvo intacta la llama perfumada del pebetero.

Baja las escaleras del altar y apenas da tres pasos por la nave central, cuando la voz que lo detiene con la autoridad de una súplica le hace recelar y cerrar los ojos.

—Ahora no me lo va a negar —dice la mujer que afirmó llamarse Emilia Cema—. Disimularlo le será imposible. Venga conmigo, todavía queda medio confesionario en pie, junto a la hornacina de la santa desaparecida.

La mujer ya no lleva el velo en la cabeza, debió de perderlo. Ambrosio no es capaz de reaccionar, tarda un momento en ir tras ella y en seguida piensa para animarse que puede haber cogido el alijo.

El confesionario tiene intacto el asiento y un tablero lateral. El otro tablero y la compuerta están a un lado, convertidos en un montón de astillas.

Emilia Cema le indica que se siente y Ambrosio lo hace con la prevención de quien no controla lo que sucede. Sujeta con fuerza el saco entre las piernas. La mujer no es tan mayor como pudiera haber pensado, las canas del moño delatan acaso más descuido que edad.

Ella se retira a un lado y en seguida escucha su voz tras la celosía del tablero. Se ha arrodillado y acomoda la voz al silencio de la nave, como si pretendiera evitar la resonancia de las palabras, ajustar el secreto de lo que parece una confesión.

—No podía negarlo. Le vi ir al altar, abrir el sagrario, consumir con urgencia las sagradas formas antes de que fuera demasiado tarde. Esa misa parecía una pantomima, no valía para cumplir el precepto, pero usted puede administrar el sacramento de la penitencia, usted era el capellán antes de los fusilamientos.

—Soy un seglar —dice Ambrosio cohibido.

—Yo soy la mayor pecadora del mundo. Podría parecer una feligresa cualquiera, hasta una beata si fuera el caso y, sin embargo, tengo en la conciencia esos pecados que pesan como las piedras del río. La calumnia, la denuncia, la soberbia, el aborrecimiento. Los malos pensamientos, las peores acciones y, al fin, para rematar la faena y que nada falte, la lujuria. La absolución no la merezco pero acaso la misericordia pudiera aliviarme el alma.

En el silencio de la nave estalla un ruido, algo que se desgarrar de alguna pared.

—¿Qué me dice?... —inquiérese la mujer.

—¿Dónde podría encontrar lo que se llevaron?... —suspira Ambrosio, y al mover la cabeza choca con la celosía y asusta a la mujer.

—El mayor robo cometido en el Escapulario fue el de santa Colunga. La desaparición es un secuestro en toda regla. Yo le puedo decir, y que Dios me perdone, que tanto el ojo que le saltaron, aunque fuese de cristal, como la castidad en entredicho forman parte de la misma componenda. De lo que se llevaran, fuera quien fuese y si a usted le afecta, ella podría dar alguna razón.

—¿Usted me asegura que no vio a nadie en el altar, además del cura falsario y de mí mismo?...

—Yo tampoco soy de fiar, no quiero vanagloriarme, pero le juro que no. En el Escapulario hay murmullos y murmuraciones. Los feligreses que callaron cuando debían gritar, los fieles que encomendaban a Dios el alma que ya habían malvendido. Es cierto que algunas mañanas veo la mano de algún espíritu encendiendo una vela en el presbiterio, o escucho al Cristo del Desprendimiento bostezar o espurrirse.

—Alguien que cogió algo del sagrario.

—Usted mismo consumiendo las sagradas formas antes de que fuera demasiado tarde.

## 25.

Hay una plaza que Ambrosio no recuerda y no sabe lo que tuvo que hacer para llegar a ella, tampoco logra pensar que se trata de un desvío no habitual en sus pasos o del conducto desordenado de los mismos.

—La Plaza del Mirto —le dirá poco después Limo Baro, que le echa el alto agitando el pañuelo desde los bajos del arco más desprendido. El pañuelo de Limo Baro es como la bandera esquilmada del último fortín, donde los muros acaban de recibir un cañonazo.

Ambrosio corre. La niebla torna opaca su dirección. La noche que la envuelve y la deslía no termina de espesarse, es como si en la misma madeja los hilos no recogieran sus vueltas.

Lo que Ambrosio decide es que si se da prisa puede alcanzar al ladrón, aunque no exista una opción determinada en su seguimiento. Barrio Norte, solares, ramificaciones en las correderas que bajan sin criterio, la excitación de atraparlo donde sea y como sea.

Cuando se corre sin sentido se asume el riesgo de no llegar donde se debe, y correr no es algo que él haga con frecuencia.

Las piernas de Ambrosio tienen el desgaste de un reumatismo larvado en la humedad del monte y en las riberas del Nega, donde tantas noches se quedó dormido. Las inflamaciones, que coinciden sospechosamente con los rotos del pantalón, son la señal de la pertinaz dermatitis que en alguna ocasión el doctor Viñuela diagnosticó con escepticismo.

—Eres un pobre de solemnidad —dijo el Doctor—. No te puedes curar de lo que tu condición procura. Una alteración patológica, circulatoria, hinchazón, erupciones, lo que compete y corresponde a la mala vida que llevas. El que se arrastra tiene esta recompensa nociva, intenta no rascarte demasiado.

De pronto Ambrosio se percató de que el seguimiento que hace, con la carrera que le está poniendo el corazón en la boca, es más improvisado que productivo. Nada sabe del ladrón del alijo, nada puede vaticinar de lo que haya hecho ni de la dirección que haya seguido, y es en ese momento cuando también se da cuenta de que acaso no corre tras él sino impulsado por la sensación de que es a él a quien persiguen.

—No me extraña —le dirá en seguida Limo Baro, cuando le echa el guante, todavía con el pañuelo en la mano como la bandera del que dio el último aviso—. Una parte crucial del problema que padezco consiste en avistar al culpable, seguirle para comprobar la fechoría, constatar que la vergüenza me pone la cabeza como un bombo y, después, desde el escondite que es el puesto de vigilancia, salir por piernas con la idea de que viene detrás de mí, lo que puede suponer que viene a por mí.

La Plaza del Mirto se desmorona.

Es un hundimiento garantizado y por eso ni siquiera hubo declaración de ruina; sus vecinos la abandonaron sin otra alternativa y nadie la cruza.

—No pensé que todavía existiera —dice Ambrosio, convencido de que, después de tanto tiempo, no era posible reconocer lo que había desaparecido—. Oí que en el derrumbe de una de las casas murieron dos viejos.

—Un matrimonio de sordomudos —asegura circunspecto Limo Baro, que percibe el desconcierto en los ojos nublados de Ambrosio—. Los que no preguntan y los que no oyen están más solos que los que no ven. A los viejos los sepultó la imprudencia, pero también la desidia de un vecindario egoísta.

La Plaza cruje.

El polvo que se derrama sobre la cabeza de Limo y de Ambrosio, que se quedan quietos junto a la columna torcida del soportal, es como la cal cernida que blanquea el pelo.

—Un barco a la deriva —dice Limo Baro con menos miedo que asombro, escuchando el eco del crujido, el desvío en los calcañares de la cimentación, acaso acostumbrado también al ruido de los cañones—. Un mar alborotado en el subsuelo, el averno de la arquitectura.

—Se nos cae encima —dice Ambrosio, medroso.

—Poco daño que contabilizar. A los sordomudos no hubo que pagarles el entierro, lo llevaban con ellos, y tú y yo no tenemos que congraciarnos con nadie. Un funcionario del Catastro que perdió la estima, que es lo que yo soy, bien puede censar la última finca que se le cae en la cabeza...



## 26.

El trueno rompe la noche y la niebla, separa lo que no acaba de juntarse, pero no es el trueno de la tormenta sino el del desmoronamiento de la Plaza del Mirto.

—Ahora es verdad que desapareció —dice Ambrosio, que camina tras Limo Baro, percatándose de que no lleva pantalones; la chaqueta muy holgada le cuelga sobre los muslos desnudos y los calcetines negros tienen un brillo satinado sobre las pantorrillas. También aprecia el negro pulido de los zapatos.

Los pasos de Limo no pueden disimular el vaivén de los pies planos, hay una fluctuación escorada que tiene mucho que ver con la propia inclinación de su mente, siempre desnivelada hacia alguno de los costados en que se confunden sus ocurrencias.

—Necesitaba un testigo y apareciste en el mejor momento —dice Limo, y aprieta el paso rascándose el culo, mientras Ambrosio se esfuerza para llegar a su altura—. La Plaza se fue al garete, ya era hora. Un borrón o una tachadura en el padrón urbano; me ocuparé del correspondiente asiento, si es que la cabeza no me revienta antes, ya te dije que la tengo como un bombo. La estima perdida del funcionario se corresponde con su vergüenza, y hay un culpable de la fechoría que tanto me concierne.

Todavía el trueno tiene una réplica y en la calle empedrada donde se detienen un instante hay un temblor subterráneo.

—Las catástrofes siempre son ruidosas —dice Limo, que vuelve a caminar deprisa, pero yéndose hacia un lado como si alguien tirara de él— y, sin embargo, en la vida privada el ruido es un estertor. Se altera de igual modo el orden regular de las cosas, pero lo que estalla es el desorden de los sentimientos y las emociones. Me refiero a la intimidad y, por supuesto, a la autoestima echada a perder y a lo que un traidor puede hollar en su beneficio y en el oprobio del paciente funcionario. Habría que izar la función pública como el estandarte de la probidad, en la vida no vale cualquier gallardete tiñoso.

Ambrosio le pide a Limo que no vaya tan rápido.

—No sé si te casaste... —inquire Limo, que se vuelve y alza la mano derecha en lo que puede ser un gesto compasivo.

Ambrosio niega sin convicción, acomodando el saco al hombro.

—Yo lo hice. La cruz es larga, el penitente arrastra un madero lleno de aniversarios. Lo que dura el amor es lo que persiste la costumbre. No tuve la suerte de llevar los pantalones en el matrimonio, no podía comparar mi autoridad con la de mi esposa, quiero decir que también en los esponsales sufría la condición del cantamañanas. Ella siempre tuvo la voz de mando.

La voz de Limo va y viene del mismo modo que sus pasos se alejan y regresan. Su existencia está llena de los vaivenes con que las presunciones y las evidencias

hacen que la cabeza funcione al mismo ritmo de los pies planos.

—Diecisiete de Capitán Guisasola —dice en la esquina a la que Ambrosio se asoma por indicación suya—. Una calle apacible en el Barrio de la Conveniencia, del que es cabecera. No hay otra en Balma que haya salido tan ilesa de la Contienda y la especulación. ¿La reconoces?...

Ambrosio sopla sobre la niebla que descompone algunos mechones en el pavimento. Es un humo ralo y, tras el esfuerzo de seguir a Limo durante tanto rato, sosiega la respiración y relaja los músculos de las piernas que se enquistaron.

—No la frecuento.

—El diecisiete es el de la fachada de ladrillo visto. Vas por la acera como si tal cosa, el portal está abierto. Subes al segundo derecha, también la puerta está entornada. Por el pasillo, a mano izquierda, la primera habitación. Si la alcoba conyugal fuese de veras el nido de la concordia y la complacencia, otro gallo me cantarían...

Ambrosio escucha un sollozo. Limo disimula con un carraspeo.

—Vas y vienes. Avistas el desaguado, los restos del naufragio. Eres mi testigo. Las huellas de la fechoría son las que menos nobleza inspiran en las servidumbres del amor. No te creas que el Catastro me sirvió para afianzar la propiedad de los sentimientos. ¿Quieres dejarme el saco?...

Ambrosio le da el saco a Limo, que fuerza un guiño con el ojo izquierdo. El sollozo se corresponde con una lágrima que no acaba de brotar.

—El testigo y el mayor confidente —susurra Limo Baro—. El secreto del hundimiento de un matrimonio no tiene que ser menor que el del Mirto. Se desmorona lo que se prometió en el sacramento. Ni se te ocurra hablar con nadie. Lo que quieras cobrarme lo ajustamos luego, en cualquier caso el precio es lo de menos, hay encargos que se llevan a cabo por pura amistad. Lo comido por lo servido.

Ambrosio camina inseguro por la Calle del capitán Guisasola. No da media docena de pasos cuando se vuelve, sin que Limo deje de mirarle.

—El saco. Prefiero llevarlo.

Vuelve con el saco al hombro. Sopla en la niebla como si lo hiciera con el humo de un cigarrillo. En la dirección de la Calle, por las aceras que marcan su línea recta, nada se mueve; el silencio expande la quietud y ninguna de las farolas está encendida.

El portal del diecisiete está abierto. Las escaleras tienen un brillo encerado que facilita distinguir los peldaños. La mano derecha de Ambrosio sigue la ascensión acariciando el pasamanos, que también tiene un brillo encerado.

Se detiene un momento en el descansillo del primero y escucha un ruido. Busca un hueco entre las puertas, contiene la respiración.

## 27.

El ruido es de pasos, acaso en el descansillo del cuarto o del tercero. La oscuridad no permite otra observación que la del brillo de la cera.

Los pasos alcanzan la escalera, se acentúan; alguien está bajando y lo hace con prevención, se detiene cada cuatro o cinco peldaños.

Ambrosio contrae la espalda en el hueco, el saco cogido de la mano y reposado en el suelo. El que baja es un hombre, una figura espigada. Los pasos denotan unas botas que amortiguan el peso en la madera, camina con cuidado.

Cuando cruza el descansillo del primero, donde Ambrosio se esconde, la figura hace un aspaviento, igual que si se quebrase o intentara espantar un fantasma que la retuviera. El silencio delata su inmovilidad. Se escucha un ahogo, luego una respiración agitada, más tarde el peso del cuerpo que se desploma.

—Auxilio... —pide la voz, al cabo de unos minutos, y Ambrosio mantiene la tirantez del cuerpo en el hueco, y siente la contracción y el dolor en los músculos de las piernas.

El silencio persiste. El hombre se mueve en el suelo, se arrastra.

—Auxilio... —vuelve a solicitar.

Ambrosio duda pero, al fin, decide no hacer nada. Soportar la oscuridad y el silencio incrementa la tensión muscular. Cierra los ojos, los abre. El puño de la mano aferra el saco con la fuerza de un estrangulamiento.

Parece que la niebla invade el inmueble, que entra en el portal y sube por las escaleras como una emanación. La niebla que es el humo tóxico que hace toser al hombre, retorcerse en el suelo mientras se arrastra. Es una tos estrepitosa que revienta los pulmones y exprime la respiración hasta que el hombre queda exánime.

La petición de auxilio apenas es audible. Ambrosio reprime un estornudo. La niebla dificulta su respiración, le produce un picor en la nariz.

El hombre cruza el rellano, llega al borde de la escalera; además de arrastrarse ha podido avanzar arrodillado, haciendo más fuerza con los brazos que con las piernas.

Ambrosio siente que se pone de pie. La respiración convulsa y el conato de tos reprimido con esfuerzo. Intenta asirse al pasamanos, parece que lo logra.

—No hay perdón para el que es incapaz de echar una mano a quien se dobla —dice el hombre con la voz cavernosa del que está resentido—. Ya puede verse en otra igual que no habrá piedad sino la misma cobardía...

La voz mezcla el rencor y el aborrecimiento y Ambrosio hace un esfuerzo para no darse por aludido.

Escucha los primeros pasos del hombre en los peldaños y todavía la voz que rezonga lo que no acaba de entender, pero que tiene en la murmuración el sonido del exabrupto.

Los pasos son lentos, indecisos. La tos corroe la caja torácica. Ambrosio se

dispone a salir del recoveco, alza el saco, y en ese momento la tos revienta con mayor estrépito, como si el humo intoxicara al hombre y lo hiciera retorcerse, inevitablemente compelido a caer por las escaleras.

Cae sin remedio. No es el derrumbe del Mirto, es un despeñamiento en el vacío que se abre más allá del humo y la oscuridad. La tos se quiebra y alimenta un grito de desesperación que se contrapone a los sucesivos alaridos de dolor y al lamento final con que el cuerpo estrellado se conduele en el suelo, adonde fatalmente llegó y no sin dificultades.

Lo que Ambrosio escucha en el trance de la caída no es otra cosa que una música de objetos desparramados, como si el cuerpo soltara en el desplome un tesoro de plata que se esparce al perderse. Podría jurar que la mayor parte del tesoro no es otra cosa que piezas de cubertería, sobre todo las cucharillas que tintinean saltando por los peldaños, chocando en la pared, llegando en tropel al suelo del portal.

No hay solicitud de auxilio, sólo quejidos, palabras gruesas, maldiciones. Tras el estrépito sobreviene el silencio; el inmueble no se conmociona, nada rebulle, ninguna puerta se abre con la alerta del peligro o la curiosidad.

El cuerpo tendido del hombre mantiene la respiración costosa, cuando las palabras gruesas ya no llegan a la garganta, y lo que Ambrosio corrobora es que nada se ajusta mejor al desafuero del destino humano que un abismo al pie de una escalera.

—Una hostia —suspira el hombre—. Una gran hostia. La necedad del expósito, el delirio del gandul.

## 28.

Hasta el segundo derecha el peso de las piernas de Ambrosio se compagina, como si de un acto de solidaridad se tratase, con el peso muerto de las del caído.

El reuma tiene una contundencia moral que no empaña la dermatitis. Una caída en el vacío resulta en la memoria de Ambrosio un acontecimiento que se equilibra entre la desgracia y la piedad, también en el aliento simbólico que el abismo ofrece a la vida, cuando, como en su caso, el abismo es la referencia inmediata del mundo que lo rodea.

La puerta está entornada, tal como dijo Limo Baro, y Ambrosio entra en el piso decidido pero con alguna reserva, ya que en consonancia con los hábitos de su condición de escondido la decisión siempre tiene su cálculo.

Entra, vuelve a entornar la puerta, husmea.

La oscuridad está paliada por alguna luz externa, la que puede resbalar en la cristalera del salón o algún reflejo cenital que no sitúa.

Por el pasillo, a mano izquierda, la primera puerta que le indicó Limo está cerrada. Acciona la llave con cuidado. La puerta se abre y no es posible distinguir nada en la alcoba. La persiana de la ventana está echada. Tampoco hay ningún olor, ni el rastro de un perfume. Vuelve al pasillo, rastrea con cuidado el interior del piso. Regresa a la alcoba y busca el interruptor de la luz. Una cama matrimonial deshecha pero pocos muebles; no parece el dormitorio principal.

En la rápida ojeada, antes de apagar la luz, ve en una silla un pantalón con el cinturón puesto, como si alguien se hubiera desprendido de él con prisa y lo hubiera tirado sobre la silla sin ningún cuidado. Lo coge.

Sale del piso, vuelve a dejar entornada la puerta. El silencio es el mismo, nada queda del estrépito que rompió el interior del inmueble, ni del humo que podía intoxicar a quien respirara sin cuidado.

Con el saco al hombro y el pantalón en la mano, Ambrosio baja las escaleras, cruza el descansillo del primero, vuelve a alcanzarlas y desciende cuidadoso peldaño a peldaño, sintiendo en una ocasión que pisa un diminuto objeto, probablemente alguna de las cucharillas que tintinearón al caer.

Según se acerca al portal, busca la pared para guiarse. Tiene la impresión de que en cualquier sitio está el cuerpo derribado del hombre, aunque nada se escucha, ni jadeo ni respiración ni tos contenida.

El hombre expiró, pudo romperse el cuello. Lo que pudiera llevar encima estará esparcido a su alrededor; un tesoro que salpica la muerte como la incisión que delata la herida y la huella del cuchillo que la produjo.

Ambrosio llega a la puerta sin tropezar con nada. Asoma a la Calle Capitán

Guisasola, regresa por la acera hacia la esquina donde le aguarda Limo Baro.

—Me tenías en ascuas —dice Limo—. ¿Es que no estaba todo en su sitio?... La testificación no necesita melindres. Visto lo visto, ya se sabe lo que pasa.

Le quita el pantalón de la mano bruscamente e intenta ponérselo, pero tiene que desprenderse de los zapatos. Se sienta en el bordillo. Ajusta el pantalón con el cinto.

—En ascuas —rezonga enfadado—. Como si hubieras echado a perder una cosa tan sencilla. El pleito matrimonial tiene esta contingencia de las pruebas, que cantan más que las huellas digitales. Porque, mira, mira de lo que se trataba: tenía la cartera en el bolsillo del pantalón. La Cartilla de identidad, unas tarjetas de visita, y lo peor de todo: una fotografía de la interfecta. Dedicada. Viene el marido como un obús y hay que agachar la cabeza y salir pitando. Un resarcimiento conyugal no me basta, el débito que tengo con mi señora es mayor, pero sabré compensarlo. En cualquier caso, ninguna de las dos cede la voz de mando, yo estoy alistado como un recluta tanto en el matrimonio como en el adulterio. En todas las cosas de la vida siempre fui clase de tropa.

Ambrosio alarga la mano.

El capitán Guisasola podía estar ahuyentando a las huestes en algún frente imaginario. Los héroes que ganan el nombre de las calles en la Ciudad de Sombra se quedaron sin cuartel y regimiento, solos en la terquedad de un combate donde los abatió una bala perdida.

—Joder, Ambrosio, ya te pago, no seas avaro. Lo que has hecho no pasa de ser un favor, y por poco me descompones. No sería la primera vez que los nervios me jugasen una mala pasada. Mira, mira la cartera, compruébalo tú mismo: no llevo suelto.

## 29.

—Huele mal, pero no huele peor que en cualquier otro sitio.

—Eso dicen los que suben y bajan. Yo siempre me entretuve en los solares. La pena del aliento que en cualquier lugar de Balma tiene la misma halitosis. Lo que se vierte y lo que se pudre.

—Y el deshonor, no lo olvides. La campaña ciega de lo que hicimos con menos orgullo que perseverancia. La muerte como un altercado cualquiera. Los muertos como los culpables, al fin, de la podredumbre y el mal aliento.

—No nos enterraban, qué le íbamos a hacer. El contratiempo de cavar las fosas. Hay que reconocer lo que supone ese trabajo adicional, cuando ya ni quedan fuerzas ni resabios morales. La dentellada del último recurso, un pensamiento banal para el propio significado de la muerte. Un campo que se extingue de igual modo que los cuerpos tirados en el suelo. Un erial o un solar.

—Veremos a Balma crecer. No habrá predio donde no se quiera edificar, igual de Norte a Sur que de Este a Oeste, de la Condonación al Temblor y la Simiente, y en las Colominas y el Ejido y la Manchuria. Los barrios anegados por las casas de nueva planta y el grano de las viejas que se enquistó en el pasado.

—Una certeza de que Balma está más allá de quienes cayeron. También de quienes la imaginaron o la soñaron. Una certeza de que en el pensamiento de las obras existe la razón que las justifica, en el pensamiento y en el deseo. Otra cosa sería la tribulación de tantos derrumbes e inquietudes insatisfechas.

—Lo mismo digo del deshonor. ¿A qué requerimientos podemos avenirnos, tras la suerte contrariada y la desgana enorme de no tener nada que decir?... ¿Quién nos tiene en cuenta a la hora de decidir la orientación urbana de Balma, el extrarradio de la Ciudad de Sombra?... Cualquier pensamiento esquivo lleva la deshonra que nos compete, y ahora mismo, entre nosotros, no hay más pensamiento que el de los infinitos deseos frustrados.

—El caso es que huele.

—O la peste de la química podrida, que dicen los entendidos, o el aliento de quienes están secos y apenas respiran los residuos de la podredumbre.

—La veremos crecer, no lo dudes. Con pensamiento o con deseo o con desgana. Una urbe rota que se recompone. Los huesos pegados con argamasa. En los tejados anidan las palomas, y los pájaros que se alimentan en los basureros tendrán que huir a las riberas del Nega.

—Nosotros mientras más quietos, mejor.

—La quimera del más allá se queda en esta pared, no podemos hacer otra cosa.

—Calla, que viene alguien.

## 30.

Los tres primeros años del hombre escondido se sucedieron en la soledad y el anonimato.

El trance de la hibernación que se prolongó en la metamorfosis fue activando el desaliento y la enajenación; se trataba de una suerte de secuestro de sí mismo que debía recorrer en el tiempo esa vicisitud.

Lo que hacía Ambrosio Leda era un ejercicio espartano de aislamiento, que se correspondía con el propio esfuerzo del olvido.

El hombre no tenía pasado, nada quedaba de lo que en su vida hubiera sucedido hasta que subió al tren para desaparecer.

En el último tramo del correo que lo trajo a Balma, hacia el amanecer de aquel dieciséis de enero, la concentración mental de la huida era tan poderosa que podía enturbiar el cerebro, como si en la obsesión de un absoluto desarraigo se quemasen las neuronas y en la respiración se aventaran las últimas cenizas.

El hombre era una sombra imprecisa en la Ciudad de Sombra, y en los tres primeros años de su vecindad escondida esa imprecisión contribuía a su invisibilidad.

La supervivencia se amoldaba a las orillas de una travesía que la noche fue incrementando, ya que el rastreo y la busca exigían cada vez mayor dedicación; un largo tiempo en los extrarradios y los esquilados basureros, una mirada en la alerta de quienes podían estar en parecidas circunstancias a la suya, lo que en las esquinas se insinuaba como un peligro, cuando en la conciencia del huido ya no quedaban restos de la identidad borrada.

—Es lo que necesita el que anda a dos velas, lo más importante de todo —le dijo uno de aquellos casuales acompañantes en los lejanos derroteros—. Si no tienes un papel que enseñar, no tienes nada que te justifique. Quien te echa el guante, es lo primero que pide.

Nadie se fijaba en él o, al menos, nadie tuvo la intención de requerirle. La sombra se adelgazaba como una línea que llegaba a diluirse. El hombre no tenía voz. Los ruidos creaban a su alrededor una resonancia que contribuía más a su defensa que a su alteración.

Luego, en la percepción de los murmullos de la Ciudad de Sombra, cuando ya era tan larga su existencia en ella y tan coincidente su secreto con los secretos de la misma, las voces anónimas resonaron en su cabeza: las palabras sueltas, las conversaciones que desvelaban lo que estaba oculto, aquello que podía escucharse como un eco de la desaparición y la muerte.

—Vete a los parapetos del Candado —le recomendó otro acompañante casual—. Entre el barro y la mugre siempre aparece lo que menos se espera.

El Candado tenía la longitud paralela a la cuerda de los Montes Murales. Los



parapetos formaban una línea desequilibrada difícil de entender en la defensa o el ataque, como si hubieran sido contruidos para dar improvisado cobijo a quienes bajaran de los Montes hacia el asedio de Balma o a quienes los subieron al ser perseguidos.

Fue en uno de aquellos agujeros donde el hombre encontró el documento que podría amparar su identidad. Escarbando en el terraplén llegó a sacar una manta podrida que contenía un envoltorio de cartones y periódicos, algunas cartas y otros papeles empapados de humedad. Entre ellos había una Cartilla en la que no era difícil distinguir el nombre y un primer apellido, las fechas de nacimiento razonablemente coincidentes con las suyas, un lugar de procedencia y, lo que resultaba un auténtico hallazgo, la fotografía amarillenta y ruinosa que sugería un rostro parecido, como si en el enterramiento existiera la intención de lo que puede resolverse entre la suerte y la desgracia.

—La suerte de que Ambrosio Leda —se dijo el hombre, leyendo el nombre en la Cartilla que le temblaba entre las manos— sea como yo, y pueda llamarme de ese modo. La suerte de que éste sea mi nuevo nombre.

## 31.

Fue a la vuelta de la Esquina de Balbisco, en las estribaciones de la Manchuria, una mañana que rompía la nube de los extrarradios como si sacudiera el pesar y la desolación de su pobreza, cuando el hombre tuvo la oportunidad de comprobar los buenos resultados de su estrenada identidad.

La noche había sido mala. El saco seguía vacío. Ni en las Colominas ni en el Ejido había encontrado nada que mereciera la pena. El cansancio lo abatió después de que en sus ojos se apagara el rescoldo de una última bombilla o de una hoguera a la que pudo acercarse cuando los que la encendieron escaparon con algún aviso.

- Ve con tiento. El que mira es el mismo que vigila.
- No le des la espalda, hazte el sueco.
- Pies en polvorosa.
- Si dormitas, no abras los ojos antes de tiempo.

No supo si eran las primeras o las últimas casas de la Manchuria. El Distrito multiplicaba los grumos de su pasado y de su porvenir, las mismas inclemencias urbanas que en el Sur de Balma nunca llegaban a compaginarse, apenas aunadas por el desorden y un criterio bastante disoluto de colonización.

En la Esquina de Balbisco supo que la sospecha que alimentaba desde hacía unas horas estaba justificada. Alguien venía tras él, y quienes escaparon con precipitación de la hoguera, cuando él se acercó, debían de saber de quién se trataba. Los avisos no tuvieron la velocidad de las piernas.

- Vira y calla.
- Baja los ojos y no digas nada.
- Te esfumas. No respires.

Fue el cansancio, la derrota de tan largo deambular en una noche sin recompensas, lo que le hizo detenerse en la Esquina. El saco vacío pesaba mucho más que cuando estaba lleno. Cuando no había hallazgos se llenaba de piedras. Más de una vez, en las riberas del Nega, mientras el hambre suspendía la debilidad hasta equilibrar el desmayo, acariciaba un canto entre el lodo y lo llevaba al saco como si fuera un bollo.

—El pan es la piedra, y con el alimento de la corteza y la miga y el lodo se sacia el estómago, no hay razón para hartarse. A los hambrientos se les enfría la digestión.

El hombre que le seguía se dejó ver. Lo esperaba a la vuelta de la Esquina de Balbisco.

—¿Ambrosio Leda?...

Asintió. La opacidad en la mirada tenía igual color que la nube que rompía los

extrarradios. Las estribaciones de la Manchuria estaban más sucias que nunca.

—¿Perdió usted la Cartilla?...

Ambrosio tentó la chaqueta y los pantalones, después de dejar el saco en el suelo.

El hombre tenía la Cartilla en la mano. La abrió e hizo lo que parecía una comprobación minuciosa.

—Tenga más cuidado —le ordenó, devolviéndosela.

—No me di cuenta —se disculpó Ambrosio.

—La barrieron a medianoche en el Barandales, entre el serrín y la escoria. Tiene la suerte de que me resultara una cara conocida.

Ambrosio sintió que el cansancio escapaba con la emoción del reconocimiento. Suspiró satisfecho.

—¿Qué lleva en el saco?...

Lo abrió, extrajo una piedra.

—Es el saco de un pobre.

## 32.

No sabe hacia dónde huye Limo Baro.

Las dificultades que tuvo para ponerse el pantalón le hicieron sospechar que no fuese suyo. Cualquier amante desastrado puede llegar a las más confusas conclusiones respecto al adulterio.

—Es un secreto transcendental —dijo, todavía buscando el ojal adecuado del cinturón—. Están en juego la honra y el amor propio. Como te vayas de la lengua, te denuncio.

Ambrosio se aleja de Capitán Guisasola.

La mano que rastrea en el bolsillo derecho de su pantalón descubre el roto que permite que sus dedos palpen el muslo. Está seguro de llevar en ese bolsillo la Cartilla y, al darse cuenta de que no es así, se detiene inquieto.

Hay una mujer junto al Caño Carril, está sentada en la piedra del pilón de la fuente.

Ambrosio repasa los bolsillos. No encuentra la Cartilla. Es poco lo que hay en el saco, lo vacía. Por un instante piensa apesadumbrado que la ha perdido en el inmueble. Se resiste a la decisión de volver.

La mujer del Caño le hace señas.

—La Plaza del Mirto se fue a pique —dice con igual alegría que consternación.

—No la recordaba —contesta Ambrosio sin interés.

—¿Sabes que estaba en ella cuando se hundió? Justo en el entresuelo del catorce. Si no la recordabas, no te haces a la idea del número. La casa más antigua, enfrente de donde quedaron enterrados los sordomudos.

Ambrosio vuelve a repasar todos los bolsillos.

—Fíjate cómo me he puesto. Tengo polvo hasta en las cejas. En vez de un accidente parece que vengo de la harinera.

La mujer mete las manos en el agua del pilón. Se las seca con un pañuelo, que lleva después a la cara.

—¿A que no sabes quién la hundió? La hundió un zorro, tal como te lo cuento.

—¿Qué dices?...

—Llevo muchas noches viniendo al entresuelo del catorce. Era el único piso que no habían desvalijado, nadie se atrevió a entrar en él. Tenía la llave, la tengo, para más señas, mírala si quieres. Además de los muebles, había un cofre pero no pude encontrarlo hasta esta noche. No buscaba otra cosa, y el armario en el que estaba lo había abierto tres o cuatro veces.

La mujer hace saltar la llave en las manos.

—¿Qué es lo que buscas?... —pregunta curiosa, mientras Ambrosio vuelve a meter la mano en el saco.

—Una Cartilla —dice Ambrosio enfadado—. Bastante me importa lo que hiciste en ese piso.

—¿La misma que yo pude recoger a la vuelta de la esquina? —pregunta ella con ironía—. No me digas que no es casualidad. Dudé si de veras merecía la pena guardarla.

Ambrosio mira a la mujer.

—Eres Cala, no te había reconocido —dice restregando los ojos, mientras ella se abanica con la Cartilla.

—No se puede jurar que tú seas el de la foto. Anduviste por el Mirto, no lo niegues, estaba en el suelo no lejos de la Plaza. No es que el zorro diera el primer aviso, es que fue el causante.

Ambrosio guarda reconfortado la Cartilla en el bolso interior de la chaqueta, después de comprobar que no está roto.

—No sabes cómo te lo agradezco.

—Lo sé de sobra —dice Cala—. El cofre brilla en los escombros, está al fondo de un agujero, aunque ya de nada me vale. Es al zorro a quien debo encontrar, y necesito tu ayuda.

Ambrosio la mira sin comprender.

—Tengo prisa, hay uno que me lleva mucha delantera y debo echarle el guante.

—Un zorro que hacía de guardián, precisamente en el armario donde el cofre estaba escondido.

Ambrosio carga el saco al hombro. El rostro de Cala está muy cerca de su cara, los ojos extraordinariamente vivaces, como si los encendiera el fuego de la codicia.

—La puerta de aquel armario la abrí muchas veces y ninguna vi nada, cuando volví a abrirla el zorro saltó como una exhalación y corrió desesperado por la tarima. Entonces se escuchó el crujido. Había logrado sacar el cofre, lo tenía en mis manos. En el instante en que el zorro desapareció, el crujido se hizo un trueno, y en lo que tardé en bajar saltando los pocos escalones, el trueno reventó la Plaza. Ahora hay muchos agujeros entre los escombros, y en el más hondo brilla el cofre vacío. Al zorro se le adivinaba en la boca el anillo de oro con la piedra engarzada. Era la oportunidad de mi vida y no voy a consentir que un cánido me la eche a perder.

### 33.

—La sortija es muy bonita —dice Cala—. Es el anillo de compromiso de la Doncella Reluciente. Del zorro no me puedo fiar, cualquiera se disfraza y entre lo astuto y lo portentoso hay muchas estratagemas.

Viene detrás de Ambrosio que, por un momento, siente la obligación de atenderla, agradecido por haber encontrado su Cartilla.

—La sortija garantiza los esponsales. Hay que hacerse con ella y guardarla debajo de la almohada al menos durante tres semanas. Ya te digo que el zorro no es de fiar, igual se trata del felón que del príncipe enquistado, en cualquier caso un enemigo. Y un ladrón de tomo y lomo. De sobra sabemos de lo que es capaz en un gallinero.

Ambrosio aprieta el paso.

—Estaré alerta —le promete—. Un zorro de esas características no se me va a despintar, no te preocupes. Un zorro con un anillo en la boca no se ve todos los días.

—La sortija es mía —asegura Cala, imperativa—. Cuando ya estás a medio camino de quedarte para vestir santos, te dan el chivatazo de la Doncella y tienes en las manos otro futuro. De soltera no me veo, no me resigno. Ese puto zorro igual tiene una hermana casadera. Ahora los bichos están tan necesitados como las personas. Encontrar una pareja cuesta la de Dios es Cristo, y el alquiler de la guarida está tan caro como el de una vivienda apañada.

—Te aviso —dice Ambrosio, que ha logrado alejarse para virar a la corredera.

—¿Adónde vas?... El Mirto se hundió por su culpa, la mínima estridencia y se iba a pique, un esparaván era suficiente. Yo andaba de puntillas. El valor de la Doncella Reluciente es un bien provechoso para las que nada tenemos que relucir. Ahora la felicidad me la sujeta un cánido con la boca, fíjate qué improprio.

Ambrosio se detiene. Hay un tamiz en la niebla recóndita que suaviza la humedad sobre el empedrado. La respiración se ajusta a la necesidad de los pulmones, que en el itinerario de los escondrijos se expande o se suaviza según las alertas. Los pulmones del hombre que llegó a Balma hace quince años tienen el desgaste de la intemperie, alguna caverna o la grieta que los oprime. Respira con la intención de refrescar la tela que se reseca bajo la caja torácica.

Cala le alcanza.

—Lo dejo en tus manos —decide— pero me tienes que prometer que no le vas a decir nada a Su Santidad. La sortija de la Doncella no se cuenta entre las reliquias que bendijo la Santa Madre Iglesia. Ya habrá ocasión de bendecirla cuando los esponsales.

Cala camina por la corredera.

Ambrosio tiene la impresión de que entre la cabeza y los pies de la mujer hay un desajuste que descontrola la dirección, como si la imaginación disipara la voluntad de los pasos. En los movimientos de Cala se aprecia el ritmo de una danza que resuena

en su cerebro con la melodía desbordada de su ansiedad. Mientras más se aleja mayor es el desvío de la música y más desequilibrados los pasos de su ritmo, como si en cualquier momento la danzante pudiera tropezar y caer de bruces.

Cala está en el suelo.

Cuando Ambrosio se acerca para atenderla comprueba que le está sangrando la nariz. Busca el pañuelo en el bolso de la falda, la limpia, la incorpora.

—Hay que apurarse —dice Cala—. Los desmanes del pasado son la garantía del futuro. El que la hace la paga. No hay mayor mérito en la vida que sostener la desgracia que nos cayó encima. El que está atento tiene más posibilidades que el que se llama andana. No me toques la frente, está marchita.

## 34.

—Otro modo de sufrir, una relación indirecta entre el corazón y la mente. Lo que pensaba me llevaba muy lejos, lo que sentía me acercaba a la luz que iba a delatarme.

—No tengo nada en los bolsillos, tampoco encuentro nada que pueda recordar.

—Es un suplicio escucharos. La mayor desgracia de todas no es haber llegado hasta aquí, sino haberlo hecho con vosotros. La paz que uno quiere, cuando ya el espíritu está averiado y del cuerpo no hay rastro, es la que la soledad proporciona. Solo y herido, quieto y callado. Sois igual de pesados que el agua que mana de esa fuente.

—No hay sed ni hambre.

—Una miga en la muela del juicio. Iba a escupir cuando me corté la lengua con el casquillo.

—De cualquier forma, y digas tú lo que digas, es otro modo de sufrir. La consecuencia de haber llegado aquí es la misma que la de haber saltado cuando dieron la orden y no volvimos la vista atrás. Yo corría más que ninguno.

—Nadie corrió lo suficiente.

—Algunos quedamos parados. No soy un ejemplo de nada, ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo, no era capaz de moverme. En el tobillo del pie derecho tenía una rozadura que me estaba matando.

—Digo que el corazón se endurece y tiene un peso que no me obliga a reposar sino a cansarme. Estoy más abatido, las piernas no responden, las manos se abren y se cierran sin que haya nada en ellas. El corazón es un trozo de metralla.

—Respiro mal. Pude correr lo que los pulmones me permitieron. Había una cortina de humo. Respiraba la pólvora o el vapor congelado de aquella máquina que acababa de descarrilar.

—Le dais tantas vueltas que no podéis distinguir lo que sucede y lo que se recuerda. Un poco de paz, la calma de saber que todo terminó. ¿No vais a callar un rato?...

—La mente no da tregua. Estoy más inquieto que cuando esperaba la orden en la trinchera. Nunca entendí bien las órdenes de aquellos capitanes que siempre llevaban ladeada la gorra de plato y perseguían con la fusta a las moscas en los cristales de las ventanas.

—Cuando ya estás agotado, caes en el barro, te aplasta el macuto, la cantimplora revienta y no logras escuchar tu nombre cuando pasan revista.

—La herida duele porque hierve la carne. En las venas pudo estallar una granada que esparce las esquirlas como cristales. La sangre mana entre el hervor y los cristales diseminados. Lo que siento no se compadece con lo que debiera pensar. Una vez estuve dando vueltas con el macuto lleno de piedras. Iba a vaciarlo y tuve miedo de que las piedras fuesen granadas con la espoleta suelta.

—Podemos contar hasta tres y dejar que el agua de la fuente en vez de



atormentarnos nos sosiegue. La rozadura del tobillo sigue siendo la mayor molestia. Tiré las botas lo más lejos que pude, me quité los calcetines, estaba cojo.

—Hay cierta angustia aquí dentro. El peso específico de lo que una víscera reclama. Las moscas en los cristales. Esa cantimplora abollada. Cuento hasta tres y me viene a los oídos el rumor de la lona en el viento, la tienda de campaña que era finalmente como una bandera hecha de cuatro trapos. Todavía quedaba alguien para escurrir la última escudilla del rancho.

—Cualquier herida vale.

—No nos menosprecies. La soledad es peor que una mala compañía. No nos digas que callemos. Ahora que ya nadie puede escucharnos es cuando más se necesita hablar.

—Sólo pido un poco de respeto.

—Cuatro trapos.

—La fusta le partió la cabeza a la última mosca. Era el más valiente de aquellos capitanes.

## 35.

La casa es un almacén, pero sería difícil adivinar lo que contuvo. Hay un olor mezclado de arpilleras y legumbres, también de ceras y tejidos.

Pudo ser un almacén de coloniales o el depósito de las más contradictorias mercancías.

Lo que queda es el vacío que procede de la rapiña, la suciedad como el rastro menos ilustrativo de lo que se llevaron.

Cala se desvanece en los brazos de Ambrosio, que en el último tramo, corredera abajo, la trae a rastras, igual que los desvalijadores pudieron hacer con los sacos del almacén.

La bombilla que cuelga del techo da una luz temblorosa. La oscuridad agranda los espacios y multiplica los recovecos.

—¿Viene mal?... —quiere saber el hombre que les abrió la puerta.

—Una caída, ya se repone.

—Hay que atarla corto, pero no podemos. Esta cruz ni siquiera puede llevarse con resignación. Fue una niña ida, luego una adolescente disipada, más tarde en la juventud la echaron a perder las quimeras y los trastornos. Ahora la mujer es el resumen de todo aquello, ya ve a lo que conduce cumplir los años con el mero desacato de la edad.

—¿Dónde la pongo?...

—Un padre es insuficiente y una madre irrelevante, y encima estamos más viejos que enfermos. Venga conmigo.

Ambrosio arrastra de nuevo a Cala.

—Es el único sitio donde su alma se serena. La pena de estos males no es lo que el cuerpo descompone sino lo que el alma echa a perder; de la mente nada puede decirse que no sea el desaguisado. Menos mal que nos ayuda el Vaticano.

Hay un cuarto con una mesa, unas sillas y un camastro. El hombre ayuda a Ambrosio a tender a Cala en el camastro, luego enciende unas velas en lo que parece un pequeño altar.

—Su Santidad es el único pastor de esta oveja descarriada. No sé si usted conoce al Santo Padre.

Ambrosio distingue entre el palor de las velas el rostro enjuto de Pío XII, las arandelas de los lentes sobre la nariz aguileña. Lleva en los hombros una sobrepelliz y una estola. La mano derecha se alza en la bendición.

—Es un buen amigo de Cala, Santidad, de esos que hicieron de la noche de Balma su razón de ser.

Ambrosio está sentado en el borde del camastro. La voz de Cala viene del desvanecimiento como un susurro, impostada en la resonancia que hace temblar las velas.

—Conozco a los penitentes, Casimiro. Forman parte de la prole más querida. Los que sufren y quienes no tienen dónde obrar ni dónde caerse muertos.

Cala se incorpora en el camastro. Casimiro se arrodilla.

—El Vaticano me tiene acogida —dice Cala, que todavía sangra un poco por la nariz—. Me cuento entre lo más granado de las hijas espirituales de la Santa Sede, y todo se lo debo a don Eugenio.

—¿Qué sería de nosotros sin este consuelo y este patrocinio? —inquire Casimiro, que se levanta para encender otra vela en el altar—. Una pirada no es un incordio, es una convulsión, y mucho más teniendo la edad que tenemos sus desolados progenitores. Don Eugenio Pacelli nos hizo el favor, la venia de tenerla a su cuidado.

—No es para tanto, Casimiro. La voluntad de Dios es la que guía a su Vicario en la tierra, faltaría más. Calita tiene los dones de la bienaventurada arquetípica, con su poquito de melindre pero sin la sosería de las beatas. No es la meapilas de turno, ni mucho menos.

—Usted que la mira con buenos ojos, don Eugenio. Los que la padecemos lo tenemos más crudo. La misma perseverancia que pone en la oración la pone en buscar al zorro que robó la sortija de la Doncella, ya sabe usted, el puto cánido de la Plaza del Mirto, el que la hundió.

—Déjala, Casimiro, no seas protervo. Tampoco a mí me gusta un pelo ese zorro licencioso. Este amigo, que todavía no me habéis dicho cómo se llama, tiene que ayudarla a buscarlo. El raposo al gallinero y la sortija al índice de la mano derecha de mi ahijada.

—Se llama Ambrosio, Santidad.

—Obispo de Milán, doctor de la Iglesia. Fue un látigo para los arrianos y puso firmes a Valentiniano II y a Teodosio I, que eran unos emperadores crápulas y vilipendiosos. Convirtió a san Agustín, ahí es nada, al mismísimo obispo de Hipona. Además, la himnología litúrgica latina se le debe a él. Lo tienes difícil con ese nombre y esa ejecutoria, ya te puedes aplicar, amiguito...

Casimiro incita a Ambrosio a que se arrodille a su lado.

—Ya escuchas a Su Santidad. No te hagas el remolón. La bendición urbi et orbi no puede pillarte distraído, en el Vaticano todo son beneficios. Aprovecha para hacer una confesión general, y no te la cojas con papel de fumar, el papa tiene licencia para perdonar lo que canónicamente no pueden ni los presbíteros ni los obispos. El papa es el Vicario de Dios propiamente dicho. Con Él te ves la cara.

Cala se levanta del camastro, se limpia la nariz. Habla con voz llorosa y enfurruñada.

—No voy a poder acompañarlo a Castelgandolfo, don Eugenio.

—No te preocupes, chiquilla. Lo primero es lo primero. Hay que darle caña al raposo. Las hijas de la Santa Sede tienen que mantenerse muy enteras en sus

principios. Tampoco yo voy a irme de vacaciones, tengo que acabar la Encíclica Humani Generis.

Ambrosio intenta incorporarse, pero Casimiro se lo impide.

—Lo dejamos con este pecador, don Eugenio. Necesita un buen remiendo.

Casimiro coge a Cala para llevársela. Ambrosio retoma el saco y lo aferra entre los dedos como si presintiera que se lo van a quitar. Han apagado las velas. En la puerta escucha la llave que da dos vueltas en la cerradura.

—Lo mejor es que apoyes la cabeza en mi regazo... —dice la voz que es un susurro lejano entre el aroma de la cera quemada y el incienso.

## 36.

—Dime de qué pie cojeas.

—Hago lo posible por pisar bien.

—No enredes. El sacramento de la penitencia es uno más de los signos sensibles con que Dios obra en nuestras almas. ¿Cómo voy a perdonarte los pecados si no eres capaz de quitarte de encima la soberbia?...

—Soy un hombre de corto alcance —dice Ambrosio, con más desconcierto que pesadumbre.

—¿Viene el representante de Dios en la tierra a echarte un cuarto a espadas y lo recibes de esta guisa? Las almas no bailan en el purgatorio, no vayas a hacerte ideas raras. Allí se pasan la vida con trabajo y penalidad. Y el salvoconducto para entrar en él no se expide gratis. Lo obtiene quien lo merece. Yo no voy a malgastar contigo una bendición urbi et orbi, pero puedo lavarte la camisa.

—No tengo muda.

—Me refiero a las prendas con que revistes la conciencia para que no se enfríe. Te despojas de lo que esté más sucio y le decimos a Calita que te haga la colada. La misericordia en absoluto está reñida con la caridad, son virtudes que salen juntas a pasear, aunque entre las teologales hubo a veces sus más y sus menos.

Ambrosio está confundido en la oscuridad. Da un paso hacia un lado y está a punto de perder el equilibrio.

—Anda, desnúdate, y vacía el saco. Dime lo que te enturbia el alma, vamos a hacer una buena limpieza en seco. Planchamos el corazón y oreamos la conciencia. ¿De pensamiento o de obra, de qué pie cojeas?...

—Me parece que lo hago soñando.

—Perversiones inguinales e indicios de lo que el deseo ramonea, el fiasco del mismísimo subconsciente. Bueno, bueno, hijo mío, la polución como bien sabes no es otra cosa que la efusión del semen. Se van las sustancias fluidas como se escapan las ventosidades o un hijo ingrato nos dice adiós. Pero me refiero al alma, a la perturbación. No voy a reñirte por una cana al aire, y mucho menos cuando lo que mojas es la sábana, igual que el niño incontinente a quien todavía hay que poner pañales.

—El alma no me cabe en el saco —dice Ambrosio, sin saber a lo que se refiere, como si la necesidad de contestar excediera a la posibilidad de hacerlo.

—Olvida el saco. Hablemos del fardo. ¿Dónde guardas la angustia y la desesperación y lo que en el temor de Dios te complace y te ciega como si necesitaras vengarte?... Estas son palabras mayores, aquí la teología es asunto de la mismísima Curia Romana. El Vicario de Dios no viene a Balma a buscar a un gamusino. Los desvaríos de esa amiga tuya en nada pueden compararse a los de la Magdalena, por citar un solo ejemplo de cierto abolengo evangélico. Cala está chiflada, pero la

Magdalena le lavaba los pies a Cristo con sus lágrimas, y no podemos medir por el mismo rasero a un pendón de Balma que a una piruja de Magdala.

—No llevo fardo.

—Es la coartada de los cobardes. No llevo lo que de veras me pesa y me malquista y me condena. Viniste a Balma, vete a saber cómo y para qué, y lo primero que se te ocurrió fue dejar el fardo en la Consigna de la Estación, o lo que es peor: tirarlo al Margo como se tira al gato degollado o al feto del aborto. No hay absolución, no me ablando. Cuando hayas recapacitado, vuelves. Hasta entonces ya sabes lo que te juegas: un traspíe a la vuelta de cualquier esquina, un golpe en la nuca y la condenación eterna. Entre las ánimas del purgatorio no hay cabida para los cobardes y los soberbios.

Ambrosio vuelve a dar un paso sin orientación, pisa el saco. La voz masculla lo que parece una oración.

—¿Te acabas de desnudar de una vez por todas? ¿Es que además de relapso eres díscolo?...

Lo hace con más dificultades de las previsibles. En la puerta escucha de nuevo la llave que ahora parece recuperar las vueltas para abrir.

—¿Respondió como debía, Santidad? —pregunta Casimiro.

—Voy a hacer una excepción, aunque me duele dar el brazo a torcer. Te absuelvo, olvidas el fardo y llenas el saco con lo que necesites para ir tirando. Anda, ven, bésame la estola y cuenta cincuenta castañas. La penitencia que te pongo es que vayas a una ferretería y compres media docena de los clavos de Cristo.

## 37.

Ambrosio camina desnudo por el almacén.

Arrastra el saco y el pesar de no verse compadecido, como si en el trance de la confesión le hubiese doblegado una dolencia espiritual a la que no tiene costumbre.

Hace frío. En la oquedad del almacén, con la bombilla colgada como el gesto mustio de un ahorcado que jamás pensó que le romperían el cuello, siente que la piel aterida es el resultado de una denuncia.

Cuando se detiene, justo bajo la soga de la bombilla, presiente la muerte que en tantas ocasiones acompañó al sueño de la ejecución.

Son muchas las voces que en la Ciudad de Sombra susurran los vaivenes de ese sueño y, a veces, entre las palabras se oye un disparo y un grito de dolor que Ambrosio compagina con el gesto de quien aprieta en la úlcera sangrante la bala que hizo diana en el estómago.

—No te arrugues, ni hagas demasiado caso de esos hombres que igual bendicen que maldicen —le dice la mujer que se acerca sonriente y resolutiva.

Ambrosio reconoce a Doradía, la esposa de Casimiro y madre de Cala. Viste un mandil reluciente y peina los cabellos canos como si le sobraran las horquillas.

—Te cambias de arriba abajo —le indica, dejando sobre el saco el montón de ropa—. No es la colada que pidió don Eugenio ni soy yo la madre de una hija hacendosa, pero la muda está limpia y la camisa, los pantalones y la chaqueta son los que Casimiro llevó cuando nos casamos. La talla debe de estar un poco por debajo de la tuya, pero no puedes disimular que encogiste. El hambre y el frío hacen enjuto el cuerpo, la vida que llevas deja enteco el organismo. En cualquier caso, tienes que estar limpio y lucido por si te llama Dios a su presencia. Esta noche no es como las demás, al papa de Roma lo veo más inquieto que nunca y ahora mismo mi hija está llorando y a Casimiro se le acaba de salir la hernia.

Ambrosio se viste. Doradía le va dando las prendas, valorando en cada una la calidad de los zurcidos y el apresto de la tela.

—Algún día fuiste un hombre guapo y peripuesto, sólo hay que apreciar el porte que te resta. Los hombres que ya no son lo que fueron andan echados a perder entre el vencimiento y el disimulo. Más de una te echaría de menos, y más de dos suspiraron por tu ausencia.

La chaqueta oprime los hombros y no le permite abotonarla.

—Suelta está mejor —opina Doradía, tirando de las mangas que se quedan muy por encima de los puños de la camisa—. El buen mozo que bailaba en las verbenas con las más timoratas y las menos pudorosas. Lo único que te afean son esas barbas de mendigo, si quisieras afeitartelas...

—No hay nada debajo de ellas —musita Ambrosio.

—Pues ya sabes que a la gloria bendita hay que llegar rasurado y con el pelo al

cepillo. Ahora te vas a dar la vuelta para que te vea mejor, y voy a llamar a Cala y a Casimiro para que comprueben que la elegancia es un don, igual que la costura y el empecinamiento.

Casimiro viene con la mano en la ingle, donde la hernia rebosa. Cala llora desconsolada.

—Así lo quiso don Eugenio —dice Doradía mostrando a Ambrosio— y de este modo en la noche de Balma habrá un lucero donde apenas hubo un indigente.

Ambrosio abre los brazos y siente descoserse las sisas. Tiene el cuerpo cohibido, como si la chaqueta lo contrajera con igual amedrentamiento.

—Prometiste buscar al zorro —le dice Cala, a quien su madre acaricia la cabeza—. El anillo de compromiso de la Doncella Reluciente me lo va a bendecir Su Santidad. Se lo quitas al zorro y le dices de mi parte que yo no soy la ratita presumida ni mucho menos. Yo voy a Roma de mucama del papa y me caso con un guardia suizo.

Ambrosio llega a la puerta del almacén, el saco le pesa demasiado, no logra ponerlo al hombro, lo arrastra.

—¿Es que no vas a decirle adiós a don Eugenio?... —le reclama Casimiro, con la voz dolorida.

—Déjalo —conviene Doradía—. La noche tiene demasiadas emboscadas y a Ambrosio todo el mundo le lleva la delantera. Es mejor que el destino le ate los cordones de las botas, nunca se sabe si es Dios o el Diablo quien pasea en la silla gestatoria. Don Eugenio se durmió como un lirón.



## 38.

El saco pesa más de la cuenta y el traje comprime el cuerpo de Ambrosio, sobre todo la chaqueta entallada. Los pantalones no tienen el largo preciso, terminan en los tobillos. Lo que resulta agradable es la muda limpia: los calzoncillos, la camiseta, la camisa, que Doradía le ofreció recién planchada.

Todas las mañanas hace Ambrosio sus abluciones en la fuente que mana al lado del chamizo y en ningún momento, ni siquiera bajo la crudeza de la nieve, deja de lavarse, convencido de que la higiene es la garantía de la supervivencia, en parecida proporción a los alimentos, más problemáticos en las jornadas en que no hay suerte.

El cuerpo de Ambrosio se ha ido secando en los quince años de su desaparición.

Siempre fue un hombre delgado y recio, muy estricto en las necesidades y en las satisfacciones, y desde la experiencia de la hibernación, cuando el esfuerzo de la metamorfosis impuso la disciplina del olvido de su pasado y el acomodo a las circunstancias vitales de una huida definitiva, en la que no se consideraría ni la mínima expectativa de regreso, el cuerpo tomó la consistencia del crisol donde fundir lo que su existencia exigiera. El cuerpo como la materia única de lo que queda en la playa tras un naufragio, el resto de lo que sobrevive en el abandono, lo menos comprometido con la conciencia y los sentimientos, de modo que la materia marcara el único destino razonable de esa desaparición en la que Ambrosio había comprometido la voluntad de no tener otra vida a la que agarrarse, otra realidad que la de la huida, avalada por el desamparo.

—La sombra es el áter ego, también un alma... —le repitió el amigo que lo orientaba hacia el refugio del monte, con la precisa cartografía que facilitó el camino del Norte de Balma, la llegada al chamizo—. Del cuerpo hicimos los fugitivos el parapeto de la misma existencia, ya ves qué empeño. Lo que hagas para cuidarlo y aliviarlo será lo que te sirva de seguro, cuanto menos maltrecho más provechoso.

El frío contribuyó a secar el cuerpo, también el fuego de la hoguera que siempre palpita en la esquina del chamizo, donde las brasas mantienen una crepitación que a veces se confunde con los ruidos del invierno.

Ni siquiera en las mañanas en que Ambrosio se siente enfermo, cuando el hambre socava la fragilidad del ánimo y el sopor desalienta la sequía de los jugos gástricos, el cuerpo desatiende la necesidad de su limpieza. Los pasos reconducen la inclinación del desvanecimiento, y Ambrosio asoma sin resguardarse de la lluvia, completamente desnudo como siempre en esas ocasiones, y avanza hacia el manantial, se arrodilla al pie de las aguas y se lava con igual dedicación y prontitud.

El cuerpo seco tiene la resonancia de la madera, a veces el astillado y en ocasiones la resquebrajadura que hiende la piel. Desde hace algunos años esa sequedad le proporciona la sensación de la leña que ha ido transformando sus huesos, como si el esqueleto altivo del huido se desplomara en las ramas cortadas, y algunos

de sus pasos le hicieran crujir.

El manantial se hiela en los días más crudos, cuando el invierno le roba al monte cualquier palpitación vegetal. El agua bulle arrecida bajo la placa de hielo, y Ambrosio se mira inquieto en el espejo empañado por los copos, antes de romperlo con una piedra.

—No eres un bicho, tenlo muy en cuenta... —dijo el amigo—. La guarida del monte no va a igualarte a las alimañas. Son los semejantes quienes nos igualan con lo peor que llevamos dentro. Lo que pertenece a nuestra soledad es lo que mejor nos defiende.

## 39.

—Los que me escucháis sabéis mejor que nadie lo engañados que estuvimos. Cualquier espejo hubiera servido para mirarnos y comprender que no éramos quienes ellos querían que fuésemos.

—Es tan fácil decirlo ahora. El engaño formaba parte del pensamiento común. No necesitábamos que nadie nos lo dijera.

—Yo salía de casa y volvía por el mismo conducto, no me paraba con nadie. Lo que suponía mi trabajo era lo que colmaba mis intereses. El bien de cada mañana, la utilidad de una jornada cualquiera. Iba por donde llegaba más pronto y volvía sin otro contratiempo que el de no saber si la sopa se habría enfriado o a mi hijo pequeño le dolería la barriga.

—Nunca me entretuve en considerar lo que decían los demás. No tenía ganas de escuchar a nadie. La vida se encamina por sí sola y lo que más ayuda es saber ir detrás de ella, conformarse con lo que se puede obtener.

—Hasta que alguien te echó el alto.

—O vinieron sin que los llamaras.

—No sé, pude equivocarme una vez yendo por donde no debía. Pensé que al cruzar la calle iba a ahorrarme cuatro pasos, la miserable economía de quien jamás se extravió. Controlas el camino y, sin embargo, el destino se revuelve en la primera esquina. Crucé la calle y un poco más tarde me percaté de que iba en la dirección opuesta.

—Te engañabas.

—Pero nadie me desorientó. No iba detrás de nadie ni nadie me perseguía, al menos que yo me diese cuenta.

—Somos hormigas y la razón de serlo no es otra que la de un cumplimiento que parece programado. Llevamos la rutina como la norma de ese cumplimiento. La vida por el raíl que nos adjudicamos o la que se corresponde a nuestra aspiración.

—Y no hay espejo que valga. ¿Dónde quieres mirarte si tu mayor interés estriba en no verte jamás y en que nadie te distinga ni te requiera? El mayor trabajo es conocerse hasta alcanzar el anonimato. Un día que no tiene fecha, un nombre que nada significa. Exactamente este final que parece coincidir con el fondo de un agujero, acaso el último túnel de las hormigas.

—Donde las descabezan.

—Donde a las voladoras les queman las alas.

—Donde el dueño del hormiguero las hizo refugiarse para mantenerlas engañadas, como si todavía fuese posible que siguiesen acarreado los alimentos.

—Un día perdí el llavín de la puerta de casa. Llamé y nadie vino a abrirme. No podía entender que no hubiera nadie, ni mi mujer ni mis hijos, sabiendo además que el pequeño estaba enfermo, en la cama, con fiebre.

—A todos nos pasó alguna vez, y da lo mismo que fuera verdad o que fuera un

sueño.

—¿A quién vas a preguntar? ¿Dónde pueden ayudarte?...

—Me detuvieron en la esquina, en el lugar equivocado, adonde jamás hubiera ido sin cruzar la calle.

—Yo os digo que sabéis de sobra que estuvimos engañados. El hecho de que queráis disimularlo u olvidarlo no os justifica.

—¿Y ahora cómo demonios vamos a volver, a quién podemos mirar a la cara, quién rompió el espejo?...

—No sé si entre todos podemos juntar lo suficiente para liar un cigarrillo.

—Tampoco estés seguro de lograr encenderlo.

—El último vicio. El último sitio. Cuando al fin me abrieron la puerta comprobé que no era mi casa.

## 40.

—Todavía no es la hora, pero mejor pronto que tarde... —dice el hombre que asoma al portal de la Cuesta Vestales sin disimular la vigilancia, pero precavido para que ningún paseante nocturno repare en él.

Ambrosio baja el saco del hombro, la voz le resulta conocida y en sus ojos se mueve una sombra roñosa que vira en la oscuridad indicándole que le siga.

—Vienes sin intención ni atisbo, como el que echa las cuentas sin tener obligación, pero ya sabes de lo que se trata, no puedes imaginarte lo que me gusta que te hayas adelantado. El corazón de Egira es un flan, y en la hora transatlántica cuando aquí dan las nueve allí es mediodía. Supongo que te habrás mudado y que traerás un pañuelo limpio.

Ambrosio llega al lado de Ceno. La voz se corresponde con una fisonomía abrupta, pero el aroma de la colonia parece suavizar lo que el pelo crespo deforma. Ceno Maceda tiene un cuerpo que abulta el doble que el de Ambrosio y, tras los primeros cuatro pasos a su lado, Ambrosio siente que sus movimientos lo empujan, como si Ceno necesitara la calle entera para caminar.

—Estás avisado... —dice Ceno, que acaba de detenerse para mirar a Ambrosio con la intención de quien pasa revista—. Nada tienes que decir que se te ocurra, lo más que se te pide es que asientas, en realidad no tienes otra encomienda que la del maromo que las ve venir. A Egira mientras menos la mires, mejor.

Ambrosio arrastra el saco, el peso no se corresponde con lo que en él debiera haber, sin duda algo le echaron dentro en el almacén de Casimiro.

Ceno Maceda pasa los dedos por las solapas de la chaqueta de Ambrosio, le levanta las hombreras.

—Elegante. Lo estrecho tiene mejor hechura que lo holgado. Se nota la plancha y se agradece la limpieza en seco. Un cromo no puedes ser, ya que la vida no te deja, pero está claro que el que tuvo retuvo. El alquiler también se te abona, no te preocupes. Los que nacimos estirados tenemos esa suerte y esa prestancia. Ni de pobre se pierde la cualidad.

Ceno se disipa en la niebla cuando la Cuesta Vestales deriva en los Bloques del Firmamento. La niebla teje una roña húmeda que es como el humo mojado por la colonia de Ceno y en los ojos de Ambrosio se acumula la mayor confusión.

Los Bloques del Firmamento concentran las moles desgajadas que en otros espacios de la Ciudad de Sombra repiten una entelequia arquitectónica de cuya planificación nadie sabe nada, como si el invento racionalista hubiese sido aborrecido en el trance de su edificación, entre el resentimiento y la culpabilidad de quienes pudieron idearlo.

Los cuatro Bloques derrotaron con su estructura de cemento armado los reincidentes bombardeos que Balma sufrió en este costado urbano, y la derrota es un

indicio de su fortaleza y de su inutilidad. Nadie llegó a habitarlos. Los ojos ciegos de las ventanas horadan el hormigón y las vigas metálicas rasgan como puñales algunas paredes.

El Firmamento ni siquiera tiene la condición de barrio en el despojo del viejo Distrito de la Condonación, uno de los más desolados en el Este de la Ciudad de Sombra, donde la metralla hizo su siembra sistemática y un bombardero se estrelló en las Escuelas Graduadas.

—Prestancia y hechuras... —dice Ceno Maceda, que acaba de encender un pitillo, al pie de la rampa que llega a los bajos del primer Bloque—. Ahora te peinas un poco y te pones esta corbata. El maromo hace las veces de novio formal.

## 41.

La niebla no diluye el cemento y en la imaginación de Ambrosio la superficie soterrada y vacía del Bloque semeja lo que sueña cuando está a punto de congelarse.

En las noches en que la intemperie le astilla los huesos, cuando el chamizo parece desarbolado entre el hielo y el vendaval, la carne del dormido también se rompe como la madera seca, y hay un momento en que la congelación destella con el aviso de la necrosis, como si en el peligro del sueño una raya de luz helada diese la alerta necesaria.

La hoguera se consumió sin sentirlo, las brasas dejaron de crepitar, un despertar violento mantiene en los ojos de Ambrosio, que debe reaccionar de inmediato para recuperar la temperatura que lo salve, la superficie lóbrega de una estepa de cemento.

—No hay ceremonia... —informa Ceno, que le ajustó la corbata y volvió a repararle las solapas de la chaqueta, mientras lo lleva del brazo por el subterráneo—. Viene Pereda, el pasante de don Cosme, y Balto que es el apoderado de Calixto. A Egira la trae su tía Benilde y los testigos están apalabrados como tú. A la pobre Egira había que darle un aliciente pero sin que se engañe, la pompa no viene a cuento.

Hay una mesa y tres sillas de tijera frente a ella. El que acaba de encender las cuatro velas viste un chaqué apretado y juega con la cadena del reloj de bolsillo enroscándola en el dedo índice.

—Llegáis los primeros.

—No hay novio que no apriete el paso. Los nervios son propios del contrayente.

Balto Peña observa a Ambrosio. Es un hombre alto y desgarbado a quien el chaqué sujeta para envararlo y que no se desparrame.

—Te pareces... —dice alzando una vela—. No cabe la menor duda de que tienes igual porte y la misma nariz. Un año arriba o abajo. No sé si las malas pulgas de Calixto o la desgana al enseñar la oreja. Lo que llevaba detrás cuando tuvo que cruzar el charco era un reguero de pólvora. El pobre Calixto siempre anduvo apurado.

—Ambrosio vive en la inopia. La vida muelle de quien no tiene responsabilidades. Para los tiempos que corren, no hay mejor plan que pasar inadvertido.

—Con que mantengas el tipo ya nos vale. Se trata de una deferencia con la novia. No vas a hacer las veces del ausente, pero mejor alguien que no le recuerde la pena de la privación. ¿Alguna vez te casaste?...

Ambrosio asiente.

—Pues poco más se te puede decir. En estos esponsales no hay miel que valga, aquí el novio está en Pernambuco y la novia clama en el desierto. La verdad es que, si uno lo piensa un poco, es lo que luego pasa en muchos matrimonios, y te juro que el mío no es de los peores. La distancia sentimental es, a veces, más grande que la geográfica. No diría yo que en Pernambuco, pero más allá del Alto de Sillera, seguro.

Un buen marido no puede estar siempre atizando el fuego del hogar, conviene de cuando en cuando echarlo en falta.

Ambrosio se sienta en una de las sillas, deja el saco en el suelo. Ceno Maceda está a su espalda.

Egira y su tía Benilde parecen la misma mujer. Comparten los años y el luto apenas aliviado por un pañuelo malva, y llegan con el mismo paso, sin que ninguna de las dos se atreva a mirar a Ambrosio, a cuyo lado se sientan por indicación de Balto.

Son dos mujeres de paralela estatura y en ambas la edad lucha por congraciarse, como si la sobrina quisiera superar la de la tía, y la tía no hiciese demasiada resistencia para consentirlo. Los años acomodan también los rasgos y la mirada, y apenas las distingue la ceniza en el pelo de la tía y un bucle en el de la sobrina que parece la huella de lo que perdió en la juventud, acaso el último indicio de una espera que se hizo demasiado larga.

Lo que Pereda, el pasante, lee en seguida, situado tras la mesa y con Balto Peña cruzado de brazos y moviendo los hombros como si las sisas del chaqué se contrajesen, se pierde en la voz que suena tan secreta como atribulada. Pereda es uno de esos seres humanos que tienen entregada la existencia a la burocracia y que no distinguen otra cosa que el orden racional en la gestión de los asuntos.

El poder notarial debe de tener la caligrafía costosa que corresponde a la lejanía de un contrayente cuya identidad se detalla en algunos datos, y el pasante Pereda alza en un momento la vista del escrito, que descifra penosamente, y mira sin venir a cuento a Ambrosio, que se remueve inquieto en la silla, y a Egira, que está sollozando desde que se sentó.

Los testigos desfilan con la misma celeridad con que aparecieron. Da la impresión de que firman sin saber lo que hacen, como si tuviesen comprometida una promesa obligatoria.

—No he tenido noticia de ninguna boda en que hubiese una redada... —dice Balto, cuando Pereda recoge el documento con mucho nerviosismo y dispuesto a salir corriendo—. Ya sería el colmo que detuviesen a quienes no hacen otra cosa que jurar amor eterno.

—Don Cosme se aviene mal a estos actos, son más comprometidos que las compraventas y los fideicomisos. Yo no las tengo todas conmigo, cualquiera sabe lo que Calixto Barrena Espino habrá hecho con su vida —advierte Pereda, para quien sin duda el temor y la tribulación conmocionan el orden burocrático y hacen que su conciencia profesional se resienta.

Los sollozos de Egira dieron rienda suelta a las lágrimas. Su tía Benilde se la llevaba abrazada.

Ambrosio se pone de pie, retoma el saco.



—Te casaste... —le dice Ceno jocosamente, dándole una palmada en la espalda.

—A esa novia la engañan desde el más allá... —dice Ambrosio.

—No pienses cosas raras —le pide Balto Peña—. En el más allá de Pernambuco hay un novio dolido que ahora es un esposo convaleciente. El poder notarial puede estar falsificado, se corre demasiado riesgo cuando por cualquier causa se levanta la liebre, pero esa mujer llorosa se va reconfortada. Calixto es primo nuestro, de Ceno y mío, y Egira fue toda la vida la novia doliente de un tarambana. ¿Tú sabes lo que mejor mata la inclinación de un insensato?...

Ambrosio no contesta.

—La ideología... —dice Balto Peña—. Te afilias con los que llevan las de perder, cuando ya te avisaron de que estaban perdidos, y con el rabo entre las patas te vas pitando en el primer barco que zarpa de Vigo.

Balto apaga las velas. La oscuridad rezuma en el cemento y en la imaginación de Ambrosio. No le es posible contener un escalofrío.

—Los que hicieron estos Bloques en el Firmamento no eran de Balma.

—Vinieron en un platillo volante —dice Balto—. Y no los construyeron, los plantaron como si fueran hongos. En el Firmamento comenzó la diáspora cuando la gente los vio una mañana, luego vino la Contienda.

## 42.

Las rampas del Bloque encaminan la oscuridad y el cemento. La niebla hace palidecer los ojos ciegos de las ventanas, y en la mirada de Ambrosio se alivian las cataratas como si esa palidez se ajustara a la opacidad del cristalino y facilitase la determinación de sus pasos según asciende.

—Te vemos en el Galpón... —dijo Ceno Maceda, cuando Ambrosio alargó la mano con el gesto de quien aguarda la retribución prometida, y Balto Peña se la estrechó reiterando el agradecimiento y mentando otra vez al primo que apoderaba—. Dejé la billetera en casa porque no me fío un pelo de estos parajes donde desnudaron a Dios.

Hasta la cuarta planta las rampas son más compactas y en el límite de la quinta hay algunas resquebrajaduras que Ambrosio reconoce. Los pasos se hacen más lentos, la respiración se agobia, el saco pesa más de lo debido.

—Hoy no te esperaba, mañana tampoco.

Ambrosio se detiene. La sexta planta es la más dañada. Hay un desnivel que la inclina como si la hubieran removido y algunas roturas en el suelo que no se corresponden con las grietas de las paredes.

—No pensaba subir.

—Pues era mejor que no se te hubiese ocurrido. Lo que menos me apetece es ver a nadie.

—Puedes hacer como si no estuviera, no te esfuerces. Después de cansarme tanto para llegar tan arriba, lo único que quiero es sentarme un rato.

—Para el bidón no tengo leña, y el poco carbón que queda voy a reservarlo. En la lata hay cuatro brasas, puedes calentarte.

Ambrosio percibe la figura de quien se mueve como un merodeador que acecha y se esconde. Se sienta y observa el brillo ceniciento de las brasas. La figura acaba de esfumarse y tarda un momento en reaparecer.

—¿Y el saco?...

Ambrosio lo acerca, arrastrándolo por el suelo.

—Está casi vacío —dice—, y sin embargo pesa como el demonio.

—Yo tiré el mío cuando supe que lo que llevaba no era otra cosa que el cuerpo del delito. El día que se rompió y empezaron a caer las pruebas estaba sentenciado. Un saco no tiene el mismo valor que la conciencia, y en cambio te puede amargar la vida.

—¿Y qué hago sin él?... No tuve otra cosa a la que agarrarme en los últimos quince años. Si no lo siento a la espalda no voy seguro ni me queda ninguna expectativa. La noche da de sí lo que llevo a meter dentro.

—Te quedas en los huesos, como yo hice, y apenas tienes que mover el vientre. El saco era un peligro, igual que si transportara la denuncia al hombro. Con la cartilla

de racionamiento me limpié el culo cuando todavía cagaba, la confundí con una libreta donde había apuntado las deudas que tenía.

Ambrosio cierra los ojos.

La voz que alienta a su lado se hace un susurro y en ese momento duda de si le queda algún amigo en la Ciudad de Sombra, donde Armil Llovera le regaló un saco la primera noche que salió a la busca, más encogido y temeroso que el animal que despierta en otra cueva.

—Es el arma del buscavidas.

Ahora Armil declina en la figura que susurra las penalidades a su lado, y Ambrosio recuerda aquel saco donde guardó las primeras provisiones y que perdió en una huida, acompañado por el mismo Armil que por aquel entonces jamás hubiera soltado el suyo en el peligro de la persecución.

Era un hombre alto y tenía el poder de las piernas vertiginosas. Nadie contaba con su capacidad de huida. Las piernas resultaban el aval de su velocidad y, sin embargo, en alguna de aquellas carreras, en la más desesperada o en la menos imprevista, las piernas se le cruzaron, igual que si se hubiesen retorcido, y se estrelló en el pavimento convencido de haberse roto los huesos.

Desde entonces los pasos de Armil Llovera se hicieron tan indecisos como pesarosos; un temor impreciso atenazaba su camino, la duda de una ruta esquiva o el desentendimiento de lo que en la vida es la dirección que la justifica, como si el camino no fuese ya otra cosa que el error de la encrucijada.

El hombre comprobó un día, al verse en la luna de una tienda, que había menguado o, lo que es peor, que ya no le quedaba ninguna altura de miras, que el horizonte alzado de su percepción del mundo se estaba hundiendo y apenas le llegaba a la altura del ombligo.

—No te esperaba ni hoy ni mañana porque acaso ya nunca volverías a verme. Desde la perspectiva de esta planta, si te asomas al vacío, Balma ya no existe, está desaparecida como el propio Distrito de la Condonación desapareció cuando huyeron los vecinos, después de que aterrizaran los extraterrestres y poco antes de que estallara la Contienda. El vacío es lo que procura el alma en vilo. No estoy cansado de mirar la nada ni de escarbar las cenizas en el bidón. No tengo alicientes ni necesidades, me pasa como a ti, que somos poca cosa y estamos más cerca de lo que se extingue que de lo que crece, y un suspiro nos llena como la pasión más grande. Las piernas no sujetan otra cosa que la fatalidad.

Ambrosio dormita.

—No te voy a esperar, ni siquiera te valdría de nada denunciarme. Los que vengan a por mí no me van a encontrar con las pruebas necesarias. Subí a la sexta planta para no ahogarme a ras del suelo.

Ambrosio vuelve a abrir los ojos.

—Déjame ver el saco.

—Cógelo.

—Está lleno de arena. Mira qué montón. La arena más fina de cualquier playa del fin del mundo. Eres millonario.

## 43.

No todas las voces tienen igual resonancia, algunas persisten como un eco en el hormigón, otras se deshacen como si la suela de las botas las pisara, y entre las palabras más lejanas surge un gemido sin que Ambrosio advierta si se trata de dolor o placer.

—No te confundas —escucha al que viene tras él—. Nadie goza con ese sonido lastimero. Es la pena o el sufrimiento.

Siempre le resulta más complicado encaminar las rampas hacia la salida del Bloque, y no es la oscuridad el mayor impedimento; los ojos ciegos de las ventanas filtran la palidez de la niebla y en la mente de Ambrosio las sombras remueven las mezclas del cemento, como si las arcillas tuvieran un centelleo oculto.

Las rampas se entrecruzan. El abismo del Bloque parece inclinarse y los pasos de Ambrosio resbalan como si los atrajese el talud, casi hasta hacerle perder el equilibrio.

—Es mejor que te descalces —escucha al que le precede, que no tiene la voluntad del guía sino la del mero acompañante a quien el aburrimiento no procura otra ocupación—. Los pies desnudos sienten la seguridad del pavimento y es más fácil rascarse. Yo no gasté los últimos zapatos, los tiré cuando empezaban a apretarme. Mete las botas en el saco, si está vacío ya no vale para otra cosa.

Ambrosio obedece. Tiene los pies fríos y entre los dedos siente correr la arena como un tropel de diminutos insectos.

—Ahora mismo lo que se rompe es lo que suena en los cimientos —dice el que viene detrás, como una advertencia—. El aullido de la quebradura con que el Bloque se resiente, igual que si fuera a desplomarse. Ya lo estás escuchando. Podemos irnos a pique sin que ni siquiera el mar de Balma se entere. A los que ya estamos ahogados no nos importa mucho. Este Bloque será el primero en desplomarse.

El aullido no resuena en la cabeza de Ambrosio como el eco de la resquebrajadura, tiene un temblor humano y podría figurarse que las piedras del mortero de cemento y arena se incrustan en la carne de quien se está muriendo de dolor.

—A los ajusticiados se les desmorona la vida con igual inquina —dice el que viene detrás—. No te digo que el gemido lastimero provenga de la tortura o el miedo, tan sólo del desmoronamiento con que la vida cae hecha pedazos. Un golpe seco, un crujido.

—Imagina que te cortan los pies —dice el que le precede, que se ha detenido un instante para escuchar el aullido de los cimientos y acerca los dedos de sus pies desnudos a los de Ambrosio, por donde siguen deslizándose los insectos—. Estás

erguido y te desplomas, la misma circunstancia del árbol talado. La vida ya no se sujeta con la altura de miras con que la estabas viviendo. Ahora el árbol es un tronco y el Bosque lo olvida o lo desprecia. ¿Te imaginas a ti mismo tirado en una cuneta, sin pies y con las manos atadas?...

Ambrosio está cansado. Bajar las rampas en la confusión de su entrecruzamiento amplía la zozobra de un camino que no lleva a ningún sitio, como si en el vientre del Bloque todas las mezclas del hormigón y el cemento tuviesen la intención de aprisionarlo.

—No te preocupes, que no tardas en salir —dice el que le precede—. No es la primera vez que vienes y no será la última en que te vayas.

Hace frío. Tiene los pies como un témpano. Quiere ponerse de nuevo las botas. Se sienta, acerca el saco, las coge y cuando lleva las manos a los pies percibe el muñón que los iguala.

La arena se desliza entre los dedos y es esa sensación de hormigueo la que le hace dudar. Sabe que el dedo gordo de cada pie está morado. Los frota y es sólo por un instante, antes de que el escozor devuelva el movimiento de los insectos, cuando los muñones inciden en su imaginación como el resto de un presentimiento que llena la noche de Balma.

## 44.

La vela está encendida en la mesa. La mujer está sentada en una de las sillas. La oquedad del subterráneo tiene una resonancia distinta a la de las plantas del Bloque, donde las resquebrajaduras no emiten el goteo con que la niebla suele esparcirse.

—Volví para esperarte —dice la mujer cuando Ambrosio llega a la mesa y se queda frente a ella—. No iba a resignarme a que no me dijeras nada, teniendo tantas cosas de las que hablar. Lo mejor es que te sientes.

Ambrosio la obedece.

—Yo me quedé en Balma sin otra devoción que la de vestir santos, desde el día y hora en que te fuiste como quien dice si te he visto no me acuerdo. Era la novia abandonada o la viuda que no había tenido marido, la misma mujer con el luto en las entrañas.

Ambrosio no se atreve a mirarla, se mueve inquieto en la silla.

—No me había acostumbrado a la vida que me dabas, no te creas que aguantaba con la resignación de saberte huido. Nunca hiciste otra cosa que ir y venir con igual pamema, y así me tuviste entretenida desde los dieciocho años, como si la promesa y el requiebro tuvieran el mismo precio que el engaño. Las ilusiones que alimentaba valían igual que los incumplimientos y las carantoñas. Desde los dieciocho a los veintiocho estuvieron al día las angustias y los sobresaltos, no había modo de sujetarte, la novia era el fantasma que arrastraba las cadenas de la prisión en que me habías encerrado. Yo me alimentaba con pan y agua. El amor me iba matando con la ausencia del carcelero que robó la llave, sabiendo como bien sabía que ese hombre no iba a cumplir nada de lo que hubiera prometido y en cualquier ocasión perdería la llave de mi calabozo o la tiraría al río.

La mujer se secaba una lágrima, pero su voz había dejado de ser llorosa.

—La tiraste, bien lo sé. Al río o a la basura. Cuando pude salir otra vez al mundo, cualquier mañana en que Balma tenía la primavera en la primera esquina, me juré a mí misma que no iba a seguir siendo la mujer que también pudiste tirar al río detrás de la llave. El amor se pervierte con el olvido y con la traición y el sufrimiento. Era la novia pervertida. Es lo que hiciste con la mujer que te amaba. Tenía veintiocho años y cuando un día me peiné pude comprobar que en los cabellos había unas cuantas canas.

Ambrosio se atreve a mirar a la mujer por el rabillo del ojo. Ella acaba de levantarse, da unos pasos que la llevan y la traen alrededor de la luz de la vela.

Cuando Ambrosio cierra los ojos, mientras la voz de la mujer adquiere una resonancia más lejana, imagina los pasos en el calabozo de la torre donde la tuvieron encerrada.

Los presos cuentan la distancia del porvenir que los agobia, esa medida amenazada de las cuatro paredes donde el único recorrido es el que orienta la

tribulación.

A la mujer la alimentan con pan y agua. El pan ácimo, el agua podrida. Hay una estampa que Ambrosio recuerda en que la prisionera está arrodillada y con los brazos en cruz. Nadie diría que es el amor el causante de tal desatino. Ella no es una santa, no es la estampa de una virgen que aguarda gozosa el martirio.

—Los treinta y ocho —dice la mujer, con el pensamiento teñido de la melancolía de una edad que ya consumió lo que quedaba del llanto— los cumplí antes de que volvieras con el aviso de que ahora sí que era verdad que venías para casarte. Voy a resarcir el daño que te causé, decías en la carta, y te hago llegar la llave del calabozo para que la cuelgues al cuello como una condecoración. La boda quiero celebrarla a todo trapo. Me encantaría contar con dos padrinos y dos madrinas para darle mayor pote. Los padrinos podrían ser mis primos Ceno y Balto, las madrinas a tu gusto. El banquete en los Salones Imperiales, la noche de bodas en el Hotel Coronación y el viaje de novios a Pernambuco, ya sabes, en el Atlántico filibustero.

Hay un silencio, parece una pausa en la melancolía de la voz, y cuando la mujer vuelve a hablar la mente de Ambrosio se llena de las flores mojadas que los invitados pisaron como el barro de una ceremonia que no llegó a celebrarse.

—Ahora son los cuarenta y ocho, Calixto, y se me pasaron el arroz y las ganas. Nunca volví a verte el pelo, y de nada me sirve la circunstancia de que te hayas quedado calvo porque la enfermedad no te dejó ni un pelo en la cabeza. Poco me place casarme por poderes, sabiendo que es un modo de hacerlo *in articulo mortis*, dado el trance en que te encuentras. Sé de sobra que he podido casarme con un cadáver. La verdad es que contigo, a lo largo de la vida, no hice otra cosa que arrastrar una pena de muerte. Con ella consumamos el matrimonio, igual que una ejecución. Vistiendo santos, con el arroz pasado y las jaquecas que me oprimen la cabeza, un modo muy doloroso pero preciso para que los recuerdos me amarguen por completo...

Ambrosio presiente que la mujer se va. Se pone de pie, no logra distinguirla en la oscuridad.

—Le agradezco la atención y la paciencia —escucha, y en la mente de Ambrosio hay una rebaja hacia el sentimiento, como cuando a la conciencia la remueven los sentidos—. Calixto Barrena Espino no merecía una representación tan discreta y esmerada como la que usted ha hecho esta noche en la ceremonia, espero que le abonen la encomienda, yo cobré con creces la derrama que me correspondía.



## 45.

—Pasaba por la acera de enfrente y, desde el otro lado de la calle, me llamaron. Yo no iba menos aturdido que ensimismado, ni siquiera pensaba que alguien pudiera descubrirme. Iba y venía por Arquitecto Mestalla, nunca llegaba a la bifurcación.

—Iguales pasos cada mañana, a primera hora. Yo hacía lo mismo. El mediodía y la noche los evité hasta que la inconsciencia me confundió.

—Era Telva Romero, una chica que había conocido tiempo atrás, en la Universidad. Muy amiga de mi prima Sonsoles. La más guapa de la pandilla. La que me miró con los mejores ojos, quiero decir en la que más me fijé de todas ellas, partiendo de la base de que todas me gustaban, incluida mi prima.

—La vista golosa de quien está necesitado.

—Déjalo que acabe de contarlo. Los más necesitados siempre estuvimos atentos. Yo mismo medía las carencias por el hueco de las caricias, más o menos con el suspiro de un beso o de una exclamación.

—Crucé la calle. Telva estaba en la parada del autobús, esperando a que llegara. En aquellos días, el quince venía cuando le daba la gana o no acababa de llegar. En la parada había tres personas.

—Me pongo nervioso oyéndote. En el último autobús que cogí en mi vida el conductor avisó a los viajeros de que no pensaba seguir la ruta habitual. El que no quiera hacerse a la idea, dijo el muy desalmado, puede bajarse en marcha, ya que no voy a parar. Este vehículo está desahuciado.

—La alegría de volver a verla fue enorme, y lo que ella expresaba la hizo mayor, como si en aquel encuentro resucitaran los mejores recuerdos, o la necesidad se viese recompensada. A mí me temblaban las palabras y a ella las manos.

—Se nota que te gustó y que ahora volvía a gustarte más de lo que te había gustado.

—La necesidad tiene esas previsiones o esas inadvertencias. A veces lo mejor de la necesidad son las casualidades. No recuerdo si en Arquitecto Mestalla había acacias, me parece que en el veinticuatro estaba el Cine Corondel.

—Llegó el autobús, apenas habíamos tenido tiempo de decir nada. La emoción no permitía otra cosa. Entonces le pregunté adónde iba y ella, que ya subía al autobús, me dijo que a la Plaza de la Coronación. Voy contigo, fue lo que se me ocurrió, al tiempo que subía tras ella y el autobús arrancaba.

—Una línea larga y las paradas difusas en unos días en que la vida se encamina a la muerte con el riesgo de las inspecciones y las denuncias. Nadie con dos dedos de frente hubiese tomado esa dirección. ¿El autobús venía lleno o estaba vacío?...

—Media docena de viajeros, las tres personas que aguardaban en la parada, Telva y yo.

—¿El conductor no hizo ninguna advertencia, nadie tuvo que apearse en marcha?

...

—Hubo gente que subió en otras paradas, pero no bajó nadie. Telva se había disgustado por que hubiera subido con ella, decía que estaba arrepentida de haberme llamado, pero que se había alegrado tanto al verme.

—Las cosas se encaminan de este modo y cualquier cantamañanas te hubiera dicho que el destino está muy comprometido con los autobuses urbanos. De suyo en las empresas municipales de transportes tienen un plus para paliar la mala conciencia y el pesar de sus líneas regulares. Es muy duro el oficio.

—En la parada de la Plaza de la Coronación no había nadie. Nos bajamos inquietos. Podía hacer medio año que yo no me acercaba al centro de Balma. Telva se despidió. Un beso nervioso, un adiós amedrentado. Nunca pude imaginarme lo que supone la imprudencia de una plaza vacía, los edificios que se arrugan como si los hubieran pisado.

—Había acacias en Arquitecto Mestalla, de lo que no estoy tan seguro es de que aquél fuese el Cine Corondel.

—Llegó una camioneta, dio la vuelta a la fuente. Los que se bajaron de ella ni siquiera me pidieron la documentación. Uno me tiró de la corbata y otro de las solapas de la chaqueta. Me subieron con ellos.

—La línea del quince no acaba demasiado lejos de los Jardines de las Postrimerías. Son los conductores más pesarosos los que en ella se jubilan.

—Fue en el Campo del Cerral, no lejos de la otra ribera del Margo, donde me bajaron. Conmigo había tres personas, todas sin corbata ni chaqueta. Los últimos pasos me llevaron a la misma zanja en que estabais vosotros. Dispararon al mismo tiempo.

—Los alisos del Margo. La música de una madera que hace sonar el viento. La escucho con el vértigo de la bala. Lo que más echo en falta de todo lo que tuve es el violín.

—Telva Romero llevaba un pañuelo morado, y estoy seguro de que no era la primera vez que lo veía en su cuello.

## 46.

Cualquier esquina del Firmamento tiene el montón de escoria de la estufa de los que se fueron. La combustión dejó esa especie de lava petrificada donde la niebla se condensa entre los residuos del carbón.

Las esquinas del Firmamento son peligrosas; en alguna vuelta la escoria creció más de lo debido y quien no lo sabe puede tropezar o chocar con el fantasma del mineral, que algunos accidentados achacaron a las escamas que los extraterrestres perdieron al invadir el Barrio. Las escamas de una estratosfera que llenó el infinito de estrellas fugaces y propició lo más parecido a la lluvia radioactiva con que Balma perdió uno de sus enclaves originarios.

—Esta leyenda —decía Lepo Corada en alguna gacetilla vespertina, escrita cuando había tomado dos copas— no se sostiene en la emigración del vecindario o en el hecho insospechado de que todos los en él censados fuesen abducidos por las naves espaciales, poco después de que se erigieran los Bloques de cemento armado y poco antes de que estallara la Contienda. En lo que se sostiene es en la fisonomía altanera de aquellos vecinos rocosos que jamás quisieron saber nada de los demás vecinos de Balma, como si la demarcación del Firmamento determinara una cualidad moral y espiritual en absoluto comparable. Las escamas fueron un bien de cambio en el engaño de los visitantes del más allá. La soberbia cegó a los vecinos, y es ahora la escoria de sus maltrechas estufas lo que constituye un ejemplo de la traición de quienes tan penosamente entregaron lo poco que tenían y se acabaron entregando ellos mismos, todo por conseguir algo más de lo que el calor de un brasero proporciona.

La oquedad del Barrio se llenó del resentimiento con que despegaron las naves, y cuando Ambrosio Leda se encamina para cruzarlo, convencido de que puede ganar un tiempo rentable en la persecución de quien se llevó el alijo del sagrario, no retiene ninguno de los avisos del gacetillero, tampoco de las advertencias de los que por nada del mundo entrarían en el Firmamento y prefieren circundarlo aunque se tarde mucho tiempo.

—Ésta es la condición del temor y el riesgo —dicen los rastreadores que procuran evitarlo pero sin la definitiva decisión de hacerlo, acomodados a los intereses en curso—. La mala fama ganada por la vía espacial se ajusta muy bien al encubrimiento y el escondite. Los negocios sucios, las invectivas, el pensamiento más artero y la manía más venenosa. Un sitio para la vileza y la difamación.

Nada se mueve. La niebla acaricia la escoria que crece en las esquinas como si no lograra resistirse al favor mineral que la reclama, las dichosas escamas que debieron contribuir a la petrificación con el matiz opaco del diamante sucio o el carbón de las estufas macilentas.

—Una u otra cosa —decía Lepo Corada en la gacetilla vespertina, cuando las copas eran más de dos y no menos de cinco—. Lo más importante que los visitantes del más allá legaron al Firmamento fueron sus feroces deposiciones. La materia orgánica que no parecía propia de unos seres de cristal o de malaquita, ya que no sabemos con exactitud de lo que se componía su naturaleza. Esas deposiciones mantienen una muestra cabal en las estalactitas de algunas esquinas y en el interior de algunos armarios. Todo el Barrio fue furiosamente cagado y, en el estrambote de la invasión, cuando ya todo el vecindario estaba abducido y las naves iban a despegar, defecaciones y heces destilaron la lluvia radioactiva que extinguió las germinaciones de cualquier índole, incluidas las que pudieran subsistir en los tiestos y en las macetas. Hay un verso en uno de mis sonetos más enigmáticos que menciona el retortijón del abismo sideral, y no es moco de pavo que una metáfora pueda estremecer el recto o que en el duodeno se presientan las calamidades de un universo huérfano y estreñado.

## 47.

Viene un soplo inesperado y derriba a Ambrosio Leda sobre uno de los montones de escoria. La mente de Ambrosio no controla la esquina ni el vacío del saco alerta como la mano que se posa en el hombro. Es el soplo de una carrera, la velocidad del que tiene perdido el respeto a quien pueda interponerse en la huida.

—No haga otra cosa que seguirme —dice la voz tras el encontronazo—. Pierda el culo y no repare en nada. El riesgo es el mismo se trate de quien se trate.

Ambrosio se incorpora, la escoria petrificada le hizo daño en la espalda. Reacciona con torpeza y tarda unos segundos en comenzar a correr.

—Ni se le ocurra mirar hacia atrás —grita la voz, que en la velocidad arrastra un eco entrecortado y apremiante—. Si le dan el alto no baje la guardia.

Corre, da un traspié, está a punto de caer. La estela de quien le lleva la delantera se pierde en seguida y al cabo de un rato, sofocado, se detiene y se sienta en el suelo.

En el Barrio del Firmamento hay un vacío que no sólo responde a la emigración de los vecinos, sino al rebufo de la abducción que padecieron. El vacío contiene las expiraciones, lo que pudo ser la exhalación de un último suspiro, y dificulta la respiración de Ambrosio que se resiente de la precariedad pulmonar con la convulsión del silicótico.

Tarda en recuperarse, se pone de pie, intenta recobrar el sosiego del pecho comprimido. La niebla no ayuda y en la espalda ha podido sufrir el daño de alguna escama. Da unos pasos y en la oquedad que le hace sentir ese vacío como una abducción temerosa escucha el eco de un tintineo, la señal de lo que rebota en el suelo, acaso sobre la lava, como un brote metálico.

—La música de plata, querido amigo —dice la voz cercana del que corría y, al fin, se detuvo—. Lo más bonito que puede afanarse. Una cubertería que brillaba como las joyas. Coja la cucharilla, es suya. El regalo de un compinche que tiene la noche igual de comprometida.

Ambrosio no distingue a Carpo Expósito, no sabe a qué distancia se mantiene o si está escondido. La cucharilla de plata que acaba de tirarle llegó a sus pies tintineando como una escama inquieta.

Es la tos lo que demuestra la cercanía de Carpo. La tos que rompe como un torrente incontenible y que parece indicar la desazón del cuerpo doblegado, como si la altura del muchacho se partiese al medio y el niño malo que pervive como un quiste o una esquirra en su espíritu y en su cuerpo saliese huyendo asustado.

—No tiene porvenir —dice el niño malo, sin que Ambrosio detecte con exactitud la voz, mientras Carpo Expósito sigue tosiendo—. Está pocho, está jodido. Si usted viera los esputos le daba grima. Y más de una vez, cuando se sienta, se le pega el calzoncillo en la sangre. Yo no quiero ser el quiste de un desahuciado, prefiero

quitarle la espoleta a la granada que traigo en el bolsillo y hacernos volar al tiempo.

La figura de Carpo emerge en la niebla del Firmamento, camina temblorosa hacia Ambrosio, y lo que Lepo Corada podría añadir a la leyenda del Barrio en su gacetilla es que unos pocos vecinos se libraron de la abducción y sobreviven como fantasmas entre la escoria.

—Y no son menos extraterrestres que los propios visitantes del más allá — escribiría el gacetillero, con la última copa derramada sobre el folio—. Los que perviven sin arrostrar el destino que hubieran debido asumir con sus paisanos, lo hacen sin razón ni estima. De una pervivencia desastrada y mugrienta se trata, de un existir sin resolución ni avío. La catadura fantasmal es la adecuada a esta deserción que propició la insolidaridad y el miedo. Ellos, los pocos que quedan, son los responsables de la verdadera ruina moral del Firmamento, vecinos sin padrón ni censo, espectros del último negociado.

## 48.

—Usted viene conmigo, se atiene a lo que yo le diga, y de ese modo podemos echarnos una mano. Ya me dijo que la noche la tiene completa, y cuenta con mi respeto. Las narices no las meto donde no debo, le juro que soy muy mirado.

Carpo tiende una mano temblorosa. En la palma brilla otra cucharilla de plata.

—Ande, guárdelas en el saco. Media docena es lo único que llevo encima.

—¿Y esa cara?...

—El descalabro de una mala caída. La cara, el magullamiento de los riñones, el menisco de los deportistas. ¿Usted conoció alguna vez en su vida al Buen Samaritano?... Yo aprendí muy pronto que la confianza es un bien tan ingenuo como interesado.

Lo que Ambrosio percibe, tras llevar las cucharillas de plata al saco, es que la altura del muchacho, además de aparecer partida al medio, como si hubiera sufrido un corte en el abdomen, hace reclinar su pecho igual que si la fuerza de gravedad lo atrajese o necesitara de esa postura para aliviar la tos que articula el vencimiento.

—Vamos —indica—, hay que salir lo antes posible de este paraje, que es donde me pusieron la última zancadilla. ¿A usted le interesa más el que corre delante o el que le viene a la zaga?...

—No le conteste —dice el niño malo—. Ni se le ocurra obedecerle. Fíjese en las magulladuras, huelga las heridas y las contusiones. No le pusieron la zancadilla, lo tiraron por la escalera. Roba vajillas y cuberterías como el que roba carteras y decencia.

Carpo Expósito comienza a correr de nuevo, lo hace con mucho esfuerzo pero logra que las piernas se estiren y el pecho se alce buscando el aliento. En unos minutos la velocidad es considerable y a Ambrosio le cuesta seguirle.

—Hay que darle la vuelta al segundo Bloque —indica Carpo, cuya cabeza sobresale en la niebla como la enseña arrugada de un mástil—. Hay que bajar al Lavadero y la Espita, ir lo más lejos posible.

La voz tiene la resonancia de la lejanía, el mástil desaparece y, cuando Ambrosio comienza a sentir que las piernas le flaquean, la resonancia no es otra cosa que un eco que muy bien podría semejar al de las voces anónimas que con tanta frecuencia reiteran su sonido, muchas veces con la insistencia de lo que ni siquiera logra entenderse.

—Se las pira, como hay Dios que se esfuma con el mismo engaño con que deja suelto al inocente —dice el niño malo, cuyas palabras tienen en la mente de Ambrosio parecida solvencia a las de las voces anónimas que llenan de murmullos y conversaciones las noches de la Ciudad de Sombra.

—Ya podéis ir los dos con viento fresco —dice Ambrosio, que se detiene y sujeta el saco con dificultad, ya que le resbala por la espalda—. Y más te digo,

chaval. Le devuelves las cucharillas a ese pájaro de cuenta. A mí nadie me persigue, soy yo quien busca a quien se llevó lo que era mío. La carrera no me compensa de ninguna forma.

—Puedo jurarle que a mí tampoco —dice el niño malo—. La desgracia de ser la esquirra y el quiste de ese desgraciado no es otra que la de haber nacido del mismo parto y con la peor suerte. Yo no quise crecer con él, supe muy pronto lo que a Carpo le reservaba la vida. Los malos pasos no los contienen los pies desnudos sino las cabezas averiadas. Y la mala suerte se gana con la misma pericia que la buena. Yo era un niño desamparado, le juro que no quería otra cosa que dejar al mequetrefe que me llevaba como la peor inspiración; si quisiera escucharme...

—No lo haga —dice Carpo Expósito—. La infancia es la vejiga que contiene la sustancia alterada. Luego se va rompiendo con la edad y su líquido infecta las regiones del cuerpo y el alma, y no hay resignación posible en el crecimiento. Ya le conté la impostura y el percance de tantas madres y padres, que no hicieron otra cosa que aprovecharse del pobre infeliz. El sufrimiento del hijo maltratado, la penalidad del huérfano. Al niño lo escupo al toser, haría muy mal fiándose de él.



## 49.

—La vida se paga con esa inconsciencia que es más propia de la muerte. A la vida hay que sostenerla, y no queda más remedio que ocuparse de ella y mantenerla vigilada.

—No será entonces el mismo caso que cuando te la roban sin previo aviso, al primer descuido.

—No me refiero al peligro o al acecho, me refiero al bien que supone y al cuidado que necesita.

—No se puede estar todo el día con el ojo avizor. La vida es un río navegable, y la confianza en la navegación resulta imprescindible para que el río te lleve apenas con el sosiego de tener a la vista las orillas. A lo que aspiras es a la tranquilidad de los bienes y los afectos. También a dormir sin que nada te altere o a echar la siesta cuando en el estómago sientes la misma serenidad que llenó el espíritu, quiero decir que la conciencia está quieta porque reposa.

—Es curioso oírte decir eso, sobre todo estando como estoy tan de acuerdo. La conciencia reposa. La siesta solía echarla en un sillón del salón de la casa de mis padres. Le tomas aprecio a un mueble y no cambias por nada el placer de sentirte estirado en él como si no hubiera otro hueco en el mundo o nada pudiese cobijarte mejor.

—Una silla de palo donde me sentaba a echar un pito. El límite del equilibrio, ya que tenía rota una de las cuatro patas.

—La esquina del escaño, en la cocina de mi abuela materna. Un cojín, el hule que cubría la mesa y en el que apoyaba los codos. La cara la sujetaba con las manos y, mientras mi abuela y mi tío Julio hablaban de cualquier cosa, yo me iba adormeciendo. El gato saltaba al respaldo del escaño, se aferraba a la pared, me miraba atónito. Yo podía llegar a soñar que mi abuela y mi tío se habían desvanecido en las voces, de tal modo que los cuerpos de ambos flotaban disipados. Me despertaba sin que nada hubiera sucedido. Cualquier palabra que resonaba en la cocina con el eco de las voces confundidas, el gato que volvía a saltar...

—La conciencia reposa, es verdad. El río tiene las aguas mansas y las orillas amparan lo que ves. Me hacía un hueco en el sillón porque siempre me tumbaba en la misma postura. Dormía más o menos tres cuartos de hora, luego me levantaba, me aseaba, volvía al despacho.

—Tampoco olvido una cama turca que abría mi novia después de cerrar la persiana, y siempre con el vano intento de que no echara de menos las sábanas y me acostumbrara sin protestar a la manta cuartelera.

—Ésa es otra situación, no hablamos de las ocasiones en que el provecho estaba por encima de la conveniencia. El suelo mismo o el pasillo a oscuras, sin que la manta hiciera falta para nada.

—Dormí a gusto mucho tiempo. La conciencia, el río, las orillas y la digestión.

Mis padres tenían un reloj de pared que daba las horas como si no hubiera nadie no ya en la casa sino en el mundo. Las horas que sonaban en la inmensidad del espacio, donde el tiempo ni siquiera debe existir. Esas horas que nada tienen que ver con la vida y que, sin embargo, en el momento menos inesperado, parecen las de la muerte, las que anuncian o miden o vaticinan lo que se acaba.

—No te entiendo muy bien.

—Fue la única ocasión en que no dormí cómodo. ¿Se alteró la conciencia, no estaba quieta, no reposaba?... Cuando abrí los ojos pude oír las campanadas del reloj. La casa estaba vacía, no había nadie, supongo que mis padres tenían alguna obligación. Tardé en asearme, las ganas de volver al despacho se me habían quitado. Salí del piso, bajé las escaleras, llegué al portal. La siesta me dejó la sensación del estómago sucio. Los que me esperaban para llevarme no hicieron otra cosa que ponerse a mi lado.

## 50.

En los ojos de Ambrosio la niebla cristaliza y la sensación de que el vidrio estalla con un golpe es la misma que cuando algunas mañanas los párpados se resisten y la arenilla rasga las pupilas.

Puede ser el Lavadero, cuando el segundo Bloque quedó a un lado, o la Espita, que tiene las mismas emanaciones del agua de la fuente subterránea que inunda el empedrado y se vierte hacia las paredes de un tendejón que perdió el techo.

—Balma no la conoce —dijo el niño malo— y sin embargo corre por ella como si la supiera. Este barrio lo tengo yo tan pateado como el tránsito de la Inclusa. Todo son tretas y engaños; lo que pudiera mirar desde la Vela del Descarriado era lo mismo que recordaba de las raterías y los desaguisados cuando volvieron a echarle el guante. Ya le dijo que había que bajar al Lavadero y la Espita para ir lo más lejos posible, señal de que sabe por dónde anda. Este Carpo no da una puntada en vano.

Carpo Expósito está en el suelo y sujeta la tos con los brazos apretados al pecho, mientras Ambrosio intenta mantener el equilibrio tras el golpe recibido en la espalda y, al fin, cae al pie de Carpo, arrodillado y dolorido.

—El pinche y el compinche —dice la voz que retumba con la amenaza y el reconocimiento.

—Dos que se manejan igual que el furriel y el cabo. La ordenanza los convirtió en patas del mismo banco, y el perista apenas se distingue del caco. ¿Adónde querías llegar, de dónde venías con tanta prisa?...

Un hombre que viste un tabardo y una boina coge a Carpo por el cuello y lo levanta, al tiempo que le da una bofetada. La tos se detiene. El cuerpo de Carpo se arruga como un trapo y parece una pluma cuando el hombre lo pone de pie y le golpea el estómago.

—Era una trampa —musita Carpo cuando logra balbucear las primeras palabras.

Ambrosio recibe una patada en el pecho. El otro hombre viste una trinchera atada con un cinturón y también lleva boina. Los dos tienen los ojos inyectados de la misma indignación.

—Lo que hayas traficado lo vamos a saldar sin que rechistes —le dice a Ambrosio, pisándole con la bota.

Carpo vacía los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Con las cucharillas de plata caen dos ceniceros y tres cuchillos de postre.

—No era lo convenido.

—Se trataba de una trampa —repite cuando el hombre del tabardo lo suelta y Carpo cae, sujetando de nuevo el pecho y la tos.

—¿Una trampa de quién?... Lo que hubiera en el piso lo sabía el sobrino de la finada, nadie más. Y ese pájaro daba el soplo y pagaba dando cuenta de ello. No le

quedaba más remedio. ¿Qué trampa ni qué ocho cuartos?...

Ambrosio tiene el saco muy cerca de la mano derecha. El hombre de la trinchera se la pisa.

—Aquí el perista también guarda la munición —dice despectivo—. Vamos, vacía el saco, que no te remuerda la conciencia.

Caen las cucharillas de plata que le dio Carpo.

—Te advertí —musita el niño malo al oído de Ambrosio—. Un ladrón garantiza el peor acompañamiento, estás en las peores manos.

El hombre de la trinchera recoge las cucharillas.

—Yo hice lo que tenía que hacer —dice Carpo, ahora más compungido que asustado—. Subí al piso a la hora convenida. La cubertería estaba donde me dijeron, no moví otra cosa. Luego, cuando volvía escaleras abajo, me pusieron la zancadilla. El susto fue mayor que el daño pero no menor que la pesadumbre de verme allí tirado, como si el que me esperaba se quisiera burlar de un pobre cantamañanas. Reconozco que no paso por el mejor momento y ando menos fino de lo que debiera, pero la salud no se calcula, se disfruta o se echa en falta. En esa casa hay adulterios, no me cabe la menor duda, y el pringado es el que sin querer levanta la liebre.

El hombre del tabardo le da otra bofetada.

—Era una herencia. La trampa no consistía en otra cosa que en disminuir la masa hereditaria que el sobrino calavera proponía, así de fácil. Lo que vuela no se contabiliza, y el ajuar pesa menos que la plata. Ya es el colmo pensar que era el sobrino quien pondría la zancadilla, pero puestos a repartir leña no hay que conformarse. De todas formas, vamos a buscarlo para ponerlo en su sitio.

—Éstos picaron —murmura el niño malo al oído de Ambrosio—. Cualquiera treta es posible. Un quiste no es ninguna vanagloria, una esquirla es siempre el resultado de la explosión. Me quedo corto cuando digo lo que pienso de este desgraciado.

Los hombres se reparten el escueto botín.

—En cualquier caso —dice uno de ellos—, la noche no acaba antes de tiempo, y las notarías sólo cierran los festivos.

—Me tiraron por las escaleras —musita Carpo, que logra esquivar la última bofetada.

—¿Y aquí, el perista?... —inquire el de la trinchera.

—Tiene el porte de un novio huido —dice jocosamente el del tabardo—. Lo que cobra lo cobra en letras de cambio. Es un financiero, sólo hay que verlo.

Ambrosio recoge el saco.

—Menos da una piedra —dice el hombre del tabardo, que se dispone a encender un pitillo.

—Lo comido por lo servido —confirma el otro.

## 51.

Carpo y Ambrosio caminan con dificultad. Al cristalino empañado de Ambrosio lo desorientan los pasos bamboleantes de Carpo, y la voz de los dos hombres que resuena tras ellos sin otra indicación que la vigilancia. Los oyen como el rumor de una confidencia amañada.

—Yo te digo, Colindres, que en Balma no hubo otra diosa parecida. Pones en fila india a las santas de todas las hornacinas y no le llegan a la suela del zapato. Una diosa que nada tiene que ver con el pecado original ni con el cristal de las medias.

—No te lo niego, Maroto, puede ser tuya la razón, pero el percal de las diosas me peta menos que el color de los ojos y el matiz de las pestañas. Yo soy muy mío en las apreciaciones. Diosas, vestales, mujeres del frío o del calor. Lo mismo me sucede con el oro y la plata.

—No te confundas, Colindres. No hablamos de mujeres. Ella era una estrella fugaz, el Olimpo se le quedaba corto y el Paraíso valía lo que el vuelo de una mosca. No te vayas por las ramas. En Balma no hubo otra comparable.

—Cada cual tiene su querencia y su medida, y no voy a acordarme de lo que supuso en la Condonación la hija del hebreo o la sobrina del musulmán en la Corona, por mucho que se contradigan las religiones y las naturalezas. Diosas o mujeres hasta donde Jehová o Mahoma se atengan. La plata tiene el brillo helado y el oro un rayo calenturiento, algo así como la luna y el sol para ser más exactos.

Carpo da un traspié y el cristalino empañado de Ambrosio se resiente.

—Rectos —ordena la voz del hombre del tabardo, que cambia de tono cuando se dirige a ellos—. Al tendejón sin rodeos, que ya anduvisteis bastante a vuestra bola. Ahora lo que toca es la normativa de la Comisaría de Abastos.

—Estáis jodidos —dice el niño malo desde una distancia que Ambrosio no calcula—. Estoy metido en el saco, no quiero saber nada más de ese mequetrefe, voy a independizarme. Ni quiste ni esquirra, la pupa de mi propia edad. Y no me delates porque la granada la llevo en la barriga. Hice acopio de ellas.

—Ella tiene un resplandor que no hay luciérnaga que lo contradiga. La luz de esos destellos siderales, Colindres. Lo que es propio de las diosas que hicieron el noviciado en las estratosferas.

—Que no lo niego, Maroto, que no se trata de eso. En la variedad está el gusto y en la simplicidad el regodeo. Y sé distinguir de sobra lo que entre la mujer y la diosa se destaca, no me pongo puntilloso. Tuve, como bien sabes, mal de amores, y el consabido desengaño. Las hornacinas las veo vacías y en el color de los ojos todavía me consuelo. Mujeres del frío o el calor, pestañas temblorosas, puede que no sea otra cosa que un enfermo sensitivo.

La voz de los hombres se diluye. Ambrosio intenta mirar hacia atrás.

—Ni se te ocurra —ordena el niño malo en el saco.

Llegan a la puerta del tendejón, que parece sostenerse desequilibrada, fuera del quicio.

—Con una patada se abre —dice el hombre del tabardo— y lo que hay dentro es lo que hay que cargar. Ahora viene Maroto con la carrilana.

Es Carpo quien da la patada a la puerta.

—Siete fardos, tres menos que ayer noche —dice el hombre del tabardo, cuya voz distingue Ambrosio como la correspondiente a Colindres en la confidencia que sostenían a su espalda—. El abastecimiento se calibra al milímetro, la Comisaría no tiene que preocuparse.

Es una camioneta destartada la que se acerca con los faros apagados. Llega a la puerta del tendejón, hace una escueta maniobra para situarse.

—¿Y tú qué opinas, perillán —le pregunta Maroto a Ambrosio—, es la diosa la que en Balma no tiene parangón?...

Ambrosio alza los hombros y extiende los brazos, en un gesto de escepticismo.

—¿No te casaste con la que más suplicaba?...

—No era un novio al uso —logra decir.

—Pero ¿se te resisten más las hebreas o las musulmanas?...

—En la niebla no hay religiones ni naturalezas.

—Una estrella fugaz, perillán. Si hubieras tenido la suerte de ver las cimas siderales y el esplendor de lo que para nada necesita la carne y los huesos. Un sueño divino, una entelequia que ni tú ni Colindres podéis vislumbrar. ¿O no eres creyente?

...

—Soy nacido en el monte.

—De la catadura de los fusilados, se te nota. La bala que te rozó la oreja me la comí yo en un rancho de lentejas.

—Los fardos los quiero bien ordenaditos, que luego las ballestas se resienten —advierde Colindres.

—Una diosa que hizo del Firmamento el barrio del amor platónico, lo que en Balma más se echaba en falta. Esparció la simiente del desinterés y la honestidad y sustituyó las aras y los altares por el fruto de un sentido sin más apetito que el de los sentimientos.

## 52.

—El viaje es corto, ni siquiera se precisa salir del Barrio —dijo Colindres, apretándose el tabardo—. Dos vueltas alrededor de los Bloques para disimular, y luego hasta la linde del Caparazón, en los sótanos del Avistamiento.

Ambrosio y Carpo cargaron la camioneta con los fardos y luego, vigilados por Maroto, subieron a la caja y se sentaron entre las lonas.

En la cabina conduce Colindres y Maroto, asomado a la ventanilla, va indicando la ruta entre la niebla. Los faros de la camioneta permanecen apagados.

—No me hago una idea —dice Carpo, que retiene la tos agachando la cabeza y apretando las manos—. Pesan como demonios y no puedo imaginar lo que contienen.

—¿Y qué te importa?...

—El negocio —dice Carpo, que tras retener la tos vuelve a tentar la arpillera de los fardos, intentando adivinar lo que hay dentro—. Lo que se raspa es lo que se pilla, yo no tuve otra cosa en la vida. ¿Me deja la navaja?...

—No tengo navaja.

—Entonces el puñal del godo —dice Carpo, que se pone de rodillas con dificultad y rebusca en el pantalón—. Parece un punzón y con la misma inquina te saca un ojo que te pincha la barriga. El godo lo usaba para arreglarse las uñas y un día se lastimó la vista.

Ambrosio le siente hurgar en el fardo más cercano. La camioneta se mueve desarticulada, como si la cabina fuera a desprenderse de la caja, o las ruedas delanteras no obedeciesen al movimiento del volante.

—Siempre la manía del maniobrero y la arrogancia del chiflado —dice el niño malo, sin que Ambrosio logre soslayar el escalofrío de la niebla que le incita a encogerse—. Las manos no pueden estarse quietas cuando la cabeza maquina con igual desazón. Le juro a usted que me hice malo por falta de reposo.

Carpo logra hacer un agujero suficiente para meter la mano y seguir hurgando en el interior del fardo.

—Es la piel fría de un muerto entre las plumas —dice asombrado, sin que Ambrosio logre oírle—. Uno con el cuello estirado. Otro con las patas rotas. El siguiente sin cabeza. Los que tienen el pico cerrado ya perdieron los espolones y la piel del gznate es la misma que la de la pechuga. Todos están sacrificados. O se trata de un holocausto o de una epidemia.

Los ojos de Ambrosio se cierran con el escalofrío que reincide al sorber la niebla. Es un soplo que le altera el corazón y hace que su respiración sea más imprecisa; la misma sensación de algunas mañanas cuando, al abrir los ojos, le parece que el techo del chamizo se está desprendiendo o que es la nieve la que al derretirse gotea en su frente.

Carpo tiene algo en la mano, se lo muestra como un trofeo que no acaba de

agradarle, el premio que obtuvo con un número cambiado.

—A lo que huele un pollo desplumado —dice—. A lo que en las pollerías y en las casquerías se cuelga para que nadie confunda los trofeos.

Uno tras otro va sacando los animales muertos del fardo e intenta pasárselos a Ambrosio, que los rehúye como puede.

—¿Cuántos pollos calcula usted que puede haber, cuántos cadáveres en estos embalajes, cuántas gallinas procreando para el incremento de tal mortandad en un comercio indiscriminado?... Los abastos de la codicia y la avicultura, no vaya usted a pensar que estos bichos se suicidaron.

Carpo sigue sacando pollos muertos. Parece enardecido. Ambrosio teme que se percaten los de la cabina, pero no logra serenar a Carpo, que ya comenzó a abrir otro fardo con el punzón.



## 53.

—Nunca te conté lo que hizo mi abuelo Hermónides cuando descubrió que Zulema, que era la niña de sus ojos, se había colado por el Fustán, un nubio que estaba empleado en los Almacenes Orientales, en la Porticada, donde en la puerta el vasco Iturrioz le pegó el tiro en la nuca a Bugido el alcarreño, el mismo día que estalló la Contienda.

Maroto vuelve a sentarse al lado de Colindres, que conduce la camioneta como si la niebla se amoldara al pulso de la velocidad, y en la imaginación reverbera una diosa que ni el propio Maroto podría asegurar que refulgiese como la plata o el oro, más allá de la melena de la estrella fugaz que en un cielo limpio podía parecerse a la estela del último platillo volante donde se fueron los abducidos del Barrio del Firmamento.

—Ni yo te conté lo que mi tío Valeriano planeó para que su hijo Macinto dejara de verse con Urticaria, la visigoda que era camarera en la Cafetería Dniéper, la que cerró en la Avenida Constitucional cuando la bomba del vasco Ipagoitia reventó la tertulia de los cartagineses, con el abogado Lamela, el boticario Insúa y el perito Roncero como principales damnificados, y justo tres días después de que estallara la Contienda.

Maroto asiente pensativo. Lo que pudiera relacionar a Zulema y a Urticaria, dos chicas de tan distinta posición y circunstancia, no es otra cosa que un tiro a bocajarro y una bomba activada sin aviso.

—El nubio apenas quedó ensordecido por el eco del disparo, y la visigoda salió ilesa, aunque malparada por el estruendo de la carnicería. El hecho incierto de que Iturrioz e Ipagoitia fuesen la misma persona, asunto que se insinuó en el atestado, no alteró las penalidades en que se vieron concernidas las dos chicas, el nubio Fustán y Macinto, el hijo de Valeriano.

—La secuestró, ya ves qué estratagema —dice Colindres—. Pagó a un chino que se llamaba Chocarro, y que vivía en una chabola de la Manchuria. Siete días la tuvo cautiva el chino en un piso que mi abuelo Hermónides tenía en Corazón de Agripa, en el dieciocho. Denunció al nubio Fustán y la policía le dio sopas con honda hasta que el empleado decidió expatriarse de Balma, sin que Zulema rogara que lo dejaran en paz. Del secuestro salió una cautiva resignada, menos casquivana, más formal, la mujer hecha y derecha por la que porfiaba mi abuelo Hermónides.

La camioneta da un bandazo, la niebla se adensó en la curva, a Colindres se le fue la cabeza detrás de la hija de su abuelo y convencido de que en alguna de las fotos familiares había un chino cuyo rostro alguien había borrado.

—Es curioso —dice Maroto—, porque mi tío Valeriano hizo algo parecido, pero al revés. Urticaria desapareció. No se trataba de un secuestro, tampoco de un robo, acaso de un soborno. Pero el tiro le salió por la culata. Macinto enfermó. No era un

hombre fuerte, antes al contrario, tenía la debilidad del niño prematuro que se pasó la infancia aborreciendo la leche materna y vomitando la papilla. Enfermó de pena, con la melancolía y el desamparo del tísico. Lo internaron en el Hospital de Misericordia, pabellón de infecciosos o desahuciados, sin que en las galerías, donde asomaba cuando los demás dormían la siesta, hiciera otra cosa que liar un cigarro, encenderlo y dejar que la colilla le quemara los labios.

Colindres acelera. Es un rastro de sueño el que le hace apretar el acelerador, un movimiento descontrolado que se acompasa con el recuerdo de la visigoda; la pestaña altiva, el reflejo dorado de unos ojos que debe de hacer ya mucho tiempo que no miran nada.

—La diosa es la llama viva en cualquiera de las constelaciones —susurra Maroto, y en los oídos de Colindres hay un arpegio y una quebradura que pudiera provenir del parabrisas.

## 54.

En la conciencia de Ambrosio Leda hay un pollo muerto. Le cortaron el cuello, lo metieron en agua hirviendo, lo desplumaron y lo tiraron por la ventana. El pollo revivió en el vuelo, descabezado y desnudo, entre el olor hirviente que todavía le calentaba la pechuga.

No era el vuelo mortal en que ahora Ambrosio se ve preocupado, el vuelo del cadáver que expira con el viraje del lanzamiento, un pollo que jamás llegará al otro lado de la vida, del mismo modo que nunca abandonó la avícola donde lo cebaron, a no ser para que lo decapitaran en el Matadero, en la fila india donde la cuchilla propiciaba el orden de los sacrificios.

Mientras Ambrosio vuela, lanzado de la caja de la camioneta en el violento viraje que precede al choque de la misma y al vuelco aparatoso, tiene en la conciencia al pollo muerto e instantáneamente redivivo, al pollo que flotó en la caldera con las plumas mojadas y un tufo de ropa vieja que se pudre en el fregadero.

La niebla aprisiona la quietud y el silencio tras el ruido del accidente. Lo que el conductor de la camioneta pudo presentir, en el instante mismo en que el volante giró con el espaviento de una percepción engañosa, fue un mástil de hierro en el descampado, el dedo metálico que los extraterrestres plantaron como indicación de su despedida o, sin que debiera descartarse, como señal para un regreso, cuando en el más allá las cosas se pusieran feas.

—Nadie puede asegurar que las Contiendas sean siempre nacionales y fratricidas —decía un vecino del Firmamento que vio la fila de los abducidos desde el ventano del retrete de su casa—. En cualquier galaxia puede armarse el pifostio y los más listos ponen pies en polvorosa.

El poste era un clavo. De la magnitud del mismo podía dudarse, y lo que Colindres al volante y Maroto entresoñando lo que la estela de la diosa cernía en el pavimento celeste pudieron llegar a pensar se ajusta a la conmoción de sus cabezas, que entrechocan y vuelven a entrechocar desde las respectivas ventanillas de la cabina y de igual modo al que lo hacen las bolas del billar en las bandas, ya que nadie discutió nunca el malabarismo de ambos jugadores en los Billares Renedo del Distrito de la Condonación.

—Os damos el trofeo compartido —decidió el jurado en el campeonato profesional—. La cabeza la tenéis dura, pero los dedos son más finos que los del pianista. Las posturas engalanan hasta la perfidia el rumbo de las carambolas. Dios os hizo para los juegos de mesa, no nos cabe duda.

Pudo ser que las puertas se trabaran o que el parabrisas astillado no permitiese que salieran despedidos los cuerpos de quienes en la cabina se acordaban del nubio y la visigoda con cierta melancolía, pero el hecho es que las cabezas de uno y otro se

rompen y es probable que un brazo o una pierna corran igual suerte.

En el clavo reventó el guardabarros, la cabina se desajustó de la caja, y del motor de la camioneta salía un vapor parecido al del caldero donde cuecen a los pollos para desplumarlos. Las ruedas traseras daban vueltas tras el vuelco, como si todavía les quedara gase para la velocidad o las cubiertas se hubiesen desprendido de las llantas y tuvieran la disposición de seguir rodando.

## 55.

—Nadie dice nada del momento preciso. Lo que supone el vértigo de la bala que viene o el presentimiento de lo que en ese instante te hizo cerrar los ojos o abrirlos más de la cuenta.

—Sería lo menos interesante de la conversación. Esas precisiones ni siquiera se corresponden con el recuerdo o con la idea de lo que pudimos haber hecho. Hay un momento en que no eres otra cosa que el olvido que precede a la desaparición. Los ojos se abren o se cierran como si parpadearas cuando la lluvia te da en ellos. Estabas firme, estabas quieto, ¿qué pensamiento podía modificar la circunstancia de ir en seguida a desplomarte?...

—No me acabo de enterar de lo que habláis.

—Yo no remuevo lo que no tiene sentido.

—A mí me gusta escucharos, pero voy a deciros una cosa: no es la expectativa lo que hace más intensa la fatalidad de verte en ese trance. ¿Qué puedes esperar, qué rebulle en la conciencia o alerta en la mente?... Tuve la impresión de haberme convertido en una estatua de piedra, la carne no tenía ninguna consistencia y el alma, ya que soy creyente, se había disipado, hasta tal punto que si me apeteciese deslindar lo que llamamos el último suspiro no me quedaría con la fuga del alma ni con el cuerpo abatido, sino con el espasmo y la respiración quebrada, una cañería que se atasca.

—Siento perfectamente la caída. La bala ni siquiera la imagino. Un gusano de plomo que en vez de arrastrarse por la tierra lo hace por el aire. La caída tiene el sentido de la liquidación y, si me lo permitís, ya que en el comercio no me fue todo lo bien que mi padre hubiera deseado, de la liquidación por derribo. Todos hemos tropezado alguna vez, a todos nos derribó un mal paso o estuvimos a punto de dar con las narices en el suelo. Es lo que siento, esa caída, ese desplome que supone un viaje vertical, que empieza en la cabeza y acaba en los pies. Estoy tendido en un charco. Fue un viaje instantáneo y eterno.

—Los últimos días viví obsesionado por ese vértigo. La bala que viene, la dirección del disparo. Pensé que cerrar los ojos no era una solución, no se trataba del alivio de sujetar la conciencia en la oscuridad, apretar los dientes, estirar los dedos de las manos. Voy a mirar hacia arriba o, al contrario, voy a mirar al suelo. La frente alta. La cabeza gacha. Una duda menos razonable que la de empeñarme en maldecir el destino o agradecer lo poco o lo mucho que la vida me dio hasta ese momento. Ni poco ni mucho, pero sí bastante, si soy justo y sincero. La bala no la sentí, pero el presentimiento ya os digo que extremó mi zozobra o, más exactamente, fue el resultado de una angustia interminable.

—Voy por el patio, arrastro los pies. Nadie me dijo nada. Salía a media mañana, como cualquiera de los otros días, pero en esa ocasión estaba solo, nadie venía conmigo, no me acompañaban los que daban las mismas vueltas a la misma hora. Lo

que resonó entre las paredes del patio fue lo que me hizo caer, un tiro, un golpe en la cabeza. Ahora no tengo otra emoción que la que corresponde al grito inadvertido con que te llaman quienes pretenden avisarte de algo, dándose cuenta de que no puedes oírlos. La emoción de un eco en la voz de quienes tanto me querían y tan poco deseaban que me sucediese aquello.

—En mi caso, lo inmediato fue cerrar los ojos.

—En el mío, abrirlos.

—Yo no tuve tiempo de agachar la cabeza y, además, si fuese sincero, tendría que confesar el miedo a que me dieran en ella.

—Algo no muy distinto a lo que sucedió la mañana en que me llevaron lo soñé tiempo atrás. Un camino que serpenteaba hasta el puente donde desde el pretil no me impidieron que mirara las aguas. La misma lagartija que corrió por la piedra, temerosa o asustada antes de que se escuchase el disparo. El río estaba seco.

## 56.

Tarda en incorporarse. El esfuerzo de hacerlo proviene de la conmoción y, sin embargo, no hay daño en ninguna parte, nada le duele. La niebla lame los ojos cuando logra sentarse. Una saliva que enfría el lagrimal y empaña la mirada como si las cataratas se estuvieran derritiendo.

No era la primera vez que el hombre que llegó a la Ciudad de Sombra quince años atrás hacía el esfuerzo de incorporarse tras ser abatido o sufrir una caída en un descuido o un accidente. El hombre fue extremadamente cuidadoso en los primeros tiempos, y el ensimismamiento de la oscuridad propició la entereza de su deambular invisible, también lo que impostaba el carácter sumiso y aleatorio de quien nada tenía que decir o hacer en ningún sitio, como si la lejanía y la obediencia estuviesen sobrentendidas en cualquier recado o mandato.

En las noches de esos quince años Ambrosio Leda se había arrastrado para esconderse tras una alerta o una orden, y también había sucumbido en un mal paso, como si en la orientación de la voluntad urbana fallasen los resortes y el cuerpo se desentendiera de la mente en lo que se pudiera parecer a un desvanecimiento, o a la imprevisión que desarma el ánimo y contradice el albedrío.

Hubo una primera noche en que alguien advirtió de una redada. Ambrosio acababa de recoger una carga en la carbonería de las Colominas. El saco le pesaba en la espalda más de lo habitual. La advertencia le produjo más desánimo que miedo; eran los primeros tiempos de su estancia en Balma, todavía las salidas tenían la reticencia de quien nada debe improvisar, y en las piernas del huido los temblores proporcionaban la contraseña de un camino siempre sinuoso.

Una redada contenía el anuncio del mayor peligro. Los que en la noche iban y venían sin otra confianza que la de los ocasionales hallazgos en las búsquedas reiteradas se dispersaron antes de que Ambrosio pudiera percatarse no ya de que se había quedado solo, sino de que no sabía exactamente dónde se encontraba.

Las Colominas ofrecían la encrucijada más desconocida al Sur de Balma, por los pies yertos de la Ciudad de Sombra y los dedos engarzados que apretaban las casas como si quisieran cerrar las calles o estrangular en las callejas lo que los vecinos intentasen alcanzar.

Pudo ser la primera noche en que Ambrosio Leda sintió que la Ciudad era un laberinto más intrincado de lo previsible, no ya en la proporción del desconocimiento que de ella todavía tenía, especialmente ese Sur al que apenas había llegado en tres ocasiones anteriores, sino porque en la trama urbana de su configuración existía ese artificio destinado a la confusión para que nadie lograra hacerse dueño de ella.

Lo que con el tiempo llegaría a comprender, mientras la costumbre de las noches se acomodara a la propia voluntad urbana, y los pasos fuesen tan insistentes en todos los caminos posibles, fue que en el escenario de la Ciudad de Sombra no había

ningún orden preciso ni una representación estable. El escenario tuvo un cometido en el pasado, cuando Balma fue dueña del esplendor que alertaban los vestigios, o en la decadencia demorada en el tiempo, mientras la vida de la Ciudad se correspondía con el discurrir de los ríos que la escoltaban, la corriente que bifurcaba dos orientaciones o dos destinos y que tanto contribuiría a su destrucción.

Dejó el saco con el carbón en la esquina de la primera calle. Corrió hasta un portal cercano. En las Colominas había una resonancia contrapuesta entre el pavimento que cruje y las fachadas que se resquebrajan. El desánimo de Ambrosio alimentaba el desaliento y se relacionaba con la debilidad de su mala alimentación.

Las calles estaban vacías, pero permanecía el eco de las pisadas de quienes se fueron tras la alerta de la redada. Entre la intención de seguir huyendo, con el cuidado necesario para no ser descubierto, y abandonar el saco, fue consumiendo Ambrosio las horas que hacían de la noche un túnel por el que nunca se había introducido con tanta inquietud.

Decidió permanecer allí, inmóvil, vigilando el saco que contenía la carga de carbón, tan necesaria para su subsistencia. Amaneció con desgana. El cuerpo de la Ciudad de Sombra se daba la vuelta sobre sí mismo tras el sueño, los pies se habían estirado.

Fue la primera ocasión en que Ambrosio Leda hizo el regreso a la guarida sin el amparo de la noche, como cualquier vecino madrugador que va o viene del trabajo.



## 57.

Tiene el saco en las manos. Lo arrastra con la misma vacilación con que mueve las piernas. La niebla envuelve el desconcierto de los pasos. Camina sin sentido y es en la humedad de los ojos donde el silencio obtiene la resonancia de un estrépito que los oídos expandieron, como si en la cabeza de Ambrosio algo se hubiera derribado y todo quedase tirado por el suelo.

Hay un bicho que se mueve a su lado, está a punto de pisarlo. El bicho da una carrerilla, se queda quieto. Por un momento el descampado donde la niebla se tiende con la soltura de una superficie helada parece más abrupto, un sembrado en el que las hortalizas quedaron sin recoger, alzadas y tiesas; un predio roturado, el calvero del bosque que se incendió.

El bicho es el pollo muerto que rebullía en la conciencia de Ambrosio. Un pollo descabezado que acaba de resucitar y camina ante él con la decisión del que voló desde la cuchilla con el pavor de un aleteo incontrolado.

Ahora el pollo se pavonea presuntuoso, con ese garbo maligno de quien puede presumir de una vida que no es suya, de una muerte condonada por la destreza del que salió pitando cuando todos los cuellos eran seccionados en la cadena del sacrificio industrial, abandonadas las plumas en el hervor de un despojamiento que desnudaba a los condenados.

—La pechuga, los muslos, los higadillos —musita Ambrosio sin que las palabras tengan otro requerimiento que el del recuerdo culinario, mientras el bicho vuelve a dar una carrerilla y, cuando de nuevo se detiene, parece hacerlo en un berzal cuyas pencas están secas y congeladas desde las estaciones en que nadie volvió a respetar ningún cultivo.

Las berzas tiesas, esqueléticas, también parecen pollos decapitados, y en la conciencia de Ambrosio hay un viraje, que acaso reitera el golpe del volante en la camioneta accidentada, que le hace recobrar la lucidez que interfieren el estrépito y lo que quedó tirado por el suelo.

—Caldo —musita Ambrosio, constatando que en el berzal los pollos asumen el destino de un potaje al que entregarán su sustancia—. Coles y menudillos, las alitas fritas, la pechuga rebozada.

El pollo reacciona al comprobar que Ambrosio, con más dificultad de la prevista al mover las piernas, se dispone a correr tras él para atraparlo y meterlo en el saco.

En el descampado no hay más superficie que la plana y pedregosa, el terreno que nunca alcanzó un destino agrícola y tampoco pudo aspirar a convertirse en un solar edificable, ese limitado desierto que se repite en el Barrio del Firmamento con la desidia de que hicieron gala sus vecinos.

—Hay mucho espacio y poca voluntad —se escuchaba entre ellos—. La tierra

malgastada para el que ni tiempo tiene de echarle un vistazo. Aquí no vinieron a establecerse los desertores del arado. El obrero siempre quiso captar al campesino.

El pollo corre y Ambrosio lo hace con la sensación de que es a él a quien persiguen. Eso es lo que siempre le sucedió al hombre que vino a la Ciudad de Sombra quince años atrás. Nunca corrió sin atreverse a volver la cabeza, convencido de la persecución como el elemento crucial de la huida y aun en aquellas ocasiones en que nada tenía que temer ni sospechar.

—Maldito animal —susurra, y luego con la respiración entrecortada y superando el peso de las piernas, repite el susurro y grita la maldición.

Hay una pared y, cuando llega a ella, el pollo se detiene dándose la vuelta y luego reculando. Ambrosio resbala; la niebla ayuda al traspie que por poco le hace chocar con la pared.

—Eres mío —dice Ambrosio con codicia.

El pollo desaparece. La niebla se desliza en el humo que se alza desde el otro lado de la pared derruida.

—Asado en su jugo —advierde alguien con la satisfacción que reconforta a los invitados.

## 58.

Los tres hombres ni siquiera alzan la cabeza cuando Ambrosio se sienta a su lado. La lumbre lame la pared y al calor de la misma las palabras tienen la cordialidad que cualquier oído agradecería, como si en el hueco de la noche crepitara un sentimiento común y duradero.

—Ya vio usted la intención del animal, nada distinta por otra parte de la que dirige el destino de los seres humanos. Hay un instinto que nos iguala, el móvil que salvaguarda la profunda razón de algunos actos.

—La hoguera estaba encendida para que también usted se calentara. Estas noches que vienen con la niebla se agarran a los huesos con mayor avidez que a la carne. Yo les estaba diciendo aquí a los cofrades que no puede haber afecto con los pies fríos. La cabeza y las manos tienen más recursos.

Ambrosio aspira el humo. Deja el saco a un lado. Cierra por un momento los ojos. El calor retiene un instante lo que brota bajo la ropa húmeda como un escalofrío que no llega a producirse, aunque el presentimiento del mismo hace que tiemble su ánimo. Se frota las manos, las acerca a las llamas.

—Pues ya lo vio usted. El que más y el que menos diría que se trataba de un milagro o, como poco, de un suceso prodigioso. Plantaron las berzas, que por cierto no llegaron a cosechar, y crecieron finalmente unas aves que se alzaban como verduras frescas.

—Bueno, yo he visto otra cosa que resulta más chocante, ya se lo acabo de contar aquí a los cofrades. Cuando menos me lo pensaba, según venía entretenido en mis asuntos, cayeron iguales aves con el riesgo de que alguna me diera en la cabeza. Eché a correr, y lo que no podría jurar es que volaran, pero tuve miedo.

En la cabeza de Ambrosio no hay claridad suficiente. El humo enturbia más que la niebla, pero lo que escucha, las palabras cordiales de tan grato recibimiento, le da sosiego.

—A cualquiera se le ocurriría que desde el más allá se acuerdan de nosotros. Los que se fueron en las naves lo hicieron con el estómago vacío, de eso no cabe la menor duda. Imaginaos que en el más allá son más duchos en la avicultura o que en el recuento que hacen de las especies y los corrales les sobra más que les falta.

—Lo que no quieres lo tiras.

—O lo cedas con la presunción caritativa con que el cristianismo limpia las conciencias. En las naves alimentaron bien a quienes tomaron la decisión de irse en ellas, nadie volvió flaco, ninguno se quejó de que lo hubieran tenido a pan y agua.

Entre el humo se desliza el olor del asado. Las llamas dejaron de lamer la pared, las brasas bullen en la incandescencia y uno de los hombres las remueve.

—Y ahora, ¿qué cálculo puede hacer un hombre en la noche en que están pasando

estas cosas?... Me refiero a usted, ya que aquí el resto de los cofrades no tienen conclusiones que no sepamos, todos opinaron a la pata la llana.

Los tres hombres miran a Ambrosio, que no acaba de darse por aludido.

—Yo soñaba a destajo y, cuando dejé de hacerlo, me di cuenta de que en Balma no hay golondrinas en los aleros, y los gorriones pican desguarnecidos en la vía del tren. Nadie sabe la razón de que esos pájaros tan pobres arriesguen la vida cuando pasa el expreso.

—Era por saber si tiene usted alguna opinión. La noche se va haciendo sin remisión más consistente, y algún que otro cálculo pudiera resultar ilustrativo.

—No os dije que me encontré hace un rato al mismísimo Candal, cuando le daba la vuelta al Bloque del vértice. Unos dicen que murió y otros que le tomó el relevo a su hermano Cetrino. No entiendo estas confusiones. El muerto, el sustituto. Me dio pereza saludarlo.

—Fallecieron los dos. Pensaron que los bubones de rascarse eran tumores de la peste. El que se equivoca con el mal se acaba estrellando. Muchas veces el enfermo se agrava pensando que está peor de lo que se encuentra.

—A Cetrino le pegaban más las bubas. Lo suyo siempre fue venéreo.

Ambrosio suspira. Los hombres están atentos a lo que pueda decir.

—La noche la tengo completa.

—Otros no podemos asegurarlo.

—¿Y bien calculada?...

Ambrosio asiente y se encoge de hombros intentando mostrar su desánimo.

El olor del asado concentra un silencio apreciativo. Las narices se alzan golosas.

—En algunas ocasiones rifamos lo poco que hay, pero esta noche no hace falta. Los muslos para los menos agraciados y la pechuga repartida entre quienes lloran la ausencia de un ser querido.

## 59.

—Somos tres porque el cuarto no vino —dice el hombre que le ofreció un muslo del pollo a Ambrosio— pero no se preocupe, porque en seguida lo llevaremos a conocerlo. Entre la impericia de la trepanación y un mal aire que lo tiene acobardado el pobre no sale de casa. Tiene una historia de las que no se acaban de contar.

El estómago de Ambrosio no se asienta con la carne chamuscada. Se esfuerza en los bocados y agradece que el hueso llegue pronto a los dientes, lo que va a permitirle arrojarlo en seguida a las brasas. Sus acompañantes comen con estruendoso deleite y algunos repiten sin que les importe la piel carbonizada.

—Le cuento esa historia para ponerlo en antecedentes. Seguro que usted conoce bien las Casillas de Ultramar. Sales del Firmamento y te acercas al Arsenal, la dirección proporcionada de quienes huyeron de los platillos volantes. En Ultramar no hay barrio propiamente dicho, las Casillas forman la hilera de un vecindario que no se mira a la cara. Unos y otros en el orden que tanto facilitaba los fusilamientos.

—La historia es de las que no se acaban de contar porque no hay por dónde cogerla. Pero entre los tres la contamos mejor que uno solo. Ese vecindario no formaba una línea fija, las Casillas se desfiguraron con el miedo de los moradores y a muchos tuvieron que sacarlos con la fuerza del que despega el engrudo, no se ponían uno detrás de otro con tanta facilidad, no es cierto.

A Ambrosio se le cierran los ojos. La piel chamuscada embadurna el olor del humo y el desagrado revierte en el estómago.

—Este hombre se llama Marcial. Era un compañero en la travesía y un ser humano que daba sentido a la existencia de quienes lo acompañaban. Ahora quedamos tres. La imprudencia de la trepanación no fue otra que la de descerrajarse un tiro en la cabeza sin la puntería necesaria. Le dolían las muelas y el alma la tenía averiada. ¿Usted considera que el espíritu puede causar la misma congoja o padecimiento que el cuerpo? Marcial Mansarda tiene buenas razones para pensar que sí.

Los hombres aguardan la respuesta de Ambrosio, pero Ambrosio se lleva la mano derecha al estómago y abre la boca sin pronunciar palabra, como si no lograra reprimir un bostezo.

—Un día Marcial Mansarda salió de casa sin otra intención que dar un paseo, subir al Firmamento, bajar a las orillas del Margo, lo que a los pies se les ocurriera. Un perro se le acercó, tanto que le enredó las piernas y lo hizo caer al suelo. Ese perro no ladraba, apenas gruñía. Le lamió las manos y la cara, luego le tiró de la manga con la boca, como si quisiera llevarlo. Y de eso se trataba, de que lo siguiera.

—El hecho de que Marcial cogiera un pico y una pala donde las guardaba un peón caminero, ya lejos de Ultramar y más cerca de las Huertas del Ponto, camino del Margo, no se debió a la indicación del perro sino a lo que un amo avisado decidió.

El perro iba a lo suyo y Marcial no se andaba con contemplaciones. Lo que el perro le mostró no fue otra cosa que un círculo de piedras alrededor de una encina que tenía rotas las ramas y calcinado el tronco.

—¿Quién se pone a cavar con las ganas con que Marcial Mansarda lo hizo aquella mañana, mientras el perro seguía gruñendo detrás de él y gañía cuando lo veía aflojar?...

—Se pone alguien capaz de dar sentido a la existencia de quienes lo acompañan. El que busca lo que puede merecer la pena para los que van con él en la travesía. Un ser humano que no se arredra ante los secretos de los perros ni las zalamerías de los gatos y las adivinaciones de los pájaros o la suspicacia de los roedores. Yo no voy a decir que un hombre de pelo en pecho, pero sí alguien trabajador y abnegado, al que cavar todo el día y toda la noche no lo cansó, por mucho que al fin el perro dejara de gruñir y de gañir y quedase abatido a unos metros de la encina.

Los tres hombres guardan silencio. Ambrosio dormita. Las brasas de la hoguera dejan de crepitar.

—Tres somos pocos, aunque cuatro tampoco seamos suficientes —dice el hombre que arrojó el hueso del muslo contra la pared—. Marcial le dirá lo que el perro quería que encontrase.

## 60.

—¿Y podías reconocer la Ciudad, era tan fácil mirar mientras te llevaban y darte cuenta de que estabas mucho más cerca de lo que hubieras pensado?...

—Cuando la vida cambió de tal manera, quiero decir que cuando todo se vino abajo y la vida dejó de ser lo que era, se hizo tan distinta, tan impensable, el cambio afectó a todo. Se transforma lo que eres y también dónde estás. No podía reconocerla, ni siquiera de eso se trataba. La Ciudad cambió en la proporción en que yo lo hice.

—No podemos ser los mismos cuando ya no nos dejaron serlo. Yo no soy el que baja todas las mañanas por las escaleras, llega al portal, asoma a la Calle Vendimiario, mira a la izquierda y a la derecha porque tengo esa manía, doy un paso y respiro el aire de las acacias.

—Es que tengo otra experiencia. No sé si los de Balma sabéis de la Ciudad lo mismo que los de Armenta o Borenes saben de las suyas. Yo nunca supe lo imprescindible de Ordial, jamás me interesó saberlo. Fui teniendo de ella un conocimiento en el día a día, como si lo que más me importara fuese descubrirla y, al tiempo, desconocerla, quiero decir que podía perderme, jugar a esa suerte de andar con la conciencia vacía. El conocimiento de otras cosas jamás se correspondió con el de la Ciudad. Los pasos más libres, las pisadas más inconclusas.

—La verdad es que no la reconocía, tampoco me importaba. Esa mañana me llevaban a mí solo, me trasladaban de sitio según llegué a saber. Tres meses recluido fueron suficientes para que entre la conciencia y la memoria se hiciese una pasta poco moldeable. El pensamiento alcanzaba la lejanía de un ensimismamiento enfermizo. Podía estar inmóvil muchas horas. ¿No tuvisteis nunca la sensación de la quietud como un vuelo que se parece a la caída, el vuelo al revés podría decirse, del suelo al aire, o de la tierra a las nubes? No hablo de la quietud como sosiego o reposo, me refiero a la mera falta de movimiento.

—En mi caso era todo lo contrario. Iba y venía. Me levantaba como si hasta en el sueño hubiera estado mordiéndome los nervios. Recuerdo haber mirado por la ventana, cuando me llevaban por el pasillo con los demás, y haber visto la chimenea de la Azucarera, en el margen del río como una costra azulada. Esa imagen apresurada que apenas se perfila al verla es igual que la de un cuadro que también recuerdo. Y ambas se mueven, no digo que se desfiguren, que se pongan borrosas, sino que se mueven. Si en la Ciudad ya no vives como viviste, si eres otro desde que te cogieron, la Ciudad no puede ser la misma, tampoco tú lo eres. Estoy de acuerdo en eso.

—Y, sin embargo, Balma no se acomodó a lo que sus habitantes hicieron con ella, más allá, por supuesto, de los bombardeos o de las ocasionales destrucciones e incendios. Era fiel a sí misma en el sentido histórico y urbano que a su destino le correspondía. Yo no creo que Balma se haya malvendido. Lo que le cueste el abandono pudiera parecerse mucho al precio que tuvo en sus orígenes. Un

campamento que también sufrió la desolación, el crecimiento, la decadencia, el abandono. Los romanos se iban con viento fresco y buena parte de sus fundaciones se quedaban en los huesos. Una civilización de ruinas, como toda civilización que se precie.

—Pero, volviendo a lo de antes, ¿podías o no podías reconocerla? Me refiero a las calles, una acera rota, la farola de la esquina, la fachada del Hotel Cosmopolita o del Teatro Asmodeo. El aire mismo, a lo que huele el pavimento recién regado, o lo que dejó la noche entre los desperdicios, cuando todavía los de la limpieza no recogieron la basura.

—Nada que resalte en su cercanía. Nada que se interponga en ese sentimiento del que hablaba antes. La memoria y la conciencia se hicieron una pasta poco moldeable. No hay un recuerdo que gane la batalla al miedo que se deshizo en mis manos, al pensamiento derretido entre las figuraciones de lo que va a ser de mí, y de lo que pude hacer para que no me detuvieran.

—Las mañanas siempre son frías en esos casos. Se rompen con el tañido de una campana que suena a destiempo. Intentas reconocer tu nombre cuando te llaman, lo esperas como si ya fuera inminente que lo pronunciasen, y nadie lo dice, nadie te reclama. Entonces en vez de quedarte tranquilo, sufres el vértigo de una expectativa que no se cumple. El nombre de la Ciudad tampoco es un reclamo, casi se parecería más a esas palabras que se evitan porque traen mala suerte.



## 61.

Van en fila india. Las voces de los tres hombres se suceden en la compañía de una dirección que la cabeza de Ambrosio todavía no logra gobernar.

Cuando camina el último, le parece que la niebla lo aleja. Se detiene un momento y, al verse desasistido, comprueba el hormigueo del brazo izquierdo, a la altura del codo, el posible efecto de una rozadura en el descampado, cuando la camioneta volcó y tuvo que arrastrarse por el suelo antes de intentar ponerse en pie, más aturdido que otra cosa.

—Somos cofrades de la misma hermandad, aunque cada uno tenga su devoción. Las congregaciones ayudan a que la existencia sea más benigna cuando los tiempos son malos y en la naturaleza humana surge lo peor.

Ahora Ambrosio está escoltado por dos hombres, uno a cada lado: la fila india se rompió, sólo el que va delante mantiene el paso decidido y los acompañantes lo animan a que siga su ritmo.

—Puede apuntarse si quiere —dice el que está a su derecha—. La cuota exigida es el reconocimiento de la bondad, la inclinación a hacer el bien como utilidad y beneficio.

—Un valor positivo, estimable —dice el que está a su izquierda, que tiene la voz más ronca, como si la niebla le corroyera la garganta—. La piedad o la misericordia son alternativas que nos competen menos, hay mucho cuento en la contemplación de los buenos sentimientos y las acciones encomiables. La bondad se marchita cuando no la riegas con el agua debida, y esa agua no responde a ninguna creencia.

De nuevo Ambrosio perfila los pasos en la fila india, sin ninguna indicación en los flancos. Las voces de los hombres se suceden en la continuidad de una larga frase que no acaba de entender o que escucha mal; un tanto difusa en la lejanía que corrobora la niebla.

—Hasta aquí mismo —dice entonces el hombre que guía a los complacidos cofrades, que están convencidos de que la bondad es el bien que puede lograr que las cosas buenas resplandezcan en la noche oscura cuando el corazón de los hombres destila lo peor que supura la especie—. Ahí tiene usted la casilla donde Marcial Mansarda hace las abluciones y se encomienda a quien pueda ampararlo. Fue un hermano mayor entre nosotros y, al fin, desde que tropezó con el perro aquella mañana, su ejemplo resulta doloroso, ya le hablé de la impericia con que intentó descerrajarse la cabeza y el mal aire que lo tiene acobardado.

Los tres hombres no parecen dispuestos a entrar. La casilla es una de las primeras en la hilera de Ultramar. La niebla no permite apreciar la continuidad de esa hilera en el orden de una barriada que no tiene principio ni fin.

Cuando Ambrosio llama no hay respuesta. La puerta, más que cerrada, tiene la apariencia de no haber sido abierta nunca.

—Le hará usted un favor, un gran favor. Es a nosotros a quienes no quiere recibir, ni ver siquiera, después de haberlo atendido hasta donde nos fue posible.

—Tenga en cuenta que lo suyo fue un intento de trepanación, y llamarlo así no deja de ser una añagaza, o la pura coartada para no reconocer que al querer descerrajarse la cabeza, el tiro le salió por la culata.

—La historia, como ya le dijimos, es de las que no se acaban de contar, porque no hay por dónde cogerla.

—Luego lo vemos a usted, no se preocupe. Por mucho que la noche la tenga completa siempre habrá ocasión. Los cofrades nos parecemos a los tullidos, nunca vamos a ningún sitio sin condolernos de lo que cuesta moverse.

En el pasillo también hay niebla. La puerta se abrió y se cerró sin que hubiera que empujarla. La niebla huele a coliflor cocida. Al final del pasillo está la cocina y hay una bombilla encendida. Ambrosio se asoma. Sentado a la mesa, con la frente apoyada en el hule que la cubre y los brazos extendidos, hay un hombre.

—Marcial —musita Ambrosio—. Marcial Mansarda.

El hombre no contesta ni rebulle. Ambrosio le pone la mano derecha en los hombros, intenta moverlo.

Cuando el hombre alza la cabeza y se vuelve, Ambrosio observa en su cuello un collar de cuero con púas.

—Es lo que el perro me hizo desenterrar —dice el hombre, más compungido que amedrentado—. Lo que al animal le robaron y lo que a mí me correspondía para no defraudar la obediencia que como hermano mayor tenía juramentada.

## 62.

Es un hombre de gran corpulencia. El cuello con el collar le sujeta la cabeza con una altivez que le impide moverla hacia los lados.

—La primera intención —dice, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla y golpeando en el hule de la mesa con ambas manos— no fue otra que la de colgarme. Un prisionero de estas características se muere de vergüenza. ¿A quién le cuentas que el que obedece no es el animal doméstico sino el propio amo, demostrando así la energía del pusilánime?

La silla cae. El hombre da unos pasos por la cocina, envarado y lento, como si la presión del collar en el cuello también le afectara a las piernas.

Ambrosio lo ve salir de la cocina y le siente caminar por el pasillo. Escucha su voz como la penosa advertencia que se hace a sí mismo.

—El prisionero de su vergüenza, el reo de su apocamiento y cobardía. Un cagón es el insulto merecido. Siempre tuve la intención de ser el mejor compañero de travesía, procurando dar sentido a la existencia de quienes me acompañaban, y por eso profesé como cofrade y asumí la potestad de hermano mayor. Ahora el cagón se esconde, que es el gesto deshonesto de quien ni se mira en el espejo ni es capaz de que los suyos lo vean.

Ambrosio sale al pasillo. El hombre entra en una habitación. Ha encendido una lamparilla y Ambrosio lo ve sentado en la cama. La mano derecha del hombre rebusca bajo la almohada y saca un revólver. Lo sopesa en la mano como si calibrara la medida de su desazón.

—Si le alcanza la vista —dice menos atribulado que inquieto—, observe mi sien izquierda. Chamuscada. El tiro por la culata. Al querer descerrajarme la cabeza no hice otra cosa que disparar contra la luna del armario. Puede usted comprobar el estropicio. Una luna en la que no puedo mirarme porque la ignominia acentúa la imagen del cagado.

El hombre se lleva el cañón de la pistola a la sien.

—Amigo Mansarda —musita Ambrosio casi plañidero, percatándose de que está situado justo delante de la luna del armario—, no haga locuras, no vuelva a las andadas, no se desmande.

El disparo es como un trueno. La habitación tiembla con el estrépito y Ambrosio tiene la sensación de que la bala rebasó su costado e hizo estallar el cristal de la luna que se desploma hecho pedazos.

—Mucho ruido y pocas nueces —dice Marcial Mansarda, soplando en la boca del cañón—. La cobardía se administra del modo más vergonzante e ignominioso. Una bala de fogeo basta para poner en evidencia al apocado.

Mansarda sale de la habitación con la pistola en la mano tras empujar a

Ambrosio, que no acaba de reaccionar.

—Sígame, no se arredre ni se enoje. Supe en la infancia que no había nacido para ser dueño de mí mismo, y eso marcaría la vocación del cofrade, la pamema de la bondad como coartada del impedimento. Sin dominio de la propia persona, y al servicio de los otros para disimularlo. Una existencia con mucho ruido y pocas nueces. Lo propio para que un animal imponga su ley al amo postergado. Voy a cagarme en mí mismo, si a usted no le parece mal. Voy a defecar en la conducta miserable de quien ni siquiera se tiene respeto. Voy a gritar al mundo que un perro manda más que un hombre.

La puerta trasera da a un pequeño patio. Marcial Mansarda la abre con mucho cuidado, empujándola con el pie derecho, al tiempo que alza la pistola en la mano.

—Salga usted —le ordena a Ambrosio—. Vamos, no se ande con remilgos. Salga si de veras tiene aquello de lo que yo no puedo presumir. Ninguno de los cofrades fue capaz de cantarle las cuarenta a ese animal, y yo no soy otra cosa que el reo de una causa perdida.

## 63.

Es un perro lobo. Está sentado en el medio del patio con la displicencia de quien vigila un territorio ajeno. De vez en cuando alza la cabeza y parece dar un bocado a la niebla o seguir el vuelo de una mosca que no acaba de distraerle.

Marcial cierra la puerta tras Ambrosio después de empujarlo al patio. Ambrosio observa al perro. Las cataratas salpican el lagrimal como si se diluyera una legaña en los ojos entornados, que Ambrosio necesita aliviar. En la juntura de los párpados se escurre la arenilla que tanto le molesta algunas mañanas al despertarse.

El perro se levanta, va de un lado a otro, husmea pero no gruñe. Ambrosio está quieto y, cuando siente que se le acerca, mientras restriega los ojos y limpia la arenilla, escucha lo que el perro le dice al hombre, que son las mismas palabras que todavía resuenan en algunos callejones de la Ciudad de Sombra, cuando los animales domésticos rompen la atadura de los afectos que tanto se contraponen al instinto de sus orígenes.

—No soy manso para tu bien, ni amigo ni leal. Nada me gusta menos que la mano que me pasas por el lomo. Me duele tanto como me ofende lo que me mandas. La obediencia que me exiges es un escarnio, y cuantas veces lamo con la lengua la mano que me acaricia, otras tantas reprimo las ganas de morderla.

Ambrosio mete la mano en el saco. Le ofrece al perro un mendrugo de pan. El perro merodea a su alrededor. Coge el mendrugo con la boca, vuelve a sentarse.

—No sé lo que el perro debe al amo —dice Ambrosio—, ni lo que el amo debe al perro. Lo que uno y otro requieran y necesiten no lo puedo entender. Las mismas veces que el perro corrió detrás de mí para morderme, lo hizo el amo o el hombre que se figurara serlo con parecida intención. Las afueras de Balma están llenas de perros asilvestrados y por las calles de la Ciudad de Sombra se escuchan las voces de quienes ya no son dueños de nada.

—Venga, venga aquí —dice Marcial Mansarda, que asoma a la puerta con tanto sigilo como precaución.

Ambrosio le obedece.

—Ayúdeme a quitarme el collar. Tenga cuidado con las púas, no vaya a pincharse.

El collar de cuero tiene un cierre que Ambrosio tarda en abrir. Marcial se pasa la mano por el cuello, alza la cabeza, suspira con alivio.

—Ahora tiene que ponérselo al perro, que es el auténtico dueño del mismo. Este pleito no ofrece otra alternativa. Yo no puedo limpiar la conciencia sin que se restablezcan las buenas costumbres e impere el orden en que las especies asumen sus responsabilidades.

—Jamás se lo pondría a un perro tan poderoso y con tan buena planta —dice Ambrosio.

—¿Es que lo conoce?...

Ambrosio se sube la manga de la chaqueta de su brazo izquierdo, que Marcial mira interesado.

—¿Es la cicatriz de unos dientes, acaso sufrió el ataque de una alimaña?...

—Donde mordió el perro, de igual manera hubiese mordido el amo. ¿Sabe dónde están las Eras de Udiermo? Cuando corría para salir de ellas me disparaban con cartuchos de sal y la herida del brazo se parece demasiado a la que me hizo el perro, que trataba de impedir que me fuera.

—Pero ¿es el mismo, está usted seguro?...

—A un perro lobo no hay quien lo distinga. El favor que voy a hacerle no es el de ponerle el collar. Es mejor que se lo vuelva a poner usted, o que lo guarde como recuerdo. El favor es el de llevármelo, si es que quiere venir detrás. Los perros no siempre andan a la zaga de quien los llama y, como usted comprobó, no se conforman con cualquier cosa.

—Por el collar pueden pujar los más devotos de la cofradía. Las púas tienen la relevancia de la corona de espinas de los crucificados.

Ambrosio abre la puerta del patio. El perro deja el mendrugo, parece dudar si seguirle o quedarse. Cierra la puerta después de comprobar que el perro no se decide. Por la rendija de la puerta observa al perro enfrentado a Marcial Mansarda, con la actitud de quien quiere cortar el paso. El perro gruñe y Marcial, tembloroso, lleva el collar al cuello e intenta sujetárselo. Los gruñidos del perro derivan en un aullido prolongado.

—No es lo mismo un perro —susurra Ambrosio— que el fantasma de un perro. Tampoco un amo se parece al hombre que se pone el collar del perro.

## 64.

—Esperas y en realidad no sabes lo que esperas. Al principio el miedo no te deja vivir. Es una perturbación del ánimo que se relaciona con lo incomprensible que te resulta verte en esa situación. No hay otro pensamiento, y en el sueño se incrementa la conmoción de ese estado.

—El sueño es peor. La perturbación deriva en un recelo que suspende el alma, quiero decir que esas sensaciones que contraen en el cuerpo los músculos y la mente se diluyen en el envenenamiento del espíritu. El alma suspendida, sin sustento, agotada en el aire que se la lleva con un sople nocivo.

—Tenéis razón. Es el miedo que no te deja vivir. La incomprensión de no poder hacerlo, porque no existe manera de entender que te requisan la vida, y que eso sucede de pronto, de la noche a la mañana, sin previo aviso, por mucho que tengas alguna sospecha, un temor que siempre te pareció infundado.

—No sé lo que dura el miedo. Los días van aplacando lo que resulta irremediable, te haces a la idea aunque no logres resignarte. El miedo no se asienta como una costumbre. No se solidifica en el hábito de tenerlo, en la repetición de sentirlo. No recuerdo el tiempo que transcurrió desde que me detuvieron hasta que una noche desperté una vez más sobresaltado y, sin embargo, con la sensación de un alivio, como si al despertar hubiese logrado huir de lo que más penosamente me aprisionaba. El alma voló lo más lejos posible, o al fin el cuerpo pudo con ella, le dejó que se fuera, y el que estaba despierto era un fugitivo que al abrir los ojos, tras el sobresalto, había logrado huir.

—Tengo la misma experiencia. El tiempo agota al miedo, lo desarma, lo deshace. No me refiero a lo que el tiempo cede a la resignación o ayuda a la costumbre. No es una perturbación eterna, no puede durar más de lo debido. Ahora que lo cuento, cuando ya no queda nada de todo aquello, pues se consumaron las peores previsiones, lo entiendo mejor y hasta me conduelo de no haberlo pensado antes, de no haberme hecho lo más pronto posible a esa idea. Porque el miedo proporciona mucho sufrimiento, se trata de una perturbación muy dolorosa, y atañe al cuerpo con parecida solvencia que al espíritu. La mente se oscurece y se pierde el mínimo atisbo de lucidez, luego el sueño, como bien decís, sirve para ahondar el abismo y en esa conmoción se produce el envenenamiento. Pero el que se siente envenenado, quien llega a sentir el gusto del veneno, el aviso de la definitiva intoxicación, sustituye el miedo por la angustia.

—En cualquier caso, es lo que viene después. La aflicción, la congoja, la ansiedad.

—Ese envenenamiento no te mata, qué más quisiera uno. Si fuese un veneno real, una pócima verdadera, yo me hubiera atrevido a usarlo. En el límite del miedo estaba el límite de la desesperación, el temblor del daño más inaudito. Lo hubiera usado, claro que lo hubiera hecho. El miedo en ese límite es como una pasión desordenada,

incontenible. Luego el envenenamiento contiene el alivio de una cierta amargura, y lo amargo es lo contrapuesto a lo dulce, a la dulzura de la desaparición en este caso, lo uno y lo otro pertenecen al mismo orden de los sabores. Un gusto agridulce para acabar de entender que entre la vida y la muerte casi siempre se tiende el puente de una renuncia o de una rendición.

—No lo comprendo.

—Te he oído decir muchas veces que la muerte es un reducto.

—Ahora hablamos del miedo o, afinando más, de la angustia que le sucede cuando ya no da más de sí.

—En ese trance los días se me hicieron más llevaderos pero más largos. Un temor opresivo, un aprieto. Cuando me desperté, aliviado en la huida, con el ánimo solitario del fugitivo, supe que se había detenido el tiempo, que no quedaban horas que contabilizar, y que nada resultaría más inútil que el recuento del pasado, de los días felices, de las personas queridas, de los momentos imborrables.

—Cerrabas los ojos y sabías, como tantas veces os he repetido, que la muerte es un reducto.

—Me movía. Daba los mismos pasos para ir y venir. Me apetecía que me sacaran al patio. Los mismos pasos, el cálculo de un camino infinito.

—El veneno del alma llega a las venas. Lo sientes como un arroyo de aguas sucias. Una gota de sangre con el brillo de la ponzoña, un rubí que se convierte en el proyectil que te hirió en la frente.



## II. Pisadas

## 65.

Lo que más incidía en la memoria del hombre que llegó a la Estación de Balma un dieciséis de enero quince años atrás, aunque en el esfuerzo de borrar el pasado se produjera consecuentemente un proceso de liquidación de sí mismo, la premeditada metamorfosis que le depararía el olvido, era el recuerdo de su hija Lila.

La niña tenía siete años cuando lo descubrió en el pasillo de su casa, la noche en que el hombre se iba. Una última mirada desde la puerta de la alcoba a su esposa dormida, al niño que apenas rebullía en sus brazos, alimentado y satisfecho entre el olor de la lana y la leche, y cuando las pisadas más cuidadosas se deslizaban con el sigilo de quien se va llevando algo inapreciable, el bien mayor que en la familia pudiera existir, la niña lo llamaba, o el nombre del padre sonaba con el temor de lo que no logra comprenderse; la misma pronunciación de un requerimiento de ayuda en la extrañeza de un mal sueño.

Lila acababa de despertarse. El hombre había tenido ocasión de darle un rápido beso en la frente. La niña volvía del mal sueño como si el roce de los labios del padre fuese una mera caricia que no la rescataba y la dejaba entregada a su suerte.

Lo que imprimía ese roce era sin duda el amor del hombre por ella, la desolación de la despedida, la conciencia de que en el beso ya se marcaba la distancia que los separaría para siempre; y la emoción comprimida en el gesto del padre no fue un consuelo para la niña dormida, sino precisamente la advertencia de lo que se estaba produciendo en la huida del hombre, en el abandono que tenía el precio más alto de su desaparición.

Podía ser la fecha en que Lila cumplía años.

En los primeros tiempos, cuando ya el esfuerzo del olvido daba sus resultados y el hombre perseveraba en el vacío de la conciencia que estaba resultando el mejor aval para el vacío de la memoria, no era el rostro de la niña lo que tomaba forma, casi siempre en la duermevela o cuando el sueño se hacía resistente y algo goteaba en la oquedad del chamizo, por los entresijos del techo o en el agujero de la chimenea. El rostro de Lila seguía velado, ni siquiera resaltaba sobre la almohada donde por última vez lo contempló.

Lo que tomaba forma era el cuerpecillo que corría como llevado por el aire en el juego de alguna persecución, y siempre entre la risa o el alboroto de la niña que se entretiene sin que ninguna otra cosa le importe, llevada por el señuelo de su propia alegría, queriendo ir tan lejos como sus patas de pájaro le permitan o con ganas de volar si le fuera posible.

Lila es el garabato que ella misma dibujaba, cuando el hombre recuerda los cuadernos donde se retrataba a sí misma y a sus amigas, poniendo debajo de cada retrato el nombre correspondiente.

—Y en este que no se parece a ninguno —decía, con el lapicero cogido entre los

dedos como un punzón— pones tú el nombre que te dé la gana, pero que no sea el mío, porque no soy yo.

El cuerpecillo corría en el recuerdo. Las líneas del garabato veloz en el que el hombre apreciaba el crecimiento, como si un año tras otro, en la fecha que más se aproximara al tránsito de la edad, la carrera tomase mayor consistencia en la dirección de su lejanía.

—Eres una niña tan espigada como desgarbada.

—Ni soy la más delgada ni la más alta.

—Llegará un día en que lo seas.

—No quiero que me vuelvas a medir. Lo que quiero es andar descalza, me aprietan los zapatos.

Escuchaba la voz. La distancia no difuminaba las palabras con que contestaba Lila a los requerimientos, y en la duermevela del hombre la voz de la niña reconvertía el eco de su llamada en una risa cantarina que repercutía en la lejanía de la carrera, cuando los zapatos de charol brillaban como dos diminutas porcelanas.

Se iba en el recuerdo. Crecía. Los años que pudiera ir cumpliendo ya no lograba contabilizarlos con exactitud. Del tiempo había hecho el hombre su mejor aliado para librarse de él. Un tiempo que se destruye en la confianza de no necesitarlo, cuando ya nada relumbra entre el día y la noche y es únicamente la noche la que ofrece la tarea de acarrear la vida, sin que las horas determinen otra cosa que el cansancio de sobrevivir, indecisas e inciertas como las calles y las esquinas de la Ciudad de Sombra.

—Te pareces a tu madre. Eres el retrato diminuto de tu madre.

—Pero no me miro en el espejo como hace ella. Yo no quiero verme ni que me mire nadie. No me gusta que me vean.

La soñaba con inquietud porque también en el trance del sueño el garabato de Lila perdía la intensidad de la mirada y el sentimiento, se apagaba como el retrato instantáneo que apenas sostiene la huella del fogonazo, y luego deja en el despertar un vacío donde rebosa el desaliento.

La misma sensación con que las pérdidas apenas reponen la melancolía de lo que desapareció.

De eso se trataba en el largo aprendizaje que el hombre emprendió de forma premeditada e insistente, sabiendo que la melancolía era el mal menor en el resultado de su decisión, comprendiendo que la razón que mejor justificaba los pasos del fugitivo no era otra que la que escindía definitivamente el olvido y el recuerdo.

—De todas formas, déjame verte. Cierra si quieres los ojos, yo te miro y tú no te das cuenta de que te estoy mirando.

## 66.

No son el sueño ni la duermevela los que en la confusión de la niebla hacen que la cabeza de Ambrosio se vaya hacia uno y otro lado como si alguien lo llamase, y quisiera orientar esa llamada que le rodea con la insistencia de un susurro cada vez más cercano.

En la niebla de Ultramar la cabeza de Ambrosio se desprende del cuerpo o, lo que resulta más sensible, el cuerpo se detiene un instante, desmadejado, con el peso que se desinfla y propende a desmoronarse, igual que cuando el cansancio lo derriba en el lecho en algunas mañanas en las que el regreso al chamizo, tras la noche interminable, no le permite dar el último paso.

La cabeza de Ambrosio se suspende en la niebla. El cuerpo vibra con un escalofrío. La mano con que sujeta el saco se abre para soltarlo y es entonces cuando el susurro no sólo tiene el apego de su nombre sino también las palabras que hubiera soñado o que él mismo hubiera repetido en la duermevela para hacerlas más verdaderas.

—Es que te necesitaba. Lo que más deseo en el mundo, o tal vez lo único que quiero, es que vengas y te quedes conmigo, al menos durante un buen rato.

—Aquí me tienes, ya no soy la niña que se tapaba los ojos. Tampoco soy la niña que aquella noche, cuando te fuiste, te desobedeció, aunque a nadie le contó nada. Escuché cómo cerrabas la puerta, sabía que nunca ibas a volver, que me habías mentido diciendo que lo harías al día siguiente.

—Lo sé de sobra, hija mía. La mentira no servía para engañarte, sólo para consolarme. Necesitaba irme sin ninguna sospecha, y eras tú la que no podías dormirte, la que estabas más intranquila. Ni siquiera tu madre tuvo el mínimo indicio de lo que iba a suceder, no sospechó nada. Es verdad que fui muy cuidadoso. Pero aquella niña siempre tuvo una mirada misteriosa, los ojos delatores. La hermosura de esos ojos que no son de nadie, que ni tu madre ni yo supimos nunca de quién los habrías heredado.

—Volví a levantarme. Fui por el pasillo sin ponerme nada encima. La niña sentía la angustia de lo que luego, cuando crecí, llenó tan intensamente mi vida. La angustia de lo que vaticinaba tu huida. La desaparición, el abandono. Con eso he vivido en los años que llevamos separados, aunque con el tiempo supe por qué te habías ido. Lo supe, lo entendí, pero me costó trabajo comprenderlo. Nadie en la familia encontró el consuelo necesario que sirviese de coartada. Todos sufrimos tu pérdida en la misma medida.

—Fue el mayor dolor de aquella decisión.

—Estaba en el pasillo sin saber qué hacer. Di unos pasos a uno y otro lado, quería llamarte pero no me era posible. Durante mucho tiempo, noche tras noche, lo hice, te estuve llamando, pero siempre en silencio para que mamá no me oyera.

El cuerpo de Ambrosio se desmorona. La cabeza, que sigue suspendida en la niebla, sabe que se trata de un desvanecimiento y que, como otras veces ha sucedido, en la pérdida de la consciencia hay algo muy parecido a lo que puede ser una incierta previsión de la muerte.

No se trata del desvanecimiento de un cuerpo desfallecido por la debilidad, sino de esa perturbación del sentido que atañe a la fragilidad del alma, a lo que se enturbia y rompe como si la previsión conllevara el anticipo de lo que se desmorona definitivamente.

Ambrosio Leda está tendido en el suelo. La niebla de Ultramar lo sepulta. Es lo más parecido a la tierra mojada con que pudieran cubrirlo en la fosa.

—Abrí la puerta, salí al rellano. Bajé las escaleras. Los pies desnudos y fríos contribuían a que la niña temblara, pero no era el miedo lo que redoblaba el temblor, era lo que tanto se parecía a la desazón que se hizo duradera con los años, mientras fui creciendo. Bajé hasta el portal, me asomé a la calle. No había nadie. Una niña solitaria es una niña huérfana a la que no le gusta que la miren.

## 67.

Del desvanecimiento no se recobra Ambrosio cogido de la mano de Lila, que es la niña cuya voz escucha en el susurro de los años que pudo cumplir, tras los siete que tenía la noche en que se fue.

Quince años después Lila ya no será aquella niña que asoma solitaria y huérfana a la calle. Lila tiene ya veintidós años, aunque en la contabilidad del tiempo que hace Ambrosio hay una alianza necesaria para librarse de él, y a pesar del recuerdo intermitente que coincide con los cumpleaños de la niña, ya no lograría precisar la edad que a ella le concierne.

La hija es una mujer que susurra en la lejanía lo que Ambrosio Leda intenta escuchar, aunque la voz que le llega, la que se esparce en la inconsciencia del desvanecimiento o la que acoge en el sueño, tiene la delgadez de los movimientos de un garabato.

Lila fue tras él aquella noche sin resignarse al adiós que la postraba sin otra explicación que la del engaño. Ese hombre que se iba, presuroso y pesaroso, incapaz de decir una verdad que pudiera comprenderse, jamás regresaría. La niña se habría quedado con el recuerdo de la desaparición, y acaso en algunos sueños ese recuerdo no tendría otra consistencia que la fantasmal; un hilo temeroso que enredó su infancia e incitó el deseo de que nadie la viera, de que nadie la mirase.

Hay un ruido y una luz en el pavimento de Ultramar.

El ruido tarda en concretarse en los oídos de Ambrosio, cuyo desvanecimiento deja un fluido de humo en la cabeza que no tardará en contrastarse con el propio fluido de la niebla. Los penachos que se arrastran rotos por el suelo, como si el humo se deshiciera, o la mancha que puede afectar a la córnea del desvanecido cuando los ojos se abren y es la niebla la que resbala en la suciedad de la calzada.

Es el ruido de un motor y la luz de unos faros.

El humo se deshace con el reflejo, la niebla toma un hervor amarillento. El coche se detiene a la puerta de la casa más cercana y, cuando Ambrosio se pone de pie con menos esfuerzo del previsible, y sin que al incorporarse sienta que se le va la cabeza, que la desazón le hace virar mareado, escucha que le reclaman, casi al mismo tiempo que suena el claxon del coche y alguien aparece a la puerta de la casa.

—Es para que nos eche una mano, si fuera tan amable —dice la mujer, que le hace una seña.

El hombre que conduce el coche no parece dispuesto a bajar, aguarda con el motor encendido a que suban los clientes, que en la noche de Balma son probablemente escasos y casi siempre dispuestos a que los lleven a la Estación, donde ningún expreso respeta el horario, ya que en la Ciudad de Sombra el retraso es el cumplimiento más acorde a cualquier expectativa, pues la vida perdió el gusto de la exactitud y se hizo impuntual y desordenada desde que acabó la Contienda y se

enturbiaron las costumbres y los comportamientos.

Ambrosio sigue a la mujer por el largo pasillo. Hay una bombilla en la escalera y otra en el rellano. En la puerta de la habitación, también iluminada por una lámpara en la mesilla, un hombre se sostiene en el quicio, apoyado el hombro con el esfuerzo de quien necesita sujetarse para no caer.

—Gildo —dice la mujer—, ya está abajo el coche, ya tenemos la barca en la laguna. Llegó la hora pero también el tiempo justo. Y la suerte de que este caballero acceda a echarnos una mano.

El hombre viste con elegancia y, en el contraste de la camisa blanca y la corbata con el nudo perfecto, se detalla con mayor intensidad la lividez del rostro, los cuatro pelos que el afeitado cuidadoso no logró rasurar, el cabello apelmazado de quien lleva demasiado tiempo en la cama y con la fiebre entumecida en las articulaciones y la cabeza.

Los ojos del hombre tienen el brillo de la llama que palpita cuando está a punto de apagarse. La mirada que ya no logra posarse en ningún sitio. Esa ausencia de un más allá cercano.

—La barca —susurra—. La niebla para esconderme. Con menos tiempo del debido será suficiente.

La mujer le indica a Ambrosio que lo ayude a bajar las escaleras. Ambrosio duda, ella le coge el saco.

—Despacio —dice la mujer, mientras Ambrosio logra que el hombre se apoye en él, con el riesgo de que se caiga al suelo antes de conseguirlo—. No te esfuerces, Gildo, no malgastes la última moneda.

No son demasiados escalones, pero a Ambrosio le cuesta acomodarse al movimiento del hombre. El cuerpo no tiene peso, es un montón de huesos calcinados que un soplo puede deshacer o la estatura esquilma de un espíritu que sostiene la última voluntad.

Salen a la calle. La mujer apagó la luz. El coche que les aguarda sigue con el motor encendido.

—Voy a cerrar la puerta —dice la mujer, buscando la llave en el bolso que lleva en las manos.

—Cierra y escucha el último pensamiento de quien ya no volverá nunca —musita el hombre, alzando ligeramente la cabeza, mientras Ambrosio lo sujeta—. De tanto esperar perdí el rendimiento de la esperanza, y de tanto sufrir, el consuelo de la salud. No hice otra cosa en estos últimos años que quemarme la sangre y echar a perder cualquier ilusión. Cierra de una vez por todas, y tira la llave donde nadie pueda encontrarla.

## 68.

Un coche en la niebla, una barca en la laguna. La Balma recóndita que no tiene principio ni fin en la noche ilimitada. Lo que las pisadas imprimen en la huella de su levedad, lo continúan las cubiertas de las ruedas del coche que repican en el asfalto húmedo, sin que en ningún caso se contradiga la voluntad urbana.

—No sabe lo que le agradecemos que venga con nosotros —dijo ella cuando Ambrosio ayudó a sentar al hombre en el asiento trasero del coche, quedando a un lado y él al otro, incapaz de dar por concluida la ayuda.

—Lo que ustedes manden —dijo entonces el conductor—. La mejor carrera es la que más dura, y un coche de punto no es otra cosa que un vehículo al servicio de quienes van donde quieren, incluido el Sepulcral o las Cruces.

—Al primero podríamos llegar —dijo el hombre, que buscaba cierta comodidad en el asiento, estirando las piernas, reposando la cabeza en el respaldo, poniendo las manos en las rodillas—, pero antes vamos por Balma sin que nada importe.

—Espacio —suplicó la mujer—. Usted deje que el coche se oriente, pero en ningún caso apriete el acelerador. Ya le decimos dónde hay que parar.

—¿El centro les viene bien, la Ciudadela, el Temblor, los Campamentos?...

—Balma propiamente dicha —dijo el hombre, tras un fuerte suspiro—. La que tiene la carne vencida y la piel escamada. La que mejor se acomoda al lamento de quien la despide. Luego haremos lo que tengamos que hacer.

—Una barca, Gildo —dijo la mujer con cierto entusiasmo—. La laguna apenas se distingue en la noche, y menos con los cristales empañados, pero por ella vamos. Ahora ya sabes que Balma es tuya, que no te la robaron, que la tienes a tus pies.

—Tanto me gustaría andar por ella sin que nadie me llevara, tampoco necesitaría acompañamiento. La vida que hice en sus calles, el pasado de cada esquina, el momento en que la veía florecer u oscurecerse. Un día soleado, una primavera clara, el otoño que la entristeció, el verano de mi juventud, o cuando la nieve caía como la cigüeña que murió dormida en el campanario.

Ambrosio dormita. Lo que puede restar del desvanecimiento es una herencia de fragilidad, y las palabras del hombre contribuyen a que sus ojos se cierren. Los párpados repican lo que en la voz se pierde, igual que una música alargada en la evanescencia de su repetida melodía.

—No te canses, Gildo.

—No lo hago. Me encuentro mucho mejor que acostado en la cama. Éste es el mayor regalo que pudiste haberme hecho. La barca, la laguna, el pobre mar de Balma, las aguas de los ríos que siempre tuvieron los cauces encontrados. Saber que por donde voy, estuve, que la Ciudad es mía ahora, que la recobro en el último viaje. El que me espera no sabe que acabaré llegando.

La mujer acerca sus manos a las del hombre.



—Es el mismo pensamiento, Gildo. Balma quiere decirte adiós. Una noche de niebla para que nadie descubra los sentimientos más hondos, las emociones más intensas. En el amor de Balma está lo que resiste. En el amor con el que ninguna mujer competiría. Yo misma no hago otra cosa que serte fiel mientras ella te reclama y tú regresas a sus brazos.

—Abre la ventanilla —dice el hombre—, prefiero que entre la niebla. Era la fiebre la que me ahogaba.

—No lo haga —recomienda el conductor—, podemos congelarnos. La humedad ataca los huesos y las manos se quedan tías en el volante.

La niebla acaricia el rostro adormecido de Ambrosio Leda. Abre los ojos, respira con satisfacción. El movimiento calmado del coche apacigua lo que en el cuerpo deposita el cansancio, como si en la dirección de las calles fuese una ayuda ese impulso que le lleva sin otro esfuerzo que el de quedarse quieto, todavía adormilado, mientras la voz del hombre reitera la melodía que apenas contradicen sus suspiros.

—Una cita y un compromiso, Cornelia —musita el hombre—. La única persona a la que no debo dejar de ver. Entre el Sepulcral o las Cruces prefiero el Sepulcral. La tumba del fallecido es mil veces mejor que la cama del infeccioso.

## 69.

La Balma de la ventanilla resbala como en el cauce helado de un río o se inmoviliza en la superficie de la laguna donde los grumos urbanos extienden su espesura horizontal.

—Calle Aranciles —musita el hombre, que hace un esfuerzo para alzar la cabeza del respaldo y girarla hacia la ventanilla, mientras Ambrosio se retira para no interponerse—. En el veintisiete, un portal al lado de la Confitería Corada. Algunos inviernos, los peores de Balma, se helaban los pasteles en el escaparate de la Confitería.

El coche se detiene a la altura del número indicado, aunque al conductor le cuesta trabajo determinarlo.

—Yo era el chico rubio al que luego el pelo se le puso castaño —dice el hombre—. Con la primera cana me engañó mi madre. Un hilo de plata no sirve para coser las arrugas. El tiempo es la mayor mentira y la edad cuenta poco cuando no hay salud.

Ambrosio ayuda al hombre; la mujer va tras ellos después de decirle al conductor que espere.

El portal del veintisiete está abierto. En el escaparate de la Confitería Corada es difícil distinguir lo que el polvo almacena, como si fuera la nieve seca que heló los pasteles la que cubriese lo que ya no deja adivinar la suciedad de la luna.

—Los mejores eran los de coco —dice el hombre, cuyo cuerpo parece volatilizarse entre los brazos de Ambrosio.

—Lo que dure decir adiós, ni más ni menos —indica la mujer, que sube los escalones asida al pasamanos, viendo cómo el cuerpo del hombre se estremece entre los suspiros.

—No es la despedida, es el convencimiento. Dos muertos por el mismo precio. Nadie tiene nada que perdonar y no hay razón para que no volvamos juntos a la laguna.

También la puerta del piso está abierta, pero nada se escucha en la oscuridad y es difícil orientarse por el interior al que la propia niebla de la noche sube tras ellos.

—No hay nadie, Gildo.

—Está Marno, Cornelia. Es el que respira en el trastero. Tenéis que dejarme que vaya solo, y de ninguna manera debéis escuchar lo que tengamos que decirnos. Si Marno se recela, no habrá modo de entenderse.

Ambrosio suelta al hombre que, en el esfuerzo de desprenderse de él, está a punto de caer al suelo.

La niebla que llega al piso, que se cuela por la puerta abierta como una emanación que les persigue, se arrastra por la tarima y se agarra a los zócalos. Las manos de Ambrosio tiemblan en la oscura humedad. El cuerpo del hombre se ha perdido sin que las pisadas resuenen, aunque no tarda en escuchar el roce de una

puerta que se abre hacia el final del pasillo.

—Por favor, vaya tras él, no lo deje solo —suplica la mujer.

Ambrosio piensa que vuelve a dormir o que todavía no regresó del desvanecimiento, como si en el espacio de un descampado los pensamientos huyeran y la cabeza se rellenase de un vacío que no le deja tranquilo. Da unos pasos y siente la desorientación a que puede inducir la idea de que el pasillo se comunica con el descampado, donde la niebla es el humo seco de una hoguera cercana que, sin embargo, no emite ningún resplandor.

—No lo deje solo —vuelve a solicitar la mujer.

Ha podido llegar a la puerta que abrió el hombre para entrar en algún aposento o en el trastero donde dijo escuchar una respiración.

—Estoy tumbado en el suelo, no me vayas a pisar.

—Lo que intento es no caerme, pero a tu lado podré sentirme más seguro.

—¿Quién te llamó, por qué viniste?...

—Daba una vuelta por Balma y me acordé de aquellos pasteles de la Corada. El chico rubio tenía un hermano moreno, las canas no les cambiaron el pelo. Lo que les cambió la vida fue el afán de aborrecerse.

## 70.

—Lo que les cambió la vida —escucha Ambrosio, arrimado a la puerta entreabierta— fue el convencimiento de que dos hermanos tienen las mismas razones para matarse que dos extraños que jamás se vieron y que, por alguna causa, viajaron juntos a una ciudad donde nadie los esperaba.

—No eran dignos de aquel pecado original. No estaban a la altura de ese débito que hace del hombre un homicida. Ni siquiera recuerdo si Marno era el mayor y Gildo el pequeño. A mí me gustaban los pasteles de coco y a ti los de nata.

—Adivino a lo que vienes. No eres capaz de dejarme tranquilo. No consientes que me muera sin otro horizonte que el de mi propio remordimiento. Tenías que volver a las calles de Balma, buscarme, simular que el arrepentimiento mueve los pasos finales e impulsa la velocidad de un coche fúnebre. Te equivocaste, Gildo. No hay convencimiento ni razón.

—¿Qué haces aquí tirado, es que quieres morirte como si fueras un trasto viejo? ... ¿Y aquella elegancia de quien paseaba por Balma con la pajarita y el sombrero? Alguna vez tuve un hermano que se perfumaba el bigote y besaba a las chicas en el lóbulo de la oreja. ¿Podía ser Marno o era el mismo Gildo que lo recuerda?

—Repasa los cuartos, uno a uno, vete desde la cocina al salón. El piso es grande, nunca le faltaron habitaciones a la familia numerosa. Y estaba bien amueblado. Esto llevo haciendo en los últimos años, retirando lo que quedaba en cada cuarto, trayéndolo al trastero. Amontonando lo que retiré y ahora, finalmente, a mí mismo, como un cachivache. No voy a negarlo. Eras tú el que se mudaba todos los días y el que se peinaba con colonia. Yo no besaba a las chicas en el lóbulo, les mordía los labios.

—He preferido salir de casa, cerrar la puerta. Cornelia viene conmigo. Es un viaje en el que tuve la manía de esta última visita. Un viaje por Balma, la niebla, la noche, la laguna. Pero no subo a decirte adiós, sólo a corroborar que me das pena y que nunca te quise. Hay hermanos que tienen la inclinación del fratricidio, un convencimiento o una inspiración. No creo que nosotros hayamos sido eso siquiera, puede que no tuviésemos los mismos padres.

—Eres un maldito impostor, Gildo.

—No me extraña que te hayas convertido en un trasto, Marno.

—Déjame en paz.

—No me sofoques. Paz no hay para ninguno, y la muerte dejó de ser una causa noble. Se acabaron las componendas y los engaños. Si nos hubiéramos matado hace tiempo, cuando resultaba tan fácil hacerlo, nos hubiéramos ahorrado esta miseria de la conciencia. Hubo un momento en que todos encontraron la razón para matarse.

—Me estás pisando la cara.

Hay un ruido. Ambrosio tiene la impresión de que algo cae, un objeto que hace

temblar la habitación y vaticina el derrumbamiento de otros objetos que pueden sostenerse en el arriesgado equilibrio que los amontona.

—¿Eras el mayor o eras el pequeño?... —escucha Ambrosio, que al intentar asomarse a la puerta respira una amarga mezcla de polvo y niebla.

—Soy el que te llevaba de la mano.

—Por favor, no me la aprietes tanto, vas a romperme la muñeca.

—Estoy jugando a demostrarte quién es el más fuerte.

—Me rompiste el pulgar.

—Era el meñique.

—No me quites ese cuaderno, Gildo, por Dios te lo pido. Los secretos que escribo en él no los debe leer nadie.

—Las miserias de un niño sucio. Las verdades de un joven pervertido. Las penas de un carcamal que deben avergonzarte en mayor medida.

—Tuve esa inclinación y ese convencimiento.

—Iba a matarte.

—Cuando llegamos con nuestros padres a aquella ciudad extraña, que luego supimos que se llamaba Balma y que tenía la sombra en el paisaje como la mancha en la piel de los leprosos, comenzamos a llorar. El llanto nos quemó la sangre.

—No me acuerdo. Quiénes fueran mis padres o los tuyos jamás me importó. A la Ciudad, eso sí, la conocí más tarde bombardeada y derruida.

—Los niños quedaron huérfanos.

—Hay padres que fallecen al tiempo. Un accidente, una infección. Es más frecuente que el cuerpo mate al alma.

—No será nuestro caso. El alma de cada uno ya murió hace mucho tiempo.

—Es mejor que te vayas por donde has venido. La visita te la podías haber ahorrado.

—Nos quedaba esta conversación.

—¿Para seguir quemándonos la sangre?...

—¿Adónde me aconsejas ir, al Hospital de las Cruces o al Cementerio del Sepulcral?...

—En ninguno de los dos sitios serás bien recibido.

## 71.

Es más difícil sujetar al hombre para bajar las escaleras y salir a la calle. En el cuerpo desplomado restan pocas fuerzas. La mujer ayuda a Ambrosio.

—No hay piedad —dice ella—. Mucho convencimiento y poca misericordia. Era un capricho venir, aunque se trata de cumplir todos tus deseos. Un capricho, Gildo, ya lo viste.

Algunos muebles se desmoronaron. Hubo un grito de dolor y muchas imprecaciones. El hombre asomó por la puerta con la corbata torcida, el pelo revuelto y el ojo izquierdo cerrado, como si acabara de recibir un golpe.

—Ha de morir como un perro —dice el hombre, que en el último tramo es prácticamente arrastrado, sin que Ambrosio logre mantener por completo el equilibrio—. Al niño de pelo castaño lo mordió el otro y de la herida infectada salió pus. Suero, leucocitos, células muertas, un puré de inquina y mala baba. Luego le rompí los dientes con el cucharón de la sopa.

Resulta trabajoso colocar al hombre en el asiento trasero del coche. Queda atravesado, sin que sea posible incorporarlo por completo.

—Siéntese usted con el chófer —le dice la mujer a Ambrosio, que duda en obedecerla, aunque todavía en su cabeza no hay capacidad para una resolución. La certeza de haberse recuperado del desvanecimiento no es completa.

El conductor le abre la puerta desde dentro, alargando la mano derecha y sin que la izquierda se mueva del volante. Ambrosio se sienta a su lado.

—Donde ustedes ordenen —requiere entonces el conductor, volviendo ligeramente la cabeza al asiento trasero, donde la mujer sujeta en su regazo al hombre derrumbado.

—Simiente —dice ella, con voz dolorida—. Despacio, por favor. Una agresión cuando ya se alienta el último suspiro tiene el tamaño de la maldad. Ese hombre nunca fue inocente, los pasteles de nata estarían envenenados y el alma se saciaría con ellos.

Las calles derivan en la niebla como si la luz de los faros las barrierá y al iluminar el pavimento esparciese los pasos, las pisadas, el polvo y la mugre que al amanecer recogerá el camión de la basura.

—Dime lo que queda de Balma, Cornelia —pide el hombre, que no logra alzar la cabeza para que los ojos puedan adivinar algo tras la ventanilla—. Dime que la laguna está quieta y no hay otra aflicción que la del cuerpo maltrecho y el espíritu magullado.

La mujer está llorando.

—No sé si era lo mejor, Gildo. La última voluntad es ahora esta pena que casi no me deja ver nada. Era en lo que menos podía pensar: en que Marno te diera para el

pelo. No es un tramo, Gildo, es un trance. ¿Ahora qué puedo decirte de la Balma que se apaga, sin que te acoja o te tenga entre los brazos como antes pensamos?...

El conductor le hace un gesto con la cabeza a Ambrosio, que no se percata de lo que el gesto supone de complicidad y burla.

—¿Simiente sin número?... —inquire, aflojando todavía más el acelerador.

—Simiente sin número ni destino —dice la mujer, acariciando los pelos revueltos de la cabeza del hombre—. Por la acera derecha, a la altura de Confecciones Mediavilla, cuando esos almacenes eran el emporio de la moda de Balma, un chico y una chica se vieron por vez primera. El chico tenía el pelo castaño, la chica era rubia. Tardaron tres años, siete días y no menos de tres horas en volver a verse, y fue exactamente en el mismo sitio, aunque en esa ocasión en el interior de los almacenes, donde ella compraba una blusa y él unos calcetines.

—Rubia, la nariz respingona, los ojos con el azul de un cromo del cielo del desierto —dice el hombre—. También la Balma de aquellos días tenía ese cielo, era verano. La blusa era de seda, los calcetines de rombos. Yo te miraba como un furriel de la Legión Extranjera y tú lo hacías por el rabillo de los ojos, igual que la bailarina de la jaima.

—En el escaparate de Confecciones Mediavilla estalló el primer obús que cayó en Balma —dice el conductor, que acaba de acelerar y de pronto frena violentamente mientras Ambrosio pone las manos en el parabrisas para evitar el golpe.

—Por Dios —suplica la mujer—. No nos mate antes de tiempo.

—Un gato —dice el conductor—. Un puto gato.

Ambrosio distingue el cuerpo del animal a un lado de la calzada y piensa que pudo saltar al tiempo que la rueda del coche lo arrollaba.

—No es un gato —afirma.

—Por Dios, Gildo, no te muevas, no te levantes —suplica la mujer.

—Soñé con un cánido. Un zorro, un raposo. Corría por Balma como si lo hiciera por los bosques de Alcidia. Hay muchos animales asilvestrados en Balma. Perros que se confunden con lobos. Lobos que se hicieron animales de compañía para poder sobrevivir. De las fechorías de la Contienda sabemos lo que nos compete a los humanos, pero nada pensamos de los padecimientos de los bichos. Ese zorro que corre por Balma como alma en pena lleva algo en la boca.

—En la laguna también hay peces muertos —dice la mujer, secándose las lágrimas.

—Las escamas de Balma. Las ronchas, las postillas. El cielo de aquel cromo tenía la luz azul del escaparate.

—Era una blusa morada.

—Los calcetines me quedaban pequeños.

—No sé lo que podemos hacer, Gildo. Menos mal que las llaves de casa no las tiré, según me dijiste.

—El Sepulcral me parece más apropiado que las Cruces.

—Nunca maté a un gato —dice el conductor, dispuesto a seguir—, y lo último que se me ocurriría sería matar a un zorro.

Ambrosio se decide a bajar del coche.

—¿Usted no se llamará Caronte, por casualidad? —pregunta la mujer a Ambrosio, que la mira extrañado.

—Yo me llamo Lombardo —dice el conductor.

—La Balma por la que corría el zorro en el sueño tenía el color de la arena del desierto. No sé si estamos equivocados, Cornelia. Es tan difícil morir, aunque se intente y se desee. La noche entera sigue siendo la mejor decisión para un enfermo terminal. No vayamos todavía al Sepulcral, sigamos dando vueltas. Me apetece subir al Temblor, volver a la Condonación, bajar hasta la Manchuria. Fue en las orillas del Nega donde aquella chica se quitó por primera vez la blusa y yo tiré al río los calcetines.



## 72.

—Acababa de despertarme y, como todos los días, tenía que hacer un esfuerzo para saber dónde estaba. Al cabo de un mes el esfuerzo era mayor.

—Tenías la suerte de estar sola.

—Tenía la suerte de que me hubieran olvidado. Por eso me fui haciendo a la idea de que no les interesaba o, mejor dicho, de que todo lo que querían saber de mí ya lo habían conseguido. Y sin embargo, ya os digo, el esfuerzo era mayor. Abrir los ojos y tener la sensación de que no se regresa del sueño sino de algo muy parecido al desvanecimiento.

—Las noches eran lo peor. Estaban rotas. Yo también hubiese preferido estar sola, sin nadie. Las demás contribuían a que todo se hiciese pedazos. El miedo descompone y se hace común. No había miedo más grande que el de todas aquellas desgraciadas juntas. Un cristal por el que mirarnos despavoridas.

—No podéis imaginaros cuál fue mi sorpresa cuando comprobé que la manija de la puerta cedía. Se habían olvidado de echar la llave. Se habían olvidado de mí.

—El eco de los cerrojos era lo más parecido al eco de las lamentaciones. Recuerdo un sueño, tan trivial como repetido, en el que me sentía caer en el abismo. El sueño con el que todo el mundo coincide. Te caes, y es el vértigo del abismo que te atrapa, sin que sientas otra cosa que la caída. Pero en aquel sueño se oía un ruido, un eco que repetía el estrépito de lo que se cierra: el hierro en el agujero que se incrusta en las sienes.

—La puerta se abría y no había nadie. La abrí y la cerré varias veces, tan extrañada como nerviosa y, al fin, confiada, quiero decir que la mano dejó de temblarme. Se olvidaron de mí, se fueron, a lo mejor ya no vuelven.

—Una vez pensé lo mismo, pero no era otra cosa que un pensamiento esperanzado, y también la vana ilusión de lo que más deseaba: verme libre.

—Os juro que llegué a tranquilizarme por completo. ¿Y sabéis lo que hice? Me arreglé un poco. Ajusté el vestido, me pasé la mano por el pelo, acaricié la alianza. Después del esfuerzo sentía una emoción distinta, aquello para nada se correspondía con lo que anteriormente hubiera pensado, un mes tan largo que hasta en el cálculo del tiempo podía estar equivocada. Entorné la puerta, luego la abrí de nuevo por completo, miré el largo pasillo. Por poco me delato preguntando si había alguien. La verdad es que por suerte las palabras se me ahogaron en la garganta. ¿Hay alguien, se marcharon todos, puedo salir?...

—Hay un grito que siempre se corresponde con lo que nos aguarda a la vuelta de la esquina. La sorpresa que te hiela o te rompe la crisma. La esquina que semeja el destino, la fatalidad. ¿Cuántos pasos te quedaban, y con qué prontitud?

—Todos los pasos del mundo. Los que mi imaginación hubiera ideado. Los que las piernas me permitiesen. Los que alimentaban la expectativa de llegar al pasillo, ir por él sin encomendarme a Dios ni al Diablo.

—La suerte de esa esperanza, un alivio. Muchas veces, cuando ya me estrangulaba la amargura, volvía a poner las yemas de los dedos en los azulejos. El frío vidriado no evitaba que el roce hiciese de nuevo brotar la sangre.

—Fui de prisa. Mientras avanzaba crecía la decisión de irme y el convencimiento de que nadie intentaría impedirlo. El pasillo tenía la tarima desajustada, los zócalos descascarillados, y era recto y largo. La decisión me proporcionaba menos nerviosismo que felicidad. Apenas me detuve un instante, quería convencerme de que lo que dejaba atrás no era el pasado sino la ilusión malsana que me proporcionó la mala suerte.

—De esa ilusión participamos todas. La mala suerte, el peor discernimiento. Una suciedad de los sentimientos y de los sentidos. La pena que se retuerce. Si pudiera, borraría de mi cabeza lo que más me aprieta.

—Donde terminaba el pasillo había otra puerta, y en ese instante tuve menos decisión o se debilitó el convencimiento. No me atrevía a abrirla, aunque la manija invitaba a hacerlo y ya había llegado muy lejos.

—La esquina es el resultado final.

—Me esperaban. Estaban los tres allí sentados a la misma mesa, como si no se hubieran movido desde la última vez. Llegas tarde, dijo uno de ellos. Nadie me llamaba, musité sin ningún convencimiento. Sabes de sobra la hora y el camino.

## 73.

El gato agoniza. Está al pie del bordillo donde logró llegar después del golpe, y en la línea de la calzada hay una huella de lo que su cuerpo fue exprimiendo, igual que si soltara el jugo de alguna de sus siete vidas, probablemente la última.

—Y de las otras ¿qué podrías decir? —inquire Ambrosio cuando se inclina a su lado, sin ser capaz de llevar la mano al lomo del animal que se debate entre espasmos.

—De las otras, nada —le escucha, como si las palabras no fueran otra cosa que un temblor en la niebla.

—Entonces era ésta la que te quedaba, la postrera, y no supiste guardarla mejor. Cruzas la calle cuando ni la oscuridad ni la niebla permiten la más mínima visibilidad, te aventuras a que cualquiera te lleve por delante. Pisas en falso.

—El coche vino a por mí. Los cazadores no se andan por las ramas. Yo cruzaba rápido, me esperaba un amigo aquí, al pie de esa farola.

El gato es una piltrafa húmeda. Cuando la mano de Ambrosio acaricia al fin la piel, siente los huesos, probablemente rotos o astillados.

—Si las tienes bien contabilizadas —le dice Ambrosio al gato—, lo mejor es que no rechistes. Siete son siete, según la leyenda de la familia de los félicos a la que perteneces, y a la séptima va la vencida.

El gato se está reduciendo. Bajo la mano de Ambrosio el cuerpo se encoge; la muerte lo disminuye y es posible que cuando termine con él apenas quede la mitad de lo que fue.

La farola está apagada y, sin embargo, la niebla que la envuelve parece resudar con un palor amarillento, como si la luz extinguida hubiese dejado ese reflejo de un tiempo en el que Balma tuvo luz en el asfalto de las noches.

—¿Se muere de veras?... —oye Ambrosio, sin que las palabras cobren en su cabeza una resonancia que las haga verdaderas, como si se tratase de una voz imposible o del mismo temblor con que en la niebla habla el gato.

—No le queda ni un minuto.

—Pues no sabe usted la pena que un cánido puede llegar a sentir por un félico, es que ni se lo imagina. La amistad me hizo esperarle aquí, al pie de la farola, una cita para hacerle un regalo, o una encomienda, no estoy seguro.

Dos ojos brillan como zafiros sobre un hocico alargado, entre las orejas alzadas que se mueven pesarosas, y Ambrosio agradece la compañía, ahora que el cuerpo del gato se contrae con mayor violencia y los espasmos le roban la respiración.

—De las vidas anteriores sabía más de lo que le dijo. Lo que los míos pueden tener de taimados y astutos lo tienen los suyos de huidizos y discretos. Supe que la primera la perdió de un garrotazo, la segunda ahogado en el río, la tercera por otro atropello, en ese caso de un carro, la cuarta por el disparo de quien pudo confundirlo

con una liebre, la quinta envenenado, la sexta de la mano de un amo loco, y la que ahora nos ocupa, ya lo ve usted, por la impericia de un conductor que hubiese preferido matar a un zorro antes que a un gato.

El gato está muerto. Hay un suspiro que resbala musicalmente como un maullido agónico y que en la cabeza de Ambrosio suena a despedida y agradecimiento.

—¿Le parece posible el llanto de los animales?...

—No.

—¿Y la pena?...

—Se trata de otra proporción de los sentimientos. Los animales domésticos siempre me dan pena, no entiendo a sus propietarios. Pudiera ser la misma pena que ellos sienten por vivir como viven.

Los ojos tienen ahora un brillo más intenso, el hocico parece alargarse, las orejas continúan moviéndose.

—Los que dejamos el Bosque también lo tenemos crudo, no se crea. La vida de los bichos estaba echada a perder por la mala vida de los hombres, quiero decir que cuando el Dios de los humanos tomó las de Villadiego, a los animales se nos cayó la casa encima. Los animales no tenemos Dios, ni Cristo que lo fundó.

Ambrosio se incorpora y, al hacerlo, siente que las piernas no le responden del todo, se bambolea un instante.

—No será capaz de dejarlo ahí tirado.

El coche se fue pero Ambrosio no se dio cuenta y ahora, cuando vuelve a mirar indeciso el cuerpo del gato, se acuerda de que el saco quedó en el coche.

—Lo hubiera llevado, tenía un saco donde meterlo.

—Tirarlo a la basura no parece lo propio y, sin embargo, puede que sea mejor que otra cosa. La basura es un final casi piadoso para los que no tenemos alma.

## 74.

Iba un hombre detrás de un zorro cuando una mañana en el Bosque de Alcidia la primera luz de la primavera vibró en los ojos que tenían enquistadas las legañas del largo invierno.

—No te conozco —dijo el zorro, que había saltado de las matas como si también el bullicio de la luz lo alterase, acaso porque resucitaba del sueño que se reparte como una infección que afecta en el invierno a los animales del Bosque.

—Ni falta que hace —le contestó el hombre, cuyos ojos comenzaban a moverse siguiendo el ritmo de la cola del zorro, que tenía un color menos pardo y más rojizo que el de su pelaje, y una espesura que acrecentaba el orgullo de su elegancia.

—El displicente se parece al maleducado —dijo el zorro— y el astuto no suele permitirse otras zalamerías que las necesarias para sus intereses. Intentaba congraciarme sin pasarme de listo. Donde no me ando con contemplaciones es en los corrales. Puedo chistar a una gallina ciega para embobarla, pero al gallo le echo la zarpa antes de pedirle permiso para cortarle el cuello.

—Perdona, no quería indisponerme. Es que no acostumbro a hablar con los animales del Bosque.

—Está claro que no eres de aquí —dijo el zorro, alzando ligeramente la cola para que los ojos del hombre, en los que ya se habían derretido las legañas, la admirasen como un penacho—. ¿Vives donde huyen los hombres o es que te gusta más una guarida que una habitación?...

—Vivo escondido, ya que después de mucho tiempo y de algunas vicisitudes que no vienen al caso, mi vida tenía el riesgo de un sinvivir, y la voluntad me inclinó a preservarla para salvaguardar a quienes vivían conmigo.

—No te creas que acabo de entenderte —dijo el zorro—. De todo lo que escucho a los hombres, lo que menos me resulta comprensible es lo que se refiere a lo que llamáis voluntad. ¿Y tuviste la suerte de contar al menos con una guarida razonable por estos parajes de Alcidia? El invierno en el Bosque no se parece en nada al de Balma, por mucho que las aguas del Nega y el Margo se congelen.

—Tengo un buen chamizo, gracias. Si quieres acompañarme te invito a desayunar.

—No, no te preocupes, prefiero que vengas conmigo. Me gusta más que me guarden la espalda a que me la den. El instinto previene, la voluntad decide, eso oí de uno y otro. Lo que tengo de astuto lo tengo de cuidadoso. Un hombre es un peligro, las aves de corral siempre resultan apetitosas y entre el follaje se duerme muy bien la siesta.

—La voluntad es el libre albedrío o la libre determinación. Vivo aquí porque así lo decidí, aunque la obligación de hacerlo proviene del temor y el riesgo que, a su vez, son fruto de la amenaza. Son vicisitudes muy humanas, para desgracia del

género al que pertenezco.

—¿Puedo compararlas con el instinto? —preguntó el zorro, que por un momento se detuvo, volvió el morro y dejó reposar la cola en la hierba.

—No sé si el que decide y ordena la propia conducta se asemeja al que sigue la pauta para la conservación de su vida y la de su especie. No parece lo mismo, pero puede existir una decisión paralela. Un móvil atribuido a un acto o sentimiento, una facultad de decidir y ordenar la propia conducta. Un móvil, un acto de la potencia volitiva. Si te digo la verdad, un maestro de escuela no está preparado a estas horas de la mañana para tales pensamientos y, además, lo último en lo que pude reparar es que llegaría a mantener una conversación de este tenor con un zorro.

—No te pavonees, no seas tan pagado de ti mismo. Los animales del Bosque no somos tontos del culo. Aquí el que más y el que menos también es capaz de hacer de un ladrillo una estilográfica. La vida tiene el tamaño de quien la vive, y hay que ser muy soberbio para pensar que la voluntad tiene mayor potencia que el instinto.

—No me tomes el número cambiado —dijo el hombre, que vio saltar al zorro como si tuviera la intención de demostrar su agilidad y belleza—. En el chamizo me consumo con la desgracia de los peores pensamientos. La voluntad está aniquilada y los temblores no son otra cosa que los estremecimientos de mi espíritu mortal.

—Bueno, bueno, no seas quejica. Cualquier día paso a hacerte una visita. Afana un pollo, lo cueces pero no lo desplumes, yo me encargo de eso. Desayunamos con la buena voluntad de los comensales y el instinto de los invitados que no necesitan que nadie bendiga la mesa.

## 75.

La mano derecha de Ambrosio se cierra sintiendo el vacío que supone haber perdido el saco. Luego coge al gato por el rabo; ya no es un animal sino un pellejo sucio, desinflado. Un poco más allá de la acera hay una valla semiderruida, se acerca a ella dispuesto a dejar tras la valla el cuerpo del gato.

—La vida es una costumbre y la muerte un acontecimiento banal —resuena en la cabeza de Ambrosio, sin que la voz tenga ahora el timbre de la que escuchó aquella mañana primaveral en el Bosque—. Nada importante en cualquier caso, al menos en la medida en que tan fácilmente puede vivirse y perderse.

Deja al gato al otro lado de la valla. Limpia en la culera del pantalón la humedad de la mano que retiene algunos pelos. Cuando da unos pasos por la acera no tiene muy claro dónde se encuentra. La niebla navega por el asfalto como un navío con las velas desplegadas.

—Venga conmigo —dice la voz que se evade con la misma presteza con que el animal rastrea sin alzar el hocico, y cuando Ambrosio se acerca al animal, que parece aguardarle, comprueba la diferencia que existe entre la cola de un príncipe y el rabo de un mendigo.

—Conozco a un zorro que tiene el pelaje de la alta sociedad, las maneras de quien se educó en un colegio de pago y los pensamientos más refinados.

—No es de mi familia.

—Vive en Alcidia. Algunas veces hemos desayunado juntos. Despluma a los pollos como si desnudara a una damisela y tiene un incisivo de oro.

—No me trato con la burguesía. El zorro que se ufana de su condición tiene la soberbia del capitalista complacido de sus fechorías. Yo soy un proletario, ya me vio la cola.

—Te la acabo de pisar y ni te has dado cuenta.

—Se parece a la del gato que usted acaba de tirar como un desperdicio, sin el mínimo respeto para su séptima vida, la que se consumió sin que el pobre desgraciado pudiera contabilizarla. No llevaba la cuenta, yo era el único que podía predecir su destino.

Ambrosio hace un esfuerzo para rebasar al animal, que zigzaguea como si fuera el olfato el único aval de su dirección, pegado el hocico al pavimento.

—Calzadilla del Carmen, Paseo del Prisma, Oráculo de la Concordia, Comandante Artesa —dice la voz que se pierde y vuelve en el rastreo—. ¿A usted le viene bien la Plaza del Lindero, junto al Cine Profundidades?...

—¿Y la amistad del gato?... —inquiere entonces Ambrosio, que vuelve a limpiarse la mano húmeda en la culera.

—Tenía con él un cambalache.

—Me gusta más el cánido señorito. Es dueño de la prestancia y el perfume de los

floreros y de quienes están acostumbrados a la buena mesa. Un zorro sofisticado y perfeccionista, a quien le preocupa la diferencia entre la voluntad y el instinto.

—No se fíe. La universidad es la misma. La malversación de los corrales. La devastación de los gallineros. Un afán depredador instintivo, no involuntario. Ese zorro es un sofista y, al tiempo, el mayor criminal. Los que nos fuimos del Bosque éramos el proletariado de una especie en trance de extinción, igual que la humana. Balma tiene el asidero de la miseria repartida. La Ciudad de Sombra es la ciudad del zorro expatriado, también del lobo y la mofeta y el oso hormiguero. Seres sin otra solvencia que la de su propio desamparo.

—Me aturdes —dice Ambrosio.

—Creía que le esperaban en el Cine Profundidades, me lo advirtió el gato.

—¿Tu amigo?...

—El comercio de un cánido y un férido no tiene mucho porvenir. Ninguno de los dos se hace rico. Algunos animales aprendimos un poco del estraperlo.

Ambrosio le vuelve a pisar la cola al zorro. Ahora lo hace intencionadamente.

—Dime lo que llevas en la boca.

—Nada que valga lo que el gato muerto estaba dispuesto a pagar.

—Alza el hocico, quiero verlo.

El zorro se zafa y en el esfuerzo de hacerlo pone en peligro la cola.

—Es el anillo con la piedra engarzada —dice Ambrosio—. La sortija. El anillo de compromiso de la Doncella Reluciente. Eres el maldito ladrón del cofre de la Plaza del Mirto. La pobre Cala te quiere despellejar.

—Esa amiga suya es una pirada. ¿Quién demonios podría casarse con ella? ¿Se la imagina copulando con un guarda suizo del Vaticano? El coito de una desventurada y un militar papal. Ni en la más despendolada zarzuela se vio algo parecido.

—¿Es que también eres aficionado al género chico?



## 76.

—Es una emoción física. O el rastro de una emoción. Lo que pudiera irradiar. Lo que queda sin que sea posible retenerlo o apurar conscientemente.

—El sentimiento de un vacío. Nada a lo que agarrarse. En cualquier caso sobreviene como el aviso irracional de lo que te aguarda, de lo que te tiene cercado, y existe una sensación de inminencia. El riesgo deriva de ese incendio que te rodea y avasalla sin que cobre la preponderancia de las llamas. Un incendio en el que nada crepita que no sea la desazón.

—Intuyes, tienes la sensación de que va a suceder. La amenaza puede sustanciarse cuando alguien llama o simplemente golpea la puerta. Es verdad, se trata de una emoción física, acaso sería mejor decir de una conmoción. Yo podría situarla en el vientre mejor que en la cabeza, en el mismo camino con que el ánimo acompaña la digestión de los alimentos crudos en esas ocasiones en que las cosas se digieren con dificultad, tal vez porque teníamos mucha hambre y comimos demasiado deprisa, sin masticar lo suficiente.

—Los indicios, las señales son como los datos de la adivinación. Lo que va a suceder. Lo que precede y anuncia o, mejor, presagia.

—Bueno, el presagio requiere una señal, algo más cierto, no tan indeterminado. El vacío, esa emoción o acaso conmoción, como bien dices, lo sostiene físicamente el presentimiento. Se siente el vacío, la oquedad de lo que nos trastorna como una presunción de que entre lo malo y lo peor lo que va a suceder es lo peor, lo más crudo y terrible de la adivinación.

—Es un trance de espera.

—Una motivación de peligro.

—Recuerdo una tarde de verano, estaba en la finca de unos tíos. No muy lejos de la casa había una plantación de cereal, estaba maduro, lo iban a segar al día siguiente. Yo dormía la siesta y el sueño estaba cuajado de emociones tan peligrosas como llenas de vértigo. Al despertarme, entre ese sudor frío del calor y la angustia, olí el viento de un incendio que arrasaba las mieses. No puedes imaginarte la velocidad del incendio, era como si una guadaña decapitara las espigas, las redujera a ceniza entre la bola del fuego que se expandía sin tregua. Duró unos segundos, casi el tiempo de estremecerse. Y era como el cumplimiento de lo que hubiéramos presentido. Yo mismo en el sueño, mis tíos azorados, mi prima y mi primo cogidos de la mano como si el pensamiento de aquella terrible destrucción los tuviera estrujados.

—El vacío de una incandescencia.

—Algo que va a suceder, algo que sucede, algo que ya sucedió anteriormente, o al menos en alguna ocasión te contaron que había sucedido.

—El temor, o lo que segrega la adivinación, se sostiene en el aprendizaje que ya hicimos. Los presentimientos sobrevienen desde la experiencia que ya nos hizo dueños de ellos, también víctimas de sus presagios. Sobre todo cuando esas

adivinaciones se nutren de la desgracia. En las desgracias de la vida hay muchas razones y opciones de repetición. Es verdad ese dicho de que la desgracia nunca viene sola. Hay un estado de ánimo que propicia el vacío o ese incendio que avanza sin remisión para que ardan nuestros sentimientos y el pensamiento se deshaga en la ceniza. No es el ardor, son las llamas. La espera, la presunción, de ese terreno arrasado donde el espíritu tiembla con el miedo.

—Es un dolor.

—Un sufrimiento.

—Estás dormido o estás despierto, pero en cualquier caso alerta, alterado, sabiendo que lo que acecha o viene es ya irremediable.

—No sé si el trigo al arder huele como la avena o la cebada.

—Las mieses dan más fuego que humo, no podría decirte si el olor determinaba la previsión del grano maduro que estallaba en las llamas.

—Te ardía el estómago.

—En el campo arrasado, ya sin brasas, quedaba el presentimiento cumplido. Yo acababa de cerrar los ojos, de apretar los puños, de gemir con la desesperación de lo que no tenía remedio. Llamaban a la puerta pero nadie decía mi nombre, aunque sabía que venían a por mí.

El zorro corre. Se detiene un instante, vuelve el hocico y Ambrosio ve un brillo entre sus dientes. Dos haces de luz barren vertiginosos la calzada cuando el zorro salta de la acera y desaparece al otro lado, entre la oscuridad que bate la niebla.

—No somos todos iguales, no te llames a engaño —dice la voz que acompaña la mañana primaveral del Bosque, cuando Ambrosio intenta desentumecer los brazos—. Las fábulas no nos hacen justicia. La nuestra es una especie literariamente desacreditada.

Cuando camina, las voces anónimas que resuenan insistentemente en su cabeza reiteran el murmullo de la conversación, y las palabras que vibran en el recuerdo del Bosque se van diluyendo como un eco, del mismo modo que las que acompañan al gato muerto. En la cabeza de Ambrosio las palabras son como las piedras que caen en la superficie de las aguas remansadas. Las palabras de Balma. Las voces de la Ciudad de Sombra. Una tela que se entreteje en los pasos, en las pisadas, en los pasadizos, también en los pasillos.

La voz que repite su nombre no tiene ahora esa distancia apagada. Es una voz que le insta con cierto recelo, en la medida en que se ordena un recado con la advertencia de que nadie se entere.

—¿Es que no lo oyes? —dice el niño malo con la molestia con que Carpo Expósito lo soporta, el quiste o la esquirra que en su cuerpo y en su espíritu produce esa pervivencia fantasmal de lo que en su vida fue una infancia desamparada.

—Lleva escondido media noche, y el recuento que hasta ahora puede hacer no es otro que el de cuatro tundas bien dadas, una de ellas con el correspondiente descalabro, y un accidente. Da grima tener que aguantarlo. Te juro que lo más honrado hubiese sido hacer estallar la granada en sus costillas.

Por el Paseo del Prisma sigue navegando la niebla. El mar semeja la longitud de una laguna estirada. Es la niebla la que acarrea la sensación de un viento portuario por donde la Ciudad de Sombra tiende las velas como si pretendiese alcanzar la lejanía de algún horizonte atlántico.

No sería la primera vez que un marinero desnortado arribase por los afluentes del Margo o del Nega al puerto de la Balma anclada, donde los vecinos del Temblor o de Ultramar, a orillas de uno y otro río, le dijeron que no había confusión alguna, que en la tierra firme de la Ciudad de Sombra la desazón de la existencia es parecida a la de la mar abierta.

—Huye usted sin encomendarse a Dios ni al Diablo —dice Carpo Expósito, que se resguarda en la esquina de un edificio abandonado, casi al final del Paseo—. Lo propio hubiera sido comprobar los desperfectos. La camioneta se fue a pique y yo

perdí el conocimiento.

—Yo todavía no lo he recuperado —afirma Ambrosio.

—Aquellos hombres quedaron atrapados en la cabina, igual que dos gorriones a los que les estalla la cabeza cuando los metes en la jaula y se dan con los barrotes. Yo lo que quería era apalabrar con usted lo correspondiente al alijo.

—No sé de lo que me hablas.

Carpo se acerca, cojea visiblemente.

—Ahora comprobará usted la estratagema de este bala perdida —dice el niño malo—. La Vela del Descarriado le quedaba pequeña y no recuerdo lugar alguno donde no le echaran la zarpa como es debido. Miente más que habla.

Ambrosio da unos pasos. En la resonancia de los murmullos que reiteran las conversaciones nota que se le va la cabeza, como si en el hilo conductor de las palabras hubiese algún desvío inesperado, tal vez el de las voces que imprimen mayor dramatismo a lo que piensan y cuentan. En la cabeza de Ambrosio las palabras imponen el alboroto de lo que la Ciudad guarda como un secreto.

—Yo quería comulgar —dice Carpo llevando las manos a la rodilla de la pierna derecha, que parece dolerle—. Estaba confesado. Había un capellán en la Vela que me absolvió de mis pecados la tarde anterior a fugarme. En la Iglesia del Escapulario no buscaba otra cosa que una hostia consagrada.

## 78.

Hacia el Oráculo de la Concordia confluyen las callejas que vienen de las estribaciones del Barrio del Temblor como flechas escindidas que no acaban de encontrar la diana.

—Lo mejor es que me dejes en paz —acierta a decir Ambrosio, que poco a poco se siente despejado, aunque la mano derecha no acaba de acomodarse al vacío que proporciona la pérdida del saco.

—No deseo otra cosa que ponerme a su servicio —dice Carpo, que va detrás de Ambrosio, intentando agilizar el movimiento de la pierna dolorida.

—¿Ya no toses?... —quiere saber Ambrosio.

—Ésa es otra —dice el niño malo—. Cuando salió lanzado de la caja de la camioneta se le espantaron los pulmones, de otro modo no se explica. Es igual que cuando al que tiene hipo le dan un susto. Dejó de toser desde entonces.

—Calla la boca, chaval, que no tienes ni idea. Lo mío no es crónico, es nervioso. La mala vida me hacía estornudar, como si la desgracia de tener que vivirla me produjese alergia. Luego los pulmones se resintieron un poco, ya que la vida además de mala se hizo perniciosa. Yo no tengo ningún conocimiento de eso que llaman la felicidad y los buenos momentos. He tenido muchísimos picores por todo el cuerpo.

—¿Qué hacías en el Callejón del Cuenco, me estabas esperando? —pregunta Ambrosio, volviéndose y recordando la mano que en el arranque de la noche encontró la suya como si la buscase o pretendiera un saludo ciego.

Carpo Expósito hace un ademán de apartar al niño malo, que se queja igual que si le hubiera tapado la boca y apenas lograrse gemir.

—En el siete de esa Verja le invito a un aguardiente, no me lo desprecie. Necesito un socio o, mejor dicho, quiero asociarme con usted, o que me contrate como dependiente. Nadie conoce mejor la noche de Balma. Nunca vi un ser humano más pertrechado para andarla sin otro aviso y otra consideración. Hay varios asuntos.

Ambrosio asiente, cuando el niño malo se escapa y su voz suena con el desahogo de la indignación.

—Ni se le ocurra. Ni se le pase por la cabeza. El peor es el malo revenido. Lo que tiene es lo que buscó. Lo que encuentra es lo que merece. La mala vida era la meta que ganaba a pulso. No vaya a caer en la trampa.

—Una copa —dice Ambrosio—. Ahora reconozco que es lo que más necesito. Tuve perdido el conocimiento, casi ni me acuerdo de adónde íbamos en aquella camioneta.

Carpo le rebasa. Arrastra la pierna, y la niebla que fluye en el pavimento se le pega a ella como si se la lamiera.

—No me salen bien las cosas —dice Carpo—. Es una tendencia o una inclinación que interfiere todo lo que intento. No me ando con remilgos y, sin embargo, me

parezco al pusilánime que cuenta las hormigas con los dedos. Le juro a usted que la vida me castiga sin que exista pleito de por medio. De niño, en el Orfanato, hice la Primera Comunión vestido de preso.

—Me esperabas en el Callejón —asegura Ambrosio, que se acerca a Carpo y le coge por la solapa de la chaqueta—. Luego fuiste a la Iglesia del Escapulario. Conocías al Cojo, sabías que yo tenía con él un trato. Metiste la mano en el sagrario, robaste el alijo.

—Siga, siga dándole caña —dice el niño malo—. Está usted acertando en todo. La Primera Comunión la hizo con una rueda de molino.

—Son demasiadas cosas —reconoce Carpo Expósito, que se lleva la mano a la boca como si se dispusiera de nuevo a toser—. Demasiadas para tan poco tiempo. No se puede llegar tan lejos y hacer tanto después de haber salido por pies de la Vela del Descarriado. Soy un fugitivo. Me tienen en sus manos los que desde chico me retuercen el pescuezo.

—A mí no me metas —dice el niño malo—. Yo no hago otra cosa que intentar librarme de ti. Ser el quiste o la esquirla es mi mayor padecimiento.

Carpo tose.

—Ya lo ve usted. El desafío de una existencia depauperada, el daño de la mala fortuna. Soy ese niño desahuciado que debió morir con la polio o la tos ferina. Ahora, además de la vida que me dobla, me corresponde atender a esa criatura que no me deja en paz.

## 79.

En el siete de la Verja lo que queda es la boca abierta que puede parecerse a la entrada de una bodega de tierra que, en los peores momentos de la Balma de la Contienda, se usó de refugio en los bombardeos.

—Si me sigue y se aviene —dice Carpo—, cerramos el primero de los negocios. La mejor sociedad es la que justifica la confianza en la comandita. Yo en la vida no he tenido oportunidades pero sí desvelos.

La bodega está oscura. Los parroquianos se concentran al fondo de una suerte de túnel en el que gotea la arcilla.

—Mano a mano —dice Carpo, que estira la pierna sobre un taburete y acaricia la rodilla—. Los hombres solventes no tienen las mismas expectativas que los patos en la charca. Vamos a lo que vamos y, si me lo permite, le presento a quien más nos necesita. Se trata de un hombre de tomo y lomo con asuntos que quiere negociar para resolver.

Es Carpo quien sirve las copas de la botella que acaban de dejar sobre la mesa, y Ambrosio se lleva la suya a los labios con cierta ansiedad. A su espalda alguien da las buenas noches y en la voz también se percibe el alivio del aguardiente.

—No se vuelva, no hay que verse para hablar —dice el hombre que está detrás de Ambrosio—. Los nombres no son necesarios. Fue el amigo Carpo el que se fue de la lengua con el suyo. Es un trato secreto.

Carpo mueve la pierna en la banqueta, parece buscar una postura mejor.

—Es mi socio —dice—. No se trata de hacer las presentaciones de los negociantes al uso, lo que quería era que usted supiese que somos serios y solventes. El secreto está garantizado. Este compañero de fatigas es el dueño de la noche de Balma. La tiene en sus manos, entera y verdadera.

Ambrosio se siente incómodo. Bebe la copa de un trago y arde en deseos de llenarla de nuevo.

—Nada me complace más —dice la voz que suena a sus espaldas—. De la noche tengo el criterio de la ganancia, quiero decir que lo que en ella puede ocultarse es el tanto por ciento más rentable de una buena operación.

—¿Es usted un hombre de negocios?... —quiere saber Carpo, que vuelve a servir el aguardiente y no puede ocultar el entusiasmo, que le hace verter parte del líquido en la mesa en vez de en las copas.

—Vayamos por partes —dice la voz, que revela en el trago un sonido más rocoso—. De negocios echados a perder, de negocios que se van a pique. Y no por la impericia o la desatención, sino por la mala fe y el capitalismo agrario. Hay una mujer de por medio y un hermano que dejó de ser cuñado para hacerse contrincante, ya me entienden ustedes, amante y prescriptor. Esto último lo digo en el sentido de que las acciones prescribieron, de que los actos moralmente reprobables caducaron

sin solución de continuidad. Ahora mismo las empresas están en quiebra y los traidores en la misma circunstancia penal, mientras el reo propiamente dicho, un servidor de ustedes, busca lo que quiere encomendarles.

Con la tercera copa, Ambrosio vislumbra lo que en la bodega parece una pelea de gallos. Hace un vano intento de ponerse de pie. Los gallos deben de ser dos parroquianos que están enzarzados en una ruidosa discusión.

—No se vaya todavía —dice la voz, ahora más querenciosa—. Y no se asuste. Está al cabo del día que los negocios se estrellen con las querencias. El capitalismo agrario hunde las raíces en el beneficio y el sentimentalismo. La pasión de la ganancia y la más impulsiva del devaneo y el enredo.

Carpo coge a Ambrosio de la manga. La mano temblorosa de Ambrosio vuelve hacia la copa.

—¿Y el negocio propiamente dicho?... —quiere saber Ambrosio, cuya mano derriba la copa y derrama el aguardiente.

—Sulfatos —dice el hombre.



## 80.

La botella de aguardiente se va vaciando, y cuando Ambrosio quiere darse cuenta tiene en la cabeza un ruido que no se parece en nada al de los amotinados en la Verja, donde algunos gritos se emparentan con los vidrios rotos.

—Sulfatos —repite el hombre—. Un material muy agropecuario y de mucha demanda provincial, pero el negocio se fue a pique por lo que acabo de confesarles, la traición de quienes pisaron la confianza por el capricho de una pasión incestuosa. La lujuria, ya lo saben ustedes, tiene esa aspereza de la maldad cuando se pierde el respeto debido. La lujuria es un vicio. Una esposa lasciva, un hermano lúbrico y, al fin, la deshonestidad que echa a perder un negocio honorable, y muy rentable, dicho sea de paso.

El ruido concita el mareo. Es un ruido sordo, que puede recordar el que en muchos atardeceres se esparce entre los árboles de Alcidia, como si la vegetación crujiera igual que los muebles viejos. Las retamas también lo esparcen y en las lindes del Bosque se pierden los ecos de las verdascas rotas que tiemblan en los oídos de Ambrosio, siempre temeroso de que alguna alimaña se acerque al chamizo.

—Ésta es la llave de Comandante Artesa —dice el hombre, dándosela a Carpo—. El cuarenta y dos queda aquí cerca, donde la Peletería Polar. El principal tiene sólo una puerta, no hay otra mano. El trato empieza con esa encomienda, quiero saber a ciencia cierta la eficacia del ácido sulfúrico. La fumigación no es una venganza, se lo juro. Sencillamente he querido ser fiel a esta empresa agraria, a la química y a la sal mineral que tantos beneficios me produjo. Yo no soy el envenenador de Castillejo, ni me siento capaz de matar a un pardal con una escopeta de aire comprimido. Tampoco se trata del honor. Voy a sulfatar mi vida con la misma predisposición. Me voy voluntariamente al otro barrio. Pero ésa es la segunda parte del trato. Para ésa los emplazo, una vez que ustedes hayan hecho las comprobaciones pertinentes, el cómputo de los cadáveres.

Ambrosio siente los efluvios del aguardiente como una emanación que nubla ligeramente la cabeza, cuando los ruidos parecen ceder, aunque en la Verja no acaban de estallar los vasos y las botellas.

—¿Su amigo se entera de la tostada?... —quiere saber el hombre, que en ningún momento dejó de estar a la espalda de Ambrosio.

Carpo asiente.

—Es el socio que necesito, no se preocupe. La discreción está garantizada y en el precio convenido va a tener lo que merece. Yo no me valgo en Balma con la pericia con que él lo hace. Estoy acostumbrado a otras urbes de más postín y tamaño. Las horas siempre las contabilicé por el Meridiano de Greenwich y en cuestiones de capitalismo soy cosmopolita.

—Me gusta la gente así, que no se anda con chiquitas, y tampoco me importa que

el que quiera eche una cana al aire, pero la formalidad en los negocios y la fidelidad conyugal son sagradas. No me puse a sulfatar por cuestiones profesionales, la plaga podía envilecerme pero no me cegaba. He vendido también muchos nitratos.

—Yo vendí el alma, ya ve qué contingencia. La mala suerte elaboró el destino de la mala vida. Tengo estudios y mala voluntad. La inclinación de quien estuvo en la calle desde que dejó de mamar.

El hombre se pone de pie. Ambrosio puede adivinar un rostro en la oscuridad estrepitosa de la Verja, pero es incapaz de determinar los perfiles y el matiz de los ojos, que también deben de tener la humedad del aguardiente.

—En dos horas —dice el hombre—. La Puerta de la Santa Espita, la más pequeña del ábside de la Colegiata. No sé si aquí el amigo tendrá la fuerza necesaria. Habrá una barra preparada, de esa menudencia ya me encargué. Se trata del sepulcro más elegante, no lo hay igual en el catálogo del patrimonio artístico, puestos a elegir no me resigné a andarme por las ramas. Es el del Rey Dolido.

—No lo dude —asegura Carpo—. Entre los dos nos valemos y nos sobramos. No es el primer trabajo de peso que nos cae encima.

—En Comandante Artesa, mucho ojo y nada más. La mera comprobación. Yo no quiero irme al otro barrio sin saber que están definitivamente tiesos.

—¿Es que lo duda?...

—Hay ácidos que los proveedores facilitan en malas condiciones. La química no siempre es de fiar.

## 81.

—No hay referencias ni medidas. Lo que traen, lo que llevan, casi siempre sin previo aviso y nunca cuando pudieras calcularlo.

—Una ciudad entre la noche y la niebla. Es lo que tengo en la cabeza, la única ocurrencia.

—Yo pienso en el río que discurre sin pausa. Cuando me senté a la orilla vi que el agua se vitrificaba. Los ojos se fueron haciendo al brillo enquistado de la superficie y en seguida me imaginé la profundidad, donde el cuerpo de un ahogado permanecía igual de inmóvil que si lo hubieran cubierto con cemento.

—La araña que teje la tela es la baba que suelta. La araña se ata como si descendiera a un pozo. Estoy en el fondo. La araña apenas es uno de los muchos pensamientos con que podría llegar a considerar el tiempo y la distancia. Una longitud donde los pasos no resuenan. Una duración que no deja huellas.

—Me conformaba con mirarme los dedos de los pies desnudos. Me duelen las plantas porque no me muevo, no ando, no camino. El espacio es tan exiguo. La calma la obtengo con esta inmovilidad que me transmuta en un ser volátil que llega a desaparecer en el ensimismamiento. Los dedos de los pies desnudos son la contraseña de este sinsentido. No hay nada más ajeno y más innecesario.

—Es una recurrencia y en el fondo una obsesión. No hay referencias ni medidas, es verdad. Hay que inventar algo. No te puedes atar a la insolvencia de ese discurrir sin cauce ni resonancia. Lo que estamos contando es lo que está más cerca de la resignación. El tiempo del que nos despojan. La vida que no tiene lugar. Una existencia que ni siquiera logra sostenerse en el pensamiento.

—La noche y la niebla. Hay una ciudad por la que me muevo sin que pueda constatar mis pasos. No existe horario. La noche está incrustada en una suerte de eternidad que petrifica la niebla. Es una ciudad que pudo ser derruida no mucho después de su fundación y a nadie le interesó reconstruirla. Su antigüedad nada tiene que ver con el tiempo. Es como el peso originario de una mera desaparición. Ahora la niebla justifica una memoria extinguida.

—Juegas a eso. No es mala la ocurrencia.

—Ya os dije que es la única que tengo.

—La verdad es que lo mío resulta mucho más trivial. Os escucho y casi me da vergüenza. Tan trivial como el recuerdo único de la cocina de mi casa, no ya de la alcoba o del salón. Tampoco del pasillo, donde tantas veces anduve corriendo detrás de mis hijos. La cocina. La mesa con el mantel de hule. La leche que hierve en el fogón. Los platos todavía sucios de la cena en el fregadero. Hay luz en la ventana. Nadie desayunó todavía. No recuerdo otra cosa. La memoria no se mueve. En la cocina no hay reloj, sólo un calendario con las hojas de los meses confundidas.

—Yo me quedé en el ascensor. Sube y baja. Las primeras veces me resultaba angustioso. Ahora es como un viaje infinito que logra adormecerme. ¿Cuánto tiempo

tarda el ascensor en llegar al séptimo? No creo haberlo soñado, estoy seguro de haberlo oído. Hubo un inmueble que se desmoronó completo sin que el hueco del ascensor desapareciera. Había un hombre en la cabina, detenido en el séptimo. Me consuelo pensando que pueda sucederme lo mismo.

—¿Y si un día a este edificio le sucede lo que cuentas y de pronto, tras el susto, quedamos todos a la intemperie, cada cual en su rincón, sin otro asidero que el de vernos postergados, pero como si nada hubiese pasado ni nadie nos vigilara ni requiriese?...

—En mi casa siempre fui el primero en levantarme y el último en acostarme. Esta circunstancia o esta costumbre, como queráis llamarla, es la mejor para vivir despreocupado, sin que el tiempo sea la referencia que te compromete con los demás. Es lo que más echo en falta desde que me apresaron.

—Yo entiendo que el mayor pesar es que no haya ninguna sustancia en una espera que ni siquiera se mide ni se adivina.

## 82.

La niebla también se cuele por el portal abierto del número cuarenta y dos de Comandante Artesa.

Carpo camina delante de Ambrosio. Los efluvios del aguardiente tienen la ligereza orgánica que anima las piernas, y el leve mareo se alivia con la humedad, de manera que la cabeza recobra una lucidez proporcionada a la temperatura del cuerpo.

—Mucho ojo y nada más, la mera comprobación —repite Carpo, sin que logre disimular los nervios—. Ésa es la encomienda. Este hombre no tiene perdido el tino y esperemos que tampoco la puntería. En llevar a cabo lo estipulado no tardamos ni medio minuto. Luego, a la hora que dijo, lo metemos en el sepulcro, ya se sabe que sobre gustos no hay nada escrito.

—Yo no voy a subir —asegura Ambrosio, que ni siquiera se asoma al portal.

—Haces bien —dice el niño malo—. Lo que pueda haber en ese piso es materia delictiva. El que se quiera engañar que se ponga la venda en los ojos. Yo tampoco subo. Ese hombre no me gusta un pelo.

Carpo alza los brazos con gesto excitado.

—¿Quieres callarte de una vez, chaval? Me tienes hasta el gorro.

—Tengo igual derecho que tú, las mismas penalidades. No soy el otro, soy el mismo. El quiste y la esquirla y la madre que me parió, que es la misma de los dos aunque no llegáramos a conocerla.

Ambrosio parece dispuesto a irse.

—Un grano en el culo, eso eres. Un grano y el mayor incordio.

—Sube tú, si te las das de valiente. Comprueba si los fiambres tienen la ración de ácido sulfúrico y suficientemente irritadas las mucosas. No será la primera vez que huelas el anhídrido o la sosa cáustica. La miseria moral también es tóxica y corrosiva. La miseria que nos iguala, la moral que debiera distinguirnos si no fuésemos el que somos y yo pudiera volar por donde me diera la gana, a mil años luz de tus entrañas.

—Estamos de acuerdo —se aviene Carpo, poniéndole la mano en el hombro a Ambrosio—. Subo solo y hago la comprobación comprometida, pero lo de la Colegiata está pactado por los dos, uno solo no puede echarse a la espalda el sepulcro del Rey Dolido.

En la cabeza de Ambrosio Leda tiembla la voz que murmura el pesar de la espera. Un recuerdo fugaz se apaga sobre el hule de la mesa de la cocina de lo que fue su hogar y algunas hojas del calendario con los meses confundidos que rememoran otra voz, en el concierto de las que se entrecruzan, anónimas y reincidentes. Las voces de Balma, lo que susurra la Ciudad de Sombra.

El niño malo se fue con Carpo. En la oscuridad del portal del cuarenta y dos, que debe de ser un portal profundo, persiste el eco de una discusión que entrevela las palabras con que Carpo quiere extirpar el quiste o limar la esquirla que propicia el

sufrimiento de su cuerpo y de su espíritu. La infancia desventurada de Carpo Expósito tiene el patrimonio de esa permanencia que no lo abandona, como si el pasado de la orfandad y el desamparo se cobrasen la totalidad de su vida que, en los pronósticos del niño malo, no será larga ni, por supuesto, jamás alcanzará una subsistencia favorable.

—Esa tribulación es mi sino y mi cruz. La parte que me corresponde de esa vida contrariada. Lo que llevo en el estómago y en el alma de aquellos años en los que el hambre quebró mis huesos con la misma determinación que las patadas.

Ambrosio sigue caminando por la acera rota de Comandante Artesa y Carpo tarda en alcanzarle, aunque la operación no le ha llevado mucho más de un cuarto de hora.

—Tiosos —constata, cuando llega a su lado, sujetándose la rodilla de la pierna derecha—. Igual que dos estatuas yacentes con el embozo de la sábana en la barbilla. Hermanos, no hay duda, casi gemelos. Los ojos abiertos, el cristalino empañado.

—No me detalles los datos forenses —pide Ambrosio, que tiene que sujetar durante un momento a Carpo para que no se caiga—. No quiero saber nada. No voy a cobrar por ese encargo.

—Dos palomos en el lecho. Lo que el pecado impone cuando lo cuantificas. Esa muerte que tiene en el sueño la dulzura de lo inesperado. Yo le digo a usted que un amor así de trágico tiene su paladar y su gusto.

Carpo tose.

—Puedo estar intoxicado —reconoce de pronto retorciéndose, mientras la tos se hace más convulsa—. El ácido me irrita las pestañas y los pulmones. Los mató con la sulfatadora.

Cae al suelo, se retuerce. Ambrosio no acierta a auxiliarle.

—Déjelo un rato así —aconseja el niño malo—. La casa estaba ventilada, no es el sulfato, es la congestión. Y el cuento que tiene, porque la vida la inventa para que resulte más lamentable.

Poco a poco Carpo se repone, pero sigue sentado en la acera.

—Un amor calibrado entre los coitos incestuosos y los despojos —dice—. Una contienda de la creencia y el cuerpo y la fatuidad conyugal. Esa melancolía de un pecado mortal tan poderoso. Somos unos pobres desgraciados al pie de ese lecho destruido. Le juro que me da grima ser como soy y haber jodido tan poco.

## 83.

Lo que Carpo Expósito tarda en recuperarse es lo que Ambrosio necesita para sentirse tonificado y que vuelva a su garganta el regusto del aguardiente, la incitación de otra copa que podrían tomar en el Corvo, donde algunos pacientes de la Clínica de la Veneración hacen las escapadas nocturnas y disimulan con las invitaciones lo que algunos clientes saben al dedillo.

—El hecho de que en el Corvo muriera un operado de la vesícula o se le saltaran los puntos al que se movía con la hernia inguinal casi recién intervenida no es el mayor desdoro de la Casa. La taberna se mantuvo abierta en la Contienda sin que las ideologías necesitasen otra cosa que el rute y el chicharro. Aquí jamás se disparó una bala. Lo de los pacientes resulta más compasivo, qué le vamos a hacer. En los propios quirófanos de la Veneración se han visto cirujanos a quienes el alma les temblaba menos que las manos. Algunos hicieron de un quiste una trepanación.

—Este negocio está en marcha —corroborra Carpo cuando la única farola sana de la Plaza del Lindero parpadea en la niebla como la luz del faro que se extingue en lejanía—. El otro hay que solventarlo con celeridad, y las copas del Corvo corren de mi cuenta. Nunca me gustó un pelo que me invitara un paciente con retención de orina.

Ambrosio lo suelta. Carpo se yergue con la voluntad renovada de quien sabe lo que en la vida supone la precariedad de andar a rastras.

—Un hombre se mide por la voluntad de ponerse de pie —suele decir Carpo Expósito cuando en las malas ocasiones, habitualmente en las reyertas en que siempre se lleva la peor parte, siente que el cuerpo es un amasijo desvencijado y no puede evitar que el niño malo se ría de él—. Un hombre se sostiene en los remos, y el que ya no puede aspirar a que los remos lo sujeten tiene entregadas las armas.

En los escalones del Corvo el cuerpo de Carpo se desequilibra, pero ya no acepta la mano que Ambrosio quiere echarle.

—A Cristo no le puso la zancadilla ninguno de los discípulos, si exceptuamos la jugarreta de Judas. Pero con Judas hay que ser condescendientes. Judas no era el malo de la película, el pobre lo que tenía era un trastorno de la personalidad y muchas ganas de hacerse valer. Autoestima baja, adicciones, y cierta cagalera mental con lo que comporta el pensamiento evangélico.

En el Corvo no hay bombillas. Las velas disimulan mejor la presencia de los pacientes, aunque maten su lividez. La clientela no es muy espesa. Cada vez son más los parroquianos que rehúyen el establecimiento por miedo a las infecciones y los contagios.

—El vino tiene el paladar de la anestesia. El rute sabe a penicilina. Los escabeches huelen a desinfectante.

—Vamos a seguir con las mismas copas —dice Carpo al camarero cuando se sientan a una mesa muy cerca de la entrada—. Las mismas, las de siempre, las que no tienen miasmas, ya me entiendes.

—Las de esta tarde —dice el camarero.

—No me vengas con sobrentendidos, que la Veneración y el Corvo no son santos de mi devoción. ¿Es que me tienes fichado?...

El camarero se encoge de hombros.

—Usted bebió aquí esta tarde con el Cojo que pasea a la taquillera del Cine Profundidades. Las copas las dejaron a deber.

—Me tomas el número cambiado —dice Carpo, molesto—. ¿Es que estás en la lista de espera de la Clínica?...

—Jamás serví alcohol farmacéutico, ni siquiera a los más desesperados, pero fui mancebo de botica antes que camarero.

—Las mismas copas y déjate de cháchara. Mi socio lo que quiere es un buen aguardiente. En Balma no se bebe bien, la Contienda hizo mucho daño.

—¿Es el mismo Cojo?... —pregunta Ambrosio, que tiene en la cabeza la incertidumbre de lo que las pisadas suponen en el entramado de la Ciudad de Sombra, donde las personas se cruzan y se desentienden sin muchos miramientos.

—Uno parecido —dice Carpo, que alza los ojos e intenta distinguir a los pacientes evadidos en las mesas.

—No le haga caso, le quiere enredar —susurra el niño malo.

—Vendas y suturas —confirma Carpo con un gesto despectivo—. La enfermedad casi siempre resulta purulenta. Un punto infectado, una secreción ulcerosa. El cuerpo huele peor que el alma.



## 84.

Ambrosio bebe y en el temblor de la llama de las velas del Corvo se mueve la inquietud de las hojas que alertan su mirada en los árboles del Bosque, cuando el otoño se precipita en Alcidia y el primer viento derriba alguna de las hojas como si de esa manera el propio mundo comenzara a caer.

—Una circunstancia paralela a lo que un mal poeta como el presente —dice Lepo Corada, que escribe la gacetilla al lado de un soneto habitualmente inconcluso— percibe en lo que peta a la Naturaleza y al desmoronamiento del ánimo o del espíritu. Este visionarismo de medio pelo, amigo Leda, supone el sustrato de la lírica vergonzante, que es la que uno cultiva.

Las gafas de miope desorbitado y el perfil de la sabandija pueden corresponderse con lo que Ambrosio logra distinguir al pie de una vela, pero los ojos de Ambrosio no fuerzan la opacidad de las cataratas en la oscuridad del Corvo y apenas sobrevuelan ese temblor de las llamas y la inquietud de las hojas en el rumor del Bosque.

Puede ser Lepo Corada o puede ser uno de los pacientes que tiene las mismas gafas o las mismas dioptrías. Uno de los pacientes de la Veneración que con el perfil de sabandija del gacetillero bebe lo que necesita para tragar las píldoras de la prescripción facultativa.

—La Naturaleza es un incordio, amigo Leda —dice Lepo, que naufraga en el terceto con la rutina con que se hunde el velero que navega bajo el mando de un capitán ocioso—. Nos pone en entredicho, nos canta las cuarenta. Yo veo un árbol y me pongo a temblar, ya no te digo un bosque. Hay que soportarla sin que nos lesione, pero los seres humanos sufrimos sin remedio su menoscabo.

Ambrosio lleva la copa a los labios. El aguardiente del Corvo tiene un sabor medicinal bastante desagradable. Alguien pudiera pensar que entre el Corvo y la Veneración hay un convenio que vela por el menor perjuicio de los pacientes y el beneficio financiero; algún punto de entendimiento sanitario y comercial.

La copa de Carpo está llena, pero Carpo ha desaparecido. La vista de Ambrosio no acaba de amoldarse al temblor de la oscuridad y ni siquiera forzándola logra dirimir si el que bebe al fondo de la taberna es Lepo o un paciente.

—Iba y venía —dice Carpo, disculpándose al sentarse de nuevo y vaciar la copa de un trago—. Maldita peste —se queja, escupiendo—. Es formol.

Ambrosio observa el paquete que Carpo deja en la mesa.

—Lo tenía a buen recaudo, no se preocupe. En el retrete de este antro se alquilan agujeros. Fue el Cojo el que me sugirió que lo guardase aquí, a dos pasos del Cine Profundidades, donde usted tiene la clientela.

—¿Ibas a comulgar a la Iglesia del Escapulario?... —pregunta Ambrosio indignado—. ¿Metías la mano en el sagrario para coger las hostias consagradas cuando ya habías hecho una confesión en toda regla? ¿Estabas arrepentido o estabas

conchabado?

Carpo le acerca sobre la mesa el alijo, que Ambrosio ni siquiera desea mirar.

—No se altere, por favor. El intento del Cojo, que es un proveedor profesional y de garantía, con el que yo he trabajado en muchas ocasiones, no fue otro que el de salvaguardar su seguridad. Sospechaba que a usted podían seguirlo. La estratagema del sagrario estaba en cuarentena, el propio cura salía corriendo cuando celebraba, y eso que era un sacerdote de confianza. Alguien debía llevarse el alijo antes de que usted lo recogiera, por si las moscas. El Cojo tuvo algún soplo, o un presentimiento, vaya usted a saber. En cualquier caso, como usted mismo pudo comprobar en el atrio del Escapulario, el Cojo estaba nervioso o sencillamente cagado.

Ambrosio pone las manos en el alijo, quiere tentar el contenido con la yema de los dedos.

—¿Cuánto tiempo hace que no comulgas?... —pregunta desairado.

—Desde que hizo la Primera Comuni3n —dice el ni1o malo—. Con ruedas de molino, seg1n le indiqué.

—Soy un hombre respetuoso con todos los sacramentos —afirma Carpo Exp3sito— pero lo que m1s trabajo me cuesta es la penitencia. Nunca fui capaz de confesar al cura de turno mi condici3n de pajillero, me moría de vergüenza. Un día, si usted quiere, le explico la diferencia que hay entre la paja mental y el vicio rupestre.

## 85.

—Ésa es la impresión de la libertad, la que se corresponde con una cierta euforia que emana del cuerpo, de los sentidos.

—No existe ninguna limitación en el paisaje y en la vida, la verdad es que lo que contemplas es la misma cosa. El amanecer que revela la emoción de una consciencia recién recuperada, como la muda limpia. Una luz cálida, apacible, bienhechora.

—Es la ventanilla del tren la que se corresponde con esa euforia de la mirada. La Estación de la que vengo quedó atrás, me olvidé de los andenes y de lo que la propia Estación significaba en el orden de los acontecimientos, o en el desorden, si hablara con mayor exactitud.

—Es curioso apreciarlo así. La capacidad que se tiene para que la imaginación pueda liberarnos, y salir disparados en el esfuerzo de esa huida interior. Y es entonces cuando sobreviene la contemplación de un amanecer que nos rescata, un paisaje en el que hace algún tiempo pudimos demorarnos en la dicha de su propiedad. Libres, quietos, como si nada nos desarraigara o nos reclamase.

—Es el Desierto de Moravines. Lo cruzan los trenes mineros que vienen del Castro Astur. También lo cruzan el mixto de Ordial y el rápido de Borela. En cualquiera de ellos hice el viaje, también en el expreso que viene del centro peninsular con los horarios cambiados, ya que en tan largo trayecto todo son demoras y no hay viajero que llegue donde debe a la hora prevista.

—Es eso lo que en tantas ocasiones nos salva de los compromisos y las rutinas.

—También de verte atrapado donde te esperan. No os escucho con demasiada atención, pero me hace gracia que recuperéis esos momentos en que la contemplación acuñaba el sentimiento de una libertad tan espuria. Supongo que os estáis refiriendo a una suerte de ensoñación que, la verdad, si os soy sincero, jamás experimenté.

—Era algo más. Los sentidos se encendían y la euforia reponía la fuerza de una expectativa, como si en la exaltación o la alegría de la mirada el enfermo encontrara de pronto la perfecta medicina de su salud.

—Yo no estaba en Moravines. Era un tren entre los campos y la nieve, no lejos del Margo, en la Estepa. El nombre de la Estación tenía saltados algunos de los azulejos, no fui capaz de descifrarlo. Desengancharon el vagón, lo dejaron aislado en una vía muerta. Lo que ese amanecer incierto tenía de quietud y pacificación me acariciaba el ánimo. Llevaba mucho tiempo sin dormir. Los pensamientos se habían cobrado todas las preocupaciones. La euforia de una iluminación que alentaba algo nuevo, distinto. Y era como si todo acabara para empezar de otra manera. ¿No habían desenganchado el vagón dejándolo allí abandonado, de modo que cada cual buscase su suerte?...

—¿Y cuánto os pudo durar esa euforia?... No había ni un residuo de esperanza, nada a lo que agarrarse, se trataba de una mera invención. Siempre evité ese desgaste. La euforia se explica mejor como la capacidad para afrontar las adversidades, pero en

ningún momento me interesó la medida que yo pudiera tener para hacerlo. Estuve entregado desde el primer momento, supe a ciencia cierta lo que suponía una condena.

—La mirada asumió lo que significaba la felicidad de ser libre. En ese tramo de Moravines los convoyes van lentos, debe de ser porque hace tiempo que no renuevan las traviesas. No podéis imaginaros lo que agradecí aquella lentitud. El tiempo alargaba el paisaje, afianzaba los sentidos, el fluido de una emoción que me embargaba casi hasta el límite de la irrealidad.

—Un vagón desenganchado, fuera de los trayectos, ajeno al cumplimiento de los horarios. En cualquier estación de la Estepa. Los malos pensamientos se diluyeron, la conciencia estaba limpia. Había una luz distinta entre el brillo de la nieve y los campos.

—Luego hicisteis lo que todos seguimos haciendo. Os mirasteis las manos, comprobasteis que teníais las esposas en las muñecas.

## 86.

En el Cine Profundidades hay una niebla seca que envuelve la atmósfera de la sala sin que pueda vaticinarse si la derrama el foco de la luz de la proyección o emana de la propia pantalla, que es como una nube de cal con la superficie lisa y sujeta en la boca del escenario.

La niebla seca puede ser el polvo acumulado en los años en que el Cine amontona el abandono de los sueños y del viejo negocio familiar, que tuvo un tiempo de esplendor antes de la Contienda, cuando algunos actores famosos detenían por un instante la acción de la pantalla y susurraban en los oídos de los espectadores lo que ellos deseaban escuchar y que luego llenaría la noche de sus ensoñaciones, desvelos y deseos.

—Lo que ella me dijo como la promesa que jamás consentiría. Lo que después me cautivó, como si el placer tuviese igual temperatura en las sábanas que en la pantalla.

—Me ruborizaba y no podía soportar la punta del bigote en mi barbilla. Del mismo modo que me volvía loca cuando el bigote me rozaba el lóbulo derecho, que era el que más apreciaba.

En aquellos años el Cine Profundidades tenía la programación exquisita de la mejor distribuidora peninsular, y la familia Cancio, su propietaria, no sólo se hizo millonaria sino que era la más envidiada de Balma, ya que muchos de los actores departían con sus miembros en la sala de estar del domicilio aledaño al Cine.

—Y ella tiene el biselado de esos labios con que la ves en la pantalla, pero más al rojo vivo, como si la fruta estuviera fresca y no escarchada.

—Y él ni siquiera se quita el sombrero de copa cuando se sienta a tu lado, todavía cantando y con los ojos corriendo como locos por encima del aparador.

Fue Lepo Corada quien en su día escribió la gacetilla que rememoraba el esplendor del Cine Profundidades al describir el abandono actual, lo que la amenaza de una declaración de ruina, que no llegaba a cumplimentarse por la desidia municipal, suponía como herencia en la terrible desgracia que sobrevino a la familia propietaria.

—Tres hijas de Cancio Arbito, las tres pequeñas de las cinco que tenía, y las tres muertas en la fila doce de la platea, en la sesión de noche de un viernes cualquiera. Veían por quinta o sexta vez una de esas cintas en las que el tinte color embadurna los ojos hasta que la realidad se desangra, y el galán de turno tomaba el veneno de la traición hasta ponerse morado, mientras su amada estaba en la inopia. Afección cardíaca en los tres casos, un colapso percutido, y esos vanos enamoramientos de las cabezas huecas y el celuloide rancio. El galán, eso sí, había tomado el café en la sala de estar de los Cancio esa misma tarde.

Cuando Ambrosio se sienta en una de las pocas butacas que todavía subsisten en la fila doce recuerda lo que Lepo escribió en la gacetilla y lo que tanto le gusta repetir, siempre con la confesada intención de hacer un soneto en el que las tres chicas muertas obtengan en el estrambote una resurrección de estrellas del séptimo arte.

Ambrosio vuelve a repasar con el tacto de los dedos de la mano derecha las ampollas que mantiene en el bolsillo de la chaqueta, las separa entre los dedos, las recuenta; son seis y corresponden a los tres clientes que vendrán a por la mercancía en la butaca indicada del Cine Profundidades, según las previsiones que hasta el momento mantuvo el negocio del Cojo.

—Las previsiones son las mismas —dijo Carpo, antes de abrir el paquete y entregarle las seis ampollas—, no seas resentido ni temeroso. Yo no estoy conchabado con el Cojo, soy otro empleado como tú. Velamos por la seguridad del negocio, advertidos de que pudiera haber moros en la costa. Una vez que hayas hecho la entrega, ya me encargaré yo de pasar la receta a los clientes que, además, tienen que pagarla más cara porque el riesgo se duplica. El Cojo cobra el último y tú y yo repartimos lo que nos corresponde. Ahora además estoy intentando tirarme a la taquillera sin que el Cojo rechiste.

## 87.

Las butacas donde fallecieron las hijas de Cancio ya no existen. No quedan en el Cine Profundidades filas completas, lo que motiva que los espectadores estén esparcidos por la platea en un recuento solitario que facilita que cada uno administre la proyección sin nada que compartir, como si la repetida película de cada noche, en una programación que reitera los mismos títulos y en cuya proyección se mezclan indiscriminadamente los rollos de distintas cintas, estuviese en la mente de cada uno de los espectadores, resuelta en una contemplación tan adormecida como nebulosa, y no en la pantalla donde las imágenes se disuelven en la nube de cal.

—Ellas, sin embargo —escribió Lepo Corada en la gacetilla conmemorativa del esplendor del Cine, cuando ya el abandono del mismo lastraba una fermentación de ozonopino y basura que había podrido la oscuridad de la sala—, mantienen la estela fantasmal de un fallecimiento tan melodramático. Entre los durmientes del Profundidades siempre existen tres doncellas que auspician el sueño con un temblor de criaturas aladas, como si ayudasen a mecer esa imaginación traspuesta que ya no recibe ninguna emoción del celuloide.

Ambrosio está en una de las pocas butacas que subsisten en la fila doce, la más cercana al pasillo. Siempre elige la misma, según la estrategia del negocio para que los clientes jamás se despisten. Los otros tratos que se entablan en el local tienen también las butacas reservadas. Lo que el mercadeo da de sí no lo conocen la mayoría de los durmientes y, sin embargo, en las tramas del celuloide se hacen notables negocios y rentables trapicheos, de tal manera que son muchos los durmientes que vuelven a la realidad desde el sueño con la idea de haberse llenado los bolsillos.

Ambrosio se sienta en la butaca evitando en lo posible el ruido de los muelles y el crujido del desajustado respaldo.

Nunca tuvo la sensación de que nada perturbara la quietud que en la sala se corresponde entre la respiración de los espectadores y la banda sonora que rasga los altavoces, como si un mismo rumor entreverase la acción de la pantalla y el sueño de los espectadores. Las palabras y la música entrechocan confundidas, hasta el punto de que en muchos momentos es la música la que sale de la boca de los actores y son las palabras las que arrastran el mar de fondo de una inadvertida melodía.

Nada se mueve en la oscuridad, y el chorro de luz del proyector que proviene de la altura cada vez más lejana de la cabina, como si poco a poco hubiese ido escalando una cima que acabará por despeñarlo, cristaliza en el fulgor de un hielo seco que también desprende pétalos y escamas de polvo y nieve, ya que en la pantalla, entre los saltos inusitados de un paisaje borroso, son el Polo Norte y el Desierto del Sahara los que se suceden con la misma incontinencia con que el esquimal persigue al oso blanco y el sargento de la Legión Extranjera corre en su corcel tras el turbante de un

árabe de nariz aguileña.

Los ojos de Ambrosio se suman a la mirada ciega de los durmientes del Cine Profundidades. Es un sueño común y, sin embargo, ninguno de los espectadores se surte de las mismas escenas para alimentarlo. Nadie ve la misma película, ninguno asiste, aunque de la misma función se trate, al programa para el que adquirieron las entradas, ya que en el Cine, desde que la decadencia y el posterior abandono echaron el cierre al negocio, no existe otro orden que el de la subsistencia del celuloide sobre el comercio de la vida.

El tiempo araña el legado de un templo ruinoso que se cuenta entre los más preciados de la Ciudad de Sombra, donde los habitantes de Balma soñaron lo indecible y enaltecieron hasta más allá de lo imaginable la invención de sus existencias, pero en la oscuridad y en la proyección que perdura como si el secreto y el refugio de su necesidad avalaran la pervivencia, es el propio tiempo el que administra piadoso su arañazo para que, sea como sea, el sueño de los durmientes no se agote.

Las cataratas de Ambrosio coadyuvan a que la película obtenga en su mente un resplandor más cercano al de la luz del desierto que al de la blancura calcinada del polo.

Lo habitual es que los ojos de Ambrosio reserven el matiz de un paisaje que en su exotismo excite la imaginación, y que en seguida en la placidez del sueño ese paisaje, que derramó la pantalla, se expanda como si lo viera desde la ventanilla de un tren que recompone en la velocidad de las vías el vértigo de una felicidad por otro medio inalcanzable.

Ambrosio sabe que es en el Cine Profundidades en el único lugar de Balma donde quedan residuos del placer que alguien saboreó en otro tiempo y de la felicidad que fue posible.



El que duerme ve la película que quiere y, sin que el sustento borroso de las cataratas de Ambrosio se acomode a la acción con la suficiente nitidez como para seguirla, no deja de entrever lo que el sargento y el cabo hacen en la jaima donde sujetan al jeque que parece más sorprendido que dispuesto a resistirse. Lo sacan de la jaima cogido de los brazos, uno a cada lado, y la única duda es si se trata de una jaima o de un iglú, si es un jeque o un esquimal y, a fin de cuentas, si son dos suboficiales de la Legión Extranjera o de la Policía Montada del Canadá.

—Ni se te ocurra rechistar... —dice el cabo, que primero puso la mano en el hombro de Ambrosio y después ayudó a alzarlo por el codo, mientras el sargento hacía lo mismo y entre ambos lo sacaban de la butaca y lo llevaban por el pasillo, sin que el jeque o el esquimal hubieran abierto la boca.

La oscuridad de la sala del Cine Profundidades está menos contaminada en el vestíbulo, donde la noche no es tan espesa tras la cristalera que filtra la niebla entre las roturas, como si las imágenes de la pantalla aspirasen el vaho de una realidad que se les escapa por las calles de la Ciudad de Sombra.

Suben a Ambrosio por las escaleras, prácticamente en volandas. El anfiteatro del Profundidades está medio derruido, no se usa desde la misma Contienda, cuando las sesiones concluían con la amenaza de los bombardeos o algún peligroso desprendimiento del artesanado.

Cuando los dos hombres meten a Ambrosio en la cabina, el que atiende el proyector sale presuroso. La cinta de celuloide salta entre los chasquidos de una tracción dificultosa que puede romperla en cualquier momento. La acción de la película está llena de sobresaltos, y Ambrosio presiente que si la cinta se rompe el riesgo será mayor para él, ya que la trama de la pantalla tiene, a pesar de todo, una atadura de beneficiosa fantasía.

También la cabina está oscura, aunque no es difícil apreciar los desordenados amontonamientos de cajas metálicas, bobinas, frascos de acetona, botellas y ristras de celuloides desenrollados que parecen serpientes muertas.

—Saca la mercancía... —amenaza el hombre más impetuoso, que es también el más corpulento—, porque te has caído con todo el equipaje. Llevabas mucho tiempo trabajando en la película como un traficante de baratijas, el último mono en cualquier mercadillo argelino.

Ambrosio muestra primero las tres ampollas que palpa con la mano temblorosa. El otro hombre le da una bofetada.

—Todas —le requiere—. Los alijos del Cojo son el mayor acicate de la morfomanía. Éste es un negocio que tiene los paralelos componentes del vicio y el sufrimiento, y en parecida comparación el Cojo es un delincuente y un sanitario, pero a nosotros lo que nos interesa es que no se dañe más de lo debido la salud pública.

Vamos, afloja, que tenemos prisa.

Ambrosio muestra las seis ampollas, ahora en la misma mano y con el temblor recrudescido de los dedos que apenas las sujetan.

—¿Jeringuillas?... —inquiere el hombre corpulento, tomando las ampollas de la mano de Ambrosio, observándolas un instante y guardándolas en el bolso de la gabardina.

—No se expenden... —dice Ambrosio con la dificultad de quien sabe que la voz no le llega al cuello de la camisa.

El otro hombre lo coge por las solapas y lo zarandea.

—Te vas a quedar aquí un buen rato, viendo la película del moro y el oso polar. Si te reclaman los clientes les dices que cerraste el establecimiento. Ahora el tráfico cambió de dirección, no se puede estar todo el rato con el mismo tratamiento. La serpiente que pica en la vena quiere cambiar de dueño y de circo.

Las bofetadas que rubrican las palabras del hombre hacen tambalear a Ambrosio, cuyo pie derecho se enreda en las ristras de celuloide tiradas por el suelo.

Los hombres se van. En la cabeza de Ambrosio retumba el grito del jeque que cabalga por el desierto perseguido por la Policía Montada del Canadá, mientras la cinta del proyector se rompe y hay un fognazo que llena la cabina del olor a quemado de la pólvora, del algodón y el alcanfor.

## 89.

En la pantalla se quebró la luz y la cal estalló en el vacío de las figuras congeladas que poco a poco se fueron fundiendo hasta desaparecer.

Los durmientes del Cine Profundidades no ven alterado su sueño. El margen de realidad que los rodea no es suficiente para que el alma averiada de sus pobres existencias se remueva con tan poca cosa.

En la pantalla pueden reproducirse las averías imaginarias de su vida, tanto en las tramas dislocadas y aventureras como en los tropiezos de la precaria proyección, pero la sima en la que yacen, con el cuerpo desvencijado sobre las butacas, nada trastoca la profundidad de un vértigo redentor o de una emoción que detiene las olas, cuando los cuerpos extenuados llegan a la playa donde en la arena encuentran el mismo calor de la almohada en la que en alguna lejana ocasión reposaron la cabeza.

Ambrosio baja confuso las escaleras después de haberse asomado al anfiteatro, donde oye unos gemidos y lo que parece el roce de una cortinilla desprendida del palco y arrastrada por el suelo, como si dos cuerpos se removieran sobre ella.

No quiere escuchar lo que en seguida suplica una voz que, en otras circunstancias, podía provenir del sonido de la pantalla, donde el actor de turno cerraba los ojos simulando el éxtasis de su confidencia, mientras la actriz recontaba los tallos sobre su regazo, ambos sentados en el banco de piedra de un jardín oriental.

—No te pongas así —se oye, entre el gemido y el susurro—. Date la vuelta. No me cojas que no me aguanto. Dámelo de una vez que vas a matarme.

—Ni que estuviera loca. Si me muerdes la oreja te estrangulo. Si no te aguantas allá tú. Así es como estoy más a gusto y no me duelen prendas. Jamás se la pelé a un beduino.

—Mira, mira, que si no puedo no es que no quiera, porque estoy a cien. Date la vuelta, no te muevas. Voy a por todas, no me remates antes de tiempo, que si me haces caso no te duro ni un minuto. Los beduinos la tenemos corta.

El vestíbulo tiene la oscuridad mojada. La puerta de la taquilla está abierta pero dentro no hay nadie. Junto al taco de las entradas dejaron un bolso y una pañoleta.

Ambrosio duda un instante si volver a la sala. La confusión le lleva a la taquilla. Entre las entradas del taco hay algunos billetes, como si el producto de la venta no hubiese ido a la correspondiente caja. La pañoleta tiene un perfume de violetas, el que pudo aspirar al asomarse al anfiteatro y oír las voces mezcladas entre el susurro y el gemido; en ningún caso se trataría del aroma de los tallos que la actriz recontaba en su regazo, mientras el actor cerraba los ojos.

Duda si coger los billetes. La confusión no debiera hacerle perder la idea de que algo tiene que cobrar, ya que algo se le debe, en un negocio con toda la pinta de haberse ido a pique.

Decide no coger los billetes y, antes de asomarse de nuevo a la sala, con la intención de comprobar que alguno de los previstos clientes se ha sentado en la butaca de al lado, donde tendría que aguardarle para entregar las ampollas comprometidas, vuelve a oír la voz que tiene un reclamo de satisfacción y urgencia, como si en el vacío de la profundidad y el sueño volviera a arder el celuloide o se fundieran los plomos.

—Aguanta, aguanta, aguanta. Me voy por donde disparan los valientes.

—No llegas ni a lo que aspira un colegial.

—El que canta es el más gallo, el mismísimo capitán de regulares que incendió la bandera.

—Dispara y calla, no tienes la fortuna. El fuelle no da más de sí, estás flojo de remos. No hay beduino que asome la gaita. La tienes tan corta que apenas llega a la embocadura.

—Un rifle, un fusil, una espingarda.

—El cine de las sábanas blancas.

—La diana del que tuvo la mejor puntería. Ése soy yo. El banderín de enganche...

Alguien le espera en la butaca prevista. Es el anciano del mechón blanco que nunca falla. Un hombre pudibundo que tiene un hijo con las cicatrices abrasadas y la adicción derivada de las cruentas mutilaciones. Un desecho humano, según confiesa.

—La disculpa no me vale —piensa Ambrosio, compungido. Aunque lo pueda entender, no va a comprenderlo. Las bofetadas que me dieron no dejan huella y las razones no se sostienen. ¿Quién es el tonto que permite que le roben lo que tanto se necesita?...

El anciano del mechón blanco está como siempre inquieto. Se mueve en la butaca con la impaciencia de quien piensa que no va a obtener lo que tanto le urge o que pueden descubrirlo y denunciarlo.

Ambrosio se retira. Cruza el vestíbulo, y entonces decide acercarse otra vez a la taquilla y coger dos de los billetes que están en el taco de las entradas.

## 90.

—No hago otra cosa que lo que cada día se me ocurre. Hacía ya bastante tiempo que no tenía trabajo ni obligaciones. La vida estaba hecha de las cosas más insustanciales, como si lo que tienes en la mano se hubiera caído al suelo y ya no fuera posible recogerlo. Nada que hacer y ningún entretenimiento.

—Eso os pasaba a los niños bien de una ciudad en la que todo estaba repartido a vuestro gusto. Había otros que no podíamos aguantarnos con igual desidia. En casa tropezábamos unos con otros, a cualquier hora, y quedaba claro que la mayoría sobrábamos allí. Entonces no había más remedio que marcharse y, a la hora de volver, dudabas si debías hacerlo.

—La verdad es que os escucho como quien oye llover. No me aclaro muy bien con lo que contáis. Salgo y entro, voy y vengo, me aburro o me quedo. La vida en mi caso era la misma hasta que todo se fue al garete en la Ciudad. Mi padre había abandonado a la familia hacía mucho tiempo, y mi madre estaba acomodada a la nueva situación, entre otras cosas porque ambos se aborrecían. Yo hablaba con mis hermanos sin mencionar jamás lo que había sucedido, ni siquiera los más pequeños preguntaban nada.

—Podría decir lo mismo que tú, aunque en mi casa nada sucedió que no fuera lo habitual. Cuando Balma dejó de ser la misma, mi familia también cambió en igual manera. La Ciudad se puso patas arriba, y mi familia también. Se revolvió el orden de las cosas, y hasta puedo daros un detalle curioso, el propio orden de las habitaciones. Los muebles iban desapareciendo y el uso de las mismas variaba.

—Es que no me entendéis o no me explico bien. Habían desaparecido el trabajo y las obligaciones y yo no podía ser el de siempre. Lo habitual se quebró. Los días no empezaban de la misma manera y ni siquiera quedaban razones para que acabasen, quiero decir que la vida era igual que el entreacto en el que ya no pasa nada. Cayó el telón y nos quedamos a verlas venir. No parecía que volviera a alzarse de nuevo para que la función siguiese.

—Salgo de casa porque tropiezo o me empujan. Nadie me dice que me quede, nadie solicita mi presencia. El día que decido no volver no es mi propia voluntad la que me avala, son las circunstancias las que orientan esa decisión o ese destino. Es entonces cuando me veo sin rumbo, y tomo conciencia de que en la Ciudad hay mayores riesgos para quienes andan sueltos, a la deriva, sin otro refugio que el que pueda improvisarse.

—Eso es verdad. Balma se vacía y se llena a partes iguales, como si los que van y los que vienen no quisieran encontrarse y unos y otros prefiriesen estar escondidos, sin que hubiese sitio para todos. Cuando se vacía es más incierta y pesarosa, y cuando se llena resulta todavía más contradictoria, como si no fuera lógico que la gente estuviera en la calle, ya que la vida urbana no tenía razón de ser, se había acabado el tiempo de las urbes pacíficas y complacidas.

—Puedo corroborar alguna de esas sensaciones. Me veo entre los que van y vienen, acobardado en el vacío, esperanzado cuando las calles vuelven a rebullir. No todo son murmullos, murmuraciones o silencio, a veces se oye una explosión. Estaba en la acera de la Avenida Cartográfica cuando por primera vez todo el mundo se quedó paralizado y escuchamos la sirena. Un niño se escapó de la mano de su madre y un perro que estaba meando en una farola se quedó con la pata tiesa.

—El caso es que hice lo que os cuento, sin otra decisión ni otro motivo. La falta de trabajo y obligaciones me llevaba a embargarme en los pensamientos más inocuos. Yo no me dispuse a no volver, como tú dices, ya que en casa, muy al contrario de lo que cuentas, siempre me esperaban. Pero hubo un día, y de esto hace año y medio, en que sin tener nada en lo que entretenerme, sin más desvío que el de los falsos o inocuos pensamientos, eché la mañana y la tarde enteras. ¿Podéis creer que de pronto, sin que las calles se enredasen o hubiera perdido la memoria, me costó un trabajo enorme regresar?...

—Te creo, ya me había sucedido algo no muy distinto cuando dejé de ir a la Oficina por el mismo camino, el capricho de romper el hábito o la rutina, y cuando quise darme cuenta había olvidado adónde iba. La mejor manera de llegar tarde o de no llegar es cambiar de rumbo. La vida hay que hacerla sobre la similitud de los pasos que la encaminan.

—No había nadie en casa, ya nunca volví a ver a nadie. También había sucedido lo que antes contabas tú, que las habitaciones se habían desordenado sin que yo lo hubiera percibido de igual modo en la ciudad. La casa tenía el olor de la clausura y el abandono. ¿Dónde estaban los míos, qué podía hacer un niño bien en una Ciudad en la que todo está repartido a su favor, cuando se queda solo?... Entré, cerré la puerta, no tenía ánimo para llamar a nadie. Si regresaba a la calle, sentiría lo mismo. La Ciudad se acompasaba al hogar de mi familia desaparecida. Esa noche se espaciaron las sirenas y las explosiones. En el patio interior, adonde daba la ventana de la cocina, se escuchaba la música de una gramola y es la misma melodía con que sigo durmiendo, ahora a vuestro lado, año y medio después.

## 91.

Es el anciano del mechón blanco el que está en la esquina, muy cerca de las carteleras del Cine Profundidades, donde ya nadie repone el anuncio de la película proyectada. El hombre tiene el mechón como un grumo en la frente y el resto de la cabeza rapada; viste con elegancia y mueve los brazos con el temblor de quien necesita que se los aten para sujetar el desasosiego.

—La contrariedad no es otra que la del sufrimiento con que el hijo contamina al padre —le dijo a Ambrosio cuando hace unos meses cruzaron las primeras palabras—. El cuadro que podría pintarle es el de un ser humano deshecho que mantiene las mutilaciones en carne viva.

—Yo lo único que hago es acarrear la mercancía —contestó Ambrosio, deseando zafarse—. La fila y la butaca donde vienen los clientes. Ya ve que ni siquiera recaudo. Nunca me entero de lo que trata la cinta que echan. Tampoco quiero saber nada de los que se aprovisionan.

—Pero aunque sólo sea por caridad, debe usted atenderme. Nadie necesita mayor comprensión que el que hizo del sufrimiento una vicisitud añadida. Lo que un padre sobrelleva no es el deber o la compasión. En mi caso es la inquietud de un castigo muy grande, porque el hijo contamina al padre y en la contaminación no existe la menor piedad. El hijo me tiene entre las garras, me vapulea, me extorsiona.

Ambrosio ve el mechón, y no se explica que el anciano haya podido salir del Cine sin haberle descubierto, posiblemente lo hizo por la puerta trasera que hay tras la pantalla, donde algunos de los durmientes permanecen tendidos en el suelo, arremolinados y tiritando bajo el frío polar o respirando con dificultad en la arena del desierto.

Sabe que la cabeza rapada del anciano es el resultado de alguna vejación del hijo que, en los ataques furibundos en que el dolor y la abstinencia lo soliviantan, toma las tijeras y lleva a cabo la amenaza a la que el hombre se aviene en el límite de la indefensión.

—No me queda otro remedio. La resolución no es el llanto desesperado de su ansiedad y congoja, es el capricho menos previsible. Un hijo en tal grado de alteración con las tijeras en ristre. Un padre que pone la cabeza sobre la pila del fregadero como el que estira el cuello para que la cuchilla de la guillotina se lo seccione.

El anciano va decidido hacia Ambrosio. Lo coge por las solapas. El gesto de su rostro tiene la mezcla de la indignación y la súplica. Los brazos le tiemblan, pero las manos se cierran como dos puños amenazantes.

—No me va a dejar usted tirado, no me va a decir que si quiero comulgar tengo que hacerlo con ruedas de molino...

Ambrosio hace un gesto de impotencia.

—¿Quiere dejarme en la estacada?... ¿Sabe usted cómo tengo al hijo, cerrado con tres llaves y decidido a cambiar las tijeras por la navaja de afeitar?...

—Me robaron la mercancía —dice Ambrosio, que siente los puños del anciano muy cerca del cuello.

—Deme las señas del ladrón. Dígame quién se llevó las ampollas. No soy el viejo a quien engañan cuatro trapisondistas en un cine de mala muerte. Tengo en el cuerpo el mismo veneno con que pica la víbora en la vena del enganchado. El hijo puede matar al padre y el padre llevarse por delante a los culpables. Voy a ahogarle a usted con el aborrecimiento de la privación. Lo mato como si lo afeitara ese desvariado que apenas puede llegar a ser medio hombre con el alcaloide.

Ambrosio cae al suelo. El anciano alza las manos y luego se las estrecha contra el pecho, convulsionado por el llanto.

—Vuelva al Cine —musita Ambrosio, aliviándose el cuello—. Le juro que haré lo posible por abastecerle. Alguien me debe las ampollas que usted necesita.

—Dios me perdone —dice el anciano, que pretende ayudar a Ambrosio a incorporarse—. En el sufrimiento de un padre y un hijo no hay mayor solidaridad que la del narcótico. Qué más quisiera yo que este desecho humano que se lame las mutilaciones pudiera morir anestesiado.



## 92.

Carpo Expósito no está en el Corvo, pero es Lepo Corada el que emerge entre las velas que supuran en la penumbra lo que los pacientes de la Veneración en las gasas desinfectadas.

La penumbra se contagia con el sudor de la fiebre y la cera que arde derramada en el yodo, como si en el discurrir de la noche el alcohol que no evita el mal sabor de boca de los enfermos se diluyera en las venas como la penicilina agitada en el vial; una inyección que no amortigua el mal que padecen y que con la última copa revuelve en el estómago los posos de su dolencia.

—¿Dónde dejaste el saco?... —es lo primero que Lepo Corada quiere saber cuando le indica a Ambrosio el recodo más cercano a la puerta del Corvo y una mesa alejada de las velas y algo ajena al murmullo de los pacientes de la Veneración, algunos de los cuales ni siquiera se surten de las bebidas del establecimiento, sino que bajan provistos de los frascos del alcohol farmacéutico que pudieron hurtar en el botiquín.

—Ésos son los que beben para desinfectarse —mantiene Lepo, que no es cliente habitual del Corvo porque le da grima la compañía, aunque reconoce que la enfermedad es el estado natural del ser humano, empeñado en la salud como fuente de una felicidad engañosa—. Se ganaron la vida con las heridas y sus secuelas, cuando lo propio hubiera sido hacer de la muerte un agasajo. La vida es un incordio, pero la muerte qué pereza, ¿verdad, amigo Leda?...

Ambrosio todavía intenta cerciorarse de que Carpo no está en el Corvo. Hay una botella en la mesa a la que estuvieron sentados y en la oscuridad que tiembla con las llamas diminutas no distingue los rostros, apenas los movimientos de lo que parece una multitud reducida a la mínima expresión.

—Ese chico que te acompañaba se fue —constata Lepo Corada—. Ni traes el saco ni llevas la mejor compañía. Siempre me intrigas, amigo Leda. Lo del saco me obsesiona, el día que me dejes ver lo que hay dentro te dedico un soneto. ¿Qué tienes en los pies, dónde pones las manos, cómo te orientas para que esta puta ciudad no te trague?... Eres igual que ese nazareno que sacaban en la Semana Santa. La procesión iba de un lado a otro, nunca por el mismo sitio, y cuando lo devolvían a la Capilla les habían dado las mil quinientas. Tienes que tener cuidado para que no te pase como a él, aunque en tu caso la procesión vaya por dentro. Al nazareno le cortó el cuello una beata chiflada.

Ambrosio escucha a Lepo Corada como quien oye llover. En las palabras del gacetillero siempre hay referencias a lo que en la Ciudad de Sombra subyace, como si el humus de su geografía destilara lo que en los siglos fueron enterrando los ciudadanos que la habitaron.

—Malos pensamientos, acciones inconfesables, me refiero a la conciencia secreta

y a los deseos que corroen la intimidad con el vigor de las hierbas viciosas. La antigüedad de Balma contiene la podredumbre de lo que en su circunscripción está sepultado. No es fácil andar por las calles con la soltura del que va por libre, ajeno al urbanismo que descoloca cualquier atisbo de racionalidad. Los siglos contabilizan el tiempo desorganizado de una historia que no logran contar los cronistas, y de la que apenas podemos dejar constancia los gacetilleros. Aquí ya sabes lo que viene sucediendo desde los tiempos remotos: el orden se desordenó y la historia lo deshizo.

—Perdí el saco —acierta a decir Ambrosio.

—Cuentas conmigo para ayudarte a buscarlo. Es un objeto tan enigmático como ese traje que vistes hoy, tan elegante y desgalichado. Pareces un novio que salió huyendo de la ceremonia poco antes de dar el asentimiento.

—Me casé por poderes.

—Yo lo hice por la responsabilidad de dar nombre propio a tres huérfanos que tenían una madre desesperada. Hacía falta un padre para guardar las ausencias. El caso es que no tuve suerte. La paternidad hay que merecerla, no puede inventarse. Los tres hijos apócrifos intentan un día y otro sacarme los ojos. La madre me aborrece. Tengo un hogar que es como la pista de baile en la que las mejores piezas las bailan los más feos con las más guapas.

Las palabras de Lepo Corada obtienen en la pausa, cuando Ambrosio ya casi ni las sigue, el recato de un verso en el que el autor lleva enfrascado más tiempo del que cualquier científico invertiría en una investigación crucial para la supervivencia de la especie humana.

—No hay que confundir el don con que Dios premia a quienes no lo merecen, porque ni siquiera se molestan en hacerlo, con el esfuerzo de quien libra la batalla en el propio entendimiento y en la voluntad que despunta con la vocación y el esmero. ¿Qué hacías en la vida antes de convertirte en una sombra itinerante de esta puta ciudad o, si te parece mejor, quién eras y en qué estabas empeñado?...

Los ojos desorbitados de Lepo Corada tienen el brillo que el alcohol infunde a la miopía, y lo que Ambrosio percibe en la mirada que se sostiene con la presunción de un interrogatorio es la curiosidad del verso que se rompe antes de que la metáfora lo recomponga, el hastío con que el poeta vergonzante vela las armas y requiere alguna compañía para que la resignación sea el modesto atributo de la inspiración.

—Acarrear el saco —dice Ambrosio Leda—. Cargarlo a la espalda con el peso de la buena o la mala fortuna.

—Una empresa simbólica. El saco justifica la acción en que uno se empeña en sobrevivir. Es toda una lección, amigo Leda. Los hombres del saco son los únicos seres humanos que sienten en la espalda la densidad del destino. ¿Y cuando el peso resulta excesivo y las piernas se doblan con el desfallecimiento?...

—Entonces vacías la mitad.

## 93.

—Medio saco, media vida —dice Lepo Corada cuando asoman a la Plaza del Lindero y, al pie de la única farola que parpadea sana como una tea temblorosa en la niebla, enciende el cigarro que extrae de la petaca—. Ése es otro don, amigo Leda. Y más de uno daríamos cualquier cosa por tenerlo. La capacidad de vivir sólo la mitad de lo que nos corresponde. La posibilidad de vaciar lo que sobra y no interesa, sabiendo como sabemos que la vida, en el mejor de los casos, está llena de cosas inútiles, tiempos muertos, aburrimiento y cansancio. El incordio, la pereza. Yo no hubiera vaciado la mitad, me hubiese quedado apenas con una cuarta parte.

El humo del cigarro de Lepo es como el de la locomotora que atraviesa el puente sin reducir la velocidad, haciendo que las traviesas redoblen el estrépito. Lepo fuma con furia y en vez de aspirar el tabaco devora el cigarro, lo mastica con la ansiedad del hambriento.

Ambrosio llega a su lado. Lepo escupe. En los cristales de las gafas del miope desorbitado hay algunas rayas que hacen más sinuoso el perfil de la sabandija, como si el vidrio y la aparatosa montura contribuyeran a ocultarlo con parecida intención a un antifaz que distrae la dirección de los ojos.

—Va el hombre por la vereda de su consentimiento y no hace otra cosa que echar leña al fuego, calentar las manos en la rutina y ocupar la mayor parte del día en desperezarse y atar por enésima vez el cordón del zapato. No me digas, amigo Leda, que somos esa pasión irresoluta de la que tanto habla la filosofía agropecuaria y a la que se refiere en sus versos el poeta Calamita. Tienes que hacerme un favor, no puedo arriesgar en la Caverna lo poco que tengo, las estrofas que escuecen como quemaduras, sabes de sobra que el mal poeta es peor que el soldado sin puntería. Y yo, además de malo, soy escaso.

Por la ruta del Coto, donde las calles hacen una bajada paralela y en las esquinas se rompe la niebla como si el dique castigara al mar con la idea de dividirlo, pasan algunas figuras fugaces que muestran el claro intento de no llegar a ser identificadas.

—Lo mismo que cualquiera pensaría de nosotros —dice Lepo Corada—. La noche de Balma tiene esta eventualidad, nadie quiere que se sepa quién es. Los que van por ella son los que habitualmente no van de día a ningún sitio, y en absoluto pretendo señalarte, amigo Leda. También los hay, y yo mismo pudiera ser un ejemplo, que los echan de casa. En una familia apócrifa se pierde con facilidad el respeto. Los afectos domésticos se ganan jugando al julepe con los seres queridos, y el que canta las cuarenta es el que más necesitado anda de amor materno. Los padres podemos robar la carta que menos vale, exceptuando la paga del mes servimos de poco.

Lepo saca de un bolso del tabardo una libreta con tapas de hule. Desde que escupió la colilla no hace más que escupir las briznas del tabaco como si fueran

moscas que se le hubiesen colado en la boca.

—La guardas y en ningún caso la enseñas, aunque en la Caverna me amenacen con el tizón. Yo no soy uno más entre ellos, y Calamita ni siquiera me consideraba, desde el Parnaso no se aprecian las hormigas. A lo único que aspiran conmigo es a que les haga la gacetilla.

Ambrosio duda con la libreta en la mano, no sabe qué hacer con ella.

—Si no hubieras perdido el saco, no habría sitio mejor para guardarla. Seis cuartetos, cinco tercetos, cada cual hijo de su madre y todos de padre desconocido, aunque yo sea el autor. Los endecasílabos medidos a ojo de buen cubero. La obra le cuesta el mismo esfuerzo al dios que al villano, quiero decir, amigo Leda, que entre el poeta y el poetastro no hay diferencias de dedicación y trabajo, lo malo se hace con la misma determinación que lo bueno. Casi todos los seres humanos echamos la vida a perder de igual manera.

La Caverna tiene la boca semicerrada en la última esquina de la Calle Contenedores, donde la ruta hacia el Coto se adivina mejor entre las huertas que surten a la niebla de un verdor vegetal. En los regueros de la luz que alumbra desde algún faro impredecible, la noche adquiere la tonalidad esmeralda con que se dibuja el sueño de los durmientes del Cine Profundidades.

La noche de Balma siempre oscila entre esas tonalidades que con tanta frecuencia sobresaltan a los durmientes, como si en el espesor de la oscuridad y la niebla hubiese un atisbo de claridad que irradia igual el presentimiento del amanecer imposible. Ese presentimiento contribuye a que la noche se cierre más pesadamente sobre sí misma y a que en la mente de los espectadores no subsista otra iluminación que la del celuloide rancio.

A Lepo Corada le cuesta trabajo entrar por la boca semicerrada de la Caverna. Arrastra el culo, agacha la cabeza, le hace una seña a Ambrosio, que no quiere darse por aludido. El edificio medio hundido tiene escorada la medianera y no lejos de la boca hay una puerta desvencijada que nadie debe de usar desde que el último vecino lo abandonó ante la amenaza de derrumbe.

—Un lugar secreto —dijo Lepo cuando le contaba a Ambrosio lo que había supuesto la muerte de Calamita, el bardo de cristal, que siempre había corrido el riesgo de que alguien lo empujase y cayera al suelo hecho trizas—. Ahora en el trance funerario hay que echarle leña al fuego. Con las cenizas del bardo se deben mezclar las cenizas de los poemas de los poetas convocados, éste es el baldón de la grey lírica, y yo no me resigno a incendiar lo poco que tengo. Me guardas la libreta, y me esperas para devolvérmela. Otra cosa es que escriba o no escriba la gacetilla.

## 94.

—Lo que empezó a llamarme la atención cuando una mañana me miré al espejo, nada más levantarme, fueron los malos pelos. Nunca había reparado en esos pelos alborotados que se encrespan tras las sienes y tienen una blancura pajiza. La calva en la coronilla no me preocupó, y las entradas que iban ganando terreno por encima de la frente tampoco. Los malos pelos no me parecieron míos.

—A lo mejor es que no te atreviste a pensar de quién eran.

—Yo tenía una nube en un ojo, pero no me pasaba como a ti, no me llamó la atención en ningún momento. La nube era la misma huella que, al menos, desde joven estaba allí depositada. Y sabía de sobra de quién la había heredado.

—A eso me refiero. Los malos pelos también provienen sin remedio de una herencia. ¿Quién los tenía, a quién se los viste como la anticipación de tu propia cabeza?...

—A mi padre, es verdad. Y éste fue el primer indicio de lo que me estaba sucediendo. La edad que ni compensa ni recompensa. Lo que el tiempo revela en el espejo. La forma más trivial y también más penosa de un reconocimiento nada grato. Los malos pelos, la arruga que ciñe la frente o las bolsas caídas de los ojos. En mi caso, tal como os lo cuento, los malos pelos antes que cualquier otra cosa.

—Es el viejo que viene.

—El ojo podía llorarme, pero la nube no me producía el mínimo sobresalto, ya sería el colmo después de tanto tiempo.

—El viejo está dentro de cada uno y cuando digo que viene a lo que me refiero es a que aflora. Primero lo presentes, cuando cualquier mañana, como esa que dices, te inquietas al verte en el espejo. Son los malos pelos o un rictus en la boca cuando te estás afeitando o una mancha en el cuello. El presentimiento resulta casi imperceptible. Son muchas las mañanas en que nos levantamos con la desazón de que el sueño no logró desprenderse de nosotros. El tiempo vibra en los párpados, el cristal del espejo tiene una fisura en la que no habíamos reparado. La edad es esa fisura en el alma o en el sentimiento. La congoja sucede luego al presentimiento. Es uno de esos días en que la cuchilla te tiembla en la mano y te cortas al afeitarte.

—Los malos pelos de mi padre. Los malos pelos del anciano en que se convirtió sin que todavía nos hubiéramos dado cuenta de su decaimiento, aunque desde la muerte de mi madre los años se le echaron encima sin remedio. Los años le pesaban como si tirasen de él desde dentro, lo tenían agarrado para que no se soltase.

—Puede que la nube vuele. La de mi padre le daba a la mirada un aire soñador. Puedo deciros un secreto, una bobada, un recuerdo de la ingenuidad con que el adolescente se dormía, pensando que la nube era un regalo de los dioses, la señal de un designio afortunado. De lo que me arrepiento a veces es de haber sido aquel adolescente al que los pájaros en la cabeza saturaban de pensamientos vanos y cierta cursilería. La nube en el ojo, la peca morada, una cana única e insistente en la ceja, lo

que más le gustaba a una amiga que se volvía loca por arrancármela.

—En cualquier caso, el viejo que viene. Los malos pelos que no logras peinar son los de tu padre, que no te quepa la menor duda. ¿Tienes hermanos, les pasa lo mismo?...

—A ninguno. Esa herencia me corresponde a mí solo. Una cabeza echada a perder. Si os digo la verdad, casi me da vergüenza ir a la peluquería.

—Yo siempre fui el hijo gemelo de mi padre. Lo fui desde siempre: de niño, de chaval, de joven, de mayor, sólo había que mirar las fotografías para comprobar nuestro parecido. Cuando murió mi padre, mi madre siempre dijo que le quedaba el consuelo de un hijo igualito al difunto. Por ser así, por ser lo que mi padre fue y serlo de modo tan semejante, es por lo que ahora estoy aquí con vosotros. Con la denuncia era facilísimo equivocarse. El padre había muerto, pero el hijo lo podía sustituir sin la mínima duda y con iguales cargos.

—Tendré que resignarme o, en el peor de los casos, afeitarme la cabeza, pelarme al cero.

—El viejo no va a dejarte libre. El anciano ya te tiene pillado. Lo que el tiempo agarra es lo que el espejo determina, y aunque dejes de mirarte en él da lo mismo. Tienes tantos años como pelos en la cabeza. La edad se cumple pero también se inventa, y con la edad a todos es más fácil confundirnos.

## 95.

Los que asoman por la boca de la Caverna deben de ser los mismos que entraron con igual sigilo, y Ambrosio apenas distingue las figuras que reptan al salir como si escondieran lo que la estima no les permite mostrar, esa condición de la mediocridad que tanto contribuye a que algunas especies fantasmales sean huidizas y recelosas.

—También la envidia es la norma para poder justificarse —dice Lepo Corada—. Pero con la envidia no conviene equivocarse. En la emulación o el deseo por lo que no se posee hay razones decorosas, no siempre la fealdad de un sentimiento precavido y sucio. Somos muchos los que no tenemos otro asidero y tampoco conviene olvidar que ser un mal poeta no deja de ser una manera de justificar a los buenos.

Ambrosio sigue sentado cerca de la puerta desvencijada que mejor señala la inclinación del edificio, ese hundimiento que parece sostenerse en la niebla con la misma insolvencia que el buque que deja de flotar en el mar de la noche mientras la tripulación se dispone a abandonarlo.

El último en asomar en la boca de la Caverna es el último que entró, y logra salir con mayor esfuerzo que quienes le precedieron, sin que ninguno de ellos se detenga siquiera un instante para echarle una mano.

Lepo viene con algo en las manos y se sienta al lado de Ambrosio, después del vano intento de sacudirse el tabardo.

—En la falta de imaginación —dice molesto— encuentra consuelo el que no la tiene. Coge esta lata y dame la libreta. Menos mal que se me ocurrió dejártela. En las últimas brasas ardieron los poemas de esa jarca, sin que la piedad aliviara el sacrificio. Todos se avinieron a echar los versos al fuego sin otra queja que el suspiro de la pena o la consternación. Obras echadas a perder. Desvelos, compadecimientos y alguna que otra contractura, ya que la falta de inspiración puede un día quebrar los músculos.

Ambrosio le devuelve la libreta. Lepo se abanica con ella, después de un rápido repaso a sus hojas.

—Seis cuartetos y cinco tercetos, cada uno hijo de su padre y de su madre, como bien te dije, pero en el empeño está el patrimonio de esas lesiones y contracturas. Me veo obligado a echar la libreta al fuego y voy directamente al Puente de la Reprimenda a tirarme por la borda. El agua del Margo purifica lo que las llamas corrompen. La gacetilla, amigo Leda, es lo que me da de comer, pero la vida espiritual de un periodista pecuario ofrece el otro alimento, ese que no digiere el estómago.

Lepo enciende un cigarro. Ambrosio tiene en las manos la lata, sin saber qué hacer con ella.

—Trajeron las cenizas de Calamita, el bardo de cristal, me parece que no llegaste a conocerlo. Ese hombre que nunca fue un gran hombre hizo del verso la eyaculación del alma, y se mantuvo célibe, aunque las musas que lo rondaban eran como las avispas que deseaban llevarlo al tálamo para picarle donde pudieran, iba a darles igual en el culo que en la frente. Un poeta seminal, valga la imagen, y un ser humano que jamás copuló. El cristal fue su encarnadura, entendiendo que la fragilidad de su espíritu impregnaba su carne y con empujarlo y dejarlo caer se podía hacer añicos. ¿Quién rompió a Calamita?... Yo investigaría entre las susodichas avispas y una abeja reina que se llama Angelines, que escribe verso libre y es la única que prefirió dejar de ser inédita a dejar de ser virgen. Los poetastros, hay que reconocerlo, somos unos desalmados.

Lepo da una profunda calada seguida de un hondo suspiro.

—Con las cenizas del bardo mezclaron las de los versos abrasados y el resultado, ya lo ves, no es otro que esta lata de escabeche que tienes en las manos. La rifaron y me tocó. La encomienda ya la imaginas, hay que enterrarla, y la ocurrencia es que se haga entre las hortalizas y bajo los frutales; cualquier huerto del Coto puede servirnos. Un bardo de cristal debe reposar donde no haya bendiciones, y en el terreno ignoto que desintegre cualquier atisbo de su memoria. Su obra fue la primera que se mezcló con las cenizas, los cuatro cuadernos donde la escritura no había dios que la entendiera. Caligrafía de palotes, amigo Leda, no hay bardo que merezca la pena que no sea autodidacta. Calamita hacía muy bien la o con un canuto y expectoraba con la aversión con que un mal vecino escupe en la acera de enfrente. Una avispa ha dicho hace un momento, en el funeral de la Caverna, que el último verso, antes de que lo empujaran, lo comió con un puré de patatas.

Lepo se pone de pie. El humo que sale de su boca se deslía en la niebla como un aliento sucio.

—Vamos al huerto, amigo Leda. Es a donde siempre nos llevan a los más pusilánimes con el señuelo de cualquier súplica u obligación. A Calamita lo aborrecían el setenta y cinco por ciento de los que lo alababan, pero fíjate bien en lo que digo: pudo haber un verso de oro entre el vil metal, no lo dudes, aunque yo reconozco que no lo encontré.



Por el Coto se desliza la niebla apegada al terreno y el airecillo que la esparce exuda el temblor vegetal que Ambrosio percibe como un susurro.

Camina detrás de Lepo, con la lata sujeta entre las manos, cauteloso para no dar un traspié.

El susurro no tiene la consistencia de las voces anónimas, ni siquiera del eco que a veces las desintegra en su mente, como si la resonancia de las mismas se alejase y rebotaran en la oquedad de la noche. Las voces van y vienen como si las conversaciones fuesen un arroyo que no se remansa; vertidas en la fertilidad con que las palabras ajustan la contención y el duelo de las confesiones y el ensimismamiento.

—Os escucho con la devoción y el miedo de una sintonía que no controlo. Sé que al oírlos obtengo una prerrogativa que no se corresponde con otro privilegio que el de mi desamparo. Cuando no logro entenderos se me hace más difícil elevar la súplica de mi sumisión, y hay ocasiones en que no logro seguiros, como si el sufrimiento que cubren las palabras nublase mi propio entendimiento.

Lepo Corada se detiene, y mira a Ambrosio que permanece absorto.

—Un guindo y cuatro coles... —dice Lepo, pisando en lo que pudo ser un surco que el invierno enquistó—. Si no hubieras perdido el saco podíamos haber echado en él las cenizas. No sé si el saco oculta los pensamientos que no quieres que nadie descubra. O los deseos que se guardan como las migas de pan en los bolsillos.

Lepo alcanza un palo y empieza a cavar en la tierra.

—Tampoco hace falta un hoyo profundo. A la sombra del guindo y de las coles. La lírica no tiene por qué estar reñida con la agricultura.

Ambrosio deja la lata en el suelo, busca otro palo y se pone a cavar al lado de Lepo.

—¿Y esas voces, amigo Leda?... —pregunta Lepo, como si al hacerlo rememorara lo que ya en otras ocasiones quiso saber—. Eso que rezuma la Ciudad de Sombra y que no deja dormir a muchos de sus habitantes. Voces o ruidos, no lo tengo claro. La Balma del abismo o la del hoyo que estamos cavando, un asunto para poetas metafísicos o para cerebros desvariados, de esos que tarde o temprano acaban en la Claudicación, donde a los pirados los atan a las patas de las mesas.

—En el saco no había nada.

—El bombardero que sobrevuela los tejados, como si tanto tiempo después todavía sobrase una bomba con la espoleta suelta. El que se despierta con el ruido de los motores se sobresalta en la cama. El que no se despierta tiene el mismo ruido reventándole los tímpanos. Un mal sueño y un peligro inminente. ¿Qué haces una y otra noche, amigo Leda, cuáles son los encuentros y las citas que mejor disimulas?... ¿Por qué no te decides a apuntar todas esas palabras que rebotan en tu cabeza, lo que dicen los que no tienen nombre ni cara, la gacetilla de sus infinitas conversaciones?...

Lepo deja de cavar. El palo se le rompió y tiene que buscar otro.

—Nadie ve lo que no merece la pena.

—Pero la gacetilla se hace con cualquier cosa. Lo que murmura o revienta, lo que se puede oír a la vuelta de la esquina, da lo mismo el estruendo que la murmuración, y no digamos nada de lo que se cuenta como un secreto. A mí lo que más me gusta en el periódico es escribir de fútbol, pero desde que a la Deportiva se le fundieron los plomos se acabó la competición. A un mal equipo no lo salvan las espinilleras. La pata rota de un delantero centro no es el resultado de que no entrene, sino del raquitismo y la falta de deportividad. Un club serio cuida la alimentación de los profesionales.

—Nunca jugué a nada.

Lepo se limpia las manos y la frente con el pañuelo que ha sacado de un bolso del tabardo. Mira a Ambrosio con gesto malicioso, moviendo la cabeza.

—Te confiesas con el obispo Galar, no me engañes. Lo que oculte el saco es cosa tuya, y las palabras de tu cabeza no digamos, pero un buen gacetillero no puede dejar de enterarse de que el obispo y el gobernador Devesa pasean por Balma cuando los feligreses tienen alborotada la cabeza con los ruidos del remordimiento. Ésta es una de esas urbes en las que no se distinguen las voces de los ecos, y en las que las autoridades calzan el mismo número de zapato.

## 97.

Cuando Lepo Corada y Ambrosio Leda retoman la ruta del Coto para volver a la Calle Contenedores, sin que ninguno de los dos muestre una inclinación decidida que no sea la que la niebla desliza para borrar sus pisadas, sienten al tiempo el mismo escalofrío y una percusión reumática en el glúteo derecho.

Ambrosio queda rezagado. La inflamación suele reactivarse con la humedad y hay noches en que la articulación irradia un hervor que llega a hacerse candente, de tal modo que el movimiento resulta penoso y hay que arrastrar la pierna como un madero.

Lepo vuelve a estremecerse mientras escupe la colilla con una maldición. Es el mismo hervor muscular, y cuando se vuelve hacia Ambrosio, que viene renqueante, no puede contener la inquina que le produce su compañía, como si el reuma, que padece desde hace años como una enfermedad contenida en el sigilo de su vergüenza, encontrara un culpable de su contagio.

—Esa pata, Leda. Ese remo averiado. No se puede ir por la vida como si los demás no peligráramos. Te rascas. Tienes urticaria, cualquier día tubérculos y anestias. Eres un peligro para la humanidad.

—La dolencia no discrimina... —acierta a decir Ambrosio, que se lleva la mano derecha al glúteo, sabiendo que lo más parecido a una corriente eléctrica es lo que restallará a lo largo de la pierna.

Lepo se detiene, quiere sentarse y estirar la pierna buscando un alivio.

—Yo estoy sano, joder. Yo no tengo las precariedades higiénicas que maltratan al organismo. Me ducho una vez a la semana y gasto lo que puedo en productos homeopáticos. Son las malas compañías las que acarrean los riesgos de las infecciones. Hay que avisar, Leda, no es de recibo que vengas de la selva como la fiera contaminada.

Lepo consigue recostarse en el suelo.

—Hostia, hostia... —se queja, sin que las manos temblorosas logren sujetar la pierna—. Un ataque en toda regla, los músculos y los nervios hechos papilla.

Ambrosio está a su lado.

—No es un padecimiento que se contagie, es el mal de la niebla, la humedad que nos agarró en el huerto. En el Bosque me cuido con el mismo comedimiento. No tengo ducha pero el arroyo es la mejor bañera.

El dolor los iguala y las piernas se estiran y se recogen con parecido movimiento, como si la irradiación muscular hiciese el mismo recorrido en ambos casos.

—Además del reuma, el enfriamiento... —dice Lepo, que comienza a estornudar y aprieta la pierna para evitar que el estornudo incida en los músculos de la extremidad, queriendo ahorrarse lo que más se parece a un estallido.

Ambrosio se recuesta. Tiene la experiencia de que debe buscar una postura adecuada y aguantar sin moverse.

—Esta situación —dice Lepo Corada, con la voz tan contrariada como sufriente — no hay que contársela a nadie. Yo no soy dueño de una pata jerela, yo soy un hombre que mantiene sin tacha la dignidad de su erección, y lo digo en todos los sentidos de la palabra. Si tú estás jodido, es tu problema, Leda. No te creas que no he pensado más de una vez que en el puto saco llevas los virus y los bacilos y por eso no quieres enseñárselo a nadie. Me ven de esta guisa en el periódico y soy el hazmerreír de la Redacción.

La niebla abate el dolor paralelo y el lamento con que un cuerpo vencido busca la culpabilidad de su dolencia. Los cuerpos no abundan en la resignación de los espíritus, y con frecuencia un dolor de muelas traumatiza mucho más que una contrariedad moral.

La niebla de Balma no es ajena a la enfermiza pulsión que en las calles y en los predios esparce un sentimiento de decrepitud que con frecuencia está teñido por el color de la pestilencia.

Poco a poco es la intoxicación de la propia niebla la que viene a paliar el sufrimiento, como cuando en la desesperación de la carne la pócima apacigua lo que ceden los nervios a la serenidad de las venas.

Lepo Corada se incorpora, mientras Ambrosio Leda parece haberse adormecido.

Es Lepo quien primero distingue al hombre que viene entre la niebla como una aparición que apenas resalta en la realidad de la mirada que lo descubre, y en la inmediata conciencia de que en su voz hay una autoridad tan resolutiva como conminatoria.

—Sois el binomio, no cabe duda —dice el hombre, que además alza en las manos un objeto no menos amenazador—. Dos que se conchabaron en el mismo delito. Si las ideologías no coinciden es mejor, porque así salen más exactas las cuentas. Los brazos en alto y ningún movimiento sospechoso. La carabina tiene munición para media docena por lo menos, y no voy a andarme por las ramas a la hora de pegarle un tiro al que no obedezca. También quiero que quede claro que no admito la más mínima broma por el hecho de llevar una patilla más larga que la otra.

—Vamos, caballeros, desfilando uno detrás de otro y con las manos en alto — repite el hombre de la carabina, que asoma en la niebla como si descorriese una cortina después de haber estado vigilando tras ella—. Directamente a donde está enterrado el cuerpo del delito y sin perder comba.

Lepo Corada obedece más alterado por la sorpresa que por las palabras conminatorias, mientras Ambrosio sale del adormecimiento como si lo espabilara una mala noticia. Los dos sienten la cercanía del cañón del arma como la prolongación de la voz amenazadora, y ambos estiran la pierna dolorida al caminar, percatándose de que el susto ha contribuido a paliar la molestia.

—¿Se puede saber en qué lío quiere usted meternos?... —acierta a decir Lepo que, al igual que Ambrosio, no sabe hacia dónde caminar.

—No se preocupen, que están ustedes en manos de la autoridad competente. En ese sentido, no tengan la mínima reserva. El que sostiene el arma reglamentaria es un profesional, y donde pone el ojo pone la bala. Ustedes obedecen y, si todo se hace según el ordenamiento establecido, podrán irse con viento fresco y la cabeza muy alta.

—¿Adónde nos lleva?... —inquire Lepo, que hace un intento de volver la cara sin apreciar otra cosa que el montón de niebla que lo confunde.

—Los llevo al huerto, y a desenterrar el cuerpo del delito. No se hagan los estrechos, ni se les ocurra tomarme el pelo, ni intenten de ninguna manera burlarse de mis patillas. Un profesional también puede perder los estribos.

Es Ambrosio Leda quien parece mejor encaminado, y no tarda en orientarse hacia donde enterraron la lata con las cenizas. La conciencia del riesgo la tiene más perfilada que Lepo, quien no parece acabar de resignarse a digerir la sorpresa y la amenaza.

—¿Es que nos está tomando el pelo?... —inquire, bajando los brazos—. ¿Sabe usted con quién se está jugando los cuartos?...

La niebla se rompe con el estrépito de una detonación. El tiro resuena en las espaldas, y en la humedad se filtra el olor de la pólvora, que hace temblar a los detenidos.

Ambrosio cierra los ojos, sabe que no son habituales los disparos solitarios, que en las noches más peligrosas los ecos de la Ciudad de Sombra se multiplican entre los gritos y las detonaciones, y que en el sentido de muchas de las voces que resuenan en su cabeza hay un hilo conductor de vigilias y fusilamientos.

Lepo Corada tiene la impresión de que el tiro le alcanzó en el mismo glúteo de la descarga reumática, y por un instante presiente que la muerte puede ser algo tan imprevisible como una patada en el culo; la misma que llegó a recibir hace muchos años cuando su padre, en uno de los ataques histéricos, le rompió los huesos.

—Disculpen ustedes —dice el hombre que viene tras ellos—. El arma reglamentaria se disparó de manera imprevista. Yo nunca quito el dedo del gatillo, pero acostumbro a llevar el seguro puesto. En cualquier caso, el tiro ha sido como una salva de aviso. No me lo tomen en cuenta, pero aténganse a las consecuencias.

Llegan al huerto. Ambrosio distingue el guindo y las coles. Lepo se apoya tembloroso en el guindo.

—No es un guarda jurado —le dice a Ambrosio, que le ofrece uno de los palos que emplearon para enterrar la lata y que acaba de recoger del suelo—. Es un chiflado. Hay que seguirle la corriente, el tiro le salió por la culata.

El hombre da unos pasos y pone el pie sobre el montón de tierra removida del enterramiento. Hace una indicación con el caño de la carabina. Asiente, se quita el sombrero, vuelve hacia atrás y se cuelga la carabina al hombro.

—El cuerpo del delito es cosa de ustedes. Lo quiero en las mismas condiciones en que estaba antes de ocultarlo. Vamos a ver lo que da de sí una prueba pericial. Y vamos a comprobar el coraje de los sospechosos, si es que el cuerpo tiene la prestancia que debe o se trata de dar gato por liebre, que no me fío un pelo.

Es Ambrosio quien extrae la lata. Sacude la tierra que todavía la cubre, la deja en el suelo.

—¿No querrá usted convencernos de que es un guarda jurado?... —inquire Lepo Corada, que se limpia las manos con el pañuelo observando al hombre, quien se acerca después de haber echado el sombrero hacia atrás y bajar la carabina del hombro para volver a sujetarla en las manos.

—Juramentado —dice, mirando la lata con tanta desconfianza como asombro—. La profesión del vigilante que no consiente que nadie mancille el Coto. Otra cosa es que la basura sea el pan nuestro de cada día en las calles de Balma o vengan cuatro extraterrestres a cagar en las mismas, allá ellos. Yo me juramenté por la causa del orbe y la magnitud de los elementos primordiales. Soy lo bastante manso como para hacer las paces con Moctezuma y lo suficientemente pendenciero como para meterle una bala al que altere o quiera incautarse de esos elementos.

—Está pirado —certifica Lepo al oído de Ambrosio—. O ponemos pies en polvorosa o cavamos un hoyo para cada uno.

—Me llamo Coto, como el mismo Coto. Nunca quise andarme con zarandajas ni disimulos. Un término, un límite, un mojón. Un hombre que señala y advierte a quienes ven el orbe como una bagatela.

—Nosotros podemos jurar que ni Dios ni el Universo nos caen de lado... —dice Lepo con voz sumisa.

—Dios es un enano al pie del gigante molecular, no me venga con melindres. El orbe es mucho más que la esfera. La misma carabina con que ahora les apunto es un apéndice del organismo, no mucho menos que la pilula humana pero poca cosa al lado de la tierra, el agua y el fuego.

El hombre hinca la rodilla sin dejar de apuntarles, abre la lata, hace un gesto de indignación y desprecio.

—¿Qué es esto, con qué engaño vinieron a burlar la ley y a hollar el predio? Aquí huele a chamusquina. El que se pasa de listo se pasa de rosca...

—Escabeche —dice Lepo medroso—. Una mera lata de escabeche. Ni siquiera sabríamos decirle si de chicharros o jureles...

El hombre se incorpora, alza la carabina, da una fuerte patada a la lata, que sale despedida esparciendo la ceniza como una mancha de niebla seca.

—Dios —exclama Lepo—. El alma de Calamita con el adobo de los versos más compungidos de la lírica agraria. Se acabó la posteridad.

—El delito era el engaño. Un cuerpo confeso. La prueba pericial resulta terminante. Ahora vengan ustedes hacia mí, pónganse uno a la espalda del otro, y comiencen a desnudarse. Mientras lo hacen voy a encender un cigarro.

Ambrosio y Lepo le obedecen, pero no se deciden a desvestirse. Están uno a la

espalda del otro y por un momento la electricidad del reuma vuelve a reproducirse como un latigazo en las piernas.

—Yo le rogaría —dice Lepo, con la voz tan suplicatoria que casi llega a derretirse en lágrimas— que reconsiderara usted la decisión de lo que no puede ser de ningún modo un castigo ejemplar. Ni en el caso de que fuéramos culpables. El orbe no lo consentiría, las esferas podrían mirarle abochornadas. Yo no soy otra cosa que un gacetillero, y aquí el amigo tiene un saco como único patrimonio, y además lo ha perdido esta noche.

—En pelota picada —ordena el hombre, irascible.

Se van desnudando poco a poco. Tiritan. La niebla del huerto les come la carne con los incisivos helados.

—He dicho que en pelota.

—Considere al menos —vuelve a suplicar Lepo, que no se resigna a quitarse los calzoncillos— el trance moral que supone mostrar las partes, y lo arrecido que puede quedarse el pajarito.

—No hay trance moral —sentencia el hombre, apuntando con la carabina y con el cigarro en los labios—. Es un trance mortal. Lo que puedan rezar va de su cuenta.

Ambrosio Leda baja la cabeza y reconoce que la muerte es lo más cercano al hábito de la vida y que, al fin, entre las voces tan variadas que resuenan en el hilo conductor de las conversaciones, la vida y la muerte se colocan en parecidas instancias.



## 100.

El hombre se sienta frente a los detenidos, apoyando la espalda en el guindo, con el cigarro en los labios y la carabina sujeta sobre las piernas.

—¿Quién va el primero?... —pregunta, mientras en los cuerpos desnudos de Ambrosio y Lepo la niebla se arremolina como si quisiera tragarlos, sin que ellos hagan otra cosa que cerrar los ojos y contener a duras penas el temblor de su indefensión y sobrecogimiento.

—Ninguno —musita Ambrosio—. El último tiene igual derecho que el que lo adelantó. Todos corremos en la misma dirección.

—Ésa es una buena defensa —concede el hombre, que mueve la carabina, la coge por el cañón y la pone a su lado apoyada en la culata—. Yo no sostengo que en el orbe no exista razón para escuchar a los condenados. Soy todo oídos.

Lepo Corada, que se mantiene arrugado, con los hombros encogidos y ambas manos sobre el sexo, siente el roce de la nuca de Ambrosio y apenas logra contener los sollozos.

—La súplica no nos conviene —dice Ambrosio—. En las condiciones del que lleva las de perder, no merece la pena el intento de ninguna ganancia. Usted mismo tampoco parece muy dispuesto a llevar a cabo la sentencia. En el orbe somos muchos más los pusilánimes que los valientes.

—En el orbe no son iguales las razones que en las esferas. Tampoco vienen a cuento las astronómicas ni las siderales. A Coto Marallo no lo saca a bailar la más fea, ni le hacen gracia los payasos del Circo Baracaldo. La Contienda la hice entera en la misma garita. El chusco, la cantimplora y un máuser que tenía atascado el cerrojo. Coto Marallo no es un Juez de Paz ni está casado con la modistilla que zurce los calcetines del comandante Arteta.

—A eso me refería —dice Ambrosio, que siente en el culo la piel rugosa de los glúteos de Lepo, que ya no pueden reprimir el temblor que se acompasa al llanto—. A la condición del que vale y reserva lo que la experiencia le cedió. Al buen criterio de quien aprendió tantas cosas y ahora, cuando debe sentenciar, no le queda más remedio que ser consecuente.

—Te escucho con gusto, no lo niego. Y voy a decirte una cosa que no todo el mundo sabe. El bien no se contrapone al mal del mismo modo que la maldición a la bendición. Hay que rascarse los bolsillos para saber que la inquina es el saldo del menosprecio y que los envidiosos no necesitan lentes de aumento. La pena más grande es ver las llamas en la cabeza de un pájaro carpintero y pensar que el orbe se consumió con la extinción, en uno de aquellos inviernos de la Contienda.

Lepo le pide a Ambrosio que se calle y, en pleno llanto, tembloroso, estremecido, resbala por su espalda y se deja caer de rodillas en el suelo.

—Ya sé quién tiene el primer boleto —afirma el hombre, que se incorpora sujetando la carabina—. En cualquier caso, aunque se haya perdido el respeto a sí mismo, le concedo el derecho a elegir la dirección del disparo. Desde la garita pude ver muchas veces la disposición de los pelotones que llevaban a cabo la última pena. Eso sí, le ahorraré el tiro de gracia. Una bala y un cartucho tienen su precio en el mercado negro.

Lepo se arrastra y de pronto se incorpora con un salto y sale corriendo como si la niebla propiciara el vértigo de la huida o el amparo de la desaparición.

Ambrosio duda y el hombre, que por un momento no sabe dónde dirigir la carabina, tropieza y cae, al tiempo que se oye un disparo y en seguida un grito.

Ambrosio tarda muy poco en comenzar a correr. Imagina mientras lo hace la dirección en que se fue Lepo, y siente que las piernas se van desentumeciendo aunque los nervios las contraigan y la mente no ayude a la voluntad desenfrenada.

Corre hasta que los ahogos lo detienen.

—Estoy aquí... —susurra Lepo Corada, entre iguales ahogos—. Espinos, berzas, ortigas, la última gacetilla del negro que tenía el alma blanca.

## 101.

Orientarse en el huerto es como navegar en el mar que tiene la superficie del agua sobresaltada, cuando el corazón del marino siente la paralela alteración de la mente y los nervios.

El Coto es como una inmensidad sin señales. La niebla se agarra a la piel de los náufragos, que saltaron desnudos por la borda y corrieron sin poder alcanzar una playa que los acogiese.

—Nos hubiera fusilado —dice Lepo, que a duras penas contiene el llanto—. Un pirado, uno de esos descerebrados que ponen la noche de Balma a medio milímetro de la aniquilación. No sé cómo hostias voy contigo a ningún sitio, Leda. Pisas mal, llevas el peor camino. ¿Adónde vamos en estas condiciones, quién nos puede echar una mano?...

Ambrosio se mueve con los ojos semicerrados, alarga los brazos, husmea.

—Hay que caminar hacia allí —dice—. Lo único que nos queda es recuperar la ropa.

—¿Con el riesgo de que nos pegue el tiro de gracia que, al parecer, tan buen precio tiene para ese desgraciado?...

—El tiro se lo pegó él mismo. Ahora sí que es verdad que le salió por la culata. ¿No lo oíste gritar?...

—No oí nada —asegura Lepo, que tiembla como una vara verde—. Me ponías todavía más nervioso con aquella cháchara, como si la situación en que estábamos fuese la adecuada para andar divagando sobre la maldición y la templanza con ese perturbado. No eres una buena compañía, Leda. Dios te enfiló o la mala fortuna es la única aliada que tienes. Yo no arrastro por la noche un saco, no tengo la costumbre de que me pongan en pelota picada o un bicho del Bosque venga a lamerme la pilila.

Caminan. En el espesor de la niebla hay un rastro muy tenue que la nariz de Ambrosio intenta seguir, como si el último disparo hubiese esparcido la pólvora del cartucho, una mínima porción desleída en la humedad.

—Muy lejos no fuimos —dice Ambrosio—, por mucho que hayamos corrido.

—Pobre Calamita —suspira Lepo, entre los hipos del llanto que se hace convulso—. La última patada al bardo de cristal no se la dieron en los huevos, que entraba en lo razonable, sino en las cenizas. La poesía puede ser culpable, no lo niego, pero el poeta, por malo y cabrón que sea, es siempre inocente.

Ambrosio le indica a Lepo que se calle.

—¿Te orientas?... —quiere saber Lepo, que contiene el llanto.

Ambrosio da unos pasos, se pierde en la niebla y en seguida vuelve.

—El guindo —informa— y las cuatro coles. Tenemos la ropa a mano.

—¿Y el descerebrado?...

—Tal como dije. Tirado en el suelo, con la carabina encima. Se pegó un tiro.

—Dios existe —exclama Lepo Corada convencido—. Ni siquiera un ateo recalcitrante como yo mismo puede atreverse a negarlo.

Se acercan con cuidado. Lepo va directo a por su ropa, se viste sin quitarle el ojo al cuerpo derribado del hombre. Ambrosio lo observa antes de hacerse con la carabina. El hombre rebulle pero no se queja. Tiene el rostro ensangrentado.

—Vístete y salimos pitando —le ordena Lepo—. Hay tiros que matan y tiros que atontan. Si de veras se lo pegó como debía, no es otra cosa que una suerte de ejecución palmaria. Se lo haya pegado en la ingle o en la rabadilla.

Ambrosio se viste.

—No parece que se esté desangrando —dice Lepo, que se acerca al cuerpo del hombre—. Lo que tiene perdido es el conocimiento, aunque en el orbe y en las esferas no van a echarlo en falta.

—Tiene mucha sangre en la cara.

—Yo creo que se llevó una oreja.

—Me parece que lo que se rebanó es la patilla.

—Pues era lo que más apreciaba. Hay quien se mata y lo que más siente es no volver a montar en moto. Deja de dar vueltas, Leda, vámonos de aquí de una puta vez.

—Algo habría que hacer, avisar en cualquier sitio.

—Buscar la oreja, rasurarle la otra patilla para igualar la cara, no me jodas.

El hombre rebulle de nuevo. Ambrosio y Lepo permanecen un instante quietos, indecisos. El hombre hace un esfuerzo por incorporarse; por un momento parece que va a lograrlo, pero en seguida vuelve a caer de lado. Su cuerpo emite un ruido ensordecedor, como si la respiración se comprimiera entre las cañerías atascadas.

—Está en las últimas.

—Lo que le queda no puede compararse con el incordio de una vida echada a perder por la mala cabeza.

—Le pongo otra vez la carabina en las manos, y a lo mejor se siente más seguro y menos desamparado.

—Eres del mismo orbe, Leda, ni se te ocurra. Yo no distingo la conmiseración de la inclemencia, soy un hombre que raya en la obviedad de los sentimientos, y lo único que necesito es un trago. La última vez que me fusilaron fue con balas de fogeo y, aun así, no salí ileso.

El hombre se rompe, el cuerpo reposa esparcido como si al reventar las cañerías se derramaran.

—Un cerebro de gelatina —dice Lepo Corada, que observa con desagrado a Ambrosio, reclinado sobre el cuerpo, como si quisiera recoger el último suspiro—. La responsabilidad de una mente alterada y una voluntad pendenciera. Estos seres humanos no son otra cosa que el desecho de las garitas, amigo Leda. Un tiro en la

nuca a tiempo evita muchos sufrimientos.

## 102.

—Comencé a correr y en seguida estaba descontrolado, sin la mínima conciencia de una carrera que no tenía otro cometido que el de desaparecer como fuese.

—Salir pitando. De pronto te das cuenta de que las piernas se disparan por sí solas. Un resorte que las activa, y es como si ya no fueran tuyas, como si escaparan de la misma voluntad que las pusiera en marcha.

—Corres y no piensas. En realidad corres sin haberlo decidido, tenéis razón. Yo lo hice dando un salto. Había un muro derruido. Los siete que estábamos arrestados manteníamos la espalda pegada a él; dejaron que nos sentáramos. Hubo uno que encendió un cigarrillo, nadie le dijo nada. Yo no recuerdo con exactitud lo que hice, me puse de pie, di la vuelta, salté el muro como un gamo, salí corriendo como si alguien me hubiese llamado desde el otro lado de la eternidad. Una voz de auxilio y urgencia o un grito de reclamación que no sentí en los oídos sino en las entrañas. La eternidad tiene un eco muy distinto al que retumba entre las paredes.

—Podía ser la propia voz del muerto en que llegaste a convertirte. A mí desde luego nadie me llamó, ni corrí con la decisión tomada de hacerlo, como decís vosotros, pero lo que sentí en seguida fue que algo me arañaba la espalda. No se trataba del miedo o la amenaza, es verdad que la carrera no permite otras atenciones. La velocidad corta cualquier pensamiento, ni siquiera reparas en lo que el vértigo de las pisadas puede tener de riesgo para caerte. En la espalda sentía el arañazo.

—Pero no te engañes, es el miedo que viene detrás. Yo estaba descontrolado, y eso quiere decir que ya no podía pensar en quienes se hubieran visto sorprendidos por mi huida; nada quedaba en la cabeza que no fuese ese ímpetu imprevisto del que se tira al pozo, se esfuma, desaparece.

—Un animal cualquiera. Un bicho que muerde tu miedo con sus fauces, probablemente un animal salvaje que respira agitado en la alerta y en la persecución. Te araña en la espalda, te roza con la humedad de su aliento en las pantorrillas, tiene el hocico a medio milímetro de tus talones.

—En eso estoy de acuerdo, es la bestia desatada que no tiene otro instinto que el de alcanzarte, aunque si lo pensamos un momento podemos constatar que es precisamente esa bestia de la persecución la que más contribuye a la huida. Uno corre con el aliciente de que la bestia no le muerda, como mucho le arañe.

—En cualquier caso, una figuración del miedo, casi mejor dicho del terror, tal como lo contáis. No sé por qué esa velocidad del que corre igual que si se tirara al abismo es tan parecida a la de quien lo sueña. Y ahora, desde luego, no rememoramos un sueño, donde el vértigo es casi sustancial, sino la verdad de esa desenfundada carrera que, al fin, para alguno de nosotros acabó mal.

—La bestia me echó la zarpa. Cuando caí al suelo no me hizo daño el golpe sino el rugido.

—A mí se me cruzó otra fiera. No era la que venía detrás, sino la que me

aguardaba en una esquina, justo en un calvero de la selva, y cuando ya había dejado de sentir el aliento en las pantorrillas.

—Primero perdí un zapato, luego el otro. Corría en el límite de las fuerzas y, sin embargo, no tenía la más mínima sensación de agotamiento. Cuando llegué descalzo a donde me esperaban los que volverían a detenerme, me dio vergüenza no llevar zapatos. ¿Qué habría dicho mi madre si un día, al regresar del colegio, hubiera llegado descalzo?...

—Recuerdo aquella vieja historia del cazador que había perdido la afición de disparar a los bichos. Le atraían las personas, los animales inteligentes capaces de organizar su huida para esquivar los disparos. Es una historia que no se entiende bien, porque la astucia no puede corresponderse con el pavor y la desesperación. La realidad no es otra, al menos en nuestro caso, que la de haber corrido en vano.

—Una experiencia que no deja otro sabor de boca que el que tanto se parece al de la libertad del sueño. Esa extrañeza de ser libre y estar encarcelado al mismo tiempo, tan propia de lo que se sueña o, como tú dices, una llamada que nos requiere desde la eternidad, sabiendo como cualquier mortal sabe que la eternidad no es otra cosa que la muerte. El que nos llama no nos avisa, nos deja sueltos para que nos atrapen.

## 103.

Ambrosio y Lepo no llevan la misma dirección. La niebla es el mejor aval para que cada uno busque la distancia de una confusión que se acrecentó cuando oyeron un nuevo disparo.

—No es la misma arma —dijo Lepo—, pero las intenciones pueden resultar peores. En cualquier caso, y pase lo que pase, te lo repito: si te he visto no me acuerdo.

Ambrosio sabe que Lepo Corada corre en la niebla con el desgaste de quien huye sin solución de continuidad. No es la primera noche que se encuentran y comparten algunas copas y algunos sustos y advertencias, siempre con la curiosidad de Lepo contrapuesta al interés de Ambrosio, lo que parece propio del instinto y hasta de la profesión del gacetillero.

—Me interesa el saco, ya lo sabes —repite Lepo, en el remate de alguna de sus confidencias, preferentemente conyugales, en las noches en que las copas reiteran la afrenta familiar de verse compelido por sus hijos apócrifos—. El saco de quien no tiene otra cosa que echarse a la espalda, lo que llevas al hombro con la vacuidad o el sostén del premioso destino.

Ambrosio sabe que en la curiosidad de Lepo Corada existe el riesgo de algún descubrimiento que pueda delatar lo que en las noches de Balma arrastra desde hace quince años. En la Ciudad de Sombra las supervivencias que se escudan en la ocultación se parecen a las que administran los secretos de algunas conciencias corroídas por el remordimiento.

—¿Qué te traes con el obispo Galar y el gobernador Devesa, amigo Leda?... ¿Es que acaso necesitas la absolución compartida por las autoridades civiles y eclesiásticas para cumplir por Pascua, o recibes la misma limosna de parecidas manos?... El día que me lo cuentes, te dedico la gacetilla.

El nuevo disparo tiene su réplica. El ruido de la pólvora retumba en la lejanía que la niebla disipa, y en la cabeza de Ambrosio resuenan las detonaciones de otras noches que conforman un eco parecido.

—Nadie sabe a ciencia cierta de dónde vienen ni a quién se quiere dar, si es que el tiro es de gracia o de feria —dicen los compañeros circunstanciales y más temerosos, los que rebuscan en los basurales del extrarradio del Pico, adonde Ambrosio acude a veces cuando la noche culmina sin nada que llevar al saco—. Se dispara con la inconsecuencia de la ventosidad.

—De cualquier forma, es lo más parecido a un agujero en la cabeza.

—O al aviso de quien guarda el arma como el recuerdo de haberla usado. El gatillo hace al dedo a su imagen y semejanza.

—El que dispara es el que no se controla o el que sigue aferrado a la idea de que con un fusil se tiene más razón que sin él.



—En Balma aún desfilan los que limpiaban las letrinas de los cuarteles, aquellos que remataban el estribillo de la patria, la muerte y la mierda sin que la fregona les ensuciara las manos.

Todavía escucha la voz de Lepo, que en la distancia se escurre como una increpación, y por un momento, cuando la niebla agolpa la densidad de una emanación que se va solidificando, de tal modo que hasta se hace difícil respirar, Ambrosio se detiene.

Hay algo entre sus pies. Un movimiento sesgado. Lo que la piel mojada que un animal esquivo deposita entre las ramas cuando nadie lo advierte.

Ambrosio pisa el rabo del bicho que parece enroscarse sin otro temor que el de verse cazado en la espesura, donde el dueño de la escopeta escarba al azar entre las ramas y los helechos y acaba disparando sin la previsión de una pieza, con la mera voluntad de malgastar un cartucho.

—No me la vas a jugar —susurra Ambrosio, apretando el pie en la cola, mientras el zorro da vueltas sobre sí mismo—. No me voy a confundir de madriguera, ni vas a enredarme de nuevo. Lo que robaste tiene a la dueña desesperada, y voy a cumplir el encargo. Ya puedes ir soltando el anillo.

El zorro chilla.

—Tengo la licencia de Samaniego y Esopo —escucha Ambrosio, mientras el roce del hocico del zorro le humedece la pernera—. No me avengo a las razones de esa cursilería de la Doncella Reluciente. Las fábulas son más solventes que las leyendas, y no hay comparación entre la astucia y el casamiento.

—El anillo es de Cala, ella lo encontró, y yo me comprometí a devolvérselo.

—No lo llevo en la boca para lucirlo, igual que esa boba se lo pondría en el dedo para presumir de novio. Me rompieron el canino de una patada, y fue Esopo quien me aconsejó que lo sustituyera por la piedra engastada de un anillo. No vea cómo les hincó ahora el diente a las gallinas...

## 104.

Cuando el zorro se libra de la pisada de Ambrosio, el cuerpo se encrespa con los pelos de la piel erizados y alza el hocico mostrando el alivio antes de estirarse.

—Venga conmigo y deje que le saque de este atolladero.

—No necesito que nadie me lleve —dice Ambrosio—. Los que me están esperando saben de sobra que soy puntual.

—Hay tres direcciones para llegar lo antes posible a la Colegiata, si es adonde va, y de las tres, al menos en una de ellas está retenido el Centinela de Occidente. Esa dirección tiene más riesgo que ninguna. En el número trece de la Cuesta del Racimo el Centinela sufre lo que acaso no padeció en los frentes.

—Me da igual una dirección que otra, a la Colegiata voy con el mismo pie, las pisadas no se distinguen. Donde me están esperando es en la Puerta de la Santa Espita, en el ábside. Al Centinela de Occidente no lo conozco.

—¿No conoce al Gran Cazador, al pescador que brilla entre los anzuelos y los sedales como si babeara las plumas y las escamas, al mismísimo adalid de la reserva patria? Pone el ojo en el punto de mira y salimos espantadas las piezas del Bosque o del río. Es quien forjó la unidad de destino en lo universal, un César más canijo que los romanos pero no menos imperativo.

El zorro camina, sin que la cola se aleje de la puntera de las botas de Ambrosio, que apenas le oye.

—No me la vuelva a pisar, no sea malvado. Ya le dije en su momento que soy un zorro proletario y precisamente por la cola se me distingue. El Centinela todavía no logró abatirme, aunque me ganó por la mano tres gallinas africanas.

Las pisadas de Ambrosio van enredando lo que explora su cabeza en la cita convenida. No tiene el cálculo exacto del tiempo discurrido, aunque sabe que el hombre que los emplazó a Carpo Expósito y a él en la Puerta de la Santa Espita no se anduvo con muchas contemplaciones. El negocio o la encomienda se atienen a lo que Carpo pudo apalabrar con el hombre, pero de lo último de lo que Ambrosio puede tener referencia es de los beneficios, ya que nada en su cabeza aclara la mínima contabilidad.

—Se fía de quien no merece ninguna confianza —dice el niño malo en el recuerdo nublado con que su voz aletea como una mosca gruñona alrededor de Carpo Expósito—. El engaño es lo que sostiene el alma en vilo. La destreza de amañar lo que toca. Juega con las cartas marcadas y la boca torcida.

La noche cede el tiempo en lo que la niebla atesora. También lo cede en lo que la mente de Ambrosio Leda va envolviendo como si poco a poco se inmiscuyera el tiempo en las pisadas sin que quedase huella visible o una percepción distinta al extravío en que se consume la voluntad urbana, ya que en el mapa de Balma las

coordinadas se diluyen con el contagio del sueño de los durmientes, que en el cómputo de los habitantes de la Ciudad son muchos más que los que se mantienen fieles a la vigilia.

El vacío nocturno de la Ciudad de Sombra no tiene correspondencia con ese censo de soñadores postrados en lo más recóndito de las alcobas, donde el desasosiego es paralelo pero más numeroso, ya que los durmientes se acogen a la costumbre del refugio, abrazados o ateridos en los lechos donde nadie encuentra la paz interior, el remedio a los males que la conciencia esparce en lo más secreto de los remordimientos, un ruido que se contrapone al silencio y a la desolación de las calles, como si para las conciencias el sueño no fuera suficiente.

—La noche dura una eternidad —escribe Lepo Corada cuando en la gacetilla que da cuenta de los fastos cotidianos, que apenas tienen otro relieve que el de la vacuidad y el tedio, rebosa de pronto la emoción lírica que busca desesperada una metáfora—, y es en la eternidad donde menos valemos y nadie nos quiere. Por otra parte, el semen está frío en la estalactita de los deseos, ya no hay coitos cariñosos.

La cola del zorro cepilla la puntera de las botas de Ambrosio y en seguida desaparece, como si el animal buscara la invisibilidad con que acecha en el Bosque o lo llevara el instinto por el derrotero que comparten otros bichos huidos que deambulan por la Ciudad de Sombra como si su condición se estuviese modificando, y quisieran cambiar de piel y evitar el rastro que siguen los cazadores.

—Un ser que se desplaza de su especie —escucha Ambrosio cuando las palabras llegan antes a la boca que a los propios oídos, como si fuese él mismo quien las pronunciara y no el animal que desapareció—. Uno de los muchos desplazados que hicieron de la orfandad la norma de su existencia fugitiva, sin esencia ni naturaleza.

## 105.

No hay otra dirección que la que las pisadas deciden sin que la cabeza de Ambrosio asome por encima de la niebla, y cuando oye su nombre se detiene un instante, pero apenas le da tiempo a reaccionar. La llamada contiene la urgencia de un aviso, y la velocidad del que lo zarandea casi le hace caer.

—No lo pienses dos veces, no te hagas el estrecho, hay que llegar antes de que nos pillen.

La mano diminuta que coge la suya tiene el frío en las uñas rotas, pero Ambrosio siente que tira de él, que quiere llevarlo.

—Hay que correr —dice el niño malo—. Yo no voy a tomar parte en lo que vais a hacer, me llamo andana, pero tampoco quiero que me crucifiquen.

Correr es quemar la distancia que abrasa las piernas de Carpo Expósito y que en la disposición de Ambrosio Leda ofrece el riesgo de los músculos electrocutados.

Las piernas huelen a chamusquina y la maltrecha respiración hace que la carrera se vaya llenando de ahogos, hasta que Carpo se desploma a la vuelta de la verja de la Colegiata y Ambrosio duda en ayudarle o seguir corriendo, ahora que en los músculos saltan las chispas con la estridencia del cable que se quemó en el cortocircuito.

—La Espita —dice Carpo, que todavía es capaz de alzarse con el resuello y la mano que indica lo poco que debe de faltar para llegar a donde los citaron—. La Puerta de la Santa Espita, en la parte de atrás.

La uña rota se desprende de la mano de Ambrosio en el límite en el que la verja se cierra sobre el saliente del ábside.

—Ni un paso más —dice el niño malo cuando Ambrosio ve que Carpo se acerca respirando con dificultad y conteniendo un acceso de tos.

—Hay que entrar al presbiterio —señala Carpo, que se sujeta en la verja, saca un pañuelo y se limpia la frente, donde Ambrosio puede apreciar un hilo de sangre en la costra de una herida mal curada.

—Resulta que no me pude tirar a la taquillera —dice entonces Carpo escupiendo en el pañuelo—. O la odalisca no se abre como debe porque se le va la cabeza soñando que la pica un alacrán, o el beduino no acierta a meterla.

—Las ampollas me las robaron dos hombres cuando esperaba a los clientes en el Cine —informa Ambrosio, sin esforzarse en mostrar su enfado—. Me subieron a la cabina y me dieron para el gasto.

Carpo tose, intentando paliar el ruido que le retuerce los bronquios.

—No eran buenas. El alijo estaba trabucado. Ahora el Cojo prefiere la penicilina a la morfina, no quedan alcaloides en el mercado. Tenemos que cambiar de profesión y, además, yo necesito curar las purgaciones. Si no acierto a meterla es que no está sana.

—Hay un pobre hombre esperándome en el Cine, es un anciano con un hijo desahuciado —dice Ambrosio—. Le debo lo prometido.

—Puedo afanar algunas ampollas buenas —reconoce Carpo—. Las últimas, el único género de garantía que queda. Con un poco de suerte pueden servir para darle la puntilla al herido, si al pincharse no se anda por las ramas. Cuando no hay reserva no hay esperanza, y es mejor que la víbora suelte todo el veneno de una vez.

Ambrosio observa a Carpo Expósito, que escupe sangre en el pañuelo.

—Sois tal para cual —dice el niño malo.

—No me la pude tirar y bien que lo siento. Esa mujer siempre me pareció que no pertenecía a la vida sino a la pantalla, quiero decir que estaba hecha de celuloide.

—Valiente majadería —dice el niño malo—. Lo único que tiene de celuloide son las uñas de los pies.

—El mocoso no tiene ni puta idea. Fue el Cojo quien la secuestró en un harén arábigo y la puso de taquillera para que fuese pagando el rescate. Todo en technicolor. Medias de seda, cintura de bayadera. El desierto incandescente, y los alacranes que la matan de gusto.

—¿Es el Cojo el que te persigue?, ¿quién viene detrás de nosotros?... —quiere saber Ambrosio.

En los ojos de Carpo Expósito hay un brillo de cristal y fiebre. Lo que alguna vez se proyectó en la pantalla del Cine Profundidades relumbra en sus pupilas, como si el espectador hubiese vendido la vida al fotograma que la hizo arder.

—Rufianes malayos, sicarios del emirato, gentes que se afeitan con la daga y se limpian el culo con el turbante. Alacranes...

## 106.

—Ese hombre era el mismo que me reclutó. Lo reconocí cuando me avisaron para llevarlo al puesto, diez kilómetros al sur de Doza, una avanzadilla que hacía labores de vigilancia o avistamiento, nunca supe lo que ordenaba exactamente el mando, yo era de los que no se enteraban de la tostada.

—Uno cualquiera, otro más. En el mismo pelotón conocí al menos tres casos que no tenían muy claro adónde disparar, yo era uno de ellos. El último que saltó de la trinchera, la primera vez que estuvimos en el frente, lo hizo para el otro lado, como si huyese. Y no era verdad, no se escapaba.

—Yo conducía con más respeto que miedo, aunque aquel coche tenía el embrague averiado y el acelerador suelto. Los frenos se resentían cuando menos lo esperabas y la palanca del cambio se resistía para meter las marchas. Era el mismo que me reclutó, ya os lo digo. Un teniente que, un año después, había ascendido a capitán, tal como atestiguaban las estrellas. El teniente me tuvo enfilado, pero el capitán ya no me reconocía. Un año da mucho de sí.

—En menos tiempo perdí yo cuatro camaradas y lo que resulta más curioso es que los perdí a los cuatro de la misma manera: la metralla de cuatro bombas distintas con igual herida en el vientre. Como si el propio artillero hubiese calculado la diana en el ombligo de cada uno de ellos. De los cuatro, dos murieron a mi lado, en muy parecidas ocasiones. Los otros un poco más lejos de donde estaba acampada la Compañía. La verdad es que entre ellos no se conocían. Yo pensaba en el mismo artillero enemigo como el culpable de aquellas muertes, en alguien que había calculado el efecto de la metralla. La diana del ombligo. Me pasaba las noches acariciándome tembloroso la barriga.

—Cuando nos acercábamos a Doza comenzó el bombardeo. El coche estuvo a punto de írseme en la última curva. Estalló una bomba muy cerca. Las casas del Barrio del Registro eran las primeras de Doza y a una de ellas, según llegábamos, le saltó el tejado, como si la casa hubiera reventado por dentro. Fue entonces cuando el capitán me dijo que detuviera el coche, que no siguiese. Yo todavía no me había asustado, ni siquiera pensaba que al coche podía sucederle lo mismo, que reventáramos.

—Una vez vi descarrilar un tren en la misma situación que cuentas. Bombardeaban la Espina, los almacenes y las cocheras de la Estación de Cálamo. Venía el tren con muy pocos vagones y la forma de descarrilar, cuando cayó la bomba, fue igual que si chocase. La máquina se encrespó y los vagones se alzaron antes de salirse de la vía. En la Espina no murieron muchos de los que salieron espantados cuando cayó la primera bomba, sino la mayoría de los que se quedaron al resguardo de las naves y los tendejones. Yo tenía un amigo guardavías que se quedó quieto donde estaba, sin moverse en el centro de la explanada, casi la noche entera que duraron los sucesivos bombardeos. De la Estación de Cálamo no hay otro rastro

que el del reloj con las agujas paradas a las veintitrés cuarenta y cinco.

—Salimos del coche y nos metimos debajo. En Doza ya se podía apreciar el incendio. Las llamas teñían el horizonte de la Ciudad al otro lado del río. En el Barrio del Registro tardaron en caer otras bombas. Tumbados debajo del coche no daba la impresión de que estuviéramos a buen recaudo. Todo temblaba con el eco del mismo estrépito, y el propio coche se movía encima de nosotros.

—Lo mejor es el descampado, pero la inclinación que uno tiene, cuando no hay otro aviso y las bombas empiezan a caer sin orden ni concierto, es refugiarse. Todo lo que estalla parece estar muy cerca, demasiado cerca, y se tiene la sensación de ese peligro inmediato. Revienta el mundo y nadie es capaz de sujetar los nervios para no esconderse, nadie es capaz de cerrar los ojos y quedarse quieto, como si pudiera convencerse de que es el estallido la mejor coartada. Una bomba a nadie le cae en la cabeza, sólo hay que librarse del peligro de lo que se derrumba.

—Si os dijera que me dormí allí tumbado debajo del coche, no me ibais a creer. El hombre que me reclutó, el teniente que me tuvo enfilado y que luego era el capitán que estaba conmigo aquella noche de Doza, había desaparecido cuando me desperté. Doza echaba humo por todas partes, y el Barrio del Registro parecía deshabitado, como si todos los vecinos hubiesen huido.

—Después de un bombardeo no queda nada. Lo que sobreviene al ruido de las bombas es el vacío, lo que mejor demuestra la destrucción y el miedo. Lo normal es que la gente que no huyó siga escondida.

—A ese hombre jamás volví a verlo. Cuando tuve conciencia de que me había quedado solo, entré en el coche, giré la llave de contacto, lo puse en marcha. Lo único que se me ocurrió fue tocar el claxon, aunque no estaba muy seguro de llamar a nadie. Fue el claxon lo que me horadó los oídos, un punzón que los hizo sangrar.

## 107.

En la oscuridad del presbiterio se oye una gota que parece caer sobre una pila bautismal. Ambrosio y Carpo van hacia ella, inducidos por el sigilo con que intentaron librarse de quienes los perseguían.

Es una oscuridad tamizada por el aroma del incienso y algún temblor de cirios que no llegaron a consumirse por completo o del fulgor mustio que se aferró a las vidrieras licuando lo que el color derrama sobre el cristal y el plomo de sus decoraciones.

La pila está muy cerca de la Capilla donde el aroma se contagia de la acritud del aceite revenido de las lámparas y de la corrosión con que se fueron pudriendo algunas maderas en los altares, cuando las termitas culminaron el trabajo y la humedad contribuyó a que la lepra de algunos santos de las hornacinas del retablo expandiera la infección.

—Es la otra Capilla, la de la Dinastía —escuchan cuando en el agua quieta de la pila aprecian como en un espejo distante un rostro que no sabrían reconocer, el que sin embargo, corresponde a su propio semblante y a las facciones que la noche de Balma desfigura con la ayuda de la niebla.

Ambrosio y Carpo sienten el frío en la espalda. La gota de la pila es como el efecto de un pensamiento tan común como obsesivo, y al volverse ven la figura del clérigo que más pudiera parecerse a la de alguno de los santos leprosos de las hornacinas del retablo.

—Los contrató Corvino, pero no me hizo caso —dice el clérigo, cuya voz resuena como la de un oráculo en la oquedad de la nave gótica—. Yo me las hubiera apañado con un sacristán de confianza. Ese hombre se echó a perder antes de que la razón lo abandonara. Ustedes dos son cómplices de un homicidio, ya que no denunciaron los hechos.

Hay cierta virulencia en los pasos del clérigo, un vértigo en la sotana y la animadversión que reparte sin tregua entre los acólitos.

—Ahí lo tienen —dice señalando a Corvino, el hombre que los contrató en la Verja y que les hizo la encomienda de la comprobación de los muertos sulfatados en el piso de Comandante Artesa—. Lo que queda de un ser humano a quien ya sólo le falta asumir las extremas responsabilidades. Es sobrino mío, y por convicto y confeso lo tengo. Mientras antes se pongan ustedes manos a la obra, mejor para todos.

Corvino está sentado en el último peldaño de uno de los altares laterales. Lo ven moverse con torpeza. Intenta incorporarse y se derrumba hacia un lado.

—Tiene una tajada que no es para contar —dice el clérigo—. No es la primera vez que doy la absolución a un borracho, y a un familiar no iba a negársela. El arrepentimiento está muy por encima de todo lo demás. El sepulcro es el de la



derecha, no me vayan a confundir al Rey Dolido con la Infanta Desdichada. Doña Sancha está incorrupta porque la desventura es un don de la santidad, y no se corrompe lo que está bien barnizado. Tienen ustedes unas barras al pie del sepulcro. La piedra se levanta con más habilidad que fuerza, no vayan a armar un estropicio. El Cabildo no paga reparaciones.

Corvino va hacia el sepulcro, cuando Ambrosio y Carpo cogen las barras y se disponen a abrirlo.

—Es mi tío —dice Corvino con la lengua de trapo—. El canónigo Donato, un sulfatador moral de primer orden. En el Cabildo no hay otro que tenga más grandes las orejas.

—Ni en el Cabildo de la Colegiata ni en el catedralicio —afirma el canónigo muy ufano—. Las orejas y el rabo, entendiendo por el mismo una protuberancia en la rabadilla que no deja de crecer. La nuestra es una familia llena de particularidades y efemérides. A todos nos gustaron los nitratos mucho más que los polvorones, y nadie se libra de una verruga en la comisura del ano.

Ambrosio y Carpo intentan meter las barras en las junturas. No parecen tener mucha idea, aunque la piedra que cierra el sepulcro lo hace con una holgura evidente. Cuando logran moverla, las barras penetran mejor y poco a poco la van haciendo girar.

—Maña —pide el canónigo—. No hacen falta músculos donde hay destreza, y tú, Corvino, ven a que te arregle un poco la corbata. No se puede ir al más allá con el nudo torcido. San Pedro jamás recibe en mangas de camisa.

—Ya tengo ganas de estar en el purgatorio, con las almas penitenciales que usted apacentó. Para purgar lo que hice, para machacarme las criadillas y la conciencia. Para que la familia presuma de un malabarista y vuelva a llevar la frente alta.

—A buscar el perdón —reconoce el canónigo Donato, que después de arreglarle la corbata al sobrino intenta poner en orden sus malos pelos—. A impetrar por la mala pasada de esa sulfatadora que es la prueba más contundente del delito. Con los calzoncillos limpios y la voluntad impoluta.

El sepulcro está abierto. Hay un tufo leve de musgo reseco o de briznas de tabaco, como el que puede provenir de una caja de puros vacía.

—Está limpio —dice Carpo, que se asoma con recelo.

—Los restos del rey Dolido los tiraron al muladar las huestes napoleónicas —informa el Canónigo—. Este sepulcro fue el pesebre del caballo del Mariscal Lamartine. Esas tropas hicieron del escarnio una baladronada. Los gabachos cagaron en sagrado, y ése es el verdadero saldo de la Guerra de la Independencia. El invasor siempre hace sus necesidades sobre el invadido.

—Un buen lecho —musita tembloroso Corvino, que comienza a sollozar—. La cama de piedra del corrido mexicano. El pasaporte para la eternidad de quien mató lo

que más quería y lo que más ingrato resultaba. Mamé lo que habría de corroerme. Yo también me cago en mí mismo.

—No te ablandes, sobrino, no seas mentecato. La nuestra es una familia de hombres de pelo en pecho. A Dios no lo asusta un asesino, también hubo valentía en la sulfatación. A Dios lo que lo pone de los nervios es que el Hijo no se hable con el Espíritu Santo, que no se avengan con la herencia.

## 108.

Es difícil ayudar a que Corvino se meta en el sepulcro. Los sollozos se van convirtiendo en el llanto del borracho que no las tiene todas consigo y recela sin ninguna intención de dejarse llevar.

—¿Hiciste tus necesidades? —quiere saber su tío, que parece dispuesto a echar una mano, sujetando a Corvino por una de las piernas para poder encaramarlo, mientras Ambrosio y Carpo tiran de él sin resultado.

—No pude —confiesa Corvino lloroso, como si la disculpa sirviera de coartada—. Estoy estreñado y tengo muy mal cuerpo. No logro obrar ni hacerme cargo de una apropiada eyaculación.

—Lo que tienes es una tajada que da miedo verte. El vino no resuelve lo que reclama el espíritu, ni siquiera en la consagración. Los abstemios consagramos con leche, como Prisciliano.

—¿Y no sería mejor esconderme en la sacristía? En cualquier baúl o relicario, un ropero del que usted tenga la llave.

—La ocurrencia fue tuya —dice el canónigo, que acaba de remangarse la sotana y actúa de forma más contundente empujando al sobrino, mientras Carpo lo ayuda por la otra pierna y Corvino pierde el equilibrio y cae dentro del sepulcro—. Una idea proporcionada al delito. El purgatorio puede esperar un rato. Lo que ahora conviene son las tinieblas, el miedo y la expiación de la propia culpa. Los armarios cobijan lo que huele a alcanfor, un crimen no tiene nada que ver con la colada.

En el silencio de las naves vuelve a escucharse la gota de la pila bautismal.

—Vamos a cerrarlo —ordena el canónigo Donato, que tiene un gesto desairado y violento—. Hay suficiente holgura para que respire, y no es el primero que yace donde lo hizo la monarquía asturcona.

Ambrosio y Carpo recuperan las barras. El llanto de Corvino vuelve a estallar lastimero.

—No encuentro la postura, no me hallo —dice, con la voz medrosa del atemorizado—. Ahora parece que se me empieza a mover el vientre.

—Te quedas quieto y rezas —le ordena el canónigo, imperativo—. La penitencia la cumples entera antes de que a los cuerpos del delito los delate el sulfato y venga la policía a darnos la tabarra. Vamos, señores, manos a la obra. Lo que se sepulta se completa, y al criminal ni la raspa.

Ambrosio y Carpo se disponen a obedecer sin mucha convicción. Toman las barras y no acaban de decidirse.

—Me revuelvo —grita Corvino dentro—. Voy a vomitar, no puedo sujetarme.

El llanto resuena entre las arcadas que presagian el vómito y la queja.

—Por el santo Seto y la santa Espita —exclama desesperado el canónigo, asomándose al sepulcro—. ¿Es que ni siquiera hay compostura donde no hay

hombría?... Las babas te las limpias con la manga, badulaque. El mal vino y la ojeriza del muermo. Echen ustedes la tapa a la tumba, que también a mí empieza a revolverse el estómago. Se me acaba de cortar la leche.

A Carpo y Ambrosio les cuesta trabajo cumplir la orden. Las barras les resbalan en las manos y, cuando se dan cuenta, comprueban que siguen abriendo el sepulcro en vez de cerrarlo.

Corvino asoma, sucio y derrengado. Tiene los ojos irritados, la mirada estrábica. Estira los brazos. Parece un reo que vuelve del más allá de la condena, o el difunto lastimoso al que no reciben en ningún sitio.

Le cuesta trabajo disponerse para salir del sepulcro, no acierta a alzar la pierna y, cuando intenta conseguirlo, el cuerpo se le va hacia un lado, como si el mareo contradijese cualquier posición adecuada, y cae a plomo, derribado con la contundencia de un empujón.

Ni Ambrosio ni Carpo logran hacer nada por sujetarlo y paliar el golpe. La cabeza de Corvino suena a hueco al chocar en la tarima del altar de la Capilla y, por un instante, rebota como si se hubiese desprendido del cuerpo, igual que lo pudiera hacer la de alguno de los santos leprosos de las hornacinas.

El canónigo Donato da unos pasos hacia el cuerpo del sobrino, que resopla desinflado e inconsciente.

—Ustedes se encargan de esta piltrafa —dice de nuevo tan imperativo como indignado—. La materia del sacrilegio no es otra que la profanación, y la monarquía, por muy asturcona que sea, mantiene el abolengo vitalicio. Nadie le hizo un feo de tal tamaño al Rey Dolido, y hasta puede que la Infanta Desdichada se rebote. Yo jamás tuve un sobrino de esta catadura.

## 109.

Ambrosio y Carpo tardan en decidirse. La oscuridad de las naves apenas tiene el leve fulgor de algunos pebeteros. Al goteo de la pila bautismal se le unen los resquebrajamientos de las maderas secas, o un gemido en las tubas del órgano que asoma en el coro como la quilla de un barco encallado.

Ambrosio coge a Corvino por los pies y Carpo por debajo de los brazos. El cuerpo está rígido, como si el golpe lo hubiera enquistado, pero según avanzan, con mayor dificultad de la prevista, notan que se revuelve y, cuando apenas han salido de la Capilla y todavía no saben hacia dónde dirigirse, el cuerpo se rebela, mueve las piernas y los brazos, y se les va de las manos.

—Hay que dejarlo —dice Ambrosio, desistiendo de cualquier esfuerzo, desazonado y vencido por el cansancio.

Corvino patalea en el suelo. Se sienta. Intenta incorporarse. Farfulla sin que se le puedan entender las palabras, que tienen un tono de recriminación y desahogo.

—Nos debe lo convenido —dice Carpo—. No vamos a irnos de rositas. Ayúdame a ponerlo en ese confesionario, y vamos a registrarlo. El trato es el trato.

Corvino se resiste. Se levanta, vuelve a caerse. Intenta darle una patada a Carpo.

—Lo mejor es dejarlo —decide Ambrosio—. No vamos a conseguir nada.

Carpo arrastra el cuerpo de Corvino, que parece adormecerse mientras farfulla una retahíla de palabras tan grumosas como la porquería que ensucia sus labios y su barbilla.

Logran sentarlo en el confesionario. El cuerpo se vence hacia un lado, pero se sostiene.

Carpo le desabotona la chaqueta, mete la mano en el bolsillo interior, saca una cartera.

—No le vamos a robar —dice Ambrosio, atemorizado por el eco de una tuba que emite el gemido de un viento gutural en el coro, como si el órgano intentara rescatar las primeras notas de un motete.

Carpo guarda la cartera en el bolsillo del pantalón. Cierra la portezuela del confesionario.

—Los muertos son míos... —musita Corvino, que abre los ojos al tiempo que alza la cabeza y recuesta la espalda—. Esos muertos incestuosos, que emponzoñaban la rutina conyugal y los bienes gananciales.

Es una voz pastosa, resbaladiza, que resuena mordaz en el quebranto del alcohol.

—Ella, la niña gazmoña y costurera, y él, el congregante bisojo y meapilas. Los hermanitos del cuento de la casita de chocolate, los ahijados del hada madrina. Igual tejían que cantaban, el gorgorito y la copulación. La copla del canijo, la que dice que el mojigato no se anda por las ramas. Dios los tenga en la gloria, benditos sean.

Corvino empieza a cantar, tras un vano intento de salir del confesionario. Carpo sujeta la portezuela y cierra las ventanas, que tienen desajustadas las celosías. La voz del borracho adquiere un tono solemne y elevado, como poseída de pronto por una ronquera litúrgica.

Ambrosio tiene la impresión de que esa voz encerrada que, sin embargo, retumba en el vacío de las naves, ayuda a que el viento inmovilizado en las tubas del órgano vuelva a moverse arrastrando los gemidos, aunque poco a poco se convierte en una música que parece ajustarse a la partitura o a la improvisación de alguien que rastrea las teclas.

—Suenan a la misa de difuntos —reconoce Ambrosio, sin que Carpo se entere de lo que quiere decir.

—En estos templos se citan con frecuencia las sabandijas, y el que no espabila corre el riesgo de verse excomulgado.

—Es un réquiem.

Carpo desaparece veloz y Ambrosio le sigue despistado. Se refugian por un momento debajo de un púlpito, y entonces reconocen la voz del canónigo Donato que exclama compungido desde el púlpito, como si se estuviese dirigiendo a los posibles fieles de la homilía del próximo domingo.

—Lo único que de veras preocupó a Dios, queridos feligreses, no fue otra cosa que el hecho de que la Virgen se quedase de nuevo embarazada.

## 110.

—No soy el niño que encontraron en el templo. No fui a ningún sitio, nadie me llevó a ninguna parte.

—Yo salía de casa. Mi padre no había vuelto, mi madre se había llevado a mis hermanos. Estaba solo, esperaba a que mi padre llegase, eso había entendido que debía hacer. La mayor parte del tiempo la pasé cazando moscas. A una la perseguí hasta el fregadero. Cuando la tuve debajo del grifo, abrí el agua y sin apenas revolotear se fue por el sumidero. Salí de casa, ya os digo.

—Es al revés. Yo no podía volver, me había ido sin pensar lo que hacía, sin darme cuenta. En vez de cazar moscas, contaba pasos: uno, dos, tres... También saltaba y corría y jugaba conmigo mismo a la pata coja. No sé si eran tres semanas o tres meses los que hacía que habíamos venido. El Barrio se parecía mucho al otro. En el tren una mujer llevaba una gallina que puso un huevo. Mis hermanos son más pequeños que yo, y mi madre siempre dice que más listos.

—Un hombre me llamó. No lo hizo por mi nombre, pero me pareció que me conocía. Vas a venir conmigo, estoy recogiendo a los niños que no tienen nada que hacer. Vamos a formar una tropa, y la encomienda no es moco de pavo: es una tropa que tendrá la misión de salvar el mundo.

—Pensé en el templo, es verdad. Aquella historia del niño que encontraron diciendo todo lo que había aprendido en clase, tanto de lengua como de geometría, me gustaba mucho. Yo quería aprender de memoria la geografía y la historia. Los reyes godos, los continentes, todas las capitales de los países de Europa y algunas de Asia. Tampoco me hubiera importado decir de carrerilla las de África. Los señores del templo me escucharían con la boca abierta, pero no fui a ningún sitio, nadie me llevó a ninguna parte.

—Mi padre no llegó. Moscas no quedaban. Me estaba aburriendo. Salí a la calle: voy a esperarlo en la esquina, lo veo venir y, antes de que me descubra, vuelvo a subir corriendo a casa. En la calle no había ni un alma.

—Ya éramos media docena. El hombre estaba empeñado en que por lo menos nos juntáramos veinte. El mundo no se salva con tres chavales que juegan al escondite, ni con tres niñas que saltan a la comba. La tropa tiene que alinearse y desfilar sin otras distracciones. El mundo se salva cuando de veras nos ponemos en marcha dispuestos a salvarlo, y siendo suficientes.

—Entonces pensé que, ya que no sabía volver, lo mejor era quedarme a verlas venir, que era lo que muchas veces decía mi padre cuando mi madre se enfadaba. No te preocupes, que no hago otra cosa que quedarme a verlas venir. No sabéis la gracia que me hizo que la gallina pusiera un huevo.

—Soy capaz de pasar las horas sumando y restando. Los números me gustan mucho más que las letras. No tenía ninguna gana de ir a ningún sitio, y mucho menos de que vinieran a buscarme. Tengo un cuaderno lleno de problemas, y una tabla de

multiplicar que no se la salta un gitano.

—De la media docena, desertaron tres. Eso dijo el hombre cuando nos puso firmes y se dio cuenta de que los más listos se habían escapado. Serán los más listos, no lo niego, dijo muy disgustado, pero también son los más cobardes. El que no quiera salvar el mundo que tire la primera piedra.

—No entiendo mucho de lo que estáis contando.

—Es que no son cosas de niñas.

—Es que no sabéis que no es lo mismo correr que quedarse quieta, y que lo que los padres y las madres quieren para los hijos no es siempre lo mismo que lo que los hijos quieren para ellos. Si me quedé sola, no fue porque me dejaran, fue porque la casa tuvieron que derrumbarla. No se sostenía de pie. Una pared que se rompe es imposible que sujete el tejado. Yo sabía de sobra que se derrumbaba.

—Muy lista.

—Hago las cuentas de memoria, los números me los sé de carrerilla. La capital de Dinamarca es Copenhague y al rey Favila lo mató un oso. Las moscas son insectos dípteros y es pecado arrancarles las alas y mucho más ahogarlas en el fregadero.

—Podía unirme a esa tropa, si todavía ese hombre me reclutara.

—Tres no valíamos para nada. El mundo no hay modo de salvarlo.

—Lo que le pudo pasar a mi padre no lo supe. Y a ti te advierto una cosa: no es el mayor asesino el que ahoga a las moscas. El peor es el que las abrasa. Y, además, los insectos no se pueden comparar con los animales domésticos. Sin moscas se vive mucho mejor que con perros, aunque tengan pulgas.



## 111.

Alguien arrastra las notas del órgano como si las sobase y, mientras el canónigo Donato recompone una homilía de la que parece haber perdido el hilo, aunque la voz es cada vez más rotunda y decidida, Ambrosio y Carpo buscan la salida sin encontrarla.

—Es una trampa... —dice Carpo Expósito, que de pronto parece haber perdido los nervios y no logra contener la tos, que resuena como una nota rasgada entre las del órgano—. La religión es muy peligrosa, y nosotros estamos a merced de este beneficiado. Yo no sé si no sería mejor decirle que estamos dispuestos a confesar y comulgar.

—Déjate de pamplinas, hay que orientarse y salir.

La gota cae con mayor resonancia en la pila bautismal. El órgano cesa y, tras las notas del motete, hay un sonido de respiración agobiada, un soplo menos gutural pero más costoso en las tubas.

La homilía del canónigo Donato todavía dura unos minutos. Los previsibles feligreses de la misa dominical tienen que aguantar algunas andanadas respecto al recato, la vida conyugal y el método Ogino, con una advertencia sobre el libre albedrío con la que el canónigo intenta refrendar la voluntad de Dios y el designio de los actos que la contradicen, de tal modo que más vale la resignación que la ostentación y siempre será más rentable para las almas el proporcionado rendimiento de un crédito vitalicio.

—Ustedes saben de sobra lo que vale un peine —dice el canónigo, cuando Ambrosio y Carpo se vuelven, corroborando que está a su lado, tras bajar del púlpito y quitarse la casulla—. Ahora se vienen conmigo, ya verán lo que las benditas ánimas manifiestan y cómo les luce el pelo.

Según caminan tras él, los ruidos de las naves se suceden con cierta intermitencia.

—Sopla Fandín. Un beato nunca tiene conformidad. Es igual que en el ejército. Nadie puede convencer al capitán de la justicia de su graduación respecto al comandante, y no digamos al general.

Con el eco de la gota sobreviene el eco de una lamentación.

—Diteria, virgen y mártir. Nadie le hace caso, y a la hora de figurar en el santoral pinta menos que Valentina y Titulcia, degolladas con mejor criterio. La pobre no se sabe si grita o aúlla.

El canónigo se apresura, y a Carpo y Ambrosio les cuesta seguirle.

—Tapen los oídos, que llama Revencio. El apostolado le rompió la biela. En la misión le arrancaron el guardabarros. No tiene llantas ni tubo de escape. Lo que puedan oír es un chirrido de cojinetes, y les pueden quedar dañados los pabellones.

Una cuchilla corta el mármol o una tiza raya de arriba abajo el encerado. La voz descompuesta del aludido semeja el eco fatal de una trepanación, y el canónigo huye

despavorido sin que Ambrosio y Carpo logren hacer otra cosa que ajustar las manos temblorosas a las orejas.

—Calla, Revencio —grita el canónigo—. Dios te atiende en el taller de reparación. Piezas de recambio, cigüeñales, pistones, cilindros nuevos. Un organismo averiado no se arregla en cuatro días. A Dios hay que darle cuartelillo.

En las naves se oye una explosión. Los ecos retardan el estertor de lo que puede ser un grito o una rotura estrepitosa en las vidrieras. Ambrosio y Carpo temen la lluvia de cristales que pueda herirles, pero una vez más el canónigo Donato, ahora escondido tras una columna, les chista, llevándose el dedo índice a la boca, reclamando silencio.

Lo que estalla es un llanto que oprime el corazón con la contundencia de una pena muy antigua, y tanto Ambrosio como Carpo sienten en la piel el desgarró, mientras el canónigo se pone de rodillas y se santigua.

—Es Colunga, la santina damnificada, igual oyeron ustedes hablar de ella en la Iglesia del Santo Escapulario, donde quedó vacía la hornacina cuando se produjo el secuestro. Véanla venir y ahórrense cualquier comentario. La santa hizo del sufrimiento la razón de su locura. Pidió asilo en la Colegiata y el templo no tiene benefactora mejor.

Ambrosio y Carpo se arrodillan al lado del canónigo.

—Ella quiere mostrarles algo, ustedes no la contradigan, pongan cara de póquer.

Es una chica muy alta que viste un sayal que le cubre los pies desnudos. Entre las sombras enceradas y lánguidas de las velas y los pebeteros el movimiento de la santa tiene la misma languidez de la carne de un cuerpo que está más cerca de la escayola que de la madera.

Lo que les muestra es la mano derecha. El canónigo les incita a ponerse de pie y a mirarla para complacerla.

—Gracias, santina —dice el canónigo—. El ojo que te arrebataron tiene indemne el cristal con que se espantaron los malhechores.

Es un ojo lo que ella muestra en la palma de la mano. Lo alza un instante, como una ofrenda, y luego vuelve a caminar igual que si se deslizara en la cera, o la luz del pebetero más lejano la reclamase para guiar sus pies.

—Espero que todo lo que sucede sirva para su edificación, señores. Excluyo únicamente al mandanga de mi sobrino. La curda y el impedimento para la expiación del homicidio. Yo no doy un duro por su alma en pena. Tuvo la mosca detrás de la oreja, olió la indecencia en el propio hogar y en el propio lecho, se rascó la cabeza con el meñique. Y ahora, ya lo vieron ustedes, tan pusilánime como escaldado, tan terco como cobarde. No se puede ser ánima del purgatorio sin apresto y decisión. Me acompañan y lo comprueban.

La explosión tiene otra vez la contundencia de un tubo de escape suelto.

—Son los cojinetes —dice el canónigo Donato, muy enfadado—, pero Revencio sigue erre que erre con la puesta en marcha. Los beatos obcecados jamás fueron capaces de sacar el carné de conducir.

## 112.

Es probable que sea un motor de explosión el que altera las sombras embadurnadas. Ambrosio piensa que hay un vehículo accidentado que mantiene el ronroneo de los engranajes y el giro de las ruedas tras el vuelco, sin que sepa a ciencia cierta lo que hacen algunas gallinas picando a su alrededor, y Carpo supone que se está yendo el autobús que tantas veces perdió y donde sólo en una ocasión logró subirse, precisamente aquella en que le aguardaban dentro dos policías disfrazados de cobradores.

—No vayan a tropezar —dice el canónigo Donato, que va tras ellos, iluminándoles el camino, con una palmatoria en la mano—. A la Cripta se baja por la escalerita de piedra y caracol, un modo de llegar con discreción a donde las ánimas se relajan. Son pocas, pero vivarachas y consentidas.

Carpo tropieza y Ambrosio está a punto de rodar tras él. La tos de Carpo resuena comprimida.

—Ahora voy delante, paso y les abro. Cuidado con la cabeza. La entrada es muy angosta.

El canónigo abre una puerta ojival. Es una cerradura que chirría como los cojinetes. Ambrosio y Carpo se muestran poco propicios a entrar, tienen la impresión de haber llegado a un calabozo cuya oscuridad destila la bocanada húmeda de quienes en él llevan prisioneros muchos siglos.

—No se espanten —les dice el canónigo, que sujeta la puerta para que entren—. Las ánimas son benignas, no hacen otra cosa que purificarse. Lo que van a ver es tan sólo una figuración. Media docena de ellas sentadas alrededor de esta mesa ovalada donde pueden charlar y jugar a la brisca cuando se aburren. No olviden ustedes que las ánimas pasan a veces la tira de tiempo hasta alcanzar la gloria. Aquí el pintor que hizo el mural les dio este entretenimiento.

Las ánimas apenas desvelan sus presencias pigmentadas cuando el canónigo mueve la palmatoria esparciendo la luz hacia la bóveda.

—Ya las ven, cada una sentada en su sitial, con la lengüecilla de fuego, las chispas de los ojos y el gesto risueño en la comisura de los labios, donde el pintor se esmeró para que no se mostraran más satisfechas de lo debido. La purificación impone su penalidad. ¿A que no saben el secreto que guardan todas ellas, tan formales y compuestas como las ven?...

Ambrosio y Carpo no se hacen una idea de lo que el canónigo inquiere. Lo observan dar vueltas bajo la bóveda, y la luz movida de la palmatoria, que por un instante parece que va a apagarse, deforma todavía más el engrudo de las pigmentaciones, o lo que los terrosos colores que sirven de contorno a las figuras derraman, como si la humedad las fuese deformando hasta convertirlas en un borrón donde confluyen los chorretones.

—Están sentadas en un infernillo —dice el canónigo, elevando el dedo índice hacia una de ellas—. Todas tienen el infernillo en las posaderas, y ése es el acicate purgativo de su estado, una parte crucial del castigo con que expían los pecados y se van purificando. Pero están contentas, mírenlas, tan vivarachas y dicharacheras. Están que no caben de gozo. Si quieren ustedes escucharlas, enchufo el gramófono.

Algunas voces se mezclan con las risas y las llamadas de apuro de sus nombres. La algarabía tiene el tono juvenil de un recreo en el que corren unos detrás de otros.

—Juegan... —dice el canónigo—. Murieron en gracia de Dios, no lo olviden ustedes. Les queda un punto de cocción para la gloria y, además, qué quieren que les diga, un infernillo o un brasero en el culo, con esta humedad y el frío que hace en Balma cuando el invierno se pone pendenciero, tampoco es un incordio. ¿Les apetece oír las cantar?...

A Carpo Expósito le revientan los pulmones y por un momento se le corta la respiración. Intenta sujetarse en la mesa para no caer al suelo.

—Tienen su repertorio, no crean. Decir que las ánimas son muy animadas puede parecer una chocarrería, pero van a escucharles una romanza y un coro y una copla y una habanera. La gracia inspira la alegría, y de la que infunde Dios ni les cuento. Escuchen.

Carpo se retuerce. Ambrosio lo sujeta en los brazos.

—De todas formas —dice el canónigo Donato, retomando la voz airada como si algo repentino le llegara a la cabeza, y apagando de un soplo la palmatoria—, debo reconocer, y bien que me avergüenzo, que el verdadero problema de mi sobrino no es otro que el de la eyaculación precoz.

## 113.

Dos ánimas hacen un dúo que se estira y repite en el disco rayado como si en el purgatorio nadie distinguiera el ruido y las voces. El disco se extingue entre los suspiros entrecortados que provocan algunas respiraciones somnolientas, cuando Ambrosio logra apaciguar los espasmos que contraen el pecho de Carpo, casi desmayado entre sus brazos.

En la oscuridad de la Cripta se escucha el golpe de la puerta al cerrarse y en seguida el chirrido de la llave en la cerradura.

—Nos cazó —dice Carpo, que hace un esfuerzo para incorporarse, mientras Ambrosio le ayuda.

—Estate quieto un rato, no te alteres.

—Era lo que nos faltaba. Un pie en el purgatorio. La pereza de haber ido al más allá sin comerlo ni beberlo. Usted sabe mejor que nadie cuál es el peor agujero de la noche.

Carpo se serena, respira hondo, se lleva la mano al pecho, da unos pasos en la oscuridad, todavía apoyado en la mesa.

—No sé qué hora marcará el Meridiano de Greenwich, pero en cualquier caso no será muy distinta a la que sobrellevan los cautivos.

—Ese hombre tiene que volver. No puede dejarnos aquí tirados. El respeto a las ánimas no se lo va a permitir.

—Ya demostró las intenciones con el sobrino, se le vieron las maneras. Lo iba a sepultar. Le dije a usted que la religión es peligrosa. Yo, que no soy ateo, la tengo por el veneno en vez del opio. Lo iba a sepultar, para que expiara y expirara, tuviese o no el consentimiento, fuese o no fuese él quien quisiera, aunque el tal Corvino sea un pájaro sin plumas. Menos mal que cobramos.

Es difícil orientarse en la oscuridad. Ambrosio acompaña a Carpo, dando la vuelta completa a la mesa ovalada.

—El homicida —musita Carpo con sorna—. Ya ve usted en lo que se resumen las inclinaciones criminales. Una eyaculación que no se administra bien, un gilipollas que se corre antes de tiempo. La vida vale mucho más que la copulación, sea buena o mala, y el cristianismo tiene la obligación de avalar no sólo la higiene del alma, también la del cuerpo. El organismo necesita las adecuadas lavativas.

Ambrosio sujeta de nuevo a Carpo.

—Me parece que se te va la cabeza —le dice—. ¿Quieres callar la boca? Voy a intentar dar con la puerta. Habrá que pedir auxilio.

Carpo Expósito respira hondo. En los pulmones resuena algo parecido a una cacharrería que se rompió y quedó tirada por el suelo.

Ambrosio alarga los brazos, tantea con las manos en la oscuridad, no tarda demasiado en tocar la pared, y sigue el rastro de la misma hasta encontrar el quicio de

la puerta. En las manos le resudan los pigmentos con que las ánimas componen el friso del purgatorio, y que la humedad va borrando sin que, al parecer, hayan logrado todavía la necesaria purificación.

—La puerta está cerrada —corroboraba Ambrosio, comprobando que la manija apenas se mueve.

—Las tinieblas —dice Carpo, con el desánimo en la voz—. Las que llenan la mente del condenado para que la confusión lo reprima. Las que vierten el desaliento para desnortarlo y reducirlo a la mínima expresión. Usted sabe de sobra lo que en la noche más se echa en falta...

Ambrosio pega el oído a la puerta.

—Se escuchan pasos.

—Viene el verdugo —dice Carpo, ya más lloroso que desanimado—. El reo estira el cuello. La cabeza alta, pase lo que pase. Pero la procesión va por dentro.

—Calla, por Dios, déjame escuchar.

—Pobre Corvino, a fin de cuentas. La hombría de bien, el pesar de los débitos conyugales, la tristeza de un coito irresoluto. No es raro que el homicida esté compungido y borracho.

La llave escarba por fuera en la cerradura. Ambrosio se hace a un lado. La puerta se abre con dificultad, y al tiempo que lo hace el gramófono arrastra de nuevo unas notas rayadas que acompañan al dúo en que las ánimas repiten el estribillo de la copla.

## 114.

La puerta está abierta, pero no hay nadie. En el estribillo rayado de la copla el dúo de las ánimas reclama un paraguas para que la lluvia no moje a los novios recién casados al salir de la iglesia. En el silencio que en seguida sobreviene, la oscuridad absoluta inmoviliza la atmósfera del subterráneo, como si entre los cimientos de la Colegiata se adensara la exudación de las piedras, el goteo de los cirios, el perfume de los santos óleos y los restos carbonizados de las sustancias resinosas. Hay un regusto rancio entre el hedor pigmentado de las benditas ánimas, y Ambrosio se asoma a la puerta con cierta reserva, intentando no hacer caso a las advertencias de Carpo Expósito, que parece haber recuperado la respiración pero no la voluntad.

—Es una trampa —dice Carpo, que ahora en vez de toser estornuda—. Al reo le ponen el reclamo como al jilguero el alpiste. No se comprometa usted, no sea pardillo.

Ambrosio sale con Carpo a sus espaldas. Sube algunos escalones. Los peldaños del caracol se enroscan con igual recogimiento en la oscuridad, pero no es difícil ascender por ellos.

—Deberíamos haber cerrado la puerta —dice Carpo, con la voz sobrecogida y la tos nerviosa—. Esas ánimas lo mismo cantan que atrapan. La copla no me gustó un pelo.

—No hay nadie —corroborra Ambrosio—. Lo único que tenemos que hacer es salir pitando.

—Tengo miedo, qué quiere que le diga. La vida no me dio razones para la cobardía pero sí me hizo recelar a la vuelta de la esquina. Yo no creo en lo que no veo, pero ando más a gusto en la niebla que en la tiniebla.

—Calla, que me parece que nos están haciendo señas.

En la mano de alguien hay una vela escurrida, con la luz diminuta que tiembla como si fuera a apagarse de un momento a otro.

—Es la santina —susurra Ambrosio cuando llegan a la nave, donde de nuevo oyen el goteo en la pila bautismal, y ven a la chica que viste el sayal que la cubre hasta los pies—. La santa Colunga que secuestraron en la hornacina de la Iglesia del Santo Escapulario.

Carpo se estremece. La santa lleva la mano derecha extendida, con la ofrenda del ojo que les indicó el canónigo, y la vela que se deshace en la izquierda.

—Ella nos abrió y ella nos saca de este embrollo. Hay que seguirla.

—No las tengo todas conmigo —confiesa Carpo, que les sigue temeroso—. El ojo me da grima. Las mayores tundas que me gané en el Orfanato me las propinó un tuerto que arreaba con la izquierda lo que no calculaba con la derecha. Y entre las peores cosas que me han sucedido en la vida se cuenta la de haber tragado un ojo de cristal. Usted no sabe lo que cuesta admitir que quien te mira en el estómago también



puede verte desde el recto.

—No seas pesado, vamos tras ella.

Atraviesan la nave. La vela se va extinguendo en la palma de Colunga. Los pies de la santa más que caminar se deslizan, y cada poco hay un suspiro que se extiende como si rastreara un llanto que asciende hacia los vitrales o que se reparte entre los manteles de los altares de las distintas capillas.

Ambrosio y Carpo se detienen un momento. La santa alza la mano de la vela. Hay un ruido extraño muy cerca, que parece un golpe o el estrépito de un mueble que se rompe o se desmorona.

Un hombre tan erguido como airado levanta a otro tan derrengado como un fardo. Lo está sacando de un confesionario, que entre los golpes y los empujones va deshacerse, igual que un armario al que empujan y manipulan sin ningún miramiento con intención de saquearlo.

El canónigo Donato tiene en las manos, crispadas como garras, a su sobrino, que no rebulle.

—Hay que enterrarte —masculla el canónigo—. Tienes que dormirla en el panteón, antes de que las benditas ánimas del purgatorio se las entiendan contigo. El Cabildo me tiene enfilado, y la ojeriza de un sochantre es pura dinamita. Como hay Dios que antes te fumigo yo mismo, igual que hiciste con los adúlteros, que pierdo la muceta.

Carpo Expósito da unos pasos hacia ellos.

—¿Qué hacemos? —inquire, amedrentado e indeciso—. ¿Le echamos una mano?...

Ambrosio lo coge del brazo. La santa está llorando. La vela se apaga, tras un último chisporroteo que derrite lo que queda de la cera en la piel de la palma abierta.

Hay un sonido gutural en las tubas del órgano, en la lejanía del coro, como si en la noche que persiste en Balma más allá de la devoción y el sueño de los creyentes alguien se hubiese atragantado.

## 115.

—No viene Dardo, no sé si Ereda es la hija o la nuera. De Dardo tengo la idea de un sobrino que se fue de Balma cuando empezaron los líos, o de un pariente que echó a perder la hacienda jugando en el Casino. Los hombres que se juegan las pestañas, las mujeres que se pintan demasiado.

—La que más me extraña es la hermana Corona, ésa no falla. La veo como una locomotora, todo el día trajinando. Lo que no hagan las monjas, no lo van a hacer las novicias que jamás dieron la cara, cuando más se las necesitaba desaparecieron.

—Pusieron pies en polvorosa. Iban una detrás de otra. Ni siquiera se quitaron el mandil. La juventud es la rama más alocada del árbol que creció en el patio.

—Era un castaño.

—Se equivoca usted. Era un nogal.

—En cualquier caso, las nueces o las castañas se asaron en la misma explosión. La media docena que quedaba en el suelo estaban abrasadas, y no hubo modo de pelarlas o cascarlas. Tampoco merecía la pena.

—No todos los frutales arden de la misma manera.

—Tampoco los frutos tienen igual sabor. Yo lo que mejor distingo son las legumbres. Las judías, los garbanzos, las lentejas. Ya no me acuerdo quién las ponía a remojo. Me parece que en la cazuela donde tenían que cocer se cayó una piedra, o había un gato que saltaba sin ningún cuidado sobre la chapa de la cocina.

—Dardo debe de ser el hombre que recoge la basura. A Ereda le pusieron un diente de oro. A la chica que se asomaba a la ventana cuando sonaba el chiflo del afilador se le había caído el mismo diente. No sé si el oro vale lo que valía en aquellos tiempos, cuando yo me peinaba con la raya al medio.

—Si no sube la hermana Corona es que no se lo permite la Congregación. No hay otra explicación posible. Ella es una locomotora, todo el día trajinando, y nunca nos sirvió el café frío. La leche puede quemarse, si la cocina ardió con lo que ayer cayó encima, pero el café frío no se le ocurre servirlo. Esa monja no se arredra. Las novicias pondrían pies en polvorosa, pero hay madres que aunque les caiga una viga en la cabeza siguen fieles a la caridad. Las Madres Consoladoras, las más devotas, no lo duden ustedes.

—Se equivoca con ellas, perdone usted que se lo diga. No son las Consoladoras, son las Adoratrices.

—Igual devoción. El mismo miramiento para los recados. Los mayores cuidados que se necesiten para con nosotros los ancianos. Siempre las manos dispuestas y una atención caritativa. Todas se ganaron el cielo mucho antes de nacer.

—Ambas están equivocadas, queridas señoras. Son las Hermanas Misericordiosas, de la Orden de la Beata Nordicia. Los votos serán los mismos, pero unas y otras tienen su genio y su templanza. Las que más rezan se quedan en la clausura, mientras las demás limpian y hacen la colada y nos lavan y nos peinan. Otra

cosa es que ahora llevemos tres o cuatro días sin que nos asean y nos den de comer.

—Yo no sé por qué huele de esta manera. El olfato no lo tengo en cuenta y el oído me silba sin que suene otra cosa. A ustedes las oigo como si estuviesen calladas. No entiendo que lo que me cuesta moverme sea casi tanto como lo que me cuesta pensar lo que hago aquí. Huele a chamusquina.

—Si la hermana Corona no viniese, acaso podría hacerlo la hermana Cata. Con otra parsimonia y las cuentas del rosario más sobadas que las pastillas que me da para el reuma. Ella disfruta más con los misterios gozosos que con los dolorosos, pero para el sufrimiento siempre tiene una receta.

—Alguna de nosotras tenía que ir a echar un ojo por el pabellón. La que todavía se espabile o la que mejor sepa calzarse. Una Comunidad no perece porque se le pase la hora entre las oraciones y el recogimiento. Yo no sé el poder que tiene el Diablo para barrer con el rabo lo que una escoba deja sin limpiar. Hermanas o madres, la misma causa.

—Hermanas.

—Madres.

—Los hábitos no las distinguen, ni los mandiles y los delantales.

—Ellas son siervas de Dios, en cualquier caso.

—¿Y nosotras?...

—Acogidas. Con la mejor intención y el mayor desprendimiento. En la casa donde servía perdí el norte. No supe si era la abuela o la hija o la sobrina que se hizo mayor metiendo las manos en el agua sucia del fregadero.

—Sería usted un familiar.

—O alguien del servicio doméstico.

—Estoy acogida. Me santiguo y doy gracias a Dios. Si ustedes se callaran, podría seguir durmiendo un poco.

—Nos callamos, no se preocupe. Hasta que venga alguien o se caiga finalmente la otra pared.

## 116.

—Es un cagueta —dice el niño malo—. Se me revuelven las tripas con el rugido de las suyas. La tos me pone de los nervios. Si no fuese lo que es él, ya podían darle sopas con honda.

Ambrosio casi arrastra a Carpo. Han salido de la Colegiata por una puerta lateral y, al otro lado de la verja, hay una niña que les hace señas.

—Nos salvó la santa Colunga, y me parece que ni siquiera le hemos dado las gracias —susurra Carpo, que hasta llegar a la verja se yergue y controla la respiración, buscando también el alivio de la atmósfera húmeda.

—Una chica que tiene lo que le falta a un barbián —dice el niño malo—. La decisión y el desahogo de la valentía. Una pobre desgraciada a la que le sacaron un ojo los sarracenos, sin descontar el secuestro y el ultraje.

—El martirio aumenta el coraje y el orgullo —reconoce Carpo, que se sienta en el poyete de la verja y afianza la respiración tragando la niebla con ansiedad—. Esa grandeza no nos compete a los desastrados, ni siquiera se nos presenta la ocasión de demostrarla.

—El ojo era lo más bonito.

—Ella misma es muy guapa en la totalidad, no fue el ojo lo que más me gustó. La mirada de una chica tuerta, el escalofrío de verla sin que ella pueda mirarte del todo. Los sarracenos la podían haber degollado.

—¿Queréis callaros?... —pide Ambrosio—. No fueron los sarracenos, fueron las tropas moras.

—Al mando de un comandante cristiano. Las tropas africanas de la Contienda, una compañía que asomó la barba en Balma como los extraterrestres asomaron la cola.

—En cualquier caso, ni las gracias ni el reconocimiento. Viene una mártir a sacarte del embrollo, y si te he visto no me acuerdo.

—No te recordaba el esmero y la educación —dice el niño malo, con evidente sorna.

—Soy agradecido. Aquí al amigo voy a resarcirlo con algunas ampollas de morfina de las buenas, para que cumpla con el cliente que le espera en el Cine Profundidades. Yo no nací malo como tú, nací esquilado.

—Nacimos a la vez, no te pavonees.

—Con el cuerpo precario y el alma contrita, a tono con lo que estaba de moda en los orfanatos gremiales. Hay quien lleva un piojo encima y hay quien aguanta la voz que le reclama lo que fue cuando apenas levantaba dos palmos. Los piojos parlanchines son más graciosos, sólo hay que fijarse en el que tiene Valdesamario.

—Soy un niño alto, al menos en la proporción en que tú creciste, agarrado a las patas de una cigüeña que se hartaba de picotearte.

—Eres la pesadilla del que te lleva dentro como la gramola que jamás se apiada

de su mala música.

—Es Lucina —dice Ambrosio, que atiende a la niña que les llama desde el otro lado de la verja—. Hay que hacerle caso.

—Ni la conozco ni me interesa —dice Carpo—. Descanso un rato y sigo con lo mío.

—Lo tuyo eran los que corrían detrás, venías perseguido, y no pienses que van a soltarte.

—Rufianes malayos.

—El engaño repetido —acusa el niño malo—. Guarda lo que quiere y vende lo que no vale. Los malabares del fullero.

—Voy a la deriva. Usted y yo tenemos negocios y no vamos a consentir que nos los echen a perder. De Balma no quiero irme con los bolsillos vacíos. La deriva es lo que me hace escupir, pero la cabeza se mantiene en su sitio.

La niña se acerca, les indica que la sigan.

—No hay que saltar la verja —dice Ambrosio—. Lucina sabe por dónde salimos.

—Lo llevo de la mano como un lazarillo —advierte el niño malo, escamado— y me la rasca y me la aprieta como si quisiera hacerme daño. Toda la vida con los mismos esparavanes y las peores ideas.

—El daño únicamente me lo hago a mí mismo —confiesa Carpo, que se dispone a seguir a Ambrosio—. Lo que los demás padezcan por mi cuenta puede ser el perjuicio que merecen. Uno reparte lo que necesita y recoge lo que no tiene. La lotería, como la mierda de vida que me cayó encima, es un juego de improbabilidades.

—Ya oye usted la filosofía barata. Desde que asomamos el morro al mundo, la misma cháchara. Cuatro chorradas para justificarse y algunas poluciones nocturnas, frecuentemente dolorosas.

## 117.

Con la niebla se mezcla un humo de leña. La noche esconde una llama diminuta en algunos portales del Temple, donde el vecindario no concilia el sueño sin que algo arda como una señal, para apaciguar a los escamados espíritus de quienes siempre se acuestan con alguna dolencia moral más secreta que confesa.

De lo que en alguna ocasión pudo suceder en el Temple, cuatro calles angostas fortificadas en su escueta geometría, nadie sabe nada en la Ciudad de Sombra y, sin embargo, existe alguna suspicacia que hace recelar a quienes cruzan necesitados de hacerlo, ya que en la Ciudad siempre existió un fluido de murmullos y murmuraciones que en el tejido auditivo de la misma esparció lo que sin escucharse se sobrentiende, o queda en el eco de lo que se dijo sin mucha voluntad de decirlo, como si las voces fuesen ruidos que rozan la atmósfera de modo parecido a la lluvia que moja las paredes.

No es el Temple un espacio urbano escamoteado a la Ciudad de Sombra; tiene en las casas un orden que las semeja a la modernidad de su Ensanche, y la peculiaridad de no haber recibido daño alguno en los bombardeos de la Contienda, como si en la precisa cuadratura se hubiese preservado lo que cierran las manos con la voluntad férrea de los dedos entrelazados.

—No se puede indagar lo que nadie quiere saber —dijo en alguna ocasión el cronista Decelio, que puso en cuestión la ubicación tradicionalmente aceptada del campamento romano fundacional de Balma—, porque la vida y la historia tienen muchas veces contradicciones y contrariedades que es mejor no conocer. A fin de cuentas, la verdad, sea del grado que sea, tiene que ser deseada, y el compromiso moral de desvelarla no puede sustentarse en la duda o la sinrazón. También hay hechos de los que avergonzarse, en las urbes lo mismo que en las personas.

Lucina salta con la alegría de una muñeca a la que acaban de darle cuerda. Es una niña que no tiene edad, y hay algo raro en sus ojos, que nunca fijan la dirección de la mirada.

—No me gusta un pelo —dice Carpo, que la sigue receloso al lado de Ambrosio, a quien Lucina le hizo un gesto amistoso y la venia para lo que podían ser los primeros pasos de una danza—. ¿Es una cría o es una enana?...

—Es una niña que ve lo que no entra por los ojos y que predice lo que no acaba de suceder. Unas veces anda por los tejados y otras por las calles, y no parece que distinga la altura del suelo. Una niña que no creció.

—Lo justo para que me revuelva el estómago —asegura Carpo, contrariado y temeroso—. Esos galimatías me ponen enfermo, y ya tengo bastante con lo mío. Me voy a resolver los asuntos más urgentes, y le veo a usted por el Galpón o el Barandales. Tendrá las ampollas prometidas, y haremos cuentas, no se piense que soy el único beneficiario del alijo.

—Yo le quiero preguntar una cosa —dice el niño malo—: ¿Las niñas que ven visiones tienen mayor garantía que quienes leen las rayas de la mano?

—Déjate de pijadas, que ya tengo la cabeza como un bombo.

Lucina alza los brazos y da una vuelta sobre sí misma como una bailarina de ballet.

—El que te inquieta es el que mejor te conoce —dice la niña, sin que la mirada se fije en ningún sitio, cuando Carpo Expósito da unos pasos para irse—. Con la bomba en el pecho y el riesgo de no hacerse mayor.

—¿Es que no voy a poder deshacerme de él?... —le pregunta a Lucina el niño malo con la voz angustiada.

—La misma cruz del que sin tener otra envoltura tuvo tallado el corazón en la misma piedra.

Lucina se queda inmóvil, sostenida en el pie derecho, con las manos engarzadas sobre la cabeza.

—Además de pirada está ciega —confirma Carpo—. No sé si es parienta suya, o alguna huérfana desavenida. De cualquier modo, no la aguanto. Me voy con viento fresco, tampoco está claro que no pueda tirarme todavía a la taquillera.

—¿Y qué puedo hacer para no tener que aguantarle, contagiado del mismo mal de su pulmón y de sus malas artes?... —inquiérese suplicante el niño malo.

—La piedra cae sin desprenderse de la mano de quien la tira. Cae por su propio peso. En todo lo que cae existe el mismo peligro del desvanecimiento. Cae el mundo. Cayó Balma. También mi amigo Ambrosio se desvanece y pierde el sentido, como si la muerte lo llamara.

En la cabeza de Ambrosio hay una llama diminuta que está a punto de apagarse, y el destello le produce el instantáneo mareo de la palmatoria que se mueve en el caracol de los peldaños de la Cripta o en la señal de algún portal del Temple, como si la llama contuviera el suspiro de las ánimas o el brillo oculto de los ojos ciegos de Lucina.

## 118.

—Te esperaba para decirte que el correo del Noroeste llega con el mismo retraso que aquel en que viniste el dieciséis de enero de hace quince años. La mañana que tiene la niebla en vez de la nieve no es la misma, pero en algún sueño sigue nevando, y la niebla más fría es la de aquellos que se quedaron abandonados.

—Voy a la Estación siempre que puedo, cuando amanece. No es sólo por el gusto de ver al viajero que llega, también por la esperanza de conocer al que viene.

—Te acompañé muchas veces, aunque ahora hace bastante tiempo que no nos veíamos. Tengo la vida muy agobiada con las adivinaciones, Ambrosio. En Balma hay cada vez menos claridad, como si el futuro fuese la soga con que el pasado ata al presente. Muchos días me acuesto muy cansada.

—Pues tienes que cuidarte, Lucina. Las niñas desgastan la salud con la imaginación porque les gusta más lo que inventan que lo que tienen. La cabeza se les calienta, y cuando ya no pueden sujetar los pensamientos se ponen enfermas, les da fiebre.

—Yo no sé si vendrá alguien a quien conozcas, alguien que se quedó desvelada y con el corazón encogido la misma mañana en que te ibas. Lo que veo, cuando me das la mano, como ahora mismo acabas de hacer, es que sigue existiendo la misma vía por donde el correo huye sin que le importen las estaciones. En quince años no recambiaron las traviesas. Se jubiló un fogonero, pero el maquinista es el mismo.

—Tuve una hija, pero el recuerdo me llena de temor. Eres la única persona a quien se lo puedo contar, ya te lo dije en otras ocasiones. Todo lo que cabe en el recuerdo, que es mucho, que puede llegar a ser demasiado, lo deshice sin ninguna piedad, con gran esfuerzo pero sin contemplaciones. La mano deja una huella. Me gusta que me la des cuando caminamos. Tienes que cuidarte de esa enfermedad, no adivines tanto.

—Balma me necesita. Mira ahora mismo esa llama en el portal. Las casas del Temple tienen la vecindad atemorizada porque en todas ellas, en el interior, hay un ruido que descompone el sueño. La llama es una señal para ahuyentar ese requerimiento que hiela el alma de los durmientes, y también para advertir a los paseantes de que las noches son angustiosas y hay peligro de confundir las cuatro calles y perder el juicio.

—No suelo venir, y jamás escuché nada.

—Yo he subido a los tejados. Lo que se aprecia en algún pedazo de la noche es igual que un suspiro amordazado entre las sábanas. ¿Alguna vez se te ocurrió pensar a qué suena el remordimiento?...

—Nunca. Ni siquiera me lo puedo imaginar.

—Es el pesar interno de lo malo que hemos hecho. Lo malo que hizo Balma, lo peor del Temple. Se altera la conciencia con la inquietud y los escrúpulos. El pesar rebota entre el desasosiego. El remordimiento suena a un metal corroído, el eco de la



campana de tantos muertos como casas, o tal vez de tantos muertos como pisos o, en el último extremo, de tantos muertos como habitaciones. No eran los muertos justos de la tragedia en que todos se mataban. Eran los muertos de la infamia de los vivos.

—No lo sé, Lucina. Cuando hablas con esas pruebas consigues que me estremezca, aunque no te comprenda del todo. Tienes que entender que en la Ciudad de Sombra encontré el refugio. Mis noches se completan sin otros contratiempos que los propios de quien vaga sin oficio ni beneficio, apenas buscando la subsistencia.

—Las noches son eternas, Ambrosio, de eso ya hemos hablado. No hay noche que no hayas completado sin que el tiempo te urja a medirla. Estas historias, como la tuya y la mía, no se ajustan al tiempo y pueden hacer perfectamente de una noche una eternidad.

—Yo ando por el camino trillado del que busca y recibe, sin otra voluntad que la urbana, sin otra encomienda que oír las voces y los ecos. Hago los encargos. Me presto a lo que me ordenan o me recriminan. Soy una sombra en la Ciudad de Sombra, me lo dijiste un día. Cuando apareces, cuando asomas y me das la mano, y me llevas y me entretienes, es cuando más cerca estoy de lo que los seres humanos llamaban felicidad antes de la Contienda.

## 119.

Lucina acerca a Ambrosio a un portal donde la llama está a punto de extinguirse.

—Ahora se apaga —dice, indicándole a Ambrosio que permanezca en silencio— y lo que suena, ya lo verás, es el metal corroído, un ruido que atormenta a los que duermen con mayor insistencia. La llama apagada ya no sirve. Las velas de las iglesias mantienen viva la fe, y cuando se acaba la cera son las tinieblas las que amenazan a los feligreses. Entra conmigo al portal y cierra los ojos.

Ambrosio obedece. En la mano de Lucina hay un temblor que acompaña a la respiración contenida y a lo que en seguida parece un suspiro.

—Son nombres —dice Lucina, que contrae la mano bajo los dedos de Ambrosio—. Lo que suena como el bronce de una campana de muertos. Una lista de delaciones, un repique de denunciados y culpables. Esos nombres rebotan en la conciencia y no hay modo de curar el remordimiento. Es un metal que retumba en las sienes de los dormidos. El Temple necesita más llamas, más lamparillas, y puede llegar un día en que se hunda como le sucedió esta noche a la Plaza del Mirto. Los derrumbes en Balma superan a las demoliciones. Cae la Ciudad, se arrodillan los fieles, tiemblan los pecadores.

Lucina lleva a Ambrosio. Cruzan por el cuadrado de las cuatro calles, donde la niebla se diluye como una seda rala, entre el olor del humo de la leña. Los pies desnudos de Lucina marcan las pisadas de un pájaro que en cualquier momento puede emprender el vuelo.

—Una cosa tenía que contarte, además del aviso del correo que llega con el mismo retraso que aquel dieciséis de enero. En los últimos días, además de las visiones, de lo que puedo predecir como si lo adivinase, tengo algunos presentimientos. Y son propios del mal que atañe a mi cuerpo y también a mi alma.

—¿Qué presentes, Lucina? ¿Ya te he dicho que puedes ponerte enferma por adivinar tanto?...

—Presiento que el corazón se me para. Estoy muy cansada. Me cuesta mucho trabajo despertar, levantarme, lavarme la cara. No me calzo desde hace días. Cuando miro por la ventana y veo la niebla, recuerdo aquellos días en que andaba sin rumbo y bailaba como una peonza hasta desmayarme. El cuerpo no me sostiene y el alma se apaga como esa llama que acabamos de ver, o como el corazón de un gorrión que abrió el pico y expiró en mis manos.

—No sé lo que significa —dice Ambrosio.

—Que voy a morirme y, lo que es peor, que me condeno.

Lucina se mueve de puntillas. Ambrosio la observa hasta que ella pierde el equilibrio y está a punto de caerse.

—¿Cómo se te puede ocurrir eso?...

—Es otro modo de adivinar —dice ella—. Viví en la Contienda como la niña

ciega en la que nadie reparaba y que, sin embargo, era testigo de todo lo que sucedía. La niña estaba sucia, abandonada. La muerte era, por cualquier parte, el único presentimiento. Yo no escuchaba las voces, tan sólo los latidos. No sé de dónde venía esa niña, ni los años que la separaban de la realidad de las cosas, no recuerdo lo que pudo sucederle desde aquellos primeros sueños en que comenzó a sentir que la verdad llenaba su cabeza y que, de todos los que andaban por Balma, siempre se salvaban los que la acariciaban o le daban un mendrugo de pan.

—El corazón no se para de ese modo. Nadie se muere de esa manera. ¿Qué es lo que estás inventando?...

—Te lo digo a ti, porque eres mi amigo. Este presentimiento se corresponde con el pensamiento que tengo de que la edad se acaba. No me apetece nada ver Balma en el fin de los tiempos. Verme condenada es lo que más me preocupa pero, a lo mejor, la condena es el único conducto de la eternidad. No es posible haber adivinado tanto, haber sido testigo de tantas cosas, y ser inocente. El mal no es como el bien, ni yo he sufrido en la proporción en que Balma llegó a desangrarse.

—No lo entiendo, Lucina.

—Puedes mirarme saltando de un tejado a otro. ¿A que no sabes una cosa?...

Ambrosio la ve correr, perderse al extremo de una calle.

—Nací en un circo. Saltaba a la comba en el alambre. En algunas sesiones me rompía la crisma, y en otras mantenía el equilibrio hasta que el público se impacientaba. Fue entonces cuando pensé que la vida y la muerte se miran en los ojos ciegos de una niña que juega a no caerse.

## 120.

—Todos duermen, la casa es mía. En los cimientos hay una estrella de moho.

—Comparto la misma sensación. Soy un hombre desvelado que, al fin, es dueño de la totalidad de sus pensamientos, de sus emociones y de sus deseos. Nadie le interfiere.

—Puedo seguiros en la idea de que el sueño de los demás motiva su desaparición, ya no existen. Es como si el vacío de su conciencia procurara su extinción, aunque se trate de una mera coyuntura, precisamente lo que dure el sueño que los secuestra. No sé sin embargo lo que hay en los cimientos de mi casa, tampoco la siento como mía. No es un problema de propiedad.

—Es una sensación de plenitud. No hay nadie que se interponga en lo que parece un concierto de las emociones, los pensamientos y los deseos. La plenitud se corresponde con la dejación de los demás, con el hecho de que ellos no existen y, por tanto, no hay relación y mucho menos requerimientos o reclamaciones. Están dormidos, nada tienen que decirme mientras el sueño los enajena. La casa es mía. En mi habitación no hay otro movimiento que el de la oscuridad que mece la cortina. Estoy quieto. Los ojos abiertos revelan el sosiego de mi lucidez.

—¿Cuánto dura esa sensación, esa quietud, ese despegó?... No sé si puede medirse en el tiempo. Los demás duermen horas, pero el cálculo que logro hacer de mi pacificación no obtiene resultado. Es un instante o la medida de lo que pudiera acercarse a la eternidad. Pero también tengo que decir otra cosa: la casa es mía y en la totalidad de los aposentos duermen esos seres queridos que ya no lo son, que ya no existen como tales, que se disiparon en la extrañeza que supone su expulsión. Nada me une a ellos. Y lo que corroboro es que en los cimientos de la casa hay una estrella de moho.

—Sé que se trata de un juego de ilusiones.

—Puede que lo sea. Entre la lasitud o la plenitud, entre el sosiego y la lucidez, hay un círculo que ahonda en esta impresión de que la noche nos dejó, nos hizo suyos en una suerte de abandono que no tiene exigencias, y nuestro abandono se contrapone al sueño de los otros. Me parece que lo exagero, pero una parte crucial de esta especie de felicidad que hace vibrar el pensamiento y la emoción y el deseo proviene del abandono, de sentirte abandonado porque nadie te necesita ni a nadie necesitas.

—Son palabras que no buscan expresar nada concreto. Palabras que tienen el matiz de la propia oscuridad que se mueve con la cortina de la habitación, cuando en los ojos abiertos no existe el peso de ninguna imagen.

—Una estrella de moho. Podía compaginar la presunción de un firmamento que brilla en lo alto, con la corrupción de esa sustancia orgánica que tiene un reflejo estelar en el subsuelo, donde los cimientos de la casa sostienen su entereza y su deterioro.

—También debiera decir que alguna vez, en alguna ocasión, se me cerraron los

ojos y, al fin, no fui otra cosa que un durmiente más entre los que ocupan el resto de aposentos. No sé si el instante se fundió con la eternidad o había alguna equivalencia entre lo que a ellos les sucediera. La lucidez podría llegarles cuando yo la hubiese perdido. Entonces ellos eran los soñadores y yo el desaparecido.

—Es un trance, no le demos más vueltas. Gastamos demasiada saliva para expresar lo inaprensible. No sois los mejores compañeros para compartir una experiencia de esta índole. Los trances se cuentan con dificultades. El intento de contarlo todo, de llegar a confesar hasta lo más íntimo y lo más ínfimo, es inocuo. Hubo un rapto de lucidez, eso sí, pero acaso más de ilusión que de lucidez, en que me sentí reconfortado. La casa era mía, como decís, y todos estaban durmiendo, todos se habían extinguido en el sueño, no quedaba nadie. La estrella de moho no me la imagino.

—Es una emoción que si fuera sincero os diría que me acerca a la muerte. ¿Qué idea tenemos de la misma que no sea compatible con lo que estamos diciendo?...

—Abrir los ojos, cerrarlos.

—Y si ya nadie queda en casa, ¿quién vino o qué sucedió cuando la oscuridad dejó de mover la cortina y en los párpados hubo un temblor que parecía predecir un estremecimiento en los propios cimientos, la percepción de lo que se hunde, el vértigo de la caída?...

—¿Es que lo estás escuchando?...

—Nadie se extingue sin un suspiro.

—Muchas veces los dormidos son los muertos.

—Es mejor no atormentarnos.

—No hay nada más inútil que la voz que repite lo que nombra la desgracia.

—Es un modo de entretenernos, aunque apenas sirva para conocernos mejor y ayude a consolarnos. Tampoco le demos demasiada importancia.

## 121.

Lucina vuela en la cabeza de Ambrosio. Lo mismo la sostiene un pensamiento con el que Ambrosio intenta comprenderla, que el vértigo con que salta en el alambre y en vez de caerse parece subir hacia el alero de alguno de los tejados.

—Me muero y me condeno, mira qué pena. No había un alma pura en el Circo Malabares, donde los contorsionistas estaban enfrentados con los trapeceistas y el payaso le rompió la crisma al augusto con una quijada. A la niña le cortaron el alambre cuantas veces fue necesario para dejarla tullida.

—No puedes echarte a perder de ese modo —dice Ambrosio preocupado, intentando alcanzarla para darle de nuevo la mano—. ¿Cómo vas a condenarte?... Te estás armando un lío con la inocencia y la adivinación. El mal que vislumbras no te concierne, nada de lo que presientes va a mancharte las manos. Te caías del alambre, o te tiraban, y no tenías ninguna culpa. A lo mejor te faltaba habilidad hasta que aprendiste a hacer bien el número.

Lucina le espera, alza los brazos, junta las manos sobre la cabeza.

—Bueno, lo del Circo es un ejemplo. No te creas todo lo que te cuento. Hay muchas adivinaciones, y algunas me las has escuchado, que son como las parábolas que contaba Jesucristo cuando andaba por Judea con las sandalias rotas. El mismo Jesucristo era un cuentista que decía la verdad cuando hacía una predicción. O multiplicaba el pan y los peces. Un vino muy bueno y unas carpas que te relamías de gusto. Pero ya viste cómo lo crucificaron.

El Temple se hunde en la niebla. Una gabarra cuadriculada que tiene las esquinas como aristas rotas y que no se mueve en la navegación ya que su carga apenas le permite otra cosa que ese hundimiento, en el que las conciencias se espesan remordidas y en los portales se apaga la última señal.

—Procuro no cruzarlo —repite Ambrosio cuando se alejan y Lucina le devuelve la mano—. No hay otro lugar en Balma donde el frío se me agarre de tal modo a los huesos. No tiemblo, pero me estremezco, y una vez me quedé paralizado, igual que una estatua de hielo, hasta que las orejas empezaron a gotearme y pude rascarme la nariz.

—Balma tiene rincones y lugares donde algunos fantasmas hacen su agosto. Son seres desperdiciados y arribistas que no acaban de definirse porque son muy interesados y simuladores. Muy pocos lo son de verdad, quiero decir, dueños de una imagen muerta. En su mayoría no pasan de espantajos. Pero voy a decirte una cosa, en la intención de simular al muerto también se acaba muriendo un poco. Date cuenta de que en la Ciudad de Sombra un muerto, igual que un vivo, no es un ser privilegiado, y ninguno tiene mayor autoridad que otro. Aquí ya sabes que lo que más abundan son las moscas y los suspiros.

El frío araña la espalda de Ambrosio, que de pronto siente que en la niebla se

diluye la mano de Lucina que creía tener muy bien cogida en la suya.

—No sé adónde me llevas —musita desconcertado, mientras el arañoza baja hasta sus piernas, que aúnan un temblor que las desequilibra, como si fuesen a desengancharse y pudieran hacerle caer.

—Me llaman para hacer una adivinación, pero es secreta porque la solicita un personaje muy importante. Quiero que vengas conmigo para que me echés una mano. Llegamos en seguida, no te preocupes. Por la Cuesta del Racimo, en el número trece. Entre las personalidades que se ocupan de las cosas más importantes hay mucha preocupación por la unidad del destino en lo universal. Las naciones ya se sabe que son muy entrometidas y que en el mundo siempre lleva las de perder el que se achica y no hace baza. En el julepe y en la brisca la arrogancia está aliada con la suerte.

—Hace medio siglo que no veo una baraja.

—Yo leo las cartas, Ambrosio, y lo hago de la misma manera en que distingo el destino de un panadero en las rayas de la mano, por mucho que las tenga llenas de harina. La clarividencia de la niña ciega es como un resol debajo de las pestañas. Ahora lo que me espanta es la condenación, pero ya iremos barajando para alargar el resto de la partida.

—¿Y estás segura de que el correo del Noroeste va a llegar con el mismo retraso?

...

—Quince años, segundo arriba, segundo abajo. Las traviesas no las cambiaron, el fogonero se jubiló pero el maquinista es el mismo.

## 122.

Nadie sabe que el trece de la Cuesta del Racimo tuvo con anterioridad otras numeraciones, y que en los usos y costumbres de un inmueble tan feo y abatido por la desidia de quien pudo ser su último propietario, la vida doméstica se degradó en la confusión de sus habitantes, de tal manera que ninguno de ellos tuvo la certeza del parentesco o la convicción de una convivencia organizada.

—Aquí no se pasa lista, esto no es un cuartel pero tampoco el hogar de una familia cabal —decía uno de los inquilinos—. Aquí nadie ocupa el casillero del padrón correspondiente, ni hay vínculos que sustenten las relaciones matrimoniales ni los compromisos del patrimonio. No hay solvencia ni mesura, y al que le tienta el parricidio es mejor que tome pastillas. El inmueble tiene una declaración de ruina desde que se construyó a comienzos de siglo y en su inscripción en el Registro no hay más que tachaduras. Como fácilmente puede adivinarse, el Catastro jamás quiso saber nada.

Lo que pudiera escucharse de ese número trece sería muy parecido a lo que se pudiera decir de tantos otros inmuebles que en la Ciudad de Sombra, por cualquiera de sus estribaciones, apuntalan los grumos arquitectónicos de su desprendimiento, como si alguien sin criterio ni atención a un mínimo plan los hubiera esparcido con la voluntad de ponerlos de cualquier modo y en cualquier sitio.

El trece ya no tiene la verja del jardincillo ni la modesta balaustrada, ni el farol que iluminó las diversas numeraciones, ni la barandilla del balcón central que, como en tantos otros de la Ciudad de Sombra, cedió cuando menos se esperaba, para que el más torpe de los inquilinos cayera al vacío y en los comentarios del vecindario alguien añadiese a la desgracia la eventualidad del curioso y el peso excesivo de los pies planos.

—Uno que se estrelló por otear lo que no debía, y al que se le desparramaban las pisadas con el rigor metalúrgico de los malos pensamientos.

Hay un hombre en la esquina, y cuando Lucina y Ambrosio se acercan al número trece el hombre silba y desaparece.

—Vais derechos por detrás, dando la vuelta —les ordena alguien a la espalda—. Hacedos a la idea de que estáis detenidos.

Ambrosio aprieta la mano de Lucina, cuyos dedos disminuyen como si se encogieran, aunque en seguida retoman la caricia con confianza.

—Nos llaman de parte del Centinela —dice la niña muy segura y con la voz imperiosa—. Es la patria la que, al parecer, reclama el vaticinio y la adivinación. No estamos encausados en ningún sumario, nos presentamos en acto de servicio. Somos adictos, y quien lo dude sólo tiene que mirarnos la pata.

—Sujeta la lengua, que no está el horno para bollos, chiquilla. Lo que ahora mismo sucede en este caserón de Balma puede desmoronar los principios



fundamentales del movimiento. No hay manera de mantener impasible el ademán.

—La gran desgracia de la Ciudad de Sombra viene del Margo, ya definitivamente un río maldito —dice el hombre que les sigue a la espalda, con una voz de penumbra y desconsuelo—. La patria se va al garete por culpa de una trucha podrida, de un pescador furtivo que no quiso darse a conocer a tiempo, y de un guarda fluvial más pundonoroso que comprensivo. Hay camaradas a los que les pierde el reglamento y se les cruzan los luceros. Este guarda es uno de ellos, el más fundamentalista.

—No entiendo de circunstancias sociopolíticas —dice Lucina muy resabiada, que siente el temblor de la mano de Ambrosio que transmite una corriente alterna—. Yo predigo y consuelo, y si con ello contribuyo a la unidad del destino en lo universal, según la consigna que me han hecho llegar, pues me doy por contenta. En el Circo Malabares nadie me enseñó formación del espíritu nacional. La niña que saltaba a la comba en el alambre apenas pensaba en las musarañas.

Por la parte trasera del trece, bajando unos escalones, se accede a lo que en su día pudo ser una bodega o el trastero del inmueble.

—Usted no se identificó —le dice el hombre, que deja pasar a Lucina y retiene con una mano en el brazo a Ambrosio, que se siente desasistido al desprenderse de los dedos de la niña—. ¿Es el padre de la visionaria o el quirúrgico que va a curarle el culo al Centinela de Occidente?...

El recinto está sucio y mal iluminado. Al fondo hay una puerta semiabierta por la que se escapa una luz roja y gualda, que semeja el despliegue de una bandera voltaica enarbolada entre el silencio y la basura.

—Quirúrgico —musita Ambrosio, con el miedo paralelo al de tantas voces que anidan en su cabeza con el viento enarbolado de otras banderas y palabras que se deshacen en el polvo.

## 123.

Lo que Ambrosio vislumbra es un jergón sobre el que yace de espaldas alguien a quien le quitaron los pantalones y muestra las nalgas tumefactas, en las que brotaron extraños grumos sanguinolentos.

A su lado hay dos personas que van y vienen nerviosas, con las manos temblando. Llevan y traen una palangana, un rollo de algodón y un paquete de gasas. Les cuesta trabajo extraer algunas gasas, en las que vierten sin mucho tino el tinte oscuro de un frasco que tardan en abrir más de la cuenta.

—Si eres el quirúrgico, ya sabes lo que te queda. El yodo para desinfectarlo, y con más cuidado que si se tratara de tu propia madre vas sacando grano a grano de la sal, sin que se admita lastimar lo más mínimo al paciente. Fueron dos cartuchos en vez de uno y de la puntería no cabe la menor duda.

El hombre más decidido y tembloroso, que ahora acerca los dedos a los grumos del trasero del yacente y, al fin, deposita unas gotas del frasco sobre uno de ellos, antes de requerir una gasa y un trozo de algodón, se vuelve hacia la puerta con el gesto imperativo de la cabeza.

—Cerrad de una puta vez —ordena—. Las partes de un hombre de Estado no se exponen, se respetan y acatan. Si de los presentes alguien se va de la lengua habrá represalias. No se puede mirar, ni mucho menos comentarlo.

—Es que llegó el quirúrgico —dice el hombre, que empuja suavemente a Ambrosio para que se asome al cuarto donde la luz de la bombilla colgada en el techo y la lámpara de la mesa emiten las tonalidades rojas y gualdas.

—El doctor Centeno se vale y se sobra por sí mismo, aunque no haya estado en campaña, y mientras menos participen en la cura, mayor eficacia y compenetración. Esto no es una romería, señores, aquí no se trata del deber sagrado y la tarea colectiva, de lo que se trata es de remediar el pifostio de un guindilla fluvial que dejó el Margo a la altura del betún.

El hombre que yace boca abajo en el jergón no emite ni una mínima queja cuando, al fin, el tembloroso doctor y quien le ayuda con no menos temblores proceden a quitar los grumos de sal y a limpiar con el yodo, el algodón y las gasas las heridas.

—Balas como espinas, sin que existan garantías de seguridad ni expresión de las virtudes heroicas. El hombre es portador de los valores eternos, aunque las circunstancias resulten así de penosas, y por mucho que se trate de un accidente y no de un atentado.

El hombre que habla retira a Ambrosio, que todavía vislumbra azorado los grumos que van cayendo en la palangana, donde el agua se tiñe de la hilatura sangrienta, como si un diminuto manantial se derramara desde las nalgas donde el guarda hizo blanco.

Cierran la puerta. Al fondo del trastero se escucha un sollozo. Dos hombres acaban de salir, requeridos en su misión de vigilancia.

—Ni Dios dice ni pío —indica el que parece dirigir la operación—. Las autoridades competentes saben al dedillo lo que vale un peine. Al Centinela se lo llevará la ambulancia cuando el recato lo aconseje. ¿Quién tendría el cuajo suficiente para entregar esas posaderas en las condiciones en que se hallan?... ¿Cómo hostias se hace nadie cargo de unas heridas de sal, oprobiosas en comparación con las de plomo, cuando no hay timbre de honor ni capacidad y mérito?...

El hombre que solloza está sentado en una banqueta y tiene los brazos sobre el pecho y las manos recogidas como si se las hubiesen esposado.

—El río no da tregua, y menos en tiempo de veda —dice, sin que apenas sus palabras resulten audibles—. No observé otra cosa que a un furtivo, un pescador de ribera con la indumentaria deportiva pero, al cabo, un furtivo. Le eché el alto, lo juro. Le dije que una trucha de esa categoría no es otra cosa que una madre incubando para la temporada, y que la veda se respeta como la comunidad de intereses y la unidad de propósitos.

—Pero disparaste, Vladimiro —asegura el hombre que va a su lado y le pega una patada a la banqueta, lo que le hace caer—. Le metiste dos cartuchos de sal en el culo al mismísimo Centinela de Occidente, que puede ser furtivo cuando le dé la gana porque vaya donde vaya y haga lo que haga siempre ejerce el deber y el honor de la patria.

—Nadie me avisó del cuartelillo, nadie llamó de la Gobernación o la Hidrográfica. Yo me debo al río y al juramento profesional. En este oficio se vive entre el desamparo de las orillas, y siempre hay quien te busca las coscas.

—Es una efigie, Vladimiro, no hay disculpa. La trucha puede estar embarazada y en la veda las corrientes del Margo le dan impunidad, pero los postulados de la autoridad, la libertad y el servicio avalan la coartada del Gran Pescador, del Timonel, del Centinela. Una puta trucha, un capricho. No me jodas, Vladimiro...

—Disparé con más dudas que nervios, aunque la efigie no la reconocía, puedo asegurarlo, por mucho que la haya visto en la prensa y los pasquines y escuche todos los días el parte en la radio. ¿Quién piensa en tal autoridad con las mañas del furtivo entre la niebla de un pozo donde las truchas se duermen como las doncellas preñadas?...

—Te pasaste la Contienda de furriel, lo sabe todo el mundo, Vladimiro. Casi siempre rebajado de servicio. Así te luce el pelo.

—Por el reuma del río, no por otra cosa. Las inflamaciones musculares son el sambenito del guarda, nadie puede imaginarse lo que castiga la humedad. El río siempre fue mi alimento y mi perdición, y ahora la causa de una gran desgracia nacional. Yo acato lo que se me viene encima, faltaría más. Ojalá pudiera restregar el culo en las ortigas para aliviar el despropósito de los disparos.

Son los sollozos de Vladimiro lo único que se escucha en la penumbra de lo que Ambrosio imagina como un desastrado calabozo donde se fueron amontonando los enseres inservibles del inmueble, como si en la confusión de los sucesivos inquilinos permaneciera un rastro de la inutilidad de sus vidas: lo que se desecha de lo que no merece ningún aprecio, de modo parecido a lo que se condena en el olvido y sufrimiento del preso que tampoco necesitó sentencia.

Lucina está a su lado, y cuando al cabo de un rato se abre de nuevo la puerta del cuarto que devuelve el ramalazo de la luz roja y gualda, la niña retoma la mano de Ambrosio con cierta crispación.

—Las nalgas del Centinela están desinfectadas y limpias —informa el doctor Centeno, que sale seguido por el ayudante que transporta con sumo cuidado la palangana—, lo que no quiere decir que no persista el dolor, por mucho que en la virtud heroica sea asimilado con parejo sufrimiento por la patria, al que el Centinela nos tiene tan acostumbrados. Ahora hay que dejarlo que repose. Vamos a ver si la sal no interfiere con la sangre en la tensión arterial, ni apreciamos episodios preocupantes del tejido nervioso. Hay que andarse a la chita callando, y el que insinúe siquiera haberle visto el culo al Centinela ya hizo las diez últimas.

—Mantendremos montada la vigilancia hasta que se concreten las órdenes y las consignas... —dice el hombre que se cuadra tras volver a dar una patada a Vladimiro, cuyos sollozos derivan en un hipo incontenible.

—La ciencia ya hizo lo que debía, ahora deberán actuar las autoridades, pero sin precipitación y con sigilo. Y lo primero de todo, hagan ustedes el favor de quitar del medio a ese desafecto. Jamás en esta urbe alguien hizo un uso tan indebido de un arma reglamentaria, y eso que en Balma últimamente no se escuchan más que tiros por la culata. Nosotros nos vamos a tomar una copita, que bien merecida la tenemos. En cualquier caso, no asomamos la gaita más allá del Mediavilla, si hay novedades, avisan, y ya saben que si te he visto no me acuerdo.

—Tengo el corazón en un puño... —musita Lucina, cuya mano tiembla en la de Ambrosio.

—Que pase la niña ciega —indica el doctor antes de salir—. Ahora ya puede predecirle al Centinela lo que sea de su gusto.

A Vladimiro lo sacan los dos vigilantes que vuelven de sus puestos para llevárselo, sin que al guarda se le corte el hipo.

—Caña y candela... —pide el doctor, que desaparece con las prisas de quien no debe de estar muy dispuesto a volver—. Lo que esta noche se cocina en el trece del Racimo no tiene parangón con lo que los hermanos Abadía hicieron hace seis años en el desván del inmueble. La yugular de un jefe de Abastos, gota a gota hasta el último latido de la piltrafa.

Lucina se asoma al cuarto donde yace el hombre en el jergón, boca abajo, con las nalgas tiznadas por el color amarillento del yodo. Ambrosio quiere desasirse de su mano, pero ella no se lo consiente.

—No me dejes sola... —le susurra.

Entran ambos. La puerta se cierra tras ellos. La luz de la lámpara y de la bombilla entrecruzan sus tonalidades rojas y gualdas, pero en el cuarto apenas persiste una iluminación de bandera ajada que en la cabeza de Ambrosio se aferra a la imagen de alguna cartelera del Cine Profundidades, en la que un cuerpo yacente está envuelto por el paño de la enseña con la que sus correligionarios van a enterrarlo.

El hombre mueve ligeramente las piernas y en seguida emite un gemido.

—La pena mayor del mundo —dice Lucina, que se despega unos pasos de Ambrosio— es la de la sangre derramada inútilmente.

—¿Eres la niña que predice en Balma lo que no puede saberse en ningún otro sitio?... —inquire el hombre, que alza ligeramente la cabeza y tiene una voz atiplada.

—La misma que pudiera servirlos, si el Centinela de Occidente no ordena otra cosa.

—Dime entonces si lo que más me conviene es ser Centinela o Caudillo...

—A la patria le vendría mejor el caudillaje, pero el mundo necesita que el portador de valores eternos no se contenga en el egoísmo de las fronteras. Hay que encender la mecha de Occidente, mantenerla despierta, velar para que no se expanda el materialismo agropecuario.

## 125.

—Dime, chiquilla, si el hombre es portador de valores eternos —inquiérese el yacente, que parece buscar cierta comodidad en su forzada postura, lo que le cuesta un notable esfuerzo—, ¿qué razones hay para que el instrumento autoritario tenga que justificar el mando en plaza?...

—Ninguna razón que no sea la del cumplimiento de las costumbres y los refinamientos. El caudillaje lleva implícitas la autoridad, la jerarquía y el orden, en tanto en cuanto se sostiene en el imperio de la ley y la moral, cualidades de su propia esencia. El Centinela otea y predispone, el Caudillo requiere, dicta y reparte. Uno y otro mantienen igual espíritu de camaradería.

—Pero me has dicho que a la patria le petaría más el caudillaje, aunque el mundo porte otros intereses. No sé, querida niña, si la patria es o no es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, y el mundo la compaginación, más o menos pagana, de la totalidad. Estoy confuso. Desde que me dieron el aviso en los cuartos traseros, veo que me falla la envoltura corporal.

—No hay animadversión en el nalgatorio —dice Lucina, que acaba de arrodillarse peligrosamente cerca del culo del hombre dolorido, mientras Ambrosio recela y quiere apartarla—. El tiro era imprevisto, la detonación resultó una salva en el río de los afanes, y no conviene olvidar lo que significa la sal de la vida. Tafariño, tabalario, bullarengue, lo posterior no es otra cosa que la cara oculta de lo anterior, y en la autoridad consumada no existen miramientos.

—Te escucho como agua de mayo, chiquilla. ¿Además del don de la clarividencia tienes también el de la ubicuidad?... No estaría mal que alguien avisara a la guardia mora, que el mismísimo Ali Khan tomara las riendas. En el trasero siento el ramoneo de las hormigas y la aprensión de las termitas. No sé si ese médico que me visitó en este hospital de sangre, el que acaba de irse, es trigo limpio, ni siquiera si es afecto. Las manos le temblaban o por respeto y miedo o por desparpajo. La pompa me la dejó escaldada. Es de esa gente que jamás vi en campaña, de los escaqueados en la última fila del regimiento.

—No sufra su señoría —dice Lucina, cuya mano derecha casi llega a posarse en las tiznadas gasas de la cura—. El médico es un profesional reconocido de la sociedad seria y completa, apenas tiene el defecto de que sopla un poco más de la cuenta para que el ánimo no decaiga, pero entre los alcohólicos anónimos lo tienen como si fuera de casa. Nunca estuvo en las trincheras, pero hizo mucho bien en la reserva.

—Me tranquilizas, chiquilla. Un trasero desafortunado es la rémora mayor de quien ejerce la jefatura. La gobernación hay que hacerla sentado, y no hay dios que despache con hemorroides o lombrices. Dime también si acertaré con el mérito y la capacidad de mis subordinados. ¿Van a mantener firme el ademán o acabarán jugándomela?...

Lucina vuelve a ponerse de pie. Ambrosio tiene la sensación de que, al elevarse de puntillas, intenta el paso de una de sus danzas, como si en vez de estar en el Circo Malabares regresara al escenario del teatrillo donde a veces confiesa haber bailado un minué o una chacona.

—Con la Compañía de Dulcificación Estrada —le escuchó Ambrosio en alguna ocasión—. Antes de que la niña ciega tomara cartas en el asunto, para que la moza casquivana no echara a perder el destino quiromántico a que la abocaban sus primeros pasos. La niña todavía no podía adivinar que en el universo a las telas de araña las llaman constelaciones.

El hombre no logra contener un gemido al moverse. Lucina está quieta. Ambrosio se pone más nervioso.

—Al guarda fluvial —ordena el hombre con violencia— que lo apiolen, pero sin pelotón de fusilamiento, con su propia arma reglamentaria y los cartuchos que le sobraron. Entre las responsabilidades de gobierno no contemplo el indulto. Ahora el culo me duele más que las témporas, y tengo sobradas dudas sobre la idea de que la patria sea una, grande y libre.

—La patria se afana cuando el Caudillo sopla las velas y el Centinela no deja de mirar por la rendija.

—¿Y la unidad de destino en lo universal, querida niña?...

—La garantizan el pendón y el gallardete.

—No sabes el peso que me quitas de encima —dice el hombre, dispuesto a encontrar una postura más cómoda—. En la gobernación hay más amarguras que funciones y, a veces, en el despacho estás más contrariado que la trucha desovando en el cieno, con el anzuelo clavado en la barriga.

Ambrosio y Lucina vuelven cuesta arriba por el Racimo, sin que la niebla deje de ser otra cosa que el humo desvaído de un estandarte que quemó el enemigo, como si en las acechanzas y los asedios cobrara más valor la enseña que la plaza rendida, y en el olor de la tela y los bordados obtuviera más importancia el símbolo que la rendición.

—El buen paño en el arca se vende... —musitó el hombre tras el nuevo gemido que aceleró la salida de sus visitantes, quienes cerraron tras ellos la puerta del cuarto, percatándose de que no quedaba nadie en el trastero, como si en la totalidad del inmueble el vacío fuese la caja de resonancia del propio desamparo de aquel hombre lastimado y yacente—. La bandera tiene el alma del pueblo que la enarbola o del que la guarda con las siete llaves del sepulcro del Cid.

Lucina camina deprisa, necesitada de alejarse lo antes posible, y en la cabeza de Ambrosio la oriflama despliega un aturdimiento que le hace cerrar los ojos, detenerse un instante, calibrar la pisada que lo puede no ya desorientar sino desequilibrar, de modo que la reminiscencia del mareo irradie otra vez el temor del desvanecimiento que en más de una ocasión le sacude en la noche.

Dejan la Cuesta del Racimo y, cuando llegan al Cinto de la Aspereza, muy cerca de nuevo del Temple, Lucina se sienta en el bordillo de la acera y se pone a llorar, con las manos cubriéndole los ojos.

—Se acaba el mundo —dice cuando Ambrosio se sienta a su lado—, porque la impostura se impone a la verdad y el que miente es el dueño de la razón de Estado. También Balma se termina, y de la Ciudad de Sombra no quedará otra cosa que la cortina que mueve el aire. Ay, Ambrosio, ya tengo tan clara como terminante mi propia condenación.

Ambrosio apenas se atreve a acariciar el cabello de la niña.

—La inocencia no se aviene con el castigo —le dice.

—La inocencia se mancilla. La misma niebla, la noche que perdura como una eternidad en este desvarío de la mente, la manchan, la aniquilan. La calidad del alma no me exime de la culpa, estoy sucia. La culpa del mundo, el error de Balma, son delitos y penas de mi propio corazón.

El llanto de Lucina crece. Ambrosio la abraza, y en el temblor de las lágrimas que imprimen un latido muy intenso en el cuerpo de la niña, los brazos de Ambrosio se relajan y en el pecho que la acoge hay como la resonancia de otro latido que algunas noches interfiere su sueño, como la huella de una respiración tan lejana como diminuta, lo que quedó muy lejos, en el tiempo de los quince años de su huida, en la circunstancia de una engañosa despedida.

—Eres la hija que me retiene con lo que ya hace tantos años que dejó de ser un recuerdo, para convertirse en el eco difuso de la memoria... —musita Ambrosio sin



que las palabras arriben a los labios.

—La niña que estaba en la cama, con el embozo en la barbilla y las manos tiritando bajo las sábanas... —musita también Lucina al oído de su amigo.

—Eres la niña que abandoné.

—La que dejaste. La que ahora llora porque se acaba el mundo, y la condenación es el resultado de una inocencia culpable, la mayor contradicción en estos tiempos desgraciados.

—Sé que, después de dejarla, engañada y triste, se levantó, salió de la habitación, fue por el pasillo, bajó las escaleras, asomó por el portal a la calle para ver a su padre huido y mentiroso, como una sabandija que no lograba separar el miedo de la piedad. Un cobarde que no podía calcular el daño, y justificaba su acción disimulando el egoísmo.

—Apenas un pobre hombre que asumía otra condena. No te quemes la sangre. El sufrimiento contiene la inutilidad de muchas cosas. El olvido puede resultar mucho más piadoso que la memoria. La niña volvió a la cama, durmió inquieta pero convencida de que ibas a volver.

Lucina se pone de pie, se restriega los ojos.

—Te acompaño a casa —le propone Ambrosio.

## 127.

—Un hombre que se llamaba Severo le dijo a su mujer que iba a buscar al hijo que llevaba tres meses desaparecido. Se lo dijo la misma mañana que en Solba se rebelaron los militares del Cuartel del Amunicionamiento, que eran mayoritariamente artilleros.

—Es una historia que tiene tres orientaciones, las propias de sus protagonistas, como ya hemos comprobado al contarla en otras ocasiones, y los que ahora la escucháis por vez primera deberéis tener en cuenta que las coincidencias son meras eventualidades, la vida no tiene un camino para cada viajero, hay rutas que se entrecruzan o siguen paralelas. El hijo de Severo tenía la misma edad que el hijo de Venancio, que tomó la misma decisión en la misma mañana, cuando en Borenes estalló el polvorín de la Reserva y unos anarquistas tomaron el Ayuntamiento.

—El otro padre que decidió esa mañana ir a buscar al hijo desaparecido se llamaba Maqueda. Vivía en Doza, donde estaba empleado en los ferrocarriles. En Doza no sucedió nada hasta que en el oscurecer los hombres que ocupaban la caja de una camioneta, muy enardecidos y con alguna bandera que no llegó a distinguirse, ametrallaron las calles.

—Los tres hijos desaparecidos llevaban tres meses sin dar señales de vida. Ni Severo ni Venancio ni Maqueda se conocían. Los hijos de Severo y Venancio tenían la misma edad, y el de Maqueda era un año mayor que ellos.

—En lo que cada cual pudiera decir para justificar o, al menos, comprender algo de los motivos de las desapariciones, no existía la mínima semejanza. La verdad es que no podían exponerse razones en ningún caso, quiero decir que nadie tenía alguna explicación o un recurso al que agarrarse. Los tres hijos se fueron sin dejar ningún rastro, ni una nota, ni un aviso ni, por supuesto, una llamada posterior.

—Tres meses exactos, justo ese mismo día en que las cosas comenzaban a ponerse de veras mal y cuando, ya en cualquier emisora, se escuchaban las versiones más contradictorias de lo que estaba pasando. Al mediodía en Ordial mataron al alcalde y por la noche ardían los conventos del Cíngulo y la Santa Aseveración, mientras la campana de la Iglesia de San Surio volaba desprendida como un obús hasta caer en el patio de los Huérfanos Agrarios.

—Los padres se encuentran al cabo de tres semanas en la Estación de Val Gusán. Está suspendido el servicio ferroviario hacia el Castro Astur, que es adonde pretenden ir. En ese momento, cada uno de ellos tiene datos del hijo de los otros, y en la noche que pasan juntos en la Estación, cuando al fin establecen la discreta relación de quienes se ven con parecidas coyunturas, las confidencias les hacen constatar esas circunstancias y las coincidencias de un inesperado reconocimiento. Son sin duda sus tres hijos y existe, además, un dato más elocuente y extraordinario que ningún otro: están juntos, o lo estuvieron, o puede hacerse fácilmente el cálculo de una huida premeditada y un encuentro previsto.

—¿Qué hay entre ellos, qué significa que puedan andar metidos en una aventura común, cómo puñetas pudieron conocerse, qué intenciones tienen?...

—Lo que Severo, Venancio y Maqueda deciden, al ordenar sus cábalas, y después de contrastar los datos de cada cual, lo que en sus indagaciones aclararon sobre los hijos respectivos, es obviamente unificar la búsqueda. El hijo desaparecido de cada uno es el hijo desaparecido de todos. Pero esa noche en Val Gusán un bimotor del que nadie sabría decir nada, apenas que podía tratarse de un mosquito rabioso en una noche de julio, deja caer cuatro bombas en la Estación, y de las cuatro hay dos que hacen reventar la Sala de Espera donde Severo, Venancio y Maqueda van tomando confianza y afianzando la estrategia para que los desaparecidos vuelvan al hogar; todos ellos, padres e hijos, reconvertidos tras el terrible disgusto en amigos, a quienes la coincidencia, que es una forma menor y doméstica de nombrar el destino, hizo conocerse y recobrase.

—Los padres mueren en la Estación de Val Gusán y, lo que es peor, no hay rastro oficial de sus muertes. Los padres son los seres anónimos de una desaparición que salda la tragedia: las bombas que tantas muertes anónimas anticipan.

—¿Y los hijos?...

—Ya dijimos que la historia tiene tres orientaciones, las que corresponden a cada uno de los protagonistas, padres e hijos en parejas paralelas, los que buscaron y los que desaparecieron. El final no puede ser otro que el del regreso de los hijos, cuando la Contienda acabó, a sus respectivas casas y con sus respectivas familias, mientras que nadie supo decir nada de los padres que en la misma fecha salieron a buscarlos.

## 128.

Ella se resiste a entrar en casa, pero Ambrosio la convence de que tiene que descansar y de que sólo durmiendo puede encontrar algún alivio para los más oscuros pensamientos, ya que en el sueño la mente de Lucina se disuelve sin que las predicciones sean otra cosa que las revelaciones de un corazón aventurado.

—Es que se me resiste la idea de la condenación y no aguanto la pena de verme finalmente tirada en cualquier esquina, sin que el mundo me necesite y Balma ni siquiera me reconozca entre las hijas que más hicieron por salvarla. Por otro lado, albergo graves dudas sobre la unidad de destino en lo universal.

Cuando Ambrosio vuelve para recobrar las pisadas que se inmiscuyen en la niebla, sin que haya otra huella que la de los gestos derretidos y las miradas que tienden su extravío en la sima de la noche, tiene dificultad para mantenerse en pie, como si las pisadas resbalaran en el espejo empañado o hubiese fraguado el hielo en el pavimento húmedo.

La previsión del desvanecimiento, cuando ya el equilibrio parece restaurarse, mientras permanece quieto, con los ojos cerrados y las manos agarrando lo que en la niebla resulta más sólido, cualquier objeto que la traspasa igual que un pensamiento donde aferrarse se mantiene como una alerta, ya que en los ojos de Ambrosio hubo un aviso que desfiguró lo que veía, y aún permanece esa sensación de que a la realidad no la desfigura la niebla que la cubre, sino el desnivel de una estabilidad interior que apenas permite percibirla. No se trata tampoco de la realidad averiada desde las cataratas de los ojos.

Hay una voz en la niebla. Es el murmullo de las propias palabras de Lucina que, de nuevo, se empastan con las que los oídos de Ambrosio intentan reclamar. La voz de una niña que contiene la resonancia de una llamada y también la falta de resignación de una despedida.

Ambrosio camina sin que en su cabeza obtenga la lucidez que oriente las pisadas. Es uno de esos momentos de la noche, cuando ya las horas acumularon muchos desvíos y requerimientos, en que la tiniebla se impone como un tormento que revuelve las aguas mentales donde todo es posible menos el reposo, un lago en el que las profundidades del cuerpo y del espíritu destilan el mismo cieno, y el tiempo y la conciencia se contradicen en los imposibles recuerdos, en los veteranos fantasmas que asoman a la superficie, de algún modo desmintiendo lo que Ambrosio logró con el esfuerzo de la metamorfosis y el olvido.

Habitualmente es el mismo hilo conductor el que mueve las aguas turbias, el que derrama el cieno sobre la piel del cuerpo y el alma, como si no fuera preciso zambullirse en el lago, sino esperar a que se alcen las profundidades con la amenaza de una ola interior que viene, igual que llegan los recuerdos más persistentes o los

pensamientos más inesperados. El hilo pertenece al ovillo de la niña que huele a lana y leche, también al dulzor del azúcar y al perfume que se mezcló con el tenue sudor de su cuerpecillo de garabato. Es el hilo de la hija abandonada.

—No queda nada de todo aquello y, sin embargo, resuena el nombre con que te llamaba, aunque no lo llego a pronunciar. El nombre alienta la ansiedad de un deseo, el que me incita a llamarte, a volver a verte, a regresar al menos al momento en que te abandoné.

A esas horas de la noche no hay respuesta alguna. Lo que en la cabeza de Ambrosio Leda es un lago, revuelto y cenagoso, donde el cuerpo y el espíritu se contaminan de la misma suciedad, se corresponde con la confusión de las tinieblas, y hasta la misma niebla adensa una oscuridad que no permite recobrar el pensamiento adecuado a las pisadas.

—Un hombre que ya no tiene ni el bosque ni la urbe para ir componiendo el camino de sus resoluciones. Un hombre que no conduce otra cosa que el sentido de su acabamiento, o que no reconoce lo que la ruina ofrece como legado de la edad, cuando no queda el tiempo necesario. Un hombre que va a caer, que está a punto de desvanecerse, cuando ya pensaba que se había recobrado.

## 129.

El ramalazo de la luz perfora la niebla cuando Ambrosio, confundido y a punto de caer, se vuelve ante el sonido del claxon, y el vehículo se para en seco a medio milímetro de su cuerpo.

—Ya le dije a la señora que no me llamo Caronte, que me llamo Lombardo... — grita el chófer del coche de punto asomando por la ventanilla—. No sé si usted anda despistado o lo que quiere es que lo atropellen como al gato.

El susto contribuye a que Ambrosio se recobre. El chófer apaga y enciende los faros, que entre la niebla simulan la señal de una llamada en la laguna, donde Balma cedió los horizontes al hundimiento o al naufragio que desarbola su superficie.

—Suba si va a algún sitio —ofrece el chófer, volviéndose para abrir la puerta trasera—. La carrera tiene a estas horas el tanto por ciento de descuento de la última copa. Si hago números, llego a la conclusión de que hubiera ahorrado más quedándome en casa. Hay servicios que le corresponden a la funeraria.

Ambrosio sube al coche y nada más sentarse pisa el saco que quedó olvidado en el suelo del mismo.

—¿Los llevó usted al Sepulcral o a las Cruces?... —inquire, mientras toma el saco y lo sujeta sobre las piernas, al tiempo que se recuesta en el asiento.

El coche se pone en marcha. La niebla lo envuelve contraponiendo la inmovilidad a la velocidad que apenas le permite deslizarse como una gabarra varada en la corriente.

—Voy a darle mi opinión —dice el chófer—. Ese matrimonio quería dar un garbeo por Balma como el que viaja al pasado, para ir aquí y allí y acordarse de lo que había. Hay mucha gente en esta ciudad que toma el taxi para viajar en el tiempo en vez de por las calles, como si el conductor tuviera el mismo poder que decían que tenían los extraterrestres. Aquí, ya lo sabe usted, un muerto vale lo que un vivo.

—El hombre estaba muy enfermo.

—La iba a diñar, no le quepa duda, o ya había cumplido el trance, pero yo no soy Caronte, no me joda, yo soy Lombardo. La carrera acabó donde empezó. Volvieron a casita. No es la mejor ocurrencia andar agonizando con la nostalgia de lo que hubo y la mala conciencia de lo que hicimos. ¿Se imagina que yo, ahora antes de encerrar, fuese a casa de mi cuñado a pedirle perdón por haber dejado en la calle a su hermana y a sus sobrinos?...

Ambrosio mete la mano en el saco. No hay nada, pero persiste en la rebusca y palpa lo que parece una pequeña alhaja, un anillo con lo que puede ser una piedra engastada.

—No me va a creer lo que le cuento —dice el chófer jocoso—. Esta noche he tenido el cliente más absurdo de mi vida, un bicho. ¿A que no sabe usted que entre los animales del Bosque hay señoritos y proletarios?...

—No tenía ni idea... —musita Ambrosio, que retiene el anillo entre los dedos, sin sacarlo del fondo del saco.

—Es igual que en el cuento del gato con botas... —dice el chófer, que acaba de dar un viraje como si entre la niebla se le echase encima otra gabarra—. El equivalente al marqués de Carabás, pero en vez de gato, zorro. Me echa el alto, alza la cola, le abro la puerta, entra y se sienta tan campante donde usted mismo va ahora, y me dice el muy felino: a Alcidia, en la espesura de los helechos, junto al serbal. ¿Qué le parece?...

Ambrosio mueve los hombros y mira por la ventanilla, donde la niebla es como una piedra que acaba de caer de algún planeta, un meteorito que invade la Ciudad de Sombra y que acaso no la deje respirar.

—De los animales sabemos menos que de las personas, pero eso no supone que no sean lo que ignoramos.

—Un zorro que podía perfectamente haberse licenciado en filosofía y letras.

—También hay lobos en Balma, y algunos hacen negocios de mayor rendimiento que los estraperlistas.

—No me extraña —dice el chófer—. ¿Quiere usted que le diga lo que es un lobo? ... Un perro vil.

Ambrosio tiene el anillo entre los dedos.

—Todavía no me indicó adónde lo llevo, aunque si le soy sincero, tal como se está poniendo la noche, iría usted mejor andando que en un coche al que se le perlaron las bujías.

## 130.

El coche no se mueve y, por un momento, en la cabeza de Ambrosio la nada es el resultado de una aspiración que invade su ánimo en muchas noches parecidas, cuando se agarrota la niebla y la Ciudad de Sombra queda apretada en el puño que la exprime hasta casi hacerla desaparecer.

—Suba usted la ventanilla si es tan amable —le dice el chófer—, porque en estos momentos no sabría decir si vamos por debajo o por encima. Lo que marcan los faros puede ser lo mismo la superficie que la profundidad, y hay riesgo de que muramos ahogados.

Ambrosio ha introducido el anillo en el dedo meñique de la mano izquierda. Cierra los ojos y en la cabeza se le enciende una ensoñación mezclada con un recuerdo, como si en la visión de lo que imagina influyera el ramalazo de la luz de los faros y la niebla derretida, que es un humo blando.

—Mira qué bien —escucha y, al tiempo, siente que la mano de Cala se posa en la suya y acaricia el anillo en el meñique—. Cumpliste lo prometido. La Doncella Reluciente cederá algunos de sus dones a la hija que abandonaste, no tienes que preocuparte por ella. Yo me caso en el Vaticano, con el guarda suizo que más se parezca al capitán de alabarderos, un real mozo. Ya ves que viene conmigo la santina y, si quieres ver el porvenir, sólo tienes que mirar el ojo que lleva en la mano.

Ambrosio ve la mano de la santa Colunga pero no siente el cuerpo a su lado. La carne ultrajada de la santa tiene la evanescencia de la escayola, los colores del caolín y las estampas del martirio, y el ojo brilla como un rubí que refleja la sangre derramada.

—Estuve con Lucina, ya me predijo lo que la niebla no deja ver claro —musita apurado Ambrosio.

—¿Te habló de mi boda?... —inquire interesada Cala.

—Misa de pontifical.

—Colunga y yo hemos hecho una gran amistad. Yo quiero que vuelva a la Iglesia del Santo Escapulario, a la hornacina que le pertenece, pero a lo mejor le propongo que se venga a vivir con nosotros. ¿No te parece que al guarda suizo puede interesarle una santa para que le planche el uniforme?... No habría mejor mucama.

El coche da un viraje, la niebla no lo desata de su inmovilidad, pero en las calles de Balma hay bichos sueltos, objetos tirados y otras gabarras a la deriva.

—Un lobo —grita el chófer—. Un perro vil, como le dije. Se esconden en los pasadizos y, al contrario de los perros, que como usted sabe se han hecho dueños y señores de muchos domicilios, desmintiendo la condición de animales domésticos que tan buen resultado les dio hasta que estalló la Contienda, son mudos, ni ladran ni aúllan. La vileza del lobo está en los colmillos, afilados como puñales hasta que la edad los rebaja, no se figura lo que me hubiese gustado atropellarlo.



—La raza es la misma... —susurra Ambrosio, que todavía tiene la cabeza trabada en la ensoñación.

—No le dije que además de taxista soy un náufrago —dice el chófer, complacido y sonriente—. Uno de esos hombres de los naufragios a quienes tanto gusta arribar a la costa sin tener ni puta idea de adónde llegan. La vida del náufrago es la que mejor representa esta condición a la que pertenecemos, la condición humana propiamente dicha. Navegas sin ton ni son, vas a la deriva, te arrastras como un reptil al que cualquiera puede pisar la cabeza. O te tiran por la borda, o saltas y según vas a caer te das cuenta de que no sabes nadar. Yo lo paso cojonudo, se lo aseguro.

Ambrosio intenta orientarse en la dirección, volviendo a bajar el cristal de la ventanilla. La niebla supura lo que chapotea el hombre que acaba de caerse por la borda en el mar nocturno.

—Naufragar, irse a pique. La mayor hostia de las emociones posibles, la humanidad en estado puro. Aferrado al volante, igual que el timonel que se salió de la ruta, aprieto el acelerador y la Ciudad de Sombra es un túnel donde descarrilan al mismo tiempo dos trenes que van y vienen. El taxista vive en la modorra, el náufrago en la vicisitud.

—No sé si estamos llegando... —se atreve a decir Ambrosio.

—Le repito, para que no haya la menor duda —dice el chófer muy serio—, que no me llamo Caronte, que me llamo Lombardo. ¿Usted iba al Obispado o al Gobierno?... Y haga el favor de llevarse ese saco que perdió. Huele a piltrafa. Voy a encerrar el coche. Hago cuentas de lo que dio de sí esta noche hasta el momento y me sale un saldo negativo, con el agravante de que en la Estigia los peces murieron envenenados. Además del zorro, llevé a un cliente al que un lobo le había mordido el culo, un centinela que al parecer hacía sus necesidades al pie de la garita. No pagó ni dios, y supongo que usted tampoco va a hacerlo.

## 131.

—Yo venía huyendo, corría por la acera de Amianto, apurado por la sensación de que quienes habían dado el alto en la esquina a una pareja que caminaba despistada iban a hacer lo mismo conmigo. Entré en un portal, subí las escaleras con la misma velocidad. En el descansillo del segundo, la puerta de la mano derecha estaba entornada y la verdad es que no lo dudé, la abrí, entré, cerré a mis espaldas. El corazón se me salía por la boca. Jamás he logrado sujetar los nervios, disimular el miedo, que no me tiemblen las manos y las piernas. En la mínima situación de riesgo, soy el sospechoso número uno.

—A mí me sucede lo contrario. El peligro agarrota mis músculos, me convierte en una estatua de piedra, y no me quita lucidez para fingir lo que me dé la gana. Viéndome así, impasible, ajeno, ausente, como si nada fuese conmigo, mostrando el desconocimiento, casi el estupor ante lo que pudieran achacarme, aumento mi seguridad, me fortalezco de un modo que no podéis figuraros.

—No había nadie en el piso. Al menos, eso me pareció en principio, y el hecho de que la puerta estuviera entreabierta no me hizo recelar. Y, por supuesto, los nervios persistieron, aunque el corazón se fuera sosegando.

—He vivido algunos meses en pisos vacíos, abandonados. Son peligrosos, sobre todo cuando los pocos o muchos vecinos que siguen en el inmueble deciden inspeccionarlos, casi siempre para coger alguna cosa, como si el hurto tuviera la coartada de que quien se fue, o a quien llevaron, por alguna razón sería. Lo que queda ya no tiene la propiedad merecida, por mucho que conocieras al convecino o apenas lo saludaras al encontrarlo en la escalera. Esa gente que entra en un piso de ese modo, y con esa intención, es muy peligrosa. En una ocasión observé al que rebuscaba en las mesitas, en las cómodas y los armarios sin la pericia del ladrón pero con la codicia que apenas altera la vergüenza, y supe que volvería y que su avidez iría aumentando hasta que todo el piso quedara registrado y él encontrase lo que quería. Curiosamente, es un hombre al que volví a ver de la manera más casual meses después, cuando me detuvieron. En una rueda de sospechosos, ya veis qué coincidencia.

—Descubrí a un viejo en la cocina. Un hombre vestido con el pijama, sentado a la mesa, con las manos sujetando un tazón vacío. Ni siquiera se inmutó. Ni fue capaz de decirme nada, de contestar a ninguna de mis preguntas. Estaba solo y no tardé en percatarme de que además estaba abandonado, de que debía de llevar días y noches en aquella situación y en aquella postura. No hubo modo de que reaccionara, ni quiso ni pude moverlo. Ni logré que bebiera algo de leche, cuando le llené el tazón con la que quedaba en una botella.

—En Oceda, en el pelotón de vigilancia donde me alistaron, cuando volví del frente con la herida en el antebrazo, sacamos por lo menos a media docena de viejos de sus domicilios, todos ellos en las condiciones más penosas que podáis imaginaros. Nunca he visto perros famélicos abandonados de igual modo en las calles. Los perros

rastrean la basura o se acaban mordiendo el rabo unos a otros. Los viejos se consumen sin rechistar.

—Llegué a pensar que estaba muerto. Tuve la sensación de que si intentaba moverlo en la silla y se me caía iba a romperse como si fuera de barro o de cristal.

—Recuerdo a tres de ellos, dos hombres y una vieja, que sacamos y depositamos en la acera, aguardando a la camioneta que vendría para llevárselos. A los tres se les escuchó el mismo estertor y una palabra que en cada caso podía corresponder a un nombre. Yo creo que uno dijo Finto, otro Camiria y la vieja Corado. Al último que cargamos en la camioneta se le cayó el anillo del dedo de la mano izquierda, y todavía la alzó para reclamarlo, como si la alianza fuera el despojo que arrastraba un recuerdo final.

—Me quedé en el piso, dormí aquella noche. La verdad es que se me habían disipado los nervios, pero no el miedo. Y el viejo rígido y sentado a la mesa de la cocina, con el tazón aferrado entre las manos, me llenaba de inquietud. Dormí mal, pero a la mañana siguiente estaba más tranquilo. Fui por el pasillo a la puerta, oteé el descansillo, comprobé que no había nadie en las escaleras y el portal. Antes de irme, volví a la cocina. El viejo no estaba, sólo el tazón en la mesa, dejado sobre el hule como un objeto que jamás hubiera tenido dueño. Salí corriendo, de nuevo con el corazón en la boca, y apenas abrí la puerta del portal vi a dos hombres apostados. Ya no podía disimular, esconderme otra vez. No se puede pensar que un viejo abandonado, que ni siquiera es ya capaz de sorber un poco de leche, lo sea de denunciar a quien viene a refugiarse y echarle una mano. No me hago a la idea, y hasta pienso que el dichoso viejo no fue otra cosa que el fantasma que inventó el miedo.

—Ten en cuenta que en Oceda hubo muertos que señalaron con el dedo a los vivos sospechosos, para que no quedara la menor duda.

## **III. Pasadizos**

## 132.

Meses atrás, en una noche en que la lluvia llenó el saco de Ambrosio Leda y la mojadura le hizo correr despavorido por las calles de Balma, como si bajo el agua pudiera desteñirse su identidad y algún vigilante, apostado en el soportal, descubriera el engaño de un hombre que no era el que aseguraba la Cartilla que guardaba en el bolsillo de la chaqueta como la reliquia de un falso pasado y la justificación de un dudoso presente, vino a por él un hombre guarecido bajo un paraguas, y le dijo que lo acompañase.

—Estás temblando y lo que más necesitas es un caldo bien caliente, tampoco te sentará mal una copa de orujo.

Ambrosio Leda no fue muy consciente del camino que hizo con aquel hombre. Lo había recogido muy cerca de la Colegiata y, cuando dieron la vuelta al Palacio del Obispado, en la Calle del Solideo, mientras la lluvia los seguía batiendo a pesar del enorme paraguas, se percató de que llegaban al pasadizo que embocaba la entrada por la parte trasera del Palacio, muy cerca de las otras callejuelas que en seguida se desparramaban por los senderos del Ejido y los prados y las huertas que llegaban a las orillas del Margo.

El hombre le dio el paraguas para que lo sujetara. Sacó un llavín, abrió la puerta del jardincillo que salpicaba la lluvia tras la enorme verja, le hizo pasar y ambos corrieron un poco para alcanzar el soportal cercano.

Entre la lluvia el olfato de Ambrosio delataba un aroma vegetal que en seguida, cuando el hombre, con otra llave, abrió la puerta que daba acceso a un zaguán y a las enormes escaleras de encerados peldaños, se mezcló con esa supuración de la cera que hacía brillar la escalera en la penumbra y acaso con la de los cirios y una extraña acritud de incienso y aceite.

Bajo el agua torrencial, entre la espesa vegetación del jardincillo y la yedra que trepaba por las columnas del soportal y probablemente alcanzaba las ventanas de aquella fachada trasera del edificio, lo más visible era un árbol enorme, de hojas espesas, que había crecido desmesuradamente y sobresalía por encima de la verja. Ambrosio no supo de qué árbol se trataba, hasta que el hombre, tiempo después, se lo dijo.

—Es un magnolio, el único que existe en Balma. Lo plantó hace más de cincuenta años el obispo Belarmino, y hasta hay una leyenda que dice que quien duerme la siesta bajo sus ramas puede acabar por comprender mejor el misterio de la Santísima Trinidad. La verdad es que una vez quise dormirla pero no lo logré, me desvelaban los vencejos.

El hombre iba encendiendo y apagando luces por los pasillos, tras subir las escaleras y dejar el paraguas en un paragüero de cerámica.

En el olfato de Ambrosio se incrementaba el aroma de la cera en las tarimas y del incienso. Hubo un momento en que tuvo la certeza de pasar ante una capilla, donde podía arder la palomita en el aceite. También cruzaron por la galería cuya cristalera daba al patio del jardincillo. Finalmente, el hombre abrió una puerta, a la que se accedía subiendo tres escalones al fondo del pasillo, encendió una lámpara que colgaba del techo y le hizo a Ambrosio la indicación de que entrara.

—Es la cocina —dijo—. El caldo lo calentamos en un momento, en el infernillo, y la botella de orujo puede estar en cualquiera de los armarios. Te sientas a tu gusto. La pena de esta casa es que no hay calefacción, no puedo ofrecerte otra cosa que un brasero, aunque habría que encenderlo. Lo que sí voy a darte es una toalla.

—Ni se le ocurra... —musitó Ambrosio, cohibido, aunque el hombre no le hizo caso.

Ambrosio Leda vació avergonzado el agua del saco en el fregadero, cuando el hombre fue a por la toalla. Entre el agua había algunos mendrugos deshechos y unos trozos de antracita. La lona del saco estaba mojada y renegrida. Lo dejó en el fregadero para que no manchara.

—Ésta es la mansión de un hombre que se queda pequeño y abrumado entre tanto espacio y tantas cosas... —dijo el hombre, que se había quitado la gabardina negra, y vestía la sotana que tenía en el cuello un ribete morado.

Ambrosio Leda tuvo la intención de hacer una reverencia que no le permitió el nerviosismo, y se sintió todavía más avergonzado.

—Soy el obispo Galar... —dijo el hombre, que anticipaba en la sonrisa melancólica con que Ambrosio lo reconocería siempre, en los meses de compañía de los paseos nocturnos que siguieron, la orientación de un destino tan adverso como secreto.

—Yo me llamo Ambrosio Leda —apenas balbució tembloroso—, pero si usted tuviera que confesarme sabría que no soy el que aparento.

—Todos tenemos oculto el corazón, y algunas veces dormido.

## 133.

No pactaron otra cosa que la disposición de volver a verse, o el sobrentendido de que en la noche de Balma se bifurcan los caminos de quienes van y vienen, unos alentados por el interés y otros por el propio extravío y la subsistencia, lo que no impide que algunos hagan de la misma noche el reclamo y la ostentación de sus pesares, o que en otros casos la noche sea el acomodo del retiro y la confidencia.

—Seguro que nos hemos visto alguna vez —dijo el obispo Galar, que había calentado el caldo en el infernillo y encontraba la botella de orujo en el vasar—. Yo salgo casi todas las noches, siempre muy tarde. Doy un largo paseo por el Ejido y las huertas o llego a la sirga del río. Tengo mal sueño, y me resulta más fácil desvelarme que conciliarlo.

Ambrosio sorbió la sopa todavía nervioso pero en seguida reconfortado, sobre todo cuando el obispo volvió a llenarle el plato y le acercó la copa y la botella.

—El orujo te lo sirves a tu gusto, tienes que calentar esos huesos mojados. ¿Naciste en Balma?... Perdona la pregunta, no hace falta que me digas nada, no vayas a pensar que quiero contabilizarte entre los fieles. Un obispo se ocupa del rebaño pero, en mi caso, habría muchas razones para pensar que el rebaño no está atendido como debe, o que el pastor no es un buen profesional.

El obispo Galar se había sentado a la mesa, enfrente de Ambrosio. Su mano derecha tenía en el anular un hermoso anillo de oro que contrastaba con la delgadez casi sarmentosa de sus dedos, y daba la impresión de que en algún movimiento brusco podría desprenderse, como si el anular debiera esforzarse para sujetarlo. De suyo, y ésa fue una de las primeras observaciones de Ambrosio, que sorbía la sopa sin atreverse a alzar los ojos, el anillo se movía en el dedo, resbalaba suelto sobre la piel, como si no lo hubieran ajustado o no fuese de él.

—Vine a Balma hace muchos años —dijo Ambrosio—. No soy de aquí, ni siquiera la conocía.

—Me pasa lo mismo, pero con menos tiempo. A los obispos nos nombran o nos trasladan y ésta es mi segunda Diócesis. Hoy hace exactamente ocho meses que tomé posesión de la sede episcopal de Balma. Ni conocía la Diócesis ni apenas me había acercado a la Provincia. Y, mira, voy a hacer una cosa que tengo totalmente prohibida, te voy a acompañar con otra copita. Un festejo o una celebración, cualquier coartada, aunque daré apenas un sorbo. En estas noches lluviosas de Balma incluso los curas se calan hasta los huesos.

El obispo Galar se sirvió. La copa tardó un rato en llegar a sus labios.

—Mi padre bebía más de la cuenta —dijo, y entre los dedos de Ambrosio la copa que rebosaba vertió sobre el plato sopero un poco de aguardiente—. A veces, sin que la vida tenga otro sentido, uno se gana lo que no quiere, o lo que ni siquiera sabe. Los

seres humanos tenemos esta contingencia. Heredas lo más impensable o lo más inusitado. Nunca somos completamente lo que pudiera correspondernos. Llegué a Balma con menos ilusión que a mi primera Diócesis, ya sabes que también el cansancio hace del cuerpo lo que el alma no remedia.

En la mirada del obispo Galar la tristeza se contraponía a la sonrisa que estiró sus labios, como si en el imprevisto ensimismamiento que dejaba brotar sus palabras hubiese un gesto de comprensión o la complacencia necesaria de una voz resignada.

—Soy un emboscado... —confesó entonces Ambrosio Leda, que acababa de entender en las palabras del obispo el sentido de la confianza y el auspicio de una inmerecida complicidad—. Vine huyendo, dejé atrás lo que más me importaba en la vida. Poco a poco, con mucha determinación y esfuerzo, me hice otra persona, un hombre que ya no se reconoce en nada de lo que fue, aunque la carga del sufrimiento no me permite llenar el saco con que me busco la subsistencia una y otra noche.

El obispo Galar dejó la copa, sin que apenas quedara un brillo de alcohol en sus labios.

—Tenía cuatro hermanos —dijo—, dos chicos y dos chicas, yo era el benjamín. Cuando entre unos y otros no contábamos ni la veintena, un domingo, en la comida familiar a la que también acudían mis tíos solteros, mi padre dio un manotazo en el mantel, derribó la fuente de la que mi madre se disponía a servirnos y, cuando le vimos ponerse de pie, nos pareció que aquella violencia enajenada no justificaba lo que pretendía mostrarnos. ¿Sabes lo que era?... Una pistola.

El obispo Galar dio unos pasos por la cocina, y Ambrosio continuó derramando el aguardiente en la sopa.

—Disparó —dijo el obispo, con las mismas palabras que en su ensimismamiento desvelaban la contrariedad que finalmente difuminó su sonrisa—. Me disparó a mí, supongo que como podría haberlo hecho contra cualquier otro de los comensales. Un tiro en el hombro derecho. Ahora, tantos años después, cuando en la consagración elevo la Sagrada Forma, todavía me duele la herida, el hombro nunca pude moverlo bien. Me duele. Me llena de congoja el cuerpo de Cristo, me pesa la sangre del cáliz y ese punzamiento que me alcanza en el costado derecho, no lejos de donde la bala estuvo alojada hasta que lograron extraerla, con el hueso astillado entre las esquirlas.



## 134.

En las noches en que el obispo Galar volvía del Ejido y por alguna de las callejuelas desparramadas llegaba al pasadizo que lo conducía al patio trasero del Palacio, Ambrosio se hizo al comienzo el encontradizo, como si también él acarreará el saco con la necesidad de andar por la Ciudad, acudiendo a un encargo o una llamada.

—Viene el andariego —decía el obispo Galar que, según el tiempo que hacía, vestía la dulleta o la gabardina negra encima de la sotana, y en algunas ocasiones cubría la cabeza con un discreto sombrero también negro—. Un alma que carga al costado lo poco que puede atesorar en la vida. ¿Y es eso lo que les sobra a los demás, querido amigo?... Lo que dejan, lo que tiran, lo que ya no necesitan.

Ambrosio le esperaba, posaba el saco. El obispo Galar subía la cuestecilla de la calleja con el esfuerzo de quien se agobia en la respiración. En las noches húmedas decía que el tempero desanimaba sus pies, y en las noches secas se quejaba del polvo de los senderos que enturbiaba los pulmones.

—Ya no sabemos lo que es la caridad bien entendida —decía el obispo Galar, que tenía la costumbre de coger el saco de Ambrosio para medir su peso—. El egoísmo de cada uno tiene aquí su correspondencia matemática. Lo que pesa el saco demuestra mejor que nada el desinterés del ser humano, o al menos la proporción de lo que nos importan los demás. La caridad, amigo Ambrosio, dejó de ser la virtud que nos devuelve al prójimo o el cabal auxilio a los necesitados. Estos tiempos no facilitan las virtudes.

—Yo no puedo quejarme —decía Ambrosio, que volvía a coger el saco de la mano del obispo Galar—. Para mí, la caridad bien entendida no es otra cosa que la voluntad, de encontrar algo que llevarme a la boca, y en el peor de los casos cuatro tubérculos de un patatal que nadie volvió a cultivar.

El obispo esperaba a Ambrosio, y tras los encuentros engañosamente fortuitos, Ambrosio le seguía al pie del pasadizo y, desde entonces, rara era la noche en que no caminaban juntos, al menos hasta que Ambrosio comunicaba una urgencia o aseguraba, para evitar una vez más la caridad realmente bien entendida de su amigo, que tenía un negocio razonablemente rentable que, al menos, iba a permitirle subsistir unos días.

—Yo no quiero que la amistad te haga más reservado, Ambrosio —le decía el obispo Galar—, como si llegases a pensar que puedo medirla por el interés de lo que supone una limosna. Nada más lejos de mis intenciones, y no existiría mayor equivocación por tu parte. Lo que quiero es que cuando andes mal de verdad, me lo digas. No vaya a darse el caso de un egoísmo al revés, o de ese absurdo francamente temeroso de lo que llaman los moralistas la soberbia de la pobreza.

—No se preocupe, que no será así. La pobreza es mi condición —dijo Ambrosio

Leda— porque en las circunstancias de mi vida, derivadas de la decisión que tomé hace ya tantos años, la pobreza era sin remedio el único resultado. Pero no soy un mendigo, aunque nada me importe parecerlo. En la mendicidad existen infinitas posibilidades de invisibilidad, y yo necesitaba antes que ninguna otra cosa hacerme invisible, en buena medida dejar de existir. Pero el pobre tiene, si puede, la dignidad de lo necesario. La verdad es que en el Bosque, por los Altos de Alcidia, aprendí muchas cosas de los bichos que lo habitan. Entre ellas, aprendí a ser uno más. Los animales superan con el instinto lo que la indigencia le roba a la voluntad.

—Las fábulas contienen tantas enseñanzas como las sagradas escrituras —dijo el obispo Galar—. A Dios los animales se le fueron de las manos, quiero decir que los creó pero jamás llegó a entenderlos. Fue el ser humano quien le obsesionó. La desgracia de hacerlo a su imagen y semejanza. La tragedia de que el hombre sea un Dios demediado, echado a perder, que al final también se le fue de las manos. Dios es nuestra mayor desgracia.

Ambrosio se detuvo un instante. En la noche ya muy avanzada latía un corazón de piedra. Al pie de la sirga, por donde el Margo se remansaba, oscilaban las ondas de una luna quieta que semejaba un pedazo de cuarzo.

—La fe que se pierde —musitó el obispo Galar, sin que Ambrosio escuchase otra cosa que el mismo susurro de las aguas inmóviles en la orilla, a la que se habían acercado—, la esperanza que se desgasta, la caridad desanimada. Es en la consagración cuando siento mayor extrañeza, y la misma sangre de Cristo me resbala por el hombro derecho, sin que muchas veces logre evitar el olor de la pólvora.

## 135.

—Ese hombre me quería y, sin embargo, me denunció y me persiguió y no quedó tranquilo hasta acabar conmigo.

—La suerte estaba echada. Una llamada para advertirme de que mi cuñado no era trigo limpio. No la llamada de un conocido o de alguien que reconoces de modo suficiente para que la discreción no comprometa el anonimato. Muchas de las cosas que sucedían a mi alrededor eran como poco extrañas. Cualquiera se hubiese llenado de suspicacias, pero yo me resistía a considerarlo, soy más boba de lo previsto o una especie de tonta interesada, como llegaron a decirme.

—¿Quién te quiere o, mejor dicho, a qué llamas quererte? Me dejas de piedra cuando te escucho.

—Bueno, lo del amor no tiene para mí explicación, y menos después de lo que sucedió. Te quiere el que está contigo y te acompaña y no hay ningún indicio de que lo que te dice un día y otro no sea cierto. Hay proporción entre lo que eso supone, lo que se demuestra viviendo así, de esa manera, y lo que tú sientes. Un entendimiento entre ambos. O el mismo sentimiento que no precisa de muchas palabras.

—Fue la llamada lo que introdujo la primera modificación. No era trigo limpio. Casi una frase hecha pero, en cualquier caso, una advertencia. No era lo que yo pudiera figurarme, lo que él me pretendía demostrar. Un hombre con el que convives sin otro compromiso que el familiar. Yo no sabía que mi hermana Julia no era feliz con él, tampoco estaba dando la vara todo el día en su casa, yendo y viniendo a ver a mis sobrinos, metida donde no me llamaban. Siempre hice mi vida y bastante tenía con lo mío.

—Te quiere o no te quiere. Es como si estuvieras en la inopia. Un hombre que se te metió en casa con tu consentimiento y que, cuando menos lo piensas, deja de ser el que es, nada tiene que ver con el comportamiento que tuvo durante ese tiempo. No lo entiendo.

—Yo no lo comprendía, entenderlo es otro asunto.

—Te denuncia.

—Hace algo parecido a lo que hizo mi cuñado. En mi caso no fue la denuncia exacta, sino la amenaza. Mi hermana comenzó a desconfiar de mí. Primero se mostraba reticente, luego huraña, más tarde resultó más explícita: es mejor que no vengas, es mejor que no vuelvas. Cualquier día tenemos un disgusto.

—Te persigue.

—Pensé en un problema de celos. Es de las cosas feas que contrae el amor, pero hay que sopesar lo que a veces eso supone. Unos celos envenenados. Os juro que lo pensé, que me hice a la idea de que se estaba volviendo tarumba.

—La denuncia era más sucia, no te hagas la estrecha. La denuncia es el límite de la ignominia, la mayor miseria humana. Celoso o miserable, rastrero y vil en cualquier caso.

—Hay tantas maneras de hacerte la vida imposible. Yo empezaba a tener la impresión de que había alguien por el medio, de que alguien se estaba interponiendo. En la familia, en el trabajo, entre algunos amigos que comenzaron a portarse de otro modo, como si se estuvieran enterando de algo que me concernía y que no les parecía de recibo.

—¿Y la llamada te abrió los ojos?...

—La llamada me hizo reciclar algunas cosas, como una alerta que pone en marcha un mecanismo imprevisto. Yo soy de esas personas que van por el mismo carril, en la vía ajena donde evitas las contrariedades. Quiero decir que me cuido de no tener problemas con nadie. Soy muy mirada.

—Pero los tiempos no eran los mejores para que nadie se interpusiera. Los malos tiempos se llenan de malos pensamientos, difamaciones, denuncias. Un asunto personal, privado, íntimo, alimenta un resquemor, se hace público, contraviene lo más secreto, se expresa en la inquina de lo que era una frustración. O en la envidia o en el aborrecimiento.

—Estoy con vosotras porque se propuso no dejarme en paz, acabar conmigo. Tengo que reconocerlo.

—Yo no sabría a ciencia cierta el camino que tuve que recorrer para que me sucediera lo mismo. Mi hermana Julia me dijo la última vez que la vi, entre el llanto y la rabia que desprendían un odio tan desesperado como desolado, que el daño que le había hecho no tenía nombre. Nadie con un mínimo de dignidad intenta destruir el hogar y el matrimonio de alguien tan querido.

—Tu cuñado la dejó.

—Por mi causa. Una culpa vendida para cobrarse la libertad que le dio la gana, mientras yo padecía lo que resultaba imposible de entender.

—Es posible que uno y otro te quisiesen. Para el mal también es bueno el amor. Los daños retoman el camino de los padecimientos solitarios, y en esta amargura en la que muchas de las presentes nos consumimos pudo haber tanto amor como maldad.

## 136.

Ambrosio llega a la puerta del jardincillo del patio, en la parte trasera del Palacio Episcopal, y cuando se acerca a la verja escucha al obispo Galar que le llama desde dentro.

—Te abro y pasas —le reclama el obispo—, que quiero decirte algunas cosas y que cenes un poco.

La niebla no parece sorber con la misma solvencia que en el pasadizo el jardincillo, las matas arrecidas, los tiestos en la fila empedrada del soportal; y el magnolio se eleva también sobre ella, igual que un fantasma vegetal que la oscurece y la supera, como si en la solemnidad de las ramas no pudiera la niebla hacer otra cosa que rendirse al propio misterio de la Santísima Trinidad que guarda el árbol en su leyenda.

Ambrosio va detrás del obispo Galar, y hay un momento en que el obispo da un traspié y él acude en su ayuda. La tarima encerada mezcla su olor con el incienso, y en las penumbras de los pasillos ese olor también se nutre del aceite en que palpitan las palomitas del altar de la Capilla.

—Es la capilla privada —le dijo una vez el obispo Galar—. Celebro en ella alguna misa solitaria. Lo que he hecho en el Palacio es prescindir prácticamente de la servidumbre, no me gusta que nadie me acompañe más allá de lo imprescindible. Viene el secretario por la mañana para despachar los asuntos de la Diócesis, cumplo con las visitas, casi siempre párrocos con problemas en el mantenimiento de las iglesias, ya sabes, humedades y ruinas. Y viene el paje, no te extrañes, entre los cargos de la sede hay un cura que tiene encomendadas esas labores, que no se sabe muy bien las que son, en mi caso algunas orientaciones litúrgicas y protocolarias.

—Estoy débil —dice el obispo Galar cuando Ambrosio lo ayuda, y los brazos se mantienen tensos en su dureza sarmentosa—. Las úlceras no lograron agriarme el carácter, pero sí consiguen acrecentar la fragilidad y la angustia. El ánimo se resiente, aunque el dolor sea soportable. Las tres están en el duodeno y, para mayor incordio, son sangrantes. Llevo un día malo, y me sostengo desde que me levanté con dos vasos de leche, que me costó mucho trabajo beber. El malestar se contrapone a la paz de espíritu y, aunque no la dañe, la deforma. ¿Sabes lo que hago cuando me pongo peor?... Aprieto un cojín en el vientre. El cuerpo no es un sagrario, amigo Ambrosio, la carne es la materia más impune, y cuando Cristo en la cruz tuvo sed le dieron agua y vinagre, lo que mejor podía sentarle, lo que más agradecería.

En la mesa de la cocina hay un plato y, bajo la servilleta que lo cubre, dos rodajas de merluza rebozada.

—Estarán frías, pero el estómago te las agradecerá. Te sirvo un vaso de vino, el pan puedes partirlo de la hogaza.

Ambrosio reconoce que tiene hambre, hasta se esfuerza por evitar la ansiedad que se apodera de sus manos al sujetar el tenedor y el cuchillo, también la apetencia y el gusto que no le permiten masticar con tranquilidad. Bebe el vaso de vino en sucesivos sorbos, y el obispo Galar vuelve a llenárselo.

—Te traigo un poco de queso y algo de fruta, y come con calma que no tenemos ninguna prisa.

El obispo Galar se sienta en el borde del escaño, a un lado de la mesa, donde Ambrosio no es capaz en ningún momento de que sus manos respondan con menos nerviosismo al hambre que difícilmente se saciará por completo.

El obispo Galar lo contempla, entrecerrando los ojos. Su mano derecha reposa disimuladamente en el vientre.

—Quería darte esta carta —dice el obispo Galar, sacando un sobre pequeño del bolsillo interior de la sotana—. Hay un escrito que puedes llegar a necesitar. No hace falta que lo leas hasta que no te parezca necesario. En cualquier caso, si llega la ocasión, si tienes algún problema, lo que digo en él puede serte útil. No hay nada más que hablar, no quiero preocuparte, Dios me libre. Tú eres un hombre con la vida delicada, sabes de sobra lo que dan de sí las noches de Balma, en las que puede haber más ojos de los previsibles, y las sospechas que se desconocen. Somos amigos, Ambrosio, te tengo aprecio. Yo tampoco dejo de ser un emboscado al que la gracia no logró restaurarle la fe.

## 137.

En una de aquellas noches primeras, cuando el obispo Galar y Ambrosio comenzaron a encontrarse, el obispo no iba solo. Por el Camino de Rozas, en la línea del Ejido que cerraban las choperas, el obispo paseaba con otro hombre que tenía su misma estatura y que, visto desde atrás, parecía dueño del mismo cuerpo; la delgadez paralela, la fragilidad que propiciaba una agilidad alada, que en ambos casos daba a los andares igual velocidad que prontitud.

Ambrosio dudó en acercarse, aunque en seguida supo que el obispo Galar había detectado su presencia. Lo esperaron, junto al reguero que corría bullicioso al pie de los chopos vecinos, con el acorde primaveral de las aguas que tan hondamente se acompasaba a la vegetación, y a la atmósfera lunar que humedecía benignamente el paisaje.

—Mira por dónde —dijo el obispo Galar— va a ser el andariego quien medie en la parábola que esta noche nos traemos entre manos. Ambrosio es ya un viejo amigo, aunque todavía no hayamos tenido demasiadas ocasiones, pero la lluvia de Balma propició el encuentro, y algunas noches como la de hoy, el conocimiento.

El hombre que acompañaba al obispo le tendió la mano. Iba muy bien vestido, con un traje cruzado y una reluciente corbata que destacaba en la camisa blanca, cuyos puños asomaban con el destello de los gemelos de oro. Llevaba un bastoncillo que parecía más adecuado para jugar con él en las manos que para proporcionarle apoyo al andar.

—El saco de Ambrosio es proverbial —dijo el obispo Galar, induciendo la complicidad del amigo—. No todos podemos llevar a la espalda lo que sostiene la vida, y lo que la oculta.

Ambrosio fue al lado del obispo Galar. El Camino de Rozas derivaba sin muchas alteraciones aunque, en algún momento, podía desaparecer en los parajes más hoscos del Ejido, pero siempre en la línea que lo llevaría al remate de las choperas, donde Ambrosio no tardó mucho en enterarse de que los paseantes reposaban sobre lo que en su día pudo ser el tallado banco de piedra de un merendero, y el hombre ofrecía y fumaba un pitillo cuyo humo tenía un dulzor mentolado.

—Repasamos la parábola, para ver si estamos de acuerdo en los términos de la misma —dijo el obispo Galar— y le damos al amigo Ambrosio la ocasión de que aporte alguna idea, o nos proporcione una interpretación a su gusto.

—No sé si al fin se trata de una parábola o de una fábula sin otras intenciones ejemplares que las de un relato bíblico —dijo el hombre—. Me parece, obispo, que nos hemos liado un poco, aunque también pienso que a la mentalidad política no la contraviene la mentalidad religiosa, o que, en cualquier caso, en el relato bíblico siempre resuena esa música de las ideas civiles. La figura de Yahvé no se corresponde exactamente con la del Dios al que usted está consagrado.

—Bueno, bueno, dejémonos de teologías —dijo con cierta euforia el obispo Galar, que acarició el saco que Ambrosio llevaba al hombro—. La parábola o la fábula que, mano a mano, nos hemos inventado pertenece al ideario político, la ambientación y los personajes sólo nos sirven de acompañamiento. También me avengo a esa idea de un relato bíblico, me gustan los cuentos y me encantan los de hadas y fantasmas.

El hombre se había adelantado unos pasos. Alzó el bastoncillo, volviéndose, y Ambrosio tuvo la impresión de ver a un actor en escena, o a un mago al que le falla el truco por exceso de timidez.

—Hemos dicho que Yahvé tiene dos hijos. No interesan los nombres, no se llaman de ningún modo, digamos que uno es el mayor y otro el segundo. Y el caso es que Yahvé muere, pongamos que de un cáncer terminal, de esos con los que te desayunas una mañana, cuando te duele la tripa mucho más de lo que jamás te dolió. Yahvé había gozado de una salud de hierro, pero el tumor resultó devastador. Si el obispo me lo permite diré, para que el relato no sea demasiado adusto, que se fue a freír gárgaras, sin que la quimio ni las radiaciones sirvieran para nada, metástasis total.

—Permitido, permitido. Yahvé no es el Dios de mi consagración, no es comparable la misericordia con la intemperancia.

—El caso es que los hijos se tomaron de muy distinta manera la muerte del padre, y esto le da mucha verosimilitud al relato, a la vez que enriquece la trama. Al obispo y a un servidor les gustan las novelas de misterio.

—Pero antes de que sigamos, vamos a corregir la falta de educación que supone no haberle presentado a usted al amigo Ambrosio, aunque le haya dado la mano —dijo el obispo Galar—. Es el gobernador Devesa, puedes corroborarlo fijándote en la precisión de la raya del pelo, no hay fotografía en la prensa que no la detalle. El gobernador tiene esa coquetería.

El gobernador Devesa tendió de nuevo la mano a Ambrosio, que adelantó la suya con el temblor de quien reconoce un rostro en el papel mojado de un periódico que alguien tiró al suelo.

Sujetaba en los labios la sonrisa improvisada del que se siente indefenso al tener que mostrar algún sentimiento, como si en la vida los afectos le hubieran resultado muy costosos.

—Fuerzas vivas —dijo jocoso el obispo Galar— que no levantan cabeza.



## 138.

—El hijo mayor se alegró mucho de la muerte del padre. Lo consideraba un ser despótico, que todo lo controlaba y manipulaba a su gusto. Sabía que su existencia había sido arrasada por la figura del padre, que no le había dado respiro en nada, y tras su muerte estaba convencido de que se le abrían infinitas posibilidades de futuro.

—Ésa era la sensación que tenía —dijo el obispo Galar, dando unos golpecitos en el saco de Ambrosio—. Liberado de un fardo tan pesado y limitador, pensó que todo era posible y que, al fin, la vida se abría ante él como una auténtica opción de felicidad, autorrealización y justicia.

El gobernador Devesa volvió a adelantarse unos pasos. El arroyo cercano tenía ahora el curso lento que inmovilizaba en el agua el reflejo lunar, y desde las ramas de los chopos llegaba algún movimiento alado, como si los pájaros que en ellas pudieran estar durmiendo removieran las hojas entre el sueño que los alertaba.

—Al hijo segundo, por el contrario —dijo el gobernador Devesa, abriendo los brazos y moviendo en la mano el bastoncillo—, la muerte del padre le produjo no sólo la pena de su desaparición, también un grave sentimiento de inquietud.

—Este hijo —siguió el obispo Galar— siempre había tenido a Yahvé como lo que era, una figura ciertamente dominante, controladora, a la que nada se le escapaba, que nada permitía sin su consentimiento, y capaz de manipular lo que se le ocurriese. Pero también lo había tenido como un ser que ponía orden en su existencia y que creaba una expectativa de previsión y seguridad para el presente y para el futuro. Y esto quiere decir que, para él, aun con todas las razones y matizaciones posibles, el padre era una especie de providencia o de seguro de vida.

—Porque para él la vida, como a tantos nos sucede, era una realidad tan complicada como insegura. La vida era lo que el obispo y yo consideramos un río difícil de navegar. Y la muerte del padre resultaba, sin duda alguna, el fin necesario de una poderosa figura en la que se mezclaban duramente un paternalismo temeroso y una cruda severidad. La situación, ya lo dijimos, resultaba inquietante. Con la muerte de Yahvé, el sentido de las cosas adquiría otra dimensión, como poco un vacío que habría que llenar de algún modo.

El obispo Galar y el gobernador Devesa guardaron silencio. El arroyo volvía a discurrir con el rumor sosegado, y Ambrosio tuvo la sensación de que aguardaban a que él dijese algo.

—Pues, la verdad —musitó, más amedrentado que nervioso y dejando el saco en el suelo—, no sé lo que supone esa disyuntiva. Yo no me alegraría de la muerte de mi padre, aunque hubiese sido muy duro conmigo, pero a lo mejor tampoco lo echaba en falta.

—Bueno —dijo el gobernador Devesa, con la complacencia de quien asume

poner colofón al relato—, lo que está claro es que en la nueva situación, sin el mando en plaza del padre muerto, y pensara cada hijo lo que pensase, habría que tener cuidado y estar advertido, habría que ser muy precavido, ya que la nueva situación implicaba un estado de cosas muy distinto, tan nuevo como imprevisible. No quedaría más remedio que tomar las decisiones, fuese quien fuese quien las tomara, con toda prudencia, pues nadie podía garantizar que las buenas, y aun las mejores intenciones, no desencadenasen males imprevistos.

—¿Quién tiene el valor de gobernar la vida sin ser cuidadoso, tratándose como se trata de un río tan difícil de navegar?... —inquirió el obispo Galar, limpiando el polvo de un zapato en la hierba de la orilla del arroyo—. Entre la seguridad y la libertad hay que andar con mucha cautela. Yo no quisiera plegarme al mandato de Yahvé, pero es muy frecuente que Dios me amargue el día con sus bendiciones.

—El obispo y yo, si la fábula se refiriera a los tiempos que corren, seríamos depositarios de ese hermano imprudente, del delirio y la melancolía de quienes se prevalecieron de una ausencia, la de ese padre fallecido, que permitía adentrarse en un horizonte de posibilidades infinitas. Sin el padre no hay ataduras, y en los tiempos que corren cualquier aberración ideológica es posible. Es fácil fanatizarse con cualquier noción tan inhumana como terrible del bien, ya que el bien es tan manipulable como manejable y peligroso.

—Imprudentes y desesperanzados, amigo Ambrosio, aunque lo que el gobernador y yo inventamos es un relato que entretiene el paseo, y no acaba de tener la significación que nos complaciera. Si nos involucramos en el sentido del mismo podemos sentirnos tan imprudentes como culpables, y si no lo hacemos puede acabar por parecernos un cuento chino.

—Somos piezas desganadas de eso que pomposamente se llama la Historia, piezas echadas a perder, cómplices de un nuevo absoluto, en un tiempo y en unas circunstancias tan penosas como injustificables.

—Ambrosio puede asustarse al escuchar nuestras ocurrencias —dijo el obispo Galar, volviendo a acariciar el saco y mostrando una sonrisa que el gobernador Devesa no era capaz de emular—. La imprudencia y la desesperanza nos han llevado muy lejos en un tiempo y en un país que no nos pertenecen, en la experiencia bastante inicua de un parecido aborrecimiento. Ya ves, amigo Ambrosio, lo que dan de sí dos autoridades tan estúpidas como camufladas. Hubiese sido más honorable una retirada a tiempo, aunque siempre es posible desaparecer, irse con viento fresco.

—Si el obispo se aviniera a un buen contubernio de la razón y la fe, podíamos poner en solfa ambas cosas: la razón de una demencia ideológica, y la fe del verdadero descreimiento. Las contradicciones y las desdichas de ese hijo imprudente y desgraciado que, al fin, hace de la orfandad una tragedia civil.

## 139.

El obispo Galar se pone la gabardina encima de la sotana pero no coge el sombrero. Ambrosio alcanza el saco y va tras él cuando apaga la luz de la cocina.

—Un momento —dice el obispo—, quería darte otra cosa. La carta la guardas por si las moscas, como ya te dije, pero con esto puedes hacer lo que te dé la gana, siempre que tengas un poco de cuidado.

El obispo entra en la Capilla. Las palomitas ponen un latido inquieto en la penumbra, como si fueran las ánimas votivas del altar, o las vigías de esa intimidad espiritual que en tantas ocasiones conturba el ánimo de Ambrosio, cuando escucha al obispo Galar las palabras que desvelan lo que parece algo más que un desalentado sentimiento, o la prueba del dolor de sus úlceras sangrantes.

—La fe que se pierde, la esperanza que se desgasta, la caridad desanimada, ya me lo oíste otras veces. Las virtudes teologales son un don, pero los dones que sostienen esa luz del conocimiento, y la firmeza de conseguir los bienes prometidos, o el amor a Dios como al prójimo y a uno mismo, hay que cultivarlos. Los dones se apagan, las bombillas se funden, el corazón se queda desvalido. He ido perdiendo lo que más hondamente me sostenía, nada que ver con el aprecio humano, ni siquiera con el sentido de las cosas.

Escuchaba al obispo Galar con el ánimo conturbado, y la inquietud que le mantenía como un acólito que no comprende su labor, lo que siente quien fue querido para algo que no se entiende o que no se justifica.

—Tienes mucha paciencia, amigo Ambrosio —decía el obispo Galar, que algunas de aquellas noches tenía el rostro especialmente lívido y un temblor en las manos que se acomodaba mal al esfuerzo de sus pasos—. Lo que he ido perdiendo ha sido más entre el ensueño que en la razón, como si fueran las vigiliadas que me dejasen más desnudo y enfriado, cuando desde esa duermevela los dones se desplomaban y hasta se contradecían, como si en el ensueño la virtud auspiciara la debilidad o el vicio y la cobardía. La fe que se pierde, y acaso la convicción de que nunca se ganó. Los dones impulsan muchas de las invenciones con las que el corazón se alegra. Tienes mucha paciencia, amigo Ambrosio, y son demasiadas las ocasiones en que uno necesita la conformidad y la mansedumbre de los otros, sobre todo cuando la conciencia se vació por completo, y tuvimos la lucidez de saber que, al fin, estábamos muy solos.

El obispo Galar sale de la Capilla con algo en las manos.

—No lo tomes por un regalo, tampoco por un recuerdo —dice el obispo, entregándole a Ambrosio una patena que parece de oro—. Se trata del último objeto litúrgico que me queda de cuando me hicieron obispo; el cáliz y los candelabros, que también me los habían regalado, los dejé en la propia iglesia de mi consagración, pero en esta patena siempre deposité en mis celebraciones la hostia, después del

paternóster y hasta el momento de consumir. Ya ves que se trata de un platillo sin otro adorno que el brillo del metal puro.

Ambrosio no sabe qué decir. Mantiene el objeto entre las manos con la aprensión de quien siente que ensucia aquello que sostiene, como si lo más sagrado y valioso le fuese entregado sin el mínimo merecimiento, y el precio del objeto comprometiera la propia aceptación.

—No puedo quedármelo —acierta a decir, convencido de que la patena se le va a caer de las manos—. No me obligue, no lo merezco y, además, no sabría dónde guardarla.

—Eso te lo voy a decir yo —afirma resolutivo el obispo Galar, cogiendo el saco de Ambrosio—. Aquí metidita, entre los alimentos y los secretos, donde nadie sabe lo que carga el andariego, ya que la vida es, como hemos dicho más de una vez el gobernador Devesa y yo, un río difícil de navegar, y el saco ayuda a llevarla.

## 140.

Lo que Ambrosio Leda escuchaba muchas noches, cuando caminaba al lado del obispo Galar y del gobernador Devesa, o quedaba rezagado a unos pasos de ellos, entre la vegetación de las huertas y los prados, por donde habitualmente el Camino de Rozas les llevaba sin otra distracción que la de sus palabras, resonaba en sus oídos como el rumor de las conversaciones que en ellos percutían en los vericuetos de Balma.

La noche tenía esa insistencia de las voces, como si en la superficie oscura del agua, y daba lo mismo que se tratase de una inventada laguna que de los meandros por donde se calmaban las corrientes entre las orillas del Margo y el Nega, abriesen las palabras los círculos concéntricos de las piedrecillas que procreaban al ser lanzadas el sonido de sus propias arandelas, y en la cabeza de Ambrosio, en algún momento, llegaban a mezclarse voces de distintas conversaciones.

—No sé lo que puede quedar de este tiempo, que de una manera tan cruel se nos soliviantó —dijo el gobernador Devesa, que aquella noche había olvidado su bastoncillo, pero que vestía con la pulcritud habitual y respetaba el cambio de corbata en cada jornada, probablemente distinta también a la de las audiencias y actos oficiales—. Heredamos penosamente lo peor del siglo, convictos y reos de lo que la Historia tira a la basura. Yo no sé cómo pueden administrarse la desgracia y la muerte, tampoco el olvido que no lima las memorias, que lo que hace es extirparlas.

—Lo dijo el poeta —citó el obispo Galar, que llevaba la mano derecha metida en el interior de la dulleta, como si buscara el latido del corazón que a lo largo de un día muy malo podía habersele paralizado—. En el intento de convertir el Estado, también la razón y la imposición del mismo, en un cielo o en un raro paraíso donde el que gobierna se mira justificado y complacido, hemos hecho de él un infierno.

—De eso saben mucho ustedes, de la disyuntiva entre el infierno y el cielo, de lo que siempre enfrenta las aspiraciones de los malos y de los buenos. Yo nunca fui capaz de mirar ni tan arriba ni tan abajo, me quedaba en el firmamento o en el suelo. Las estrellas de una noche clara y el polvo de los caminos. Y no me tome el número cambiado: hablo de estrellas, no de luceros, como usted bien sabe.

—Eso que dice el poeta —continuó el obispo Galar— implica que el cielo se llena de sombras que hasta vuelven impotente al bien en su lucha contra el mal. El bien reconvertido, y excúseme usted la metáfora, en una suerte de bandera ajada, que parece más propia de los tullidos sentimentales, de los siempre esforzados sonámbulos.

—Aunque por estos pagos estemos tan penosamente hundidos en la miseria moral, e incluso debería decir en la miseria política y moral, mientras que por otros levantan cabeza o, al menos, se ilusionan con el trabajo de alzarla, lo que no podemos negar es que, como ellos, habitamos la medianoche del siglo. Del bien y del mal no

me atrevo a considerar otra cosa que la propiamente retórica. Nunca entendí el bien, siempre me importó la bondad, y el Mal tiene el contingente necesario para procrearse con la celeridad de las avispas.

—Habitamos esa medianoche, no existe alternativa, y ni siquiera las palabras engoladas del caudillaje pueden disimularlo. La muerte cosecha alucinaciones, y acabamos padeciendo la peor de las desgracias, que no es otra, aunque sea difícil borrar el eco de la retórica, que la de un tiempo que se llega a hacer invulnerable a la bondad, aquejado de lo que ya algún profeta llamaba la enfermedad del bien.

—No lo sé, obispo. Usted se debate personalmente en asuntos muy secretos y misteriosos. Ha tenido la generosidad y la amistad de hacerme partícipe de ellos; también yo lo hago con mis dilemas, con las contradicciones que tan penosamente represento. Dios y las ideologías, la fe y las convicciones. Hay un Dios echado a perder y un Estado que no hay por dónde cogerlo.

—La enfermedad del bien —dijo el obispo Galar, que se había vuelto para comprobar que Ambrosio venía tras ellos— no tiene cura, es una fiebre que no baja. Es un círculo vicioso, ya que al tratar de calmarla, de curarla, podemos contagiarnos de su propio tumor, y el médico, o el curandero, también enferma sin remedio, padece el contagio de lo que trata de curar.

Ambrosio estaba a su lado. El gobernador Devesa se había alejado unos pasos.

—Vamos, amigo Ambrosio —le dijo el obispo Galar—, no te asustes cuando nos veas subirnos de tal modo a la parra. Hace una noche floreciente, yo he tenido uno de los peores días de los últimos tiempos, y el gobernador Devesa habrá ido a inaugurar unos salones imperiales del Hotel Gallardo.

## 141.

Aquella misma noche, cuando el obispo Galar volvía al Palacio tras despedirse del gobernador Devesa, como siempre en la linde del Ejido que marcaba la dirección de las callejuelas derramadas que confluían en la cabecera del pasadizo, Ambrosio Leda lo acompañó un rato.

El gobernador Devesa se iba siempre tan solo como había venido; daba un largo rodeo hasta las vías del tren, cruzaba luego el Puente de Esmirna, y por las esquinas más solapadas del Antro y Varela llegaba a la Plaza del Alzamiento que presidía el edificio del Gobierno Civil, al que entraba por una puerta trasera sin que nadie tuviese ningún motivo para conocer sus escapadas nocturnas, o por alguna razón convenida nadie quisiera enterarse.

—Ya ves que el gobernador Devesa y yo tenemos parecidas zozobras, y algunas coincidencias en los pensamientos que con frecuencia nos desazonan casi de igual manera —dice el obispo Galar—. Si alguien quisiera motejarnos de almas gemelas no acertaría por completo, pero tampoco erraría más de lo debido. Aunque estaría mejor considerarnos como almas desamparadas. Se trata de la inquietud y el desasosiego en que va fraguando nuestro abandono, cuando uno ya ni implora el favor o hace la petición de lo que necesita, porque ya se convenció de que nadie puede atenderlo. Almas gemelas, eso sí, para las que este mundo no tiene explicación, y el otro acaba perdiendo el sentido, ya ves qué ruina de personas y qué desperdicio de cometidos y ambiciones.

Ambrosio Leda ve la figura del obispo Galar, detenida un instante en la noche que la rodea como un velo que la enajena y la emborrona, igual que las imágenes doblegadas por el polvo y los escombros en las hornacinas que se desmoronaron dejándolas sin respaldo.

La figura del obispo se estremece y se contrae como si en el pecho o en el vientre sintiera clavársele la punta de un dardo. Ambrosio no se atreve a decirle si necesita ayuda, acaba de escucharle que en esa condición del desamparo, que él conoce tan bien, ya no es posible implorar lo que se necesita, porque nadie puede atendernos.

—Tuve muy mal día —reconoce el obispo Galar—. Uno de esos sueños que ocasionalmente cuenta el gobernador Devesa, donde un niño desnudo se lame en la mano la picadura venenosa de una serpiente de cascabel. Amanecí con las úlceras encabritadas, y a media mañana recibí al párroco de las Carabias, un hombre que tiene suspendidas las órdenes, que ya no puede administrar los sacramentos, tampoco celebrar la eucaristía. Se llama Cornelio pero no se resigna a que dejen de considerarlo como el párroco de las Carabias, un pueblo del Valle de Ormo. Consagro y consumo más hostias que cuando estaba en activo, dice a quien quiera escucharlo, y saca de los bolsillos de la sotana un puñado de sagradas formas que deglute como si estuviera hambriento.

—¿Y es razonable que usted le dé audiencia? —inquire Ambrosio, que sabe de quién se trata, ya a ese hombre se lo ha topado más de una vez en las noches de Balma, o apostado en el pasadizo como si aguardara al obispo.

—No sé lo que puede hacerse para reconducirlo a la cordura o, al menos, para recogerlo en algún sitio, que es lo que necesita pero a lo que se niega. Lo sigo intentando, aunque todo el mundo me lo desaconseja.

—Habría que recluirlo, si tiene la cabeza trastornada puede resultar peligroso.

—La razón la perdió por las mismas causas que la Iglesia de las Carabias se vino abajo. En la misma misa en que la ruina hizo que cayera la torre, derrumbada sobre el tejado roto y alcanzando a algunos feligreses, uno de ellos muerto, y cuatro más heridos de gravedad, el párroco caía desmayado en el momento de la elevación. Cornelio no se había ocupado para nada de lo que es el mayor empeño de los curas de la Diócesis desde hace años: remendar y rehacer los templos o acogerse a la declaración de ruina, no arriesgarse a que la fe se imponga por encima de la cordura.

—Y ahora ¿qué quiere?... —quiere saber intrigado Ambrosio.

—Quiere que sea Dios mismo, o su representante que soy yo en mi calidad de obispo, quien lo reponga y lo resarza, quien dictamine, como él dice, que las hostias sigan siendo el pan en la comunión de sus fieles.

El obispo Galar camina lento. El arroyo al pie del sendero fluye con la placidez de una conciencia sumergida en el amparo de la noche primaveral.

—Hay una injusticia que no sé resolver —dice el obispo Galar, con la voz pesarosa—. La fe puede tener un sentido muy hondo en la locura de ese hombre, en su corazón desolado, y quién podría asegurarme que no la tiene la gracia. Puede ser que Cornelio esté más cerca de Dios, de su amor y de su misericordia, que quienes padecemos la angustia de su ausencia, o el desamparo a que nos vimos abocados. En cualquier caso un mal día, amigo Ambrosio. La serpiente de cascabel que pica al niño desnudo, y este desgraciado que no sacia el hambre con las sagradas formas que llenan los bolsillos de su sotana.



## 142.

—Iban dos viejos que eran como dos estatuas en movimiento. Uno caído de la cama, otro que había resbalado en el último peldaño. El que cojeaba de la pierna derecha se acomodaba muy bien al que lo hacía de la izquierda, quiero decir que las estatuas tenían ese movimiento coordinado en el viraje a un lado y a otro, y para cualquiera que los viese la armonía resultaba sorprendente.

—Diremos que el primero, el que se cayó de la cama como si al darse la vuelta hubiese perdido antes la cabeza que el equilibrio, se llamaba Cabal. Los años los llevaba retorcidos entre pecho y espalda, y la nube del ojo derecho se le había ido ennegreciendo igual que una tormenta. Esa nube no le impedía la visión, pero ayudaba a que en su carácter hubiese rayos y centellas.

—El que resbaló en el último peldaño se llamaba Melquiades. Resbaló con la impericia del zapato al que se le desprendió el tacón y la inercia de quien jamás reparó nada. En la vida de Melquiades los desarreglos eran igual que las vicisitudes que ni tienen corrección ni remedio. El día que olvidó la dentadura en un banco del parque, donde se la quitaba para escupir mejor, fue el último en que volvió a masticar. Para Melquiades no existía mayor desgaste que el de la preocupación por lo que se deteriora o estropea.

—Yo podría afirmar que si la nube del ojo derecho de Cabal hubiese estallado en la tormenta, con los rayos y centellas con los que él se las entendía en la vida, a más de uno se le hubiese reventado la córnea o los varones de su vecindad, que solían espantarse nada más verlo, hubieran perdido la virilidad en gran medida. Ahora la pata no le permitiría el mismo uso de un arma tan peligrosa, no en vano la caída de la cama, querámoslo o no, lo convirtió en un tullido, pero con el estallido de la tormenta, en su momento, ya digo que hubiese bajado sin remedio el índice de natalidad en el Barrio.

—El resbalón fue un aviso para Melquiades, aunque él no lo reconociera. Tiene más limitaciones la pata averiada que la propia boca sin los piños. El viejo escupía más que masticaba. Lo más feo de todo es que escupía sin avisar, o con la mala intención con que en la tercera edad se usa la saliva como el desprecio.

—Bueno, bueno, ya estamos enterados. Cabal y Melquiades, la tormenta y el desgaste. Algo de mala sombra en ambos casos, según estáis diciendo, y el peso de los años como la abundancia de los parásitos, ya que la edad se llena de los huéspedes que nos chupan la sangre y que son los adecuados al egoísmo con que se va consumiendo la vida. Casi todos los viejos están esqueléticos, chupados por el insecto de turno. Pero ¿qué hacen, adónde van, como las dos estatuas que se mueven con esa sorprendente armonía de sus virajes?...

—Van a donde menos lo piensas, ya ves qué historia.

—Uno y otro al compás desacompañado de su dirección, con las piernas echadas a perder en la caída y el resbalón y la cojera como resultado. ¿Adónde crees que van,

con tanto esfuerzo y tantos resquemores, complacidos porque todavía el cuerpo, a pesar de los avatares, les permita que la lluvia los moje y un camión que apenas los vislumbra en mitad de la calle pueda evitarlos en el último momento?

—No tengo ni idea.

—Al cuartelillo más cercano o, si no les hacen caso, a la Comisaría.

—Cabal denuncia a su yerno. Ya no se trata de la imprudencia del desafecto, sino de la vanagloria del que rizaba la ideología y se peinaba con la raya de un materialista acérrimo. A Cabal le importan un pito su hija y la secuela del nieto con las muletas de la poliomielitis.

—Melquiades denuncia a su nuera. Se mofó de Nuestra Señora de las Calamidades, hizo ascos al Cristo de la Renunciación, cerró el puño al cantar las cuarenta cuando una tarde jugaban al julepe. La nieta se llama Coralina pero ella, cuando la acuesta y apaga la luz y le da el último beso, la llama Jacobina.

—Dos viejos con la pata jerela y un agujero en la cabeza.

—Virados, revirados. ¿Te gustaría tener a alguno de ellos de suegro?...

—Yo sigo soltero, por si las moscas. Cuento los días que me quedan hasta que me den el pasaporte, y hago bolas con las migas del pan para que el único rastro que pueda seguirse de mi condena no sea otro que el que alimente a los gorriones.

## 143.

—Esta noche vienes conmigo hasta el Camino de Rozas —dice el obispo Galar cuando asoman al pasadizo, por donde la niebla se cuele como el agua en la alcantarilla—, pero luego me dejas, no quiero entretenerte.

—Tengo bastantes cosas que hacer —confiesa Ambrosio—, pero la niebla sube del río y el Camino estará más borrado, no quería que se extraviara. Es una noche en la que no está fija la voluntad urbana, ya ve usted qué ocurrencia. Los pasos y las pisadas hacen que el rumbo derive más de lo debido, y ya ha habido algunas ocasiones recientes en que perdí el conocimiento o estuve a punto de perderlo.

—Vamos a ver, Ambrosio, no puedes consumir el tiempo como si lo estiraras, la noche no te conviene como si fuese algo parecido al conducto de la eternidad. Tú te cansas, estás débil, delicado, y no puedes enredarte, atender a todos los requerimientos. La Ciudad de Sombra tiene el vientre voraz de las urbes que sobreviven entre el egoísmo y el malentendido, y ni siquiera quienes la gobiernan o bendicen logran controlarla. Todos somos prisioneros de su destrucción y usura, hasta aquellos dichosos extraterrestres que se posaron para repostar y tuvieron que irse con el rabo entre las patas.

—La noche la tengo completa —afirma Ambrosio, que siente en el saco el tintineo de la sortija y la patena, como si la melodía de las joyas acariciara la espalda desde el fondo del mismo—. La noche y no sé si la vida. Ahora la niebla me resulta más benigna en los pensamientos, también en las expectativas o en las predicciones. No quiero que usted se preocupe.

—No me preocupo, de veras. Yo también tengo completas las horas y el destino de las cosas en que debiera ocuparme. Y quiero advertirte algo, aunque no lo acabes de comprender: no soy un ejemplo de nada, de la misma forma que el gobernador Devesa tampoco lo es. A lo más que podemos llegar, habida cuenta de que hemos podido conocernos lo suficiente, y tú has sido testigo de muchos de nuestros paseos, confidencias y conversaciones, es a la conclusión de que parecemos barcos a la deriva, seres que no habitan el mundo que puede acogerlos. Valiente ejemplo, como fácilmente puedes pensar, y encima con la autoridad y las bendiciones. Aquí no pintamos nada.

Ambrosio cierra los ojos un instante, el presentimiento que turba su ánimo sube después a la boca como un pedazo de niebla amarga.

—Ustedes tienen el sueño contrariado —musita Ambrosio Leda, sin que sea posible que el obispo Galar le oiga, ya que ha avanzado unos pasos más rápidos por la niebla que todavía escupe en el pasadizo—. Los sueños de la contradicción y el desaliento. La enfermedad del bien y de la bondad de la que oí hablarles. Están muy malos.

—Quiero repetirte, amigo Ambrosio —dice el obispo Galar, que tiritaba bajo la

gabardina negra—, que hagas el uso debido, sin ninguna prevención ni miedo, de la carta que acabo de entregarte. Y, por supuesto, de la patena. No tengo dinero contante y sonante, no es posible darte cuatro cuartos, pero la patena puedes venderla cuando lo precisas. En la carta se aclara que es un regalo, que es tuya. Después de tantos meses, con el voy y vengo de estas noches en las que Balma siempre parece un animal al acecho, tenemos derecho a compartir los secretos que nos dé la gana.

—El mío no lo sabe usted entero. Yo no soy capaz de contar lo que escondo con la garantía con que usted y el gobernador Devesa cuentan los pensamientos y las ideas que tanto les desazonan. Llevo una noche de cuidado, pero no tan distinta a las que la precedieron, porque para subsistir en mis condiciones y lograr que la voluntad urbana no se tuerza por completo, ya ve qué ocurrencia, debo estar siempre alerta y dispuesto. Nadie puede ponerme la mano en el hombro sin que yo le haga caso, es también la manera de que nadie me descubra. Estoy muy cansado, y débil y delicado, como usted dice, pero hoy entre la niebla me hicieron una predicción, y debo aguardar sea como sea a la mañana, cuando llegue el correo del Noroeste con el mismo retraso con que lo hizo hace quince años.

## 144.

—Dices que ahora la niebla te resulta más benigna en los pensamientos y en las predicciones, y no sabes cuánto me alegro —dice el obispo Galar—. Yo la siento como el acompañamiento más adecuado a la confusión de un alma conturbada, lo que también necesitaría mi cuerpo para confundirse en estas circunstancias. Y sin embargo, lo que la niebla simboliza, si no me acuerdo mal de alguna lectura, es lo indeterminado, la fusión de los elementos aire y agua.

La voz del obispo Galar parece el eco de un ensimismamiento, y Ambrosio va muy cerca de él, como si con el oído atento recogiera el hilo del ovillo en que las palabras del obispo se devanan.

—Lo que procura la niebla, si no lo leí mal, es el oscurecimiento necesario entre cada aspecto delimitado y cada fase concreta de la evolución. No creo que estas determinaciones simbólicas nos sirvan ahora a ti y a mí para evaluar ese sentimiento benigno y mi sensación conturbada y confusa. El caso es que hubo una vida cósmica que surgió después del estado caótico, y en esa etapa apareció lo que los antiguos llamaron la niebla de fuego. En el pensamiento primigenio, amigo Ambrosio, la vida tenía otras explicaciones y algunos relatos muy entretenidos para darlas, sin que fuera preciso entenderlas del todo.

Por un momento Ambrosio percibe en las palabras del obispo Galar lo que más pudiera parecerse al murmullo de una oración, algo que resuena al latín de las olvidadas declinaciones.

—De lo que no me acuerdo es de ningún relato del caos que merezca la pena, sólo de aquellas descripciones de Platón y los pitagóricos que consideraban el caos como la sustancia primordial, el alma del mundo, lo que fue luego la masa confusa de los alquimistas. Ahora que la niebla, la del fuego o la más propia de la Balma que nos tiene secuestrados, se hace más densa, más atrevida, me viene a la memoria la idea del caos identificado con el inconsciente. Podemos bucear un momento en ese estado que nos permite la mayor carencia, la absoluta falta de conciencia, de lo que es el alcance de nuestras palabras y acciones. Bucear en la nada de la niebla...

El silencio logra la mayor atadura en los elementos del aire y el agua, que parecen estrangular las figuras del obispo Galar y su acompañante, como si la niebla apretara el puño en la garganta de los mismos, y lo que pudiera brotar finalmente de los labios del obispo no fuera otra cosa que el latín derretido en el que la oración se hubiese vaciado, en el que no quedase ninguna voluntad de imploración y súplica.

—Estamos aviados —dice el obispo Galar, sin que el tono jocoso con que intenta expresarse resulte muy convincente—. La cabeza se me va por los cerros de Úbeda y el corazón me aprieta como una castaña pilonga. Toda la teología y la apologética, además de la teodicea, la moral y la liturgia, echadas a perder por un quítame allá esas pajas.

No hay rumbo exacto, ni existe el pasadizo secreto que haga confluír los pasos y las pisadas hacia el Camino de Rozas. La niebla de fuego es la niebla de hielo, compacta y ensimismada como el pensamiento que vierten las palabras del obispo Galar en el vano intento de alcanzar un razonamiento aceptable. Lo que el obispo y el andariego comparten cuando ambos quedan quietos, rozándose los hombros, inmersos en lo que envuelve el caos identificado con el inconsciente, sin que palpite el alma del mundo, no es otra cosa que el miedo ancestral de su absoluto abandono, el abismo de sus costados y la cenagosa profundidad adonde cae la piedra que los hiere y derriba.

—Es el momento de decirte adiós, amigo Ambrosio, tienes que restituir la voluntad urbana, completar la noche.

—Me quedan algunas encomiendas, y debiera cobrar al menos algo de lo que me deben.

—En los buenos cuentos, y en algunos relatos bíblicos, muchos amigos se despiden con un abrazo. De ese modo confirman la amistad que se tienen, y sienten la zozobra de que acaso no vuelvan a verse.

—Yo le espero mañana al pie de la verja, bajo el magnolio. A lo mejor tenemos una noche menos compungida.

—Y yo te prometo no subirme a la parra, pero si tienes suerte y desvelas el misterio de la Santísima Trinidad, tienes que explicármelo con pelos y señales.

## 145.

Ahora la niebla es de verdad la nada, y en el sentimiento con que Ambrosio Leda se mueve sin que la cabeza vaticine ninguna orientación, como si la mente se hubiese desprendido del cuerpo rendido y pesaroso, la Ciudad de Sombra es una abstracción en la que no queda geografía ni perspectiva. Una Balma sin el significado del urbanismo ni la memoria de quienes la habitaron. La ciudad que huyó del hueco de sus cimentaciones, igual que el pájaro que se escapó de la jaula antes de que el incendio la redujera a cenizas.

La nada refleja muy bien la disolución de todo lo que Ambrosio piensa y sueña y escucha, un fluido que no tiene mayor consistencia que la del humo de la niebla seca, la que pudiera consumirse en el fuego, y que después de vaciarle los recovecos y las palpitations del cuerpo y del alma, después de disolver sus grumos, se pierde en el sumidero que es el último atisbo de su imaginación, o desaparece por la alcantarilla como el agua sucia que arrebató la lluvia.

—En este punto, querido hermano —escucha a su lado, y no es la voz que todavía retiene el aliento humano de quien pueda estar tan cerca, acaso en la misma tesitura de la desaparición y la nada, pero sin escurrirse por el sumidero—, lo más conveniente es que pienses en volver al Bosque de Alcidia. No debes seguir hacia delante, cuando de Balma ni siquiera quedan las ruinas; tienes que regresar a los orígenes de la madriguera, no en vano amueblaste el chamizo con tanto gusto y esmero.

Es la necesidad de alguna agarradera lo que mueve la mano de Ambrosio para acariciar el lomo de un animal que en la niebla no puede resultar tan grande y esbelto como a la luz del día, pero que se arrima a él para infundirle ánimo y hacerle adquirir la certeza de que la nada todavía no lo sumió, ni la desaparición lo hizo suyo.

—Eres Gubbio —dice Ambrosio, reconociéndolo—. Me dijiste hace tiempo que regresabas a la Umbría, no se te volvió a ver el pelo.

—De mí podrá decirse cualquier cosa, hermano Ambrosio, pero nadie tiene derecho a poner en solfa lo que espiritualmente supuso mi conversión y arrepentimiento. Los Apeninos están muy lejos y hasta Asís hay un trecho muy largo. Lo que dije no implicaba que la policía me siguiera el rastro, yo no milité en ninguno de los bandos de la Contienda ni le he mordido el culo a nadie, como andan diciendo por ahí.

—No sabes cómo te lo agradezco, Gubbio. De pronto me había quedado sin otra referencia que el traje y las botas, igual que un espantapájaros, como si el cuerpo se hubiera derretido en la niebla y en la cabeza no quedara otra cosa que el adiós de un prelado.

—Ven conmigo, hermano Ambrosio. Voy a rescatarte igual que lo hubiera hecho el Poverello, devolviendo los pasos a la razón de las pisadas y lo más lejos posible de

los pasadizos secretos por donde yerra el que pisa en falso.

La niebla deja abierto un camino en la espesura, por donde el lobo avanza como si lo hiciera entre la maleza, con la decisión y el empeño de quien conoce mejor que nadie la dirección que conduce al Bosque de Alcidia.

—Tienes tu chamizo, tu casita tan coqueta, el camastro y los geranios que ni siquiera necesitas regar. Ay, hermano Ambrosio, la humildad es lo que mejor se aviene con la conformidad, si supiéramos que lo único que necesitamos no es otra cosa que lo necesario...

Ambrosio siente en las rodillas la cola del lobo que se las roza y, cada poco, el animal se detiene y le deja llegar a su lado para que de nuevo le acaricie el lomo, donde la piel húmeda mantiene la suavidad de su juventud y limpieza.

—Dejé el Bosque por cuestiones de subsistencia —dice el lobo, cariacontecido—, aunque de cuando en cuando vuelvo a la guarida. La manada se dispersó, como bien sabes. Unos emigraron a Ordial y otros se fueron al Castro Astur, pero no hay bicho que tenga papeles, y los animales domésticos no pueden vernos. Regresar a la Umbría tampoco hubiese sido la solución, ni el hermano sol ni la hermana luna pueden hacerse cargo de tanta miseria.

—Oí decir que un lobo no es otra cosa que un perro vil —comenta Ambrosio.

—Ésa es la ideología, así nos luce el pelo. Ya puedes llamarte Gubbio o merendarte a la abuelita. La vileza se contrapone con la bondad canina. Perro bueno y fiel, lobo malo y traicionero. Animal salvaje, enemigo terrible. Siempre la misma historia, el lobo disfrazado con la piel de cordero; el hombre perverso que esconde los colmillos, taimado como la fiera de la que toma ejemplo. Eso somos, no ya perros viles sino hombres infames.

El animal se alerta. Ambrosio le escucha olfatear en la niebla; su cuerpo se encrespa, el pelaje pierde la suavidad y la juventud y toma la aspereza que proporcionan la experiencia y la edad de los mayores.

—Lo siento, hermano Ambrosio —dice de pronto, suspicaz y temeroso, bajando la voz—. Tengo que esconderme, te veré más tarde, si es que no me echan el guante y me deportan a los Apeninos. Tienes que tener mucho cuidado, ese que viene blandiendo en la niebla un bastoncillo es el gobernador Civil. No quería decírtelo, pero es que estoy denunciado.



## 146.

—Me salvó de la muerte un dolor de muelas.

—A mí dislocarme un pie.

—Estuve herido varias veces, y algunas de mucha gravedad. La metralla que me sacaron del muslo derecho, en el hospital de sangre de la Moldava, cuando me rescataron de la trinchera y me bajaron por la falda del monte en una camilla manchada de sangre como en el banco en el que degollaron a un cochino, me abrasaba o, mejor todavía, lograba que la carne ardiese, que el dolor tuviera el fuego de un sufrimiento que no se consume, que se reaviva.

—Si os digo cómo me disloqué el pie, después de haber saltado tantas veces con el mismo empeño en la huida que en la persecución, y lo mismo desde la trinchera que desde un muro al que en seguida reventaría un obús, no me lo vais a creer. Yo mismo no me lo podía creer tampoco, pero la vida tiene esas imprevisiones y la ocasión la pintan calva.

—Yo no podía pensar que se pudiese sufrir tanto, que existiera un dolor tan insoportable. Creo que alzaba la pierna en la camilla como si intentara desprenderme de ella, pidiendo a gritos que alguien viniera a cortarla. Me hacía a la idea de lo que vale un muñón y de lo que consuelan a un cojo las muletas, aunque perder la extremidad sea haberse dejado matar un poco. Te matan por partes, decía el sargento Eneldo, con la sonrisa resabiada del manco, pero el cuerpo tiene órganos y piezas suficientes como para que esa muerte parcial dure mucho tiempo. Ahí tenéis al cabo Menelao, que para hacernos una gracia, ahora que llueve y no podemos acercarnos a la cantina del campamento, se va a sacar el ojo derecho. Cristal de Murano, pura orfebrería, un ojo con el que a mí nada me importaría taponarme el culo, a fin de cuentas sería como llevar una joya en el trasero.

—Hoy salís vosotros cuatro, dijo el intendente, y nos señaló a los que estábamos en la zona más hacinada del cuchitril. Los de guardia estaban en la puerta y cada máuser tenía ya la bala en la recámara, la mía en la del bisojo que hacía tiempo me había prometido el tiro en la frente. De ese modo te ríes menos de quienes miramos al revés, me había dicho, sin que yo pudiera justificarme. Salté de la litera, estaba descalzo, y me disloqué el pie. No podéis figuraros el modo en que se me hinchó inmediatamente, como un globo; igual que si soplara el hueso desde dentro.

—Vas a joderte, vas a rascar la muela hasta que la escupas, si eres capaz, te vamos a cambiar la sentencia por el flemón. Llevaba quince días en el calabozo, y contaba las horas como si los dedos se me hubiesen hecho huéspedes. Entonces la muela comenzó a dolerme y no lo podía soportar. Chillaba desesperado, me mordía los dedos, hasta cogí un alambre del somier del camastro para hurgarme en la encía. La muela me mataba, y el aplazamiento para matarme era lo más terrible que se les había ocurrido. Te vamos a cambiar la sentencia por el flemón, vamos a dejar que se te pudra la boca.

—Valiente gilipollas, dijo el intendente cuando me vio tirado en el suelo, con el tobillo como un mazo. No te vamos a sacar a rastras, aquí se respeta la voluntad de que el reo se mantenga derecho. Otra cosa es que al tiempo de la descarga el más valiente se vaya por la pata abajo.

—El flemón podía hacer que la encía reventara y yo chupase el pus intentando que se moviera la muela, arrancándola después con la ayuda del alambre, aunque tuviera que causar el mayor destrozo en las raíces. Y hubo alguna noche, os lo juro por lo más sagrado, en que llamé al cuerpo de guardia para pedir que me mataran. Ya no suplico el fusilamiento, decía, apretando el destrozo de la boca, me conformo con el tiro de gracia.

—También chillaba. La hinchazón no me molestaba todo lo que pudiera suponerse, pero de cuando en cuando golpeaba el pie, intentaba que la dislocación fuese a peor. Aquellos a los que iban sacando, hasta que me quedé solo, miraban envidiosos el monstruoso tobillo, y me aborrecían.

—No sé si pasó el tiempo suficiente como para que me olvidaran, o si quien sustituyó al intendente o al comisario llegó a pensar que una muela puede matar a un hombre, aunque a fin de cuentas me salvase la vida.

—Yo soy el cojo que agradeció la cojera como un salvoconducto, y cuando el pie se resiente lo miro agradecido. Al cojo no le anticiparon la muerte seccionando alguna de sus partes, como pensaba aquí el amigo cuando la metralla le hacía arder la sangre, aunque, si soy sincero, debo reconocer que por la vida también daría la mutilación. Era mejor el pie dislocado que la pierna cortada con un serrucho, pero en último extremo me hubiese prestado a sostener el mango del serrucho mientras la cortaban.

## 147.

—Huele a chamusquina —dice el gobernador Devesa cuando en la niebla ya no queda el escollo de la nada, y en el sigilo con que el lobo huye parece rasgarse la cortina que apremia a que la noche se levante, aunque la costra de la oscuridad todavía no lo permita—. O alguien encendió una hoguera o algún listo le quitó el mechero a un despistado para prender un cigarro.

Ambrosio distingue en la sonrisa del gobernador Devesa el rictus de la cordialidad y la melancolía, pero adivina en los ojos la lejanía de quien se hundió por un suceso que tamiza la tristeza de la mirada, con la perseverancia del que se ahoga sin que sea posible ninguna acción de salvamento, ni pueda levantar cabeza.

La mano del gobernador Devesa no está fría, y cuando estrecha la de Ambrosio restablece la corriente de simpatía alrededor de lo que ambos comparten y departen, tras tantos paseos nocturnos con el obispo Galar, y hasta en el filo de alguna madrugada, cuando los tres se quedaron sorprendidos por un resplandor anticipado en el horizonte, que delató lo que jamás hubieran querido mostrar: la desazón de otro día, la desesperanza de tener que seguir viviendo lo que la noche debiera haber culminado.

Ambrosio recuerda ahora, cuando se acomoda al paso del gobernador Devesa, después de decirle que el obispo Galar ya le espera en la chopera de Rozas, la confesión de una noche de lluvia, meses atrás, los tres sentados en el banco de piedra.

—Es un suceso que yo no puedo recordar desde otra dimensión que no sea la del ahogado —dijo el gobernador Devesa, que aquella noche no había traído el bastoncillo y se cogía las manos con la contundencia con que los pájaros cierran las alas cuando se niegan a volar—. Estoy hundido en la misma profundidad de la conciencia y la memoria, quiero decir en el abismo prematuro en que mi vida se fue definitivamente a pique.

—Hay sucesos que son golpes, adversidades, desgracias con el peso de una piedra que rompe lo que ningún pensamiento logra superar... —aventuró el obispo Galar, que aguardaba compasivo lo que el gobernador Devesa iba a decir, acaso recobrando en su propia memoria lo que más piadosamente compartiera.

—Mi hermano Alejo se asomó al balcón, estábamos en la casa de mis abuelos paternos, en una finca donde pasábamos algunos días de las vacaciones de verano. Alejo tenía catorce años y yo dieciséis. No congeniábamos, nunca, ni de niños habíamos tenido ese cariño o esa complicidad tan propia de los hermanos. Ambos éramos más propicios al aborrecimiento, y Alejo además era un chico colérico, tenía reacciones tan virulentas como inesperadas.

El gobernador Devesa juntó las palmas de las manos, las apretó, apoyó los codos en las rodillas. El obispo Galar cerraba los ojos y Ambrosio sentía la enorme

incomodidad con que a veces se le revelaban, sin él quererlo y sin venir a cuento, los secretos de la noche. La Balma más ofensiva de un altercado o lo que, a la vuelta de la esquina, era el ardor desabrido de una pareja que improvisaba la lujuria muy cerca de unos perros enganchados, o la carrera del que todavía seguía huyendo y al hacerlo tiraba todo lo que llevaba encima. Ambrosio estaba sentado en el borde del banco de piedra y tenía la sensación de que podía caerse al mínimo movimiento.

—Lo empujé —dijo el gobernador Devesa—. Un empujón violento que era la respuesta rabiosa a una patada que me había dado mi hermano por la mañana. El balcón estaba en muy mal estado; la casa apenas se mantenía en la ruina de su antigüedad, aunque mis abuelos la guardaban como oro en paño. Alejo cayó de cabeza con el balcón desprendido, se desnucó, murió en el acto.

—No sé —dijo el obispo Galar cuando el silencio se hizo prácticamente insoportable— lo que la desgracia significa cuando la culpa no hay modo de medirla. Lo único que sé es que nadie podría condenarle a usted sin antes haberle compadecido.

## 148.

—La desgracia —dijo aquella noche el gobernador Devesa, que había sacado uno de sus cigarrillos mentolados, y lo encendía dando en seguida una profunda calada— es el componente fundamental de una vida que se fue a pique. En mayor medida la desgracia que el remordimiento, ya que de la culpa ni siquiera podría hablar. Yo era algo así como un ser humano predispuesto para la desgracia, alguien que habría nacido para ser desgraciado.

—Eso no se entendería, amigo mío, si entrecruzamos el destino con la predestinación —dijo el obispo Galar, que vio al gobernador Devesa ponerse de pie y alzar el cuello de la chaqueta al tiempo que se encogía de hombros—. Un ser desgraciado, nacido para la desdicha y el sufrimiento y, además, con la culpabilidad que rentaba haber hecho lo que hizo. Culpabilidad o remordimiento. Una acción absurda, impremeditada, o al menos sin la voluntad que implica el mal. No sé, amigo mío, si más allá de la conciencia y la memoria, a las que antes se refirió, está Dios o la culpa tiene algo que ver con el pecado y el arrepentimiento. Las malas acciones, sean de la gravedad que sean, se limpian con el sacramento de la penitencia y, en ese sentido, Dios nos echa una mano.

—Me conoce de sobra, obispo Galar, aunque esta historia no la había contado hasta esta noche, quiero decir que sabe muy bien cuáles son algunas de las emociones y sentimientos que ordenan o dan sentido a mi vida. Casi me gusta más decir que la desordenan o sustentan el sinsentido de la misma. No he buscado ningún consuelo, nada que se desprendiera del arrepentimiento, ni la culpa cristiana ni la penal, nada que pudiera paliar lo que la desgracia proporciona, la existencia desdichada de una vida que se fue a pique sin piedad ni compadecimiento. De Dios puedo decir algunas cosas paralelas a las que usted siente y experimenta. Ese Dios que forma una parte muy comprometida de la desgracia de los hombres.

Ambrosio escuchaba con cierta voluntad de asentimiento, y hasta en algún momento estuvo a punto de decir algo, pero la noche tenía un hálito de lluvia menuda que el viento traía o llevaba, y en el intento de hablar sus palabras se mojaron antes de ser pronunciadas, o las suspendió el viento poco después de enfriarle la frente.

—El Dios que nos ayuda y justifica, o el que nos recrimina y condena. De cualquier modo, un Dios que inventamos para ser más desgraciados, ya que la consolación y el perdón y el arrepentimiento no son otra cosa que mentiras útiles para descargar aquello que nos conturba, invenciones, ocurrencias, artificios.

—Una explicación como otra cualquiera de la complejidad del corazón humano —dijo el obispo Galar—. Con la fe que avala la transcendencia o, en el polo opuesto, tal como usted la refiere, con la sinrazón de un invento que ayuda a complacernos. La desgracia, estoy de acuerdo, es lo más consustancial a nuestra condición, lo mismo que la fragilidad y la muerte. De lo que no estoy tan seguro es de que ésa sea la

inclinación irremediable, la piedra crucial de nuestro destino, el hecho de que seamos desgraciados sin más alternativa.

—No está tan seguro, amigo mío, pero tiene la experiencia de sentirlo, iba a decir de padecerlo. Ni la fe ni la gracia le han servido, aunque no quisiera malinterpretar algunas palabras que hemos podido escuchar en otras noches, cuando el andariego nos acompañaba o cuando, para que la ecuación de nuestras compunciones y pensamientos fuese más perfecta, veníamos por los pasadizos más secretos de nuestra intimidad; las almas gemelas que el amigo Ambrosio casi podría llegar a confundir si asomara al tiempo a los despachos del Gobierno Civil o a la Capilla del Palacio Episcopal.

La lluvia no se desprendía de la finura del viento, y el gobernador Devesa todavía pudo encender otro cigarrillo, antes de que decidieran retornar al Camino de Rozas.

Algunos pájaros nocturnos se alteraban en el cobijo de las ramas de la chopera, y Ambrosio sintió en la cabeza el cruce alterado de los pensamientos que contraponían las razones de la infelicidad y la desdicha, hasta que el propio gobernador Devesa le requirió al fin para que dijese algo.

—Yo no tengo otra cosa —dijo entonces Ambrosio Leda— que esta desgracia de quedar abandonado, por la voluntad de haber desaparecido.

## 149.

—Ya has visto, Ambrosio —dice el gobernador Devesa, que golpea suavemente su pierna derecha con el bastoncillo según caminan—, lo poco que valen las autoridades de Balma cuando nada tienen que firmar o bendecir, menos todavía que cuando lo hacen. Buscan en el amparo de la noche lo que no encuentran en las respectivas cuevas, igual que los bichos que andan desnortados por las calles desde que la Contienda los espantó. Lo que el obispo tiene de pobre de espíritu lo tiene de pusilánime el gobernador.

—Yo no diría eso —musita Ambrosio, que asienta el saco en el hombro—. La noche no es la misma para todos, y algunos es lo único que tenemos.

—Te voy a decir una cosa, que puede que no nos hayas escuchado, aunque tampoco sé lo que has podido sacar en limpio después de habernos oído hablar tanto. El obispo y yo no valemos para lo que somos y, además, estuvimos equivocados desde el principio, cuando la resignación fue la coartada de la cobardía, ya que no éramos capaces de hacer otra cosa que no fuera la que complaciese a nuestros superiores. Da lo mismo el mando en plaza que el anillo episcopal. El cargo exige igual resolución que revestimiento. Un pobre de espíritu y un pusilánime, ya ves qué poca cosa y qué absurda.

El gobernador Devesa olfatea en la niebla. Lleva las manos enfundadas en unos guantes de piel y la trinchera muy ceñida por el cinturón, con el cuello alzado.

—Huele a chamusquina, Ambrosio —repite otra vez—. Esta niebla se hace casi tan irrespirable como el humo, no sé qué puñetas pinta un enfermo del pulmón en una ciudad asfixiada por la humedad de dos ríos, y uno de ellos con las aguas podridas. No sé si además de a chamusquina a lo que huele también es al veneno de los sulfatos y de los abonos compuestos.

El gobernador Devesa alza el bastoncillo como una advertencia o una amenaza.

—¿En qué gasta el tiempo la autoridad competente, amigo Ambrosio, si Balma no despierta de la ruina, y los adictos no salen de casa porque hay más muertos en las calles que vivos en el padrón?... Cada papel que firmo, cuando el secretario se pone pesado, me lo trago luego. La burocracia del Gobierno Civil tiene la tinta seca y la pólvora mojada. Nadie se fía porque nadie cree en lo que dictan las consignas, todo se resuelve con la maledicencia y el papeleo, porque ya sabes que en la Ciudad de Sombra los extraterrestres hicieron sus necesidades y todo el mundo se llamó andana. Lo último que se oyó, cuando los platillos volaban, fue una diatriba sobre la patria, la muerte y la mierda. Los que vinimos de fuera, como el obispo Galar y yo, estamos despistados.

Ambrosio pierde el rastro del gobernador Devesa. Las palabras que decía con la velocidad de atropellarlas eran como el papel mojado de las firmas que aseguraba tragar; y por un momento, el propio Ambrosio tiene la sensación de estar comiendo

los documentos que la niebla arruga, y para no atragantarse saca la lengua y se dispone a escupir.

—No lo hagas en mis zapatos —dice el gobernador Devesa, que está ahora a su lado y muestra el pie derecho con el zapato brillante—. Y escúchame un momento, que ya te dejo que vuelvas a tus cosas. El obispo me espera y tú, como siempre dices, tienes que completar la noche.

—En ello me va la vida, no tengo otra manera de ganarla. Yo no estoy escondido por el gusto de estarlo, como usted bien sabe.

—Ni nadie te tiene fichado, no te preocupes. Pero verás, te voy a dar una cosa y un pequeño aviso.

El gobernador Devesa saca de un bolso de la trinchera un sobre y se lo ofrece a Ambrosio.

—Lo guardas. Es como un seguro, por si pasa algo. El gobernador deja las cosas claras, y si alguien tiene la intención de comprometerte donde no debe, porque te ha visto en las malas compañías que con el obispo y conmigo gastas algunas noches, le tapas la boca. Eres un hombre sensible y desasistido, y conviene que quienes te estimamos velemos por ti.

Ambrosio lleva el sobre al bolsillo interior de la chaqueta, donde guardó el que le dio el obispo Galar.

—Un momento, que todavía no he terminado. Ahora abre el saco.

El gobernador Devesa se quita el reloj de la muñeca izquierda y lo deposita en el saco que Ambrosio mantiene abierto entre las manos.

—Las horas valen menos que el oro de quien las mide —dice el gobernador Devesa—. En realidad, ya no valen nada, pero el reloj puedes venderlo o empeñarlo cuando quieras.

Ambrosio cierra el saco, vuelve a cargarlo al hombro, ya no tiene palabras con que responder a la mirada melancólica y enigmática del gobernador Devesa.

—En el fondo —dice el gobernador, golpeando de nuevo la pierna derecha con el bastoncillo—, el obispo y yo tenemos el mismo sentido de la vida que de la muerte.



## 150.

—Y tú, chaval, ¿de dónde vienes, rapado y tosiendo como un viejo con los pulmones escacharrados?...

—No lo sé, porque no tuve tiempo de mirarlo.

—Déjalo en paz, ¿no ves que lo que le asoma en la bota no es el dedo gordo sino el gusano que le comió la suela?

—Es que siempre que veo a un chaval de éstos, con la cabeza llena de calvas y mataduras, pienso que la infancia es el mayor incordio del ser humano, y no hay derecho a llevarla como si fuera una lata cogida con un alambre. ¿Qué tienes en la lata, chaval, qué metiste en ella?...

—Una patata asada, la última que encontré. Estaba fría cuando la saqué de las cenizas, voy a merendarla.

—El banquete de tu vida.

—Déjalo en paz. Es el mismo gusano el que sale del bolsillo del pantalón, cuando mete la mano para rascarse la entrepierna. Otro dedo gordo con la uña partida.

—Anda, chaval, déjate de bobadas y dinos de veras de dónde vienes. Esa cabeza está más historiada que la zamarra con que fusilaron al cabo Verdún. Tres agujeros en la pechera, parecidos al que tienes en el bolsillo del pantalón, y en vez de morir tuvo que remendarlos. ¿Es que te rascas con igual inquina la cabeza que la tripa? No me digas que el hambre y la sarna son de la misma familia.

—Déjalo, joder. No sé si son de la misma familia pero el resultado es igual, sólo hay que verlo. El raquitismo afecta al metabolismo del calcio. A este chaval se le quiebran los huesos con sólo moverlo.

—Te convidó a un café con leche y un bollo en el bar de la esquina, pero me cuentas de dónde vienes y lo que hacías antes de empezar a rascarte.

—Lo que hacía no era otra cosa que la ocurrencia de que fueran a llevarme, porque yo estaba metido debajo del fregadero de la cocina, y hasta que no saqué la cabeza no pudieron verme. No era lo mismo que me llevaran de la oreja o que me dieran una colleja y me echaran el alto cuando salí corriendo escaleras abajo. No hacía nada, ni otra cosa que agachar la cabeza y chuparme el dedo, porque el meñique me dolía. Un gato me hizo una herida cuando quise acariciarlo, la uña del meñique se me cayó, era el dedo con el que me rascaba la nariz.

—Si te echaron el guante es porque algo habrías hecho. Un chaval que está solo, escondido, algo tiene que ocultar. En los tiempos que corren, el que menos disimula es el que más interés tiene en pasar inadvertido. Nosotros dos, por ejemplo, no llevamos el sombrero para saludar a la gente, lo llevamos para que se note la elegancia de quien tiene buena percha y el aire de distinción. ¿Quién va a atreverse a echarnos el alto, si lo que más impone es la figura y el apresto?...

—Una vez le dije a un señor que yo no podía correr tanto como el ratón que llevaba guardado encima de la cabeza, debajo de la gorra. Ese ratón, hiciera yo lo que

hiciese, siempre me sacaría ventaja, y la única manera de sujetarlo era tenerle atada la pata con un hilo. Ese señor llevaba una cartera y pasaba revista como si cumpliera la orden de ir numerando a todos los que encontraba, estuviesen donde estuviesen. Me dijo que yo era el treinta y ocho, y que por higiene convenía que soltara al ratón. A ese señor lo vi después, muchas veces, en la Inclusa.

—Un inclusero, ya me lo dijiste. La infancia se malgasta entre las ronchas de la piel y las de las paredes. En los dormitorios huele a la sosa cáustica con que se friegan los suelos, y la manta cuartelera pica más que los sabañones. El día que te pelan te abrasa la cabeza, ¿a que sí?...

—No le digas esas cosas, deja en paz al chaval.

—Hablo con conocimiento de causa, no voy a quitarme el sombrero para que el que quiera me vea la calva arruinada.

—Siempre me llamó la atención ver cómo te rascabas los sobacos. A veces me ponías nervioso.

—Los restos de lo que se padeció, un recuerdo purulento de lo que los médicos llaman golondrino, la variante menos profiláctica del infarto glandular. ¿Cómo tienes los sobacos, chaval?...

—Lo que más me duele es lo que menos distingo.

—Anda, ven con nosotros. El café con leche y el bollo te van a calentar la barriga, y dime otra cosa, ¿en el patio del Hospicio sigue todavía el olmo o lo talaron cuando se secó?...

## 151.

—No sabía que te gastabas estas amistades, hermano Ambrosio... —oye en la niebla, y la voz del lobo está infectada por un aliento que no reprime la enfermedad, como si en la espesura ya no fuera posible recobrar la salud de su desvalimiento, ya que el Bosque es la quimera que certificó el último sueño de la manada—. Todo un gobernador Civil a la altura de un saco menesteroso, me tienes asombrado.

—No es lo que parece, no te asustes.

—Quería llevarte hasta Alcidia, devolviendo los pasos a la razón de las pisadas, y ayudándote a evitar los pasadizos, pero ya no me quedan fuerzas, hermano Ambrosio. El lobo que conociste no es el Gubbio que proclamaba, y ahora que te veo despachando con la autoridad, ya no me apetece seguir engañándote.

El lobo está tendido al pie de un árbol, y cuando Ambrosio llega a su lado casi tropieza con su cuerpo, que concentra en la respiración agitada el aliento que destila sobre la niebla un vaho amarillo.

—Ten cuidado —dice el lobo—, no vayas a mancharte. El estómago se me revolvió, y lo que vomito es una papilla amarillenta que huele peor que la caca de un niño descompuesto. Me parece que, al fin, el hambre no permitió que el olfato cumpliera su oficio. Hay que saciar la ansiedad, y en el hallazgo ocasional de un guiso puede estar la trampa que te mate. ¿Por casualidad tienes idea de a qué sabe la estriknina?...

Ambrosio se inclina y palpa la cabeza del lobo, que hace un vano intento de alzarla.

—Ya tenía muy mal cuerpo cuando te vi hace un rato, pero me aliviaba poder servirte de algo. Si pudiéramos ir juntos hasta el Bosque de Alcidia, tú a tu casita y yo a la guarida, a limpiar el estómago con alguna planta medicinal, la carcopea o la ligustrina, la que sabe a regaliz. Nunca tuve la inclinación de hacerme vegetariano, ni en los peores momentos de la hambruna, cuando las manadas bajaron a las urbes, pero masticas unas hojas curativas y te libras de la intoxicación, hasta mueves el vientre y deja de dolerte la tripa.

Ambrosio se sienta al lado del lobo. La niebla rodea al animal con el despojo de una humedad azufrada. El lobo levanta la pata derecha para que Ambrosio se la coja. La respiración se hace más lenta, menos agitada.

—Os tuve engañados, ésa es la verdad —dice el lobo—. Nunca conocí a un santo, ni tengo la nacionalidad italiana, ni hice por los Apeninos las fechorías que luego me llevaron al perdón y al arrepentimiento, cuando el pobrecillo de Asís me dio sus bendiciones y me alistó en su tropa, uno más entre los franciscanos que cumplían con la humildad y el recato la normativa monacal. Plegarias y genuflexiones, ayuno y abstinencia, los ideales de una fiera redimida.

—Nunca te creímos, no te preocupes —dice Ambrosio—. Cuando sacabas pecho

y decías que te llamabas Gubbio nadie en Balma te hacía caso. Antes te preguntaba tu opinión sobre esa idea de que un lobo no es otra cosa que un perro vil, y ya me dijiste que se trata de una idea malintencionada, los perros viles y los hombres infames.

El lobo remueve el cuerpo, intenta ponerse en pie, no lo consigue.

—Yo no niego mi condición de malhechor. Lo hubiese sido, como el propio Gubbio de la Umbría. Me consuelo por haber andado con bastantes miramientos, sin asustar a los rebaños ni haber degollado una oveja. El malhechor tiene muchas veces la catadura del resentido, y en ese orden de cosas me considero bien clasificado. El resentimiento que produce el estigma de la maldad, y el cabreo de saber que hubo un Creador que dio de lado a los animales, que como mucho los metió en un arca al mando de un gilipollas borracho que se llamaba Noé, y si te he visto no me acuerdo.

—¿Te hubiera ido mejor de perro?... —inquire ingenuamente Ambrosio, mientras el lobo contiene un vómito y un espasmo.

—Vete, hermano Ambrosio, y no preguntes chorradas. Hay perros que quieren ser santos y se dedican a lamer las heridas de los dueños, como en el caso del perro de san Roque. Los dueños de los perros justifican con frecuencia la esclavitud con la bondad, los buenos sentimientos que un animal auténtico jamás soportaría. Soy un malhechor, pero no un lobo desalmado. El hambre es la salvaguarda de mi dignidad. Pero vete de una vez, hermano Ambrosio. No eres tú precisamente alguien a quien haya que explicarle estas cosas, aunque te recomiendo que, por favor, cuides un poco más las amistades.

## 152.

Lo que parece un sarpullido reumático es lo que más se asemeja al escozor de la rodilla derecha que algunas madrugadas, cuando Ambrosio se deja caer en el camastro del chamizo, muestra la misma supuración de las ulceraciones y las ganas irreprimibles de rascarse.

La pierna derecha se resiente y Ambrosio percibe que el peso del saco ha crecido, de tal modo que tiene que cambiarlo de hombro para aliviar la presión y el malestar.

No es posible que lo poco que el saco guarda incida en el peso, pero en el pensamiento la sortija y la patena y el reloj adquieren la cualidad de su valor, como los objetos de un tesoro que es costoso y arriesgado acarrear.

En ninguna de las noches en que Ambrosio completó su andadura, a lo largo de los quince años de su existencia camuflada en Balma, llevó en el saco nada parecido. Ahora el tesoro es una carga que le pesa y le preocupa, aunque ni el sarpullido ni el escozor sean suficientes para que no imprima la agilidad con que le conviene salvar la niebla y volver a acomodarse a la voluntad urbana.

Por el Trasunto y las Retahílas hay una dirección que permite llegar a la bodega del Barandales de la manera más solapada, aunque en las intenciones de Ambrosio subsiste la duda de si merece la pena el intento de saldar las deudas, cuando entre los requerimientos y el cobro prometido siempre se alarga el plazo y jamás hubo transacción que llegara a buen puerto. Las cargas de Ambrosio tienen el perjuicio moral de quien encuentra el desánimo en el incumplimiento, sabiendo que ese perjuicio forma parte de su situación y que de ella se aprovechan unos y otros.

En lo que le cueste llegar de nuevo a la Plaza del Lindero, o acortar el camino por el Paseo del Prisma, pudiendo evitar algún sobresalto, y empezando a pensar que la noche se completa con ya pocas pretensiones, es menor el esfuerzo, sin que el Barandales o el Galimatías cambien la ubicación entre las bodegas que en Balma jamás cerraron las puertas, apenas entornándolas en los tiempos en que se producía un estallido o una explosión.

—En cualquier caso, da lo mismo un antro que otro —piensa Ambrosio, que ya desbroza la niebla hacia el Trasunto, sabiendo que en el Paseo del Prisma la cuchilla de la humedad tiene un filo rasante, muy peligroso para el reuma, y que en la totalidad de la noche siempre hay una reserva para la confusión y la duda—. Ni van a pagarme ni a considerar que en lo prometido hay un saldo a mi favor. Los poderes del novio eran papel mojado, y vale igual casarse que devolverle los pantalones al marido que los perdió o los dejó olvidados.

—Pero no es lo mismo lo que tienes pendiente con tu socio Carpo Expósito —escucha a su lado, al tiempo que siente un tirón en el saco que le pone a la defensiva, como si fuera preciso preservar su propiedad.

—No es lo mismo... —se dice Ambrosio.

—Entonces olvídate del Barandales y no te acerques al Galimatías. Hasta pueden pagarte con una denuncia, que es un modo frecuente de quitarse de encima las obligaciones y los vencimientos.

—No soy de los que cobran, ni de los que reclaman. Me parece que soy de los que hicieron de la mendicidad un simulacro que me emparenta con los animales del Bosque. Los bichos me dieron más confianza que las personas.

—Anda, tampoco exageres —escucha Ambrosio a su lado, todavía sin percatarse de quién le acompaña, y afianzando la seguridad del saco con el puño muy cerrado, sintiendo que los tirones sobre el mismo se suavizan aunque no desaparecen—. Los animales tienen intereses exclusivamente rastreros. El instinto es más egoísta que la voluntad. Yo no echo un cuarto a espadas a favor de las personas, sólo hay que verme cómo vivo, sometido al padecimiento de un golfo, maltratado por sus desvaríos e intrigas, pero aun así hay que reconocer que la penalidad es más digna en quien sabe razonar que en quien no puede hacerlo.

Ambrosio se detiene, cierra los ojos como si quisiera evitar que la niebla se le meta en ellos, y hace un esfuerzo para dirimir si lo que escucha es la voz de quien le acompaña, o un eco de su propia voz en la boca de alguien que se le metió en el cuerpo, como el quiste o la esquirla del niño malo que ahora habla más de la cuenta.

## 153.

Carpo Expósito vuelve a acariciar el saco de Ambrosio, sin más presión que la que pudiera hacer al saludarle palmeando su espalda.

—Le buscaba —dice, con el aspaviento de quien ni siquiera disimula lo que puede ser una contrariedad o una sorpresa—. Estuve un buen rato en la Verja y luego anduve por el Galpón y el Barandales, cuando se apaciguaron los rufianes malayos.

—El apaciguamiento —dice el niño malo, de quien Ambrosio reconoce ahora la voz, con otra entonación pero sin que admita la menor duda— se resolvió con la correspondiente camada de hostias. Esos hombres no iban a conformarse con el alijo trabucado. La morfina no es lo mismo que el agua bendita.

—Me dieron para el gasto y prometieron que si en menos de seis horas no devuelvo las ampollas verdaderas me cortan el brazo como al Cristo del Desprendimiento. Yo le juro que es el Cojo el que tiene la sartén por el mango, y el culpable del desaguisado. El Cojo es el dueño del negocio, yo pintaba menos que usted mismo.

—No quiero saber nada... —dice Ambrosio, intentando quitarse de encima a Carpo.

—Todo lo preparó él, se lo juro, los alijos, los engaños, las celadas, pero el Cojo ya no existe. Los curas que no tienen parroquia son como los pájaros sin jaula, vuelan, se esfuman.

Ambrosio camina decidido.

—Déjame en paz.

—No lo haré, no va a dejarlo —dice el niño malo excitado—. No se crea que a lo que viene es a darle explicaciones y a disculparse, es que le necesita a usted, ya puede agarrar el saco lo mejor que sepa.

Carpo se mueve con dificultad, carraspea, tose.

—Cállate, chaval, no me sofoques.

—Se trata de otro negocio —dice el niño malo—. Para eso lo esperaba en la Verja y en el Galpón, para proponerle otro asunto de meridiana categoría y riesgo comprobado, como todos los suyos. Usted tiene que entender que cuando lo persiguen y lo golpean yo también me llevo mi parte, soy el cabal testimonio de una infancia vapuleada.

Ambrosio logra esconderse en la niebla. Carpo se retuerce y le cuesta trabajo sobreponerse.

—Mire usted, haga el favor de escucharme. Le ruego que no me tome el número cambiado y, por Dios, no le haga caso a este gandul, que ya ha comprobado la lengua que tiene. Lo primero de todo quiero decirle que cumplí la promesa y, en este caso, cabalmente, con la buena mercancía. Fui al Cine Profundidades, busqué a su cliente, al señor que tiene el penacho blanco y el hijo mutilado. Le entregué de su parte cuatro ampollas, más de lo que quería, y encima, para cumplir de veras con usted, le dije que

la entrega era a cuenta, y que era con usted con quien debiera entenderse. Yo no soy el baranda que no tiene palabra, tampoco el falso amigo o el pobre desgraciado. El hecho de que la vida me reserve el castigo de tener que vivirla del peor modo no me quita la palabra que doy. Ese señor no sólo me tendió la mano, también me dio un abrazo.

Hay cierta confusión en la cabeza de Ambrosio. Es frecuente que en el devenir de la noche, en la larga trama que estira o complica lo que se va urdiendo como una reincidencia que logra demorar el tiempo y con él la vida, la confusión sea una suerte de acicate o alivio.

Ambrosio Leda aprendió hace años que la noche es la trama, y que en el carril de una precaria existencia como la suya no queda otra aspiración que la de lograr que la trama desvele sus actos y secretos, de modo que hasta la llegada del amanecer, y el regreso al chamizo para recobrar el descanso merecido, los pasos ensamblen las pisadas, y los pasadizos no entorpezcan el hilo argumental de sus conmociones.

—Mire usted —dice Carpo Expósito—. El asunto es muy sencillo, y más desde que quienes lo planearon se mataron en la cabina de aquella camioneta llena de pollos decapitados. El monto de la cubertería, la plata contante y sonante, lo tengo a buen recaudo. Fue verdad que me caí escaleras abajo, que nadie me echó una mano y que no me maté de milagro, sobre todo si consideramos que en el cargamento había cuchillos muy afilados y tenedores con mucha punta. Hay que trasladar el material para la tasación y la venta, y nada mejor que el saco de un hombre que no carga ninguna culpa ni ninguna sospecha, apenas la caridad y el desaliento. Usted y el saco son la parte alícuota del negocio.



## 154.

Lo que rompe la noche, en el estrépito que en la Ciudad de Sombra ya en nada se parece al retumbar de las explosiones encadenadas en el eco de su persistencia, es de pronto una deflagración que parece provenir del interior de la tierra.

Un brazo de la Ciudad de Sombra, del cuerpo tendido que delimita su geografía con la figuración de ese ser derribado, yacente, que mantiene la postración como si en el entorno urbano no hubiese otra perspectiva, se ha quebrado o ha desaparecido de repente, o la inclemencia de la ruina lo sustrajo del modo más imprevisto.

—Ahora acaba lo que no tuvo principio —dice el niño malo, con voz más asustada que medrosa—. No parece el momento idóneo para un negocio rastrero. Será mejor que el que tiene alma se encomiende, y que el que no la tiene se resigne.

—Yo iba a decirle —musita Carpo Expósito, que aprecia en los oídos la resonancia de lo que aprisiona su tos en el pecho, como si la culpa de sus averiados pulmones tuviera algo que ver con la deflagración— que al fin pude tirarme a la taquillera, y que no se trata de una odalisca secuestrada por el Cojo en la jaima de una película del desierto. Es una mujer cualquiera, cuya única peculiaridad consiste en un pubis de araña.

El estruendo tiene la opacidad de lo que revienta sin estallar. La Ciudad de Sombra pierde el brazo izquierdo y, a partir de esta noche, de la que dejará constancia el cronista Decelio con algunas temerosas consideraciones sobre el fin del mundo, más o menos melifluas, será una urbe manca.

El estiramiento de sus extremidades inferiores, producido por el efecto de esa pérdida, hará que el Sur de las Colominas, el Ejido y la Manchuria se alejen todavía más del centro, donde el pecho urbano recabará una respiración más desahogada sin conseguirlo del todo.

—Lo que acaba es lo que resta de lo poco que hubo —musita el niño malo, que tiene ahora la voz llorosa—. Yo no quiero que el fin del mundo me pille salpicado por la saliva de un tísico.

—Hay que animarse —propone Carpo, que se arrima a Ambrosio como si buscara la protección que necesita para aliviar el susto—. Con un poco de suerte se va a pique la Vela del Descarriado, y cuando toquen a diana no queda lista que pasar, ya que los internos desaparecieron y todas las fichas están perdidas entre los escombros.

Poco a poco la niebla cede la humedad al polvo, como si la deflagración expandiera, entre el viento provocado por la misma, un residuo menudo que seca la noche y enturbia las sombras de lo que pudieran ser los detritos de un mortero de cemento y arena.

En el espesor de lo que va tomando la consistencia de una nube que llega

arrastrada por el suelo se quema el vacío de lo que revienta, y es como si la Balma descarriada en el tiempo supurase el aire contagiado de la congestión, o todavía restara una resquebrajadura en sus cimentaciones, que ahora se desequilibra en la falla que la sustenta, y propicia el trastorno con que podían estallar las infinitas bombas olvidadas de la Contienda, aquellas que el enemigo almacenó en el subterráneo para vengarse de la derrota.

Ambrosio abre los brazos en el intento de medir su situación, más confuso y menos contrariado, evitando que Carpo se le eche encima.

Las cataratas recrudescen la opacidad de una mirada que se apaga entre el polvo, y el vítreo llega a ensombrecerse con el temblor de la ceguera, como si en el estremecimiento que desmorona la noche no quedase posibilidad de ver nada ni palpar otra cosa que el mismo vacío en que se consuma la desaparición.

—Nos pilló desarmados —dice la voz desolada del niño malo, que en el llanto encuentra ahora la resignación de una despedida que apenas concierne a su orfandad, acaso convencido de que en las infancias desgraciadas no hay nadie a quien de veras decir adiós—. El mundo no tiene sostén, vivíamos engañados, y yo no quise que la granada me estallara en la mano para no perder los dedos con que abro la bragueta y saco la pilila para hacer pis.

Una nueva deflagración retumba en el espesor de la niebla y el cemento, y Ambrosio pierde el equilibrio y tiene la sensación de que el saco se desprende de su mano y la turbiedad de los ojos auspicia lo que ni el sueño más compacto puede conseguir, como si el ruido y las sombras desbarataran el propio desorden de la cabeza.

## 155.

—En esa casa de la Calle Lamela, en el número catorce, suena el teléfono y nadie lo coge. Yo vivo en la Pensión Esmeralda, pared con pared. Vine a Ordial para preparar unas oposiciones a Correos. De la Pensión Esmeralda, en los últimos días, se han ido todos los fijos y no queda ningún transeúnte. Bueno, quedamos don Silverio y yo, él es un jubilado y yo aguanto a la espera de esas dichosas oposiciones, que no acaban de celebrarse. La Pensión está prácticamente cerrada, sólo tenemos la habitación; la comida y demás servicios, lavado de ropa entre ellos, se suspendieron. Don Silverio y yo tropezamos por el pasillo cuando vamos al baño, él siempre con el albornoz y el pelo revuelto. Ninguno dice ni media palabra.

—Es una vida parecida a la que hago yo en casa de mi tío Cederio. Vine para una entrevista en el Banco Caudal, una plaza de auxiliar. Mi tío es viudo, mis primos ya no viven en Borenes desde hace mucho tiempo, los tres están bien colocados. Un día me dice mi tío que se tiene que ir, pero que no me preocupe, que puedo seguir viviendo en el piso hasta que lo necesite, y allí me quedo más solo que la una y, la verdad, con el dinero contado. De casa vine con la idea de que el asunto de la entrevista podía resolverse en tres o cuatro días y al cabo de una semana estaba en lo mismo, esperando a que me llamaran.

—Todo se puso patas arriba, fue de un día para otro, pero las cosas se veían venir. En Ordial saltaron por el aire las torretas de la Remonta, subían y bajaban la bandera como se quita y se pone el trapo de la cocina, y en la Santa Morada colgaron los hábitos de las monjas Consoladoras en el balcón más alto del convento, igual que si fuera ropa tendida.

—Yo tardo en enterarme de la tostada. Mi tío se las pira y ni siquiera me da un aviso o un consejo. Supongo que llevaba las prisas del que pone pies en polvorosa, no hizo la maleta y se olvidó el sombrero en el perchero. Llevaba días nervioso y lo único que se le ocurría era volver a repetirme una y otra vez: en el Caudal, ya sabes que el contable se llama Maximino y el apoderado Cavieda. Si la entrevista te la hace el subdirector, tú te limitas a decirle que tu tío Cederio se conduele por el fallecimiento de su esposa. No pude ir al funeral, pero pescamos juntos muchas veces en el río Bermedo. A ella le gustaban las truchas mucho más que a tu tía Consuelo, y cuando a él no le picaban, yo le daba parte de las mías.

—Suena el teléfono, ya os digo, como si en la repetición hubiera una contraseña o una llamada de auxilio, es desesperante. Pared por pared, con el estrépito que estalla en el vacío de la casa, una gota que te cae en el cogote o te horada las sienas. Yo ya no estudio los apuntes, los días se me hacen infinitos, compro algo de comer, muchos comercios del Barrio están cerrados, en Correos ya nadie sabe nada de la dichosa oposición, aunque siempre queda el listillo que te advierte de que mientras menos quedemos mejor podrá irnos.

—Voy al Banco Caudal una vez más. Lo hago con cierta frecuencia, cuando

puedo me hago el encontradizo con el contable o el apoderado, al subdirector casi ni le he visto. Esa mañana los dos hombres me hacen el mismo gesto de que no quieren verme, de que desaparezca, de que los comprometo. Salí del piso de mi tío esa mañana, cerré con la doble llave y la verdad es que al cerrar la puerta se me encogió el corazón y me temblaron las manos. Las calles de Ordial estaban más que vacías abandonadas, como si ya todo el mundo hubiese hecho lo que yo: cerrar las puertas para dejar encerrado lo que cualquiera pudiese quitarte o para que nadie supiese ya nada de ti. Volví del Caudal hundido en la miseria, y ya no pude entrar en el piso de mi tío, no sé qué demonios había sucedido, pero no tenía las llaves, las había perdido. Un agujero en el pantalón puede proporcionar el mayor traspié de tu existencia.

—No aguanto más, voy al catorce de Lamela, a la dichosa casa donde suena el teléfono. La puerta está entornada, llamo con prevención, ninguna voz contesta, no hay nadie. El teléfono está en una mesilla, ahora no suena. El piso está intacto, como si quien lo habitara acabase de arreglarlo con extremo cuidado. Las camas hechas, las toallas limpias, las flores de los búcaros recientes, y en el comedor la comida a punto de ser servida. Un mantel impoluto, una cubertería de plata perfectamente colocada, la vajilla de porcelana, la cristalería de Bohemia. La primera intención es la de sentarme, el hambre se acrecienta al ver la sopera y algunas bandejas con fiambres. Cuando suena el teléfono siento que la puerta del piso se cierra con la violencia de alguien que acaba de irse y además echa la doble llave desde afuera. Me quedo clavado, segregando igual saliva que sudor, como debió de pasarles a aquellos dos niños de la casita de chocolate a los que atrapó la bruja.

—Soy un pobre desgraciado perdido en Ordial, y ando escondido por las calles. No hago otra cosa que meter un dedo en el agujero del bolsillo del pantalón, un consuelo bien tonto.

—No me atrevo a descolgar el teléfono, tampoco soy capaz de servirme la sopa, aunque me diera lo mismo que estuviese fría, ni de tocar nada de lo que hay en la mesa, ni por la noche de acostarme en alguna de las camas, que tienen unas colchas relucientes. El teléfono deja de sonar al cabo de un rato y, desde ese momento, ya no vuelve a hacerlo.

## 156.

—No se preocupe que yo le oriento... —escucha Ambrosio, que lleva unos minutos dando vueltas sobre sí mismo, como si el asedio de la polvareda que contaminó y espesó la niebla hasta compactarla hubiese cerrado cualquier salida y no quedaran puntos de referencia—. Ya vio usted qué nocecita. Se hundió la Plaza del Mirto y se han desmoronado dos de los cuatro Bloques del Firmamento.

Es un hombre que se mueve con la celeridad y la inquietud de quien parece acostumbrado a andar por los túneles y los subterráneos, o que tiene en los ojos el sentido de la dirección con que pueden esquivarse las esquinas peligrosas y las adversidades.

—No se preocupe, que conmigo no va a correr el riesgo de los pasadizos y las asechanzas, soy muy bajo pero ando derecho y sigo la línea recta de quien tiene buena voluntad.

—No sé lo que ha sucedido... —musita Ambrosio, sin que la confusión todavía le permita tomar conciencia del extravío, aunque el ofrecimiento le ayuda a recobrase.

—Ya le digo que tenemos una noche toledana. La Plaza del Mirto se hundió como si alguien tirara de ella hacia abajo, y dos de los Bloques del Firmamento se han desmoronado, como si alguien los aplastara. Ahora queda la incertidumbre de lo que les pueda pasar a los otros dos.

El hombre coge del brazo a Ambrosio, que se deja llevar sin resistencia, como si por primera vez desde que vino a Balma la ayuda de alguien fuera el resultado de una decisión satisfactoria.

—Me llamo Volado —dice el hombre—. Ariel Volado, sin que exista razón para que el apellido signifique otra cosa que lo que identifica el nombre familiar, aunque hay curiosos que sacan otras conclusiones, ya que en mi vida hay un asunto que inquieta al que lo descubre, pero venga tranquilo, no se haga ninguna idea rara.

—Yo soy Ambrosio Leda.

—Pues en menos que canta un gallo llegamos a mi casa, que está aquí al lado, un bajo en la misma Retahílas, donde nadie puede molestar a un soltero de raza, que de nada puede vanagloriarse a no ser de la minga. Ya sabe usted que el tamaño es discrecional entre los pagados de sí mismos, igual que la pieza cobrada en el río o el monte por quienes cazan o pescan. Se prevalecen y mienten como cosacos. Lo mío es natural, quiero decir que es propio de la naturaleza. La minga fue precisamente el salvoconducto para cruzar fronteras, un reclamo internacional y muy ponderado en todos los países que visité, también en las vías siderales, ya que puedo asegurarle que esas vías tienen parecida conformación a las urinarias.

Ambrosio escucha sin enterarse muy bien. El hombre le lleva del brazo con paso rápido. La niebla polvorienta va quedando atrás, y la opacidad de las cataratas se reblandece mientras los ojos encuentran de nuevo el alivio de la humedad.

—Conviene ponerse a cubierto —dice el hombre—. En mi casa estaremos resguardados, no se preocupe. Si los Bloques que quedan en pie se van a pique, no hay tormenta del desierto peor, ya vio la que se nos vino encima. Yo estaba esta noche en el soportal del Mirto, tenía una cita con otro Volado, un primo que me saca los cuartos para sufragar el vicio de los naipes, ya ve qué pena. Vamos al tanto por ciento, eso sí, mi primo tiene la clarividencia del ventajista, pero la timba no se celebró, los tahúres tuvieron que conformarse con ver cómo la Plaza les ganaba la partida antes de que comenzara la primera mano. Se hundió el Mirto ante mis ojos, igual que el barco que fletaron con las turbinas sucias.

La celeridad del hombre no contrapone los pasos y las palabras, pero Ambrosio tiene el presentimiento de que lo que escucha no le saca de la confusión o no contribuye a reequilibrar el orden necesario en su cabeza.

—Un momento, por favor —dice al cabo de un rato, cuando ya el hombre hizo las cuentas de las ganancias del primo jugador y el tanto por ciento de lo que a él habitualmente le corresponde, y una referencia comparativa que podría demostrar que la naturaleza no optó en sus vías seminales por el mismo reparto entre los integrantes de la familia—. Me falta una cosa, no tengo el saco.

—No se preocupe —dice el hombre—, no hay cargo de conciencia, ni dilema entre la bolsa o la vida. Se tiene el saco o se es dueño de una minga mundial, y no hay razón para preocuparse. Si lo perdí, lo encontramos, aunque podría jurar que usted no llevaba nada en la mano cuando me lo topé hace un momento.

## 157.

—Entre y acomódese —indica Ariel Volado, que abrió la puerta de su casa con la precisión de tres llavines y el ruido de un cerrojo no muy engrasado—. No sabe lo que siento que no hayamos encontrado su pertenencia, pero le prometo que cuando se despeje la niebla vuelvo a rastrear el lugar.

Hay tres escalones desde el bordillo, y al acceder al bajo, que parece bastante distinto a la configuración de las otras casas de Retahílas, como si fuera el único de la calle, Ambrosio Leda tiene la sensación de que los tres escalones que permiten llegar a la puerta de la vivienda se continúan en el interior de la misma, en sucesivos descensos que pueden permitir alcanzar un nivel de profundidad, acaso no menos pronunciado que el que en algunos castillos lleva al fondo del foso y los calabozos.

—Cerramos bien los ventanos y las troneras —dice Ariel Volado, haciéndolo— y nos evitamos el susto de lo que la noche de Balma quiera todavía endosarnos. Perdone que deje la luz velada, hago el mismo cálculo que cuando los bombardeos. Una lamparilla en la mesa, y a verlas venir.

Ambrosio se sienta a la mesa que Ariel le indica. La oscuridad contiene una limpieza que contrasta con la respiración de la niebla polvorienta, y es ese contraste de suciedad y asepsia lo que provoca un estornudo, como si hubiera que acomodarse a la atmósfera preservada de la contaminación de la noche y no pudiera hacerse sin alguna alteración.

—Le ofrezco una copita, y si me la desprecia me desarma. El soltero recio no se abatece como el padre de la familia numerosa. La despensa la sustituye por el pan de cada día, y cualquier lata basta y sobra, aunque alguna botella no puede faltar.

Ariel Volado sirve la copa ofrecida y se sienta cerca de Ambrosio, entre las sombras que los envuelven con la misma precaución, igual que en el refugio de los bombardeos o en el secreto pasadizo que propició la huida, cuando el peligro resultaba inminente.

—Me quitaron el saco... —dice Ambrosio convencido, cuando la copa llega a sus labios y recuerda las manos de Carpo Expósito presionando sobre él, y la necesidad del mismo para el negocio del que advertía escamado el niño malo.

—Estas calamidades —opina Ariel Volado— propician las malas artes. Siempre hay quien se aprovecha del mal ajeno. No sé si el robo tiene la cuantía de lo que se aprecia mucho.

—La tiene... —reconoce Ambrosio, desolado—. Unos objetos de valor que no se tasan por la materia sino por el sentimiento y el afecto. En el saco jamás llevé un tesoro, y esta noche acarreaba en él lo que más puede parecersele. El que me lo robó lo hace, además, con la burla y el engaño.

Hay un suspiro mutuo de comprensión y compadecimiento que Ariel Volado intenta aliviar rellenando las copas, y entre el silencio y las sombras, que apenas

propician el movimiento de la diminuta llama de la lamparilla, se escucha lo que puede ser el ronroneo de un despertar traumático, la expresión casi gutural de quien se despereza como si regresara del sueño a la otra vida.

—Ésta es la circunstancia que más trabajo y preocupación proporciona al soltero que resuelve la vida sin otras compensaciones y, por supuesto, sin que la minga sea el aval de nada razonable, al menos ahora que el soltero recio vive ya como el monje del cenobio.

Ambrosio tiene la impresión de que los extraños ruidos tienen que ver con el vaticinio de los Bloques que también van a desmoronarse. Las cimentaciones crujen desarticuladas en el mortero, como rayaduras de tiza en un encerado de pizarra, y es posible que el suelo se mueva en el tránsito de los escalones que siguen bajando hacia una profundidad que no puede calcularse.

—Usted no se preocupe —dice Ariel Volado, que se ha perdido en la oscuridad, y al que se escucha alzar una trampilla y asomar a lo que se esconde, cuando los ruidos son más numerosos e insistentes, pero menos guturales—, yo no soy el guardián de algo improbable, no vaya a hacerse ideas raras. Lo que subsiste en algunas leoneras de Balma, lo que todavía aguanta en el olvido de un cubil o una bodega, no es otra cosa que el residuo fisiológico de una civilización que viajaba por el espacio con la fecha de caducidad vencida.



—Soy uno de los vecinos del Firmamento que estuvieron en las naves —dice Ariel Volado cuando vuelve a sentarse junto a Ambrosio, dispuesto a rellenar de nuevo las copas—. No fueron muchos los abducidos, y a la mayoría los devolvieron antes de despegar. Los extraterrestres no tenían demasiado interés en secuestrar a nadie por estos barrios. Intentaban abastecerse y arreglar alguna avería. Resultaba difícil entender que de otras rutas siderales se pudiera venir a Balma, como si el aviso de la ruina y el destroz fraticida no fueran suficientes para desanimar a cualquiera, y más a esos seres que están acostumbrados a sudar la camiseta en otras galaxias donde nada se destruye y a nadie se mata, a no ser que en un descuido se caiga uno en la centrifugadora o asomes la cabeza en el momento en que pasa un aerolito y te la siegue. No sé si usted está al tanto de estos acontecimientos, de los que todavía quedan dudas sobre si son reales o legendarios.

Ambrosio se lleva la copa a los labios con inquietud. Las sombras estrechan su desánimo y no tiene demasiado interés en lo que Ariel Volado cuenta. La idea de los extraterrestres siempre le pareció el reverso de alguna figuración torpemente inventada o el resto de un sueño que se recuerda mal.

—En cualquier caso, muy pocos en Balma saben la verdad, y cada cual la administra a su gusto. Hubo un gran engaño, no le quepa la menor duda. Los tiempos se prestaban a esas fantasías, el miedo era un buen conducto para echar algún cuarto a espadas de ese tenor. Una civilización caducada o extinta, un vuelo final a ninguna parte, el remate de aquello por lo que nosotros mismos porfiábamos, la liquidación por derribo. Viajaban por el espacio con la fecha de caducidad vencida, ya le digo, pero sin querer hacer daño a nadie, aguantando hasta que se apagara la mecha.

Ariel Volado enciende una vela en la llama de la lamparilla y da unos pasos entre las sombras, mientras Ambrosio siente en los ojos la pesadez que el desánimo restablece con el cansancio, como si las copas y las palabras, que apenas atiende, contribuyeran al sopor de un imprevisto ensueño.

—Venga, venga —dice Ariel Volado—. La trampilla deja percibir lo que en la cueva se mueve, un ser que no tiene alma ni organismo propiamente dicho, el residuo fisiológico al que antes me refería. Los extraterrestres confiaron a algunos de los abducidos a los últimos herederos de su odisea, tres o cuatro huérfanos que en las naves se estaban muriendo arrecidos, porque ya no tenían calefacción. Estos seres no son del todo inofensivos, pero tampoco dan mucha lata. Ni hay que alimentarlos ni conviene reírles la gracia, duermen y rebullen al mismo tiempo. Hay una cosa que nadie sabe en Balma, donde la literatura sobre los extraterrestres es mayormente errónea: son seres sin sentidos, y en su anatomía, si de ella pudiera hablarse, hay un único agujero para el total de las funciones. El huérfano que atiendo en la cueva puede que sea, si el cálculo lo permite, el último vestigio de esa raza sideral, fíjese

usted qué compromiso.

Ambrosio intenta ponerse de pie y acercarse a donde Ariel Volado lo reclama. La llama de la vela guía sus pasos mientras salva con dificultades algunos muebles.

—Es simplemente para que usted eche una ojeada —dice Ariel Volado, acercando la vela a la trampilla abierta—, para que tome en consideración, si llega el caso, lo que supone que las civilizaciones sufran el menoscabo de su destino. Nosotros con las armas, como lo comprobamos en la Contienda, y estos pobres seres con el acabamiento de sus recursos, tras las rebajas y la liquidación o el remate. Voy a requerirlo para que le diga a usted algo, no se asuste.

Ambrosio tiene miedo de caer por la trampilla. Se asoma con extremo cuidado, y siente vértigo.

—Vamos, Parduzco —incita Ariel Volado, moviendo la vela—. Demuéstrale a este señor lo que vale un peine en las constelaciones, o lo fácil que resulta vivir en el alambre cuando no hay gravedad.

Ambrosio da unos pasos hacia atrás y está a punto de perder el equilibrio cuando choca con algo.

—Se ve que no tiene ganas —decide Ariel Volado, cerrando la trampilla—. Hay que entender que estos seres no son dueños de un comportamiento racional. La vida es para ellos como la electricidad para nosotros, una propiedad que se apaga y se enciende sin el interruptor con que la usamos en las bombillas, un destello en el agujero donde a nosotros tanto nos gusta meter el dedo. Ya ve usted, lo llamo Parduzco por el aprecio de lo que no tiene brillo, pero con el afecto de un ahijado que perdió las escamas. Los solteros, ya lo sabe usted, tenemos ahijados en lugar de hijos, y da lo mismo que nos los encalomen a que los engendremos, aunque se trate de distinto supuesto. La minga, por bizarra que sea, no es como el alfil en el juego del ajedrez.

## 159.

Cuando Ambrosio vuelve a vaciar la copa y rechaza la intención de que Ariel Volado se la llene otra vez, las naves se detienen un instante en el cielo de Balma, como si en la rememoración del abducido hubiese un ir y venir que no acaba de despejar el viaje.

—Digo que se detienen porque en el fondo ni acaban de subir ni de bajar, están quietas y se parecen a la mosca remolona que, cuando ya cabeceó lo que quiso, no se mueve del cristal de la ventana, y hasta podría uno pensar que ya nunca jamás volverá a volar. En el cielo de Balma las naves vigilan lo que oculta el vecindario, y disculpe usted que guiñe el ojo, lo hago para dar por sabido lo que hay debajo de la cama de quienes viven en el Barrio del Firmamento. Los extraterrestres echaron un último vistazo, y se quedaron tan patidifusos que no lograban arrancar. Fue entonces cuando yo tomé la decisión de bajar la palanca y encender el reflector. Las naves hicieron al unísono el mismo giro, y voy a serle muy gráfico para que usted aprecie mejor el movimiento: igual que la mano derecha del galán de turno levanta el sombrero de la cabeza y saluda al respetable.

La oscuridad es incómoda. Ambrosio piensa en el saco. Las palabras de Ariel parecen el resultado de una enumeración que no conduce a ningún sitio, ni se refiere a ninguna contabilidad.

—Tiene usted que imaginarse un enorme salpicadero, y el rebufo con que los bólidos alcanzan la meta. En las naves no hay ventanas, ya le dije que estos seres todo lo hacen con el mismo agujero. Yo no soy el indicado para cambiarle el rumbo a una civilización que navega entre el desahucio y la bancarrota, pasada la fecha de caducidad. Y, sin embargo, la minga refuerza lo que ninguna inteligencia artificial llegaría a pensar, quiero decirle, y disculpe la inmodestia, que hay un azar en las vías seminales, al fin tan parecidas a las siderales o, al menos, no tan distintas. Un azar y una necesidad, una concatenación de conductos y porfías, lo más noble que el soltero redomado puede donar generosamente a esa civilización extinta. Alguna razón habría en mi propio destino para que yo, a la espera de que ellos llegaran, no me comprometiese matrimonialmente.

Ambrosio quiere irse. Se pone de pie con disimulo, da unos pasos imprecisos. La puerta del bajo, y los tres escalones que la orientan, está inmersa en la oscuridad y no ofrece un mínimo relieve que la delate.

En las palabras de Ariel Volado la contabilidad acrecienta el entusiasmo, y Ambrosio puede comprender que en el vuelo de las naves no hay otra leyenda que la que atañe a las vicisitudes de un hombre que forjó su destino en su apellido.

—Unos seres que no hablan ni escuchan y que en las naves hacen la vida de los cuarteles, con todo ordenado y obedeciendo sin rechistar, aunque no exista orden del día ni retreta, ni formen para arriar la bandera, entre otras cosas porque la única

enseña que los distingue es una piedra colgada de lo más alto del techo de las naves. Unos seres, como bien le digo, que pueden dar la impresión de un aborregamiento programado y que, sin embargo, tienen su resolución y su tarea como usted y yo tenemos ganas de no dar ni golpe, y están a lo suyo en la misma proporción que cualquiera de nosotros está a verlas venir o a dos velas sin más ni más. Yo no diría nada negativo de esa civilización, ni me gustaría compararla, por mucho que uno tenga otros planteamientos e intereses. Las naves no son calabozos, ni se le ocurra pensarlo, son como espacios morales o instituciones benéficas en las que esos seres se espurren y se satisfacen sin necesidad de gusto y musculatura.

Ambrosio tropieza con Ariel Volado. Pensaba que estaba hablando sentado a la mesa, pero está de pie y se mueve con igual presteza que sus palabras.

—No se preocupe por el saco —dice Ariel Volado—. Si lo perdió, lo encontraremos, y si se lo robaron denunciaremos al ladrón.

## 160.

La odisea de los extraterrestres se ajusta como un sonido sibilante que crece en la cabeza de Ambrosio cuando, al fin, asoma a la niebla y ya no son las palabras de Ariel Volado las que le persiguen, detallando el testimonio del soltero empedernido que encontró en las naves una azarosa ocasión para revalidar su condición de tal, y el aprecio de su poderosa fisiología.

—La ganancia de la vendimia y la prospección de la naturaleza que mantiene firmes las esencias. No hay horizonte que no pueda hollar una voluntad emprendedora. No se trataba del vuelo de la perdiz, sino de la altura codiciosa de quien se tira al vacío.

La niebla sigue enrarecida. Nunca en Balma la niebla cicatrizó sin dar tiempo a la supuración, como si la masa que preparan los albañiles fraguara antes de usarse, y en la atmósfera creciera la pared casi sin dar tiempo a su edificación, o los laterales fueran revocados con una lámina de acero.

En la Ciudad de Sombra hay un telón compacto que se reparte en la proliferación de las partículas que transformaron en metal el mineral o, como pensaba Ambrosio Leda, el fin de la representación que cegó la noche con el desperdicio del polvo de las estrellas, que no era rutilante y nacarado sino sucio y sólido, una mistura del rencor del cielo y la pobreza del firmamento.

Algo se mueve cerca de los pies de Ambrosio. La niebla compacta no deja resquicio al aire que puede escurrirse con el afán rastrero de su disolución, pero en el suelo se percibe el movimiento de lo que puede reptar buscando la orientación de un hocico y unas patas desparramadas.

Cuando Ambrosio cierra los ojos, alterado un instante por lo que ahora le roza, igual que si la arena quedase derramada en el filtro de la niebla y cayera por la pernera de sus pantalones, hasta los mismos pies cuyos dedos se contraen temerosos dentro de las botas, recuerda lo que Lepo Corada contaba cuando en las conversaciones sobre los extraterrestres ya nadie quería seguir escuchando.

—Un ardor y un desasosiego. Ésa es la odisea de los seres que vinieron a robarnos el alma, ya que el cuerpo no les parecía otra cosa que una entelequia. Bajaron de las naves, reptaron pesarosos por la Ciudad de Sombra, nos lamieron los pies, cagaron en algunas esquinas. El alma del vecindario se resistió cuanto pudo, y ellos se cansaron. El ardor nos quemó el estómago, el desasosiego el espíritu. Lo que nos dejaron fue eso: las úlceras y la inquietud. Todos padecemos el mismo mal, y siempre tiene que ver con el remordimiento. En la odisea de esos desventurados hay más desprecio que honor y, aunque es verdad que la literatura que sobre ellos conservamos es errónea, ya que en Balma escribe el que peor lo hace, no podemos

dejar de reconocer la transcendencia simbólica de esa aventura, la metáfora de un desaguisado tan poco ilustre. Decir que ellos eran la escoria del espacio no nos sirve de consuelo. Creer que venían para congraciarse o pedir ayuda es equivocarse. Eran unos seres tan huérfanos como desasistidos, y nadie quiso entender que se parecían a nosotros porque daban la misma pena. Poned una nave con cuatro vecinos de la Ciudad de Sombra, echadla a pacer por las galaxias, y que caiga sin venir a cuento en cualquier planeta igual que la mosca que se desnucó en el cristal de la ventana. ¿Con qué cara iban a mirarlos los alienígenas, o qué reproche podrían hacerles cuando abrieran la bragueta para orinar, antes de poder explicar que habían volado sin orinales, ya que la nuestra es una civilización que busca en la teología lo que no encuentra en la industria más perentoria?...

Cree pisar algo. La niebla mezcla el cemento con el sonido gutural de alguna boca abierta o de algún orificio velado. Tiene la sensación de que el suelo se mueve, y de que en el movimiento, que hace que sus pies pierdan el equilibrio, una sombra se desliza con otro grado de espesor, ajena a la noche y a la coraza del tiempo que obtienen en Balma muchas edificaciones.

Ambrosio escucha la voz de Ariel Volado, sibilante, cadenciosa, parecida a la del dueño del corral que reclama la presencia de las gallinas:

—Parduzco, Parduzco, pitas, pitas...

## 161.

Es posible atravesar la niebla con la confusión del ciego que alza los brazos para evitar el escollo de una dirección arriesgada.

Hay una puerta que se abre como un resquicio, acaso la única por la que pueda asomarse a la cercanía de un local que siempre queda preservado en la noche de Balma, como si en la música del sueño no existiesen límites ni limitaciones, y en algún lugar indeterminado una melodía repetitiva y monocorde fuese el reclamo de la cita a la que los privilegiados vienen a bailar.

Las cuerdas del violín siguen al fuelle del acordeón con la ligereza de un suspiro, y los oídos de Ambrosio perciben lo que todavía en la niebla se asemeja al eco de un canto de sirenas. Será ese eco el que le guíe hacia la puerta donde, casi todas las noches, en algún momento indeterminado, logra reposar entre la inquietud y el encantamiento del baile, a veces con la sensación de que quienes bailando festejan su llegada le aguardan para celebrar su compañía.

La mano derecha de Ambrosio tantea la niebla compacta y, cuando encuentra la fisura por la que deslizarse, da unos pasos y abre la puerta, saliendo a un vacío donde la niebla apenas levanta el humo de las calles desiertas, y en la primera esquina está abierta la misma puerta por la que puede entrar al Lucerna, donde la luz del local se refleja en la acera con el brillo azulado de la música.

—Es el único conducto por donde uno puede irse de Balma sin otro contratiempo que el de perder la conciencia... —le escuchó por primera vez a Lepo Corada, en la ocasión en que ambos se acercaron al Lucerna y Lepo le incitó a entrar, ya que él no tenía muchas ganas porque los bailarines le ponían nervioso, y prefería quedarse fuera, al pie del ventanal que apenas permitía vislumbrar a las figuras entrelazadas, casi sin movimiento, agarradas a la música con igual solvencia y desamparo que se agarraban entre sí, en un amasijo de cuerpos e instantáneas que dulcificaba la melodía.

El hilo del violín y el acordeón alivia el esfuerzo de Ambrosio para liberarse de la polvorienta realidad, donde todavía sus pies se retraen temerosos, como si un bicho reptase peligrosamente cerca de él, y la alerta de Ariel Volado le llenase de zozobra.

En el Lucerna, que tiene el cartel desprendido y a punto de caer, la música sobrevuela como una pluma entre el más absoluto silencio, y cuando Ambrosio entra, nada eleva el susurro de lo que los bailarines se están diciendo al oído, pegadas las caras, apoyadas en los hombros contrapuestos, ensimismado el pensamiento en lo que Ambrosio detectó en su primera llegada, como si el baile contagiase un pensamiento común que se llenaba de las ideas de todos.

—¿Y cómo puede ser así?... —decía Lepo Corada—. ¿Cómo puede ser que el pensamiento único sea el aval de todas las voluntades compaginadas, sin que reste

otra cosa que una misma delectación y un mismo gusto?...

Hay un escueto ambigú, y tras él sirve un muchacho muy alto y desgarbado. Sin que Ambrosio pida nada, le acerca una copa y vierte el licor de la botella más a mano. Ambrosio da un sorbo. La masa de las parejas está muy apretada en el centro del local. Todas se mueven a la vez. El baile también es único, como el pensamiento, y las voluntades compaginadas marcan el mismo ritmo con igual delectación y gusto.

La violinista es una mujer gorda, de cabello enrevesado. El acordeonista es un hombre flaco, al que el peso del instrumento le hace vacilar. Ella está de pie, él sentado en una silla.

La luz del Lucerna, azulada y tibia, tiene el palor lunar de una lámpara lejana, y cuando los ojos de Ambrosio se habitúan a ella, siente el encantamiento que une los afectos, y acepta reconfortado lo que la música significa en el derrotero de la noche, la posibilidad de una experiencia compartida con los bailarines, una indecisa emoción que llena la atmósfera del local de lo que resta de un viejo sueño.

Los pies de Ambrosio también se mueven indecisos al ritmo de la melodía.

Tendría que estar dormido para sumarse al baile, evitar el escozor en la retina, desgranar una lágrima de humedad y alivio en las cataratas.

—Dormir un poco... —susurra vaciando la copa, poco antes de que el chico del ambigú vuelva a llenársela, y se percate de que también el muchacho hace el esfuerzo de cerrar los ojos sin conseguirlo.



## 162.

—No puedo soportarlos —decía Lepo Corada cuando otras noches volvió a encontrarse con Ambrosio Leda a la salida del Lucerna—, y sin embargo me atraen, y no me resisto a venir y espiarlos desde el ventanal. Éste es el único agujero de esa Europa que nos aborrece, la puta Europa de los sonámbulos que aquí son verdaderos, y el único conducto, como ya te dije otras veces, por el que uno puede irse de Balma, sin más contratiempo, eso sí, que el de perder la conciencia.

Ambrosio no tenía mucho interés en escuchar a Lepo, que estaba visiblemente nervioso, como si el resultado de aquel baile estático y tenaz incidiera en su organismo, alterando también lo que el pensamiento se negaba a aceptar, como si todo proviniera de la herencia malsana de un mundo secuestrado en el estupor del sueño.

—Son monigotes. Vienen al Lucerna tras levantarse de la cama, atraídos por esa música de un cafetín centroeuropeo o vete a saber, del último barrio del París ocupado o de la Rusia que perdió el compás. En ningún caso se trata de la charanga de la verbena ni del pasodoble legionario. No hay en la Ciudad de Sombra nada que se le parezca. El bullicio está reñido con estas piezas fantasmales que concitan un mismo ánimo desnortado en el que no quedan atributos, apenas la caricatura de una pléyade de románticos y utópicos echados a perder.

Había una rara atracción en aquellas primeras veces en que Ambrosio Leda se acercó al Lucerna, el sentimiento de unos impulsos imaginarios que orientaban la predicción de ese otro mundo en el que el sonambulismo, como decía Lepo Corada, delataba a una secta de cristianos mutilados que no podrían refugiarse en lo sagrado. La derrota y el fracaso rezumaban en el ensueño, evocando su perdición, la referencia extraviada de sus gestos e ideologías. El baile tenía el poder de una evocación y de una metáfora. La melodía resultaba, al fin, como la contraseña de su derrota moral.

—Lo dice Tiedra, amigo mío —señalaba Lepo, que muchas noches se mantenía especialmente intranquilo, apostado al pie del ventanal del Lucerna, que semejaba una pecera llena de peces tan quietos como desorientados—, y yo de estas cosas hablo por su boca; el periodismo no da más de sí al lado de la cátedra, aunque se trate del Instituto Belarmino Cavieda, y en el bachillerato las mentes anden estreñidas y los más listos confundan la velocidad con el tocino. Tiedra ganó la cátedra antes de que las rifaran.

De la pecera emanaba el fluido de la luz azulada que acompañaba muy bien a la sensación submarina que el Lucerna esparcía aunque la noche no tuviera niebla, y aquel lugar ilimitado de la Ciudad de Sombra, tan ajeno a la misma realidad de sus estribaciones, destilaba la melancolía de los bailarines, sin que esa melancolía, según constataba Lepo, más allá del aliciente estético de la música, no pudiera sostenerse

con su dignidad irreal frente al inmisericorde tañido de los realistas. La lucha por la vida de aquellos hombres, de aquellos bailarines sonámbulos, era la misma que a los románticos y utópicos había hecho víctimas de su poder.

—Ese poder —indicaba Lepo, sin que en su cabeza hubiese el mínimo alivio— cuyo eje, amigo mío, no es otro que el de la persecución inflexible y despiadada del propio interés.

Ambrosio Leda había entrado al Lucerna detrás de Lepo en alguna de aquellas primeras noches, y había bebido con él las paralelas copas que servía el muchacho desgarrado, mientras la violinista gorda y el acordeonista flaco seguían estirando la melodía hasta el infinito.

—Son las palabras de Tiedra —decía Lepo—, y no me corresponde a mí aclararlas más allá de lo que signifiquen para entender a estos seres, históricamente caducos, que se colaron por el agujero de Balma desde el que puede respirarse el aire de la Europa aborrecible. Aquí, amigo mío, tenemos engatillado el destino en lo universal, pero la pistola volverá a ser la que era cuando la engrasemos.

Ambrosio había ido detrás de Lepo al salir del Lucerna, las copas las habían dejado a deber.

—Son el patetismo y el sonambulismo, como dijo Tiedra cuando estaba sereno —recordó Lepo Corada, a punto de desaparecer en la primera esquina—, lo propio de quienes se resistieron a asumir que las reglas del juego habían sido alteradas drásticamente y de una vez por todas. Los sonámbulos, ya los ves, bailando como bobos en el agujero, no son otra cosa que almas perdidas en un mundo que los trata como mutilados del espíritu. Seres débiles, enfermos paralizados por una fe inocua y, al tiempo, incapaces de atenerse a la lógica de algunos de los nuevos absolutismos. Nada que rascar, amigo mío, y nada que nos pete, aunque en algunas ocasiones pudiera gustarnos mover los pies. Bailan en un más allá que históricamente no nos concierne, y por lo que asegura Tiedra en las ocasiones en que se mantiene sin que la pajarita se le deshaga, nada importa que Europa se escurra por el agujero o que uno de nuestros sonámbulos meta la pata en él, ya que Balma en ningún caso se dará por aludida.

## 163.

Las copas vuelan y el muchacho desgarrado que las sirve acaba de cerrar los ojos y se mantiene en pie igual que un centinela inútil en el puesto donde no es necesario.

Ambrosio hace el gesto de pagar, llevando la mano al bolsillo interior de la chaqueta y, cuando se da la vuelta en el escueto mostrador del ambigú, siente el escalofrío de la niebla que penetra en el local, donde la música termina con el lamento que rompe la cuerda del violín y desinfla el fuelle del acordeón.

Los bailarines se mueven ahora por el Lucerna igual que si asomaran por el agujero y hubiesen decidido recuperar los pasos para regresar a sus domicilios. Todos tienen abiertos los ojos y petrificada la mirada, y ninguno permanece al lado de su pareja, tampoco se despiden ni dicen nada.

Van saliendo del Lucerna sin otra inquietud que la de la niebla que puede enfriarles, ya que algunos visten el pijama y otras sólo llevan el liviano camisón, y ninguno de ellos conserva en el cuerpo el calor de las sábanas, lo que el sueño deshizo entre ellas cuando las botas militares estallaban en el asfalto de una Europa dormida, sin que quedase nada como paradigma del valor y la vida, apenas la enfermedad del absoluto, la derrota y el fracaso.

—La niebla negra, la leche negra, el frío de la frente y las arañas que buscan mi corazón cuando la última luz se apaga en mi boca... —escucha Ambrosio, en lo que parece el susurro de una confesión que alguien hace a su lado, aunque ahora ya no debe de quedar nadie en el Lucerna, los últimos bailarines se esfumaron con el cuerpo desvanecido y nadie cerró la puerta.

—La máscara de un pájaro de la noche, los espejos de la verdad, el oscuro brocal de los pozos. No sé si sabes que existe una casa silenciosa y un lugar donde brilla la luna de los marginados.

—Sé que grito en los sueños y que el viento huye en los oscuros callejones, donde morir era algo poderoso y una llama estaba encendida en mi corazón... —escucha de nuevo Ambrosio, que por un momento tiene la sensación de que nadie susurra esas palabras, que llegan a sus oídos como el recuelo de las conversaciones que resuenan en Balma, un temblor de voces más incomprensibles, acaso vertidas en el mismo vuelo de las copas que el muchacho desgarrado le estuvo sirviendo hasta que se quedó quieto, con los ojos definitivamente cerrados.

—La noche es torva y hay muchos frutos podridos que van cayendo de las ramas. La noche inunda la garganta, también el vientre y las piernas de los muertos.

—Los anillos del día se esparcen en el espacio, y esperan posadas las argollas de la muerte. Hay golpes de viento que hacen tintinear los cristales, y alaridos de enfermos en el hospital, donde siguen tosiendo los que ya no tienen curación... —escucha Ambrosio, sin que las palabras resuenen como las conversaciones, sino de

nuevo con el tono de la confesión que alguien hace a su lado.

—No sé lo que usted pensará. A veces con el desánimo de haber estado tocando para esos desgraciados, tiene uno la impresión de que se hizo de noche en el alma, y el violín era un pedazo de hielo. El acordeón tiene el fuelle empapado por la lluvia, las llaves apenas permiten que los dedos las presionen.

—No es usted uno de ellos —dice la mujer gorda, que reclama la copa que el muchacho desgarbado ya no le va a servir, mientras mira recelosa al hombre flaco—, pero tenga cuidado, ya sabe que en la noche surgen sapos del fondo de las aguas de plata.

No hay nadie en el Lucerna. Ambrosio se dispone a salir y tiene la impresión de que alguien le coge del brazo para impedirselo.

—No tenga tanta prisa. El día crece condenado a muerte, y abre los anillos con temblor de vena, no piense que la mañana tiene otra consolación, el espíritu áspero es el mismo.

—Esos desgraciados van a seguir durmiendo, pero con mayor pesar. La música no los amansa, y Europa, por mucho que se intente, jamás será una unidad de destino en lo universal. ¿No tendrá usted un cigarrillo?...

—Lo siento, pero no fumo —dice Ambrosio.

—Ya sabe lo que cantaba aquel judío alemán convertido al cristianismo: tómame, noche ancestral...

—Y también decía que murmuran las olas su eterno murmullo, mientras el viento silba y pasan lentas las nubes, y fulguran las estrellas indiferentes y frías, y un necio espera una respuesta.

—No vamos a seguir recitando lo que nadie escucha, no se preocupe. Somos músicos de arrabal, un dúo impar. Ya sabe usted que los ojos, tras los párpados, se han dado la vuelta, y ahora miran hacia dentro. Es en la morgue, como bien puede imaginarse, donde yacen dispuestos, como si fuera menester inventar, póstuma, una acción que, con este frío, sepa reconciliar y unir a unos y otros. Los muertos que siempre son nuestros vecinos, aunque algunos necesitemos a los sonámbulos para poder comer.

## 164.

—Un hombre al que se le ve en la cara la desdicha, y en las manos que le tiemblan el miedo, y en la dificultad para desnudarse la contradicción. Una, que ya ha visto de todo en la vida, se queda confusa y encoge los hombros. Lo único que se me ocurre es encender la radio y poner un poco de música.

—El peor cliente.

—El que menos interesa.

—El que ni siquiera lo es y, en tal sentido, quien más problemas puede acarrear.

—Nosotras en el Corcel cerramos la puerta no ya echando la llave sino el cerrojo. A los que llamaban les decíamos que estábamos en cuarentena, que era la contraseña para que entendieran lo que les diese la gana, pero suficiente para que no se pusiesen pesados.

—Con Vilma y Carótida hicimos lo mismo. Ellas dos y las tres que frecuentemente acudíamos de retén. Las cinco juntas. Pero con una diferencia en lo que dices. Cerramos pero con la impedimenta dentro. Dos reclutas del reemplazo que llegaban del Cuartel. Los habían tallado, no daban la medida y, además, eran estrechos de pecho. Pensaban que no los iban a llamar a filas, pero tenían las cartillas de alistamiento en los bolsillos. Ésa fue la impedimenta con que nos encontramos al cerrar el establecimiento, no sólo con llave y cerrojo, también con candado. Los reclutas eran primos hermanos y se nos habían escondido en la despensa.

—El hombre ni siquiera se metió en la cama. Quedó con la camiseta, el calzoncillo y los calcetines. Quiso doblar el pantalón pero no pudo; en los puños de la camisa tenía unos gemelos, y menos mal que la camisa le quedaba grande, se le salían los brazos por las mangas. Yo fumaba un pitillo mirándolo, cambié de emisora, la música era clásica, un rollo patatero.

—No hay cliente peor.

—El que menos interesa, tal como te dije.

—Los primos resultaron ser unos gandules. En la despensa hicieron lo que les dio la gana, sobre todo con el anís y la mortadela. Tardamos un día en darnos cuenta de que el ruido que venía de allí no era el de los ratones. También habíamos cerrado las contraventanas del salón y de todos los cuartos. La casa estaba a oscuras, no encendíamos la luz, sólo la vela en la cocina, encima de la mesa y del hule. Vilma y Carótida aguantaban el tipo, pero las del retén estábamos hechas un manojo de nervios. Por la tarde se escucharon las sirenas, algunos disparos en la calle, una explosión.

—Se acercó a la cama, se sentó a los pies. No cruzamos palabra, a mí no se me ocurría nada que decir, y él estaba claro que tampoco iba a hablar. Le miraba con los brazos cruzados, pero sin hacer ningún gesto de impaciencia o disgusto. La verdad es que estaba cansada, podía darme la vuelta, apagar la luz, dormir un rato. Y entonces en la radio se acabó la música, cuando cantaban un bolero. Se escuchó un ruido, las

ondas se mezclaron o una lámpara parpadeó para fundirse. El himno sonó más alto de lo que el volumen de la radio daba de sí. Iba a cambiar de emisora cuando el hombre se puso de pie, el discurso que se oía con tantas dificultades parecía una arenga, como si el que hablaba tuviese una trompeta en la boca.

—Había que echarlos fuera como fuera, tenían una trompa que no se mantenían de pie. Menos mal que Carótida tomó cartas en el asunto, Vilma estaba derrengada, y nosotras tres no éramos capaces de mover un dedo. Los reclutas habían estado con nosotras, y Vilma nos culpó de que siguieran allí. Cómo demonios no os disteis cuenta de que no se habían ido, decía hecha una furia. Tuvimos que hacer de tripas corazón para ayudar a echarlos, menos mal que el anís nos echó una mano. Carótida los empujó mientras nosotras sujetábamos la puerta y evitábamos que volvieran a entrar.

—Entonces el hombre volvió a vestirse.

—Menudo cliente.

—Dejó un billete de cien pesetas encima de la colcha. No se despidió. En la radio seguía la arenga, y no había modo de cambiar de emisora.

—Se fueron o cayeron escaleras abajo, apenas nos dio tiempo a cerrar otra vez. Si llegaban al Cuartel en aquellas condiciones les iban a dar para el pelo, pero como días más tarde supimos no llegaron. Un cliente comentó que en la Avenida Badiola, allí cerca, había dos reclutas muertos en el pavimento, con la cartilla de alistamiento en la boca.

—A este hombre, así es la vida, volví a verlo cuatro años después, precisamente en el Corcel, cuando empezó a funcionar en la Calle Hospedería. Entonces se desnudó con decisión, sin miedo ni temblores ni desdichas. Se metió conmigo en la cama y me dijo al oído que me daba las gracias por haberle salvado la vida. Cuando se puso encima de mí y me abrí de piernas, me penetró como si me crucificara.

## 165.

Salía de un pasadizo y hasta tenía la impresión de haber asomado la cabeza en un agujero, pero en ningún caso sentía que la noche intercambiaba con la niebla la sustancia de aquella confusión que iba acrecentando su cansancio.

Lo que hace Ambrosio Leda cuando ya no queda nadie en los alrededores del Lucerna, mientras los músicos abandonan los instrumentos y alguien cierra con llave la puerta desde el interior del local, es caminar más ligero, intentando recuperar lo que la voluntad urbana orienta, el destino que mide el pensamiento y la expectativa de llegar a tiempo, cuando el correo del Noroeste haga su entrada en la Estación, según predijo Lucina, con el mismo retraso de aquel día de enero de hace quince años.

—No cabe otra razón, ni hay más reclamos —musita Ambrosio, que tiene en los pies la ligereza de las copas, y siente en las manos el vacío que causa la frustración de no llevar el saco—. Lo que resta es lo poco que la noche alarga hasta la mañana. No he podido bailar entre tantas figuraciones y resquemores, ya me hubiese gustado echar una pieza, mover el esqueleto. El sueño no abriga otra cosa que la indecisión y el vacío, pero presta tanto ver a la gente amartelada, y sin que el tímido sea menos que el arrogante. Da lo mismo lo que en Europa piensen de nosotros, no se nos van a caer los anillos.

Alguien le sigue. La alerta es siempre la misma, una desazón que repone la sospecha y el desaliento de sentirse indefenso, lo que en los tramos habituales no tiene mayor perjuicio que el de la costumbre.

—Cuando vienen a por ti —pudo escuchar en muchas ocasiones a quienes compartían iguales riesgos por los vericuetos de la Ciudad de Sombra— no tardan en echarte el alto. Nadie pierde el tiempo con quien apenas merece la pena, y nosotros valemos poco.

La Plaza del Tendido mantiene el soportal con la estructura desequilibrada, como si no necesitase igualar todo su perímetro. La niebla se amontona en el interior, vertida sobre los escombros que acumulan lo que quedó en las casas abandonadas.

Ambrosio se acerca a la primera columna, dispuesto a darle ocasión al perseguidor para que lo alcance, pero nada se altera en el silencio de lo que tanto se asemeja a un escenario en el que no quedan recuerdos de ninguna representación.

—El mismo escenario que en la vida de Balma —diría Lepo Corada— hizo del teatro de la vida el teatro de la muerte, con la mala fortuna para esta puta ciudad de que prevaleciera el sainete sobre la tragedia. Un sainete sangriento lleno de ruido y furia.

—No se escape, por Dios —dice la voz agitada, que Ambrosio oye como una

exclamación de auxilio—. No hay tiempo que perder, usted tiene que responsabilizarse de este espanto. Yo no quiero verme comprometido en lo que no me corresponde. Iba detrás de ellos, eso sí, pero sin la menor confianza, porque necesitaba volver a hablar de lo mío. Me suspendieron las órdenes, me robaron la parroquia, me despojaron de lo que Dios me dio.

El hombre tiene encendidos los ojos, revuelto el pelo, las manos temblorosas, y no es capaz de estarse quieto. Se mueve alrededor de Ambrosio, se acerca y se aleja de la columna con igual velocidad que alteración.

—¿Es usted el párroco de las Carabias?... —acierta a preguntar Ambrosio, aturdido por la agitación que le tiene intimidado.

—Oyó hablar de mí. Sabe de sobra que se cayó la torre de la iglesia encima de los feligreses mientras yo celebraba. En mala hora vine a pedir misericordia. La caridad del justo, la piedad que precisa el penitente. No hay un Dios, hay muchos, según los casos y los acontecimientos.

—Se llama Cornelio —musita Ambrosio con más temor que curiosidad, como si al nombrarlo lo apaciguara.

El hombre le coge por el cuello, aunque la agitación no le permite sujetarlo y en seguida lo suelta.

—Soy Cornelio, un ministro del Señor tirado a la cuneta —exclama colérico y lloroso—, y lo único que quiero es que las hostias sigan siendo el pan en la comunión de los fieles. Me faltaron al respeto los que me echaron del atrio a patadas.

Ambrosio tiene la intención de salir corriendo. La agitación del hombre crece según habla y se mueve.

—Vamos, vamos —pide, alzando el brazo con el recurso de quien incita a seguirle saltando la trinchera—. Están muertos, uno al pie del otro, como si el rayo los quebrara. Nunca vi mayor espanto. Ningún Dios, fuera de la opinión que fuese, se haría cargo de este desafuero.



## 166.

La confusión es el resultado de lo que el hombre requiere, sin que Ambrosio sea capaz de esforzarse por comprenderle. Los movimientos del hombre se acompañan con la fatiga y el jadeo de quien pierde el control y apenas lo recupera manteniendo la idea fija de lo que ordena.

—No hay tiempo que perder... —dice, cuando todavía Ambrosio no acaba de reaccionar y se resiste, convencido de que Cornelio sufre el desvarío que pueden aumentar algunas copas de más, ya que cuando se le acerca percibe la salpicadura química y alcohólica de su saliva, lo que reseca su voz y su garganta con el efecto de la bebida y las pastillas.

Es una voz rota que retiembla bajo los soportales con el tañido de la campana que cayó con la torre, y que en la cabeza de Cornelio revienta una y otra vez, llevando el eco de las palabras sagradas como el aviso del accidente en el que el tejado de la iglesia también se rompe, y no existe mayor vértigo que el de la desidia con que el pastor dejó indefensas a las ovejas de su rebaño.

—Un muerto. Así cayó la maldición del cielo, sin que fuera necesario siquiera el rayo de la tormenta. Lo que se derrumbaba era lo que nadie había reparado, la propia ruina que estaba en pie por la gracia de Dios. Una torre, una campana, una trompeta del más allá. No se lo digo en broma, no se haga el remolón. Tiene usted las mismas responsabilidades que los testigos de cargo. Le he visto ir y venir con ellos, una y otra noche. Hace apenas unas horas andaba por el Ejido con igual complicidad, no se llame andana.

Cornelio empuja a Ambrosio. A veces lo agarra del brazo y casi lo arrastra. Ambrosio va tomando conciencia de que es mejor dejarse llevar. No está muy convencido de que este hombre, agitado, violento, que lo mismo clama exaltado que se encoge compungido, mezclando los gemidos y el llanto con las imprecaciones, sepa con certeza adónde se dirigen.

En la desorientación de la niebla, que abre y cierra puertas como si envolviera la espiral de un laberinto urdido entre los sucesivos pasadizos que guardan algunos secretos de la Ciudad de Sombra, no detecta Ambrosio ninguna indicación, nada que le ayude a recomponer las piezas de la memoria o, al menos, a retomar un mínimo sentido de la realidad. La confusión no cede al cansancio lo que Ambrosio necesitaría, y en algún momento, cuando Cornelio tira de él, siente que lo mejor de todo sería desplomarse, hacerle ver que nada hay más costoso que atender a sus reclamos.

—Cae la torre. Se aviene Dios a que el mundo caiga con el llamamiento de la campana que se desprendió, y no hay toque que pueda repetirse. Es el bronce el que mata, y no el ladrillo o la piedra donde se posaban las cigüeñas. Se lo digo a usted con la misma claridad con que se lo dije al obispo. El mundo es de Dios, igual que el

cielo, y los feligreses tienen si quieren el salvoconducto de los bienaventurados. No se me suelte, que no va a caer usted, al menos hasta que no lleguemos a donde los muertos responden a los testigos. Un hombre no es una campana, los seres humanos en nada se parecen a las torres.

Ambrosio siente que las piernas no le sostienen y que el cansancio es al fin el sustrato de la confusión. Cuando logra alejarse de las manos de Cornelio, tiene la respiración cortada y el corazón se le sube a la boca.

—Déjeme... —suspira, alzando los brazos y dando una vuelta sobre sí mismo que le hace perder el equilibrio—, déjeme en paz...

—Ni lo piense —contesta Cornelio, aferrándole de nuevo—. No hay nadie que sepa lo que usted sabe y que pueda decir lo que en su momento nos convenga. Yo llevo meses suspendido. Las hostias que guardo en los bolsillos de la sotana no están consagradas, nunca fui un renegado. Es lo que albergo en la mente y en el corazón lo que me indigna y hace rechinar los dientes, nada bendigo que no se enmohezca, nada imploro que no se rasgue, soy incapaz de esconderme en el tabernáculo. Es usted quien debe asumir la responsabilidad de velar esos cadáveres que en ningún caso tienen la mínima explicación.

## 167.

La niebla refresca lo que alarga el escondrijo de la noche que la mente de Ambrosio mantiene en la confusión, como si hubiera perdido la referencia de cualquier dirección, mientras Cornelio le incita y le empuja. Es el frescor vegetal de las huertas y los prados que diseminan en la niebla la respiración de su fertilidad marchita.

La línea del arroyo suma el murmullo a otras escorrentías que, cuando Cornelio se detiene sin que Ambrosio pueda ubicarlo en ese instante, como si se hubiese caído al suelo o hubiese huido, acentúan la cadencia del agua en la oquedad de lo que en el Ejido resuena como un lamento funerario.

Ambrosio escucha ahora lo más cercano de ese lamento y cuando logra volver la cabeza y mover los brazos entumecidos, ve la figura de Cornelio desamparada en la niebla, cohibida entre los sollozos que en seguida derivarán en un llanto helado, sentado en una piedra y con las manos cubriendo el rostro.

—Yo no soy el que vuelve por el Camino de Rozas como hace el gitano al gallinero donde robó la gallina. No tengo ninguna credencial que me ampare para que la muerte no le quite a la vida lo que no le corresponde. Me resisto a pensar que hay un culpable donde el inocente le dejó el sitio a quien pedía limosna. Nadie saca de quicio a quien no quiere castigar. Dígame usted si le he faltado en algo...

—Déjeme en paz —pide de nuevo Ambrosio, con mayor decisión, dispuesto a irse—. No voy a aguantarle más, no quiero oírle.

Cornelio retira las manos del rostro, cierra los ojos, contiene con dificultad el llanto.

—Están muertos —dice, arrastrando las palabras—. Uno mató al otro, lo vi con mis propios ojos. Lo mató atendiendo a lo que le pedía, o a lo que tenían convenido. Luego se mató él, y no hay perdón de Dios ni eucaristía que me quite las espinas, ni otro cuerpo del delito que la penitencia de haber estado presente.

Ambrosio Leda mira a Cornelio, sin acabar de entender sus palabras. Da unos pasos para alejarse. La niebla le resulta más piadosa y más propicia que cualquier puerta que se abriese en cualquier pasadizo y que le permitiera desaparecer. La niebla no ampara la confusión, ni lo que las palabras de Cornelio puedan significar, aunque la inquietud le hace detenerse para volver a mirarlo.

—¿Qué está usted diciendo, qué disparate se le ocurrió?... —inquire, acercándose y sujetando la tentación de darle una patada.

Cornelio tiene los ojos enrojecidos, extiende los brazos con las manos abiertas. Los sollozos vuelven a ser un llanto desolado.

—La pena de los muertos que me tiran de la sotana, igual que los pobres y los arrepentidos. Yo tengo la cabeza hueca desde que sonaron los disparos de la pistola,

le juro a usted que ni el ruido de la campana cuando cayó con la torre me la vació de igual modo. Los disparos me retumbaban en la sien.

Ambrosio no puede contenerse, lleva el pie al pecho de Cornelio, lo empuja hasta hacerle caer de espaldas. Cornelio rebulle en el suelo, patas arriba.

—No le quepa la menor duda, no se haga el remolón. Los tiene ahí mismo, donde tantas veces los acompañó. En el mismo banco de piedra, en el merendero.

—Venga conmigo... —le ordena Ambrosio, ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—No me pida lo que ni Dios quiso solicitarme —dice Cornelio, que vuelve a sentarse en la piedra, moviendo la cabeza como si no pudiera sujetarla—. Nada tengo que bendecir ni puedo perdonar al que clama en el desierto, no estoy para trotes, ya sabe que me suspendieron las órdenes.

Ambrosio duda.

—Vaya y vuelva, luego me lo cuenta, si le apetece —musita Cornelio—. Alguien tiene que echarme una mano, yo no voy a dar parte en ningún sitio, nunca quise saber lo que la mano derecha le hurta a la izquierda cuando se mueve. Entre los sacramentos no tengo ninguno preferido, todos me parecen del mismo tamaño.

## 168.

La chopera del Camino de Rozas se mueve en la niebla como si entre las ramas y las hojas que amarillearon en los crepúsculos otoñales todavía quedasen los pájaros que en ella duermen.

Son los mismos pájaros que invaden algunos de los sueños de Ambrosio Leda, los que aletean sin el temblor apacible de quienes llegan cansados a los árboles en el oscurecer, sino con el estremecimiento de las heridas.

Las ramas y las hojas a cuyo cobijo se posan se van moteando en el sueño con el goteo de esas heridas, sin que el durmiente logre convencerse de que es la lluvia la que mancha su frente y sus manos, una lluvia caliente y espesa que todavía cuando abra los ojos seguirá goteando, aunque ya muchos de los pájaros siembran con su muerte el suelo de la chopera.

Ambrosio siente el mismo temor que cuando en el sueño se esparce el aleteo que hizo de la noche una tumba poblada de pájaros heridos.

El Camino de Rozas es ahora el pasadizo más secreto de lo que puede unir la realidad y el sueño, la verdad y la mentira, o la conciencia y el destino de lo que sus pasos suponen en la trama de su existencia, como si todo confluyera en el requerimiento que nunca dio sosiego a su voluntad.

El temor le ata al pasado, lo devuelve a las desventuras que encaminaban el dolor de la huida, la desesperanza de aquella retirada del mundo tan necesaria para que nada malo sucediera a los suyos. Es el mismo temor con otro grado de aspereza el que ahora siente, como si después de tantas multiplicaciones en tantos años y eventualidades, ese temor se hubiese desprendido de la desgracia y sorbiera en el miedo un último desaliento.

Ambrosio ve los cuerpos igual que los pájaros muertos en el suelo de la chopera, con el temblor que ya no le permite dar otro paso, con la conmoción que cierra la expectativa que en el sueño todavía puede alargar la circunstancia de otro vuelo desesperado, ya que los pájaros muertos rebullen algunas veces en la reiteración del sueño, y algunos logran volar de nuevo, con las alas abiertas con gran sufrimiento y enorme torpeza.

Los cuerpos del obispo Galar y del gobernador Devesa están derrumbados sobre el banco de piedra, uno hacia cada lado, en la simetría de lo que parece una muerte común que procuró la misma voluntad e igual pronunciamiento, como si en el gesto abatido que los cuerpos componen hubiese una paralela conformidad, y apenas la divergencia de un doble destino que los une y los separa a la mínima distancia de la piedra y la niebla.

Ambrosio se lleva instintivamente la mano al pecho, y roza en el bolsillo interior

de la chaqueta las cartas que uno y otro le dieron esa misma noche, como si en la impresión de haberlas perdido presintiera algo que no logra imaginar del todo, aunque la seguridad de palparlas tampoco lo tranquiliza por completo.

—Alguna intención tendrían... —musita, sin necesidad de que las palabras le hagan mover los labios.

Sin que el temor deje de constreñir las alas, con el miedo que en el momento más abismal del sueño le hace rebullir en la cama, avanza dos o tres pasos más e intenta mantener el ánimo que podría hacer que en su mirada aflorase una emoción piadosa.

Ambrosio contempla los cuerpos sin que la piedad sostenga el ánimo, como si la desolación fuese el único fluido que le amarga los sentidos y las venas.

Cierra un instante los ojos, los abre con el esfuerzo que rasga la tela de las cataratas y apenas percibe el montón borroso con que la muerte acarrea sus posesiones más inesperadas, con la misma devastación con que en los sueños se arremolinan las aguas que sacan a la superficie a los ahogados, igual que si la mano que los empujó al río los rescatase con el mismo gesto temeroso y sorprendido.

—¿Ya los vio?... —pregunta Cornelio, que viene detrás de Ambrosio con la celeridad de quien quiere alcanzarle—. Yo no hice otra cosa que tirar la sotana al río y procurarme estos pantalones y este tabardo. Nada tengo que ocultar, aunque tampoco quisiera hacer ninguna declaración, no me compete ni me conviene, ya le dije que desde que me suspendieron las órdenes no administro ningún sacramento.

Le echa la mano al hombro. Ambrosio se revuelve y camina con mayor decisión.

—Oiga, no me va a dejar aquí... —dice Cornelio sorprendido—. Usted los conocía mucho mejor que yo. Nadie sabe tanto como el que escucha, aunque donde menos se aprende es en el confesionario, eso puedo jurárselo. Si me aprieta un poco, hasta le cuento la burla con que algunos pecadores dicen los pecados, con igual satisfacción con que los cometieron.

—Le repito otra vez que me deje en paz —exclama Ambrosio, sin volverse—. No tengo ganas de oírle. No hay nada más que decir.

—¿Es que ya se hizo a la idea de lo que esos hombres tramaban, ya se enteró de lo que de veras hicieron, el uno igual que el otro y con la misma intención?... Yo no los hubiera querido de feligreses, se lo digo de veras. Dos pobres desesperados, a los que aborrecerían con igual razón la Iglesia y el Gobierno. No se vaya tan pronto, no se va a quitar de la conciencia lo que se lava peor que una mancha de aceite.

Ambrosio se detiene. Hay un ruido en su cabeza, y no le es fácil determinar si procede del aleteo de los pájaros entre las ramas o de la voz reiterativa de Cornelio, que se adelgaza y se acrecienta en la humedad de la niebla.

—No sé si será usted capaz de contármelo de una vez por todas... —dice nervioso—. No sé si merece la pena hacerle caso. No quiero que me persiga. Lo que pudo sucederles a esos hombres es más o menos lo que cualquiera que los vea ahí tendidos puede pensar. Si se mataron, allá ellos.

—Los vi hacerlo... —musita Cornelio, amedrentado—. Y es algo que no puede guardarse como un secreto de confesión, es algo que puede comprometer a quien les iba al rabo, usted lo mismo que yo, qué quiere que le diga. Muchas noches los seguía a los tres, y hasta escuchaba las conversaciones. El obispo no me echó una mano y yo, se lo repito para que quede bien claro, tiré la sotana al río y estuve a punto de arrojarme detrás de ella. Un hombre no puede estar en sus cabales todo el santo día.

—Estaban conchabados... —dice Cornelio, que camina al lado de Ambrosio, prevalecido por lo que sus palabras desvelan con la complacencia que supera al temor, asegurada la voz en el susurro de quien certifica lo que sucede sin otro disgusto que la molestia de saberlo—. Las razones no las alcanzo del todo, esas almas de tanto brillo y prestancia andan, cuando menos se piensa, tan descarriadas como las de más baja condición. El obispo y el gobernador parecían gemelos, el mismo aire y

la catadura de quienes van por la vida con el paso cambiado, una dirección equivocada o, lo que es peor, la mala conciencia del que aparenta lo que no es, la angustia de quien cayó al pozo. ¿Sabe usted lo que llega a sufrir el descreído, o lo que padece el que no tiene dónde agarrarse, ni la fe ni las ideas, cuando asumió vivir con ellas y de ellas? Vivir y predicarlas. Yo le contaría lo mismo si fuese de esa calaña, una autoridad civil o eclesiástica, pero la torre me mató al feligrés y cuando quiero santiguarme se me pone la carne de gallina.

—No me interesa saber lo que piensa de ellos... —dice Ambrosio nervioso y molesto, intentando alejarse y al tiempo queriendo oír lo que Cornelio sabe.

—Almas gemelas, no lo dude. Mucha fachada, mucho aire, igual miseria. De feligreses no los querría ni pintados. Lo que esconde el que acaba matándose es, en este caso, la desesperación de la arrogancia. No valdrían para llevar la existencia que llevaban, les sobrarían el anillo episcopal y el bastón de mando y, de cualquier manera, no los merecían, eso puedo asegurarlo. Yo sin órdenes estoy desnudo y hasta se me va la olla, no lo niego, pero la dignidad no me la quitan, en las Carabias no dice misa el lucero del alba.

Ambrosio se va. La voz de Cornelio tiene en la niebla un eco pastoso y sucio. La voz se quiebra y se confunde con un llanto que rompe el susurro y multiplica las lamentaciones.

—Devesa le pegó un tiro a Galar —grita Cornelio—. Le puso la pistola en el corazón, mientras el obispo bajaba la cabeza agradecido. Luego el gobernador apuntó con la pistola a su corazón y se mató con parecido agradecimiento. Eran dos pájaros de cuenta, dos mentirosos. Ni Dios acoge en su seno al obispo ni el Gobierno reconoce a su representante. Los cargos no los merecían, usted y yo valemos el doble.



## 170.

Viene el niño malo como un fantasma diminuto que se extravió en la niebla. Es el fantasma de un pensamiento o de una imaginación raquítica; la figuración de una infancia que no se resignó a ser digerida y logró que la adolescencia se acobardara para asumirla y la juventud ya no fuese capaz de hacerla desaparecer.

—Es el resultado de no haber tomado cartas en el asunto cuando se debía hacerlo, y poner disciplina donde impera el capricho —decía Carpo Expósito—. Estos críos se defienden como bichos patas arriba y, cuando ganan la batalla, se te suben a la barba. Son una carga y un sufrimiento.

El niño malo le da la mano a Ambrosio Leda, que mantiene el paso acelerado, convencido de que lo que queda de la noche es el resto de algunos acontecimientos de los que debe huir, ya que en la línea de un amanecer precavido puede encontrar la coartada que le haga volver como siempre, desapercibido en el tramo de los últimos pasadizos, sin la voluntad urbana alterada.

—Tiene usted fría la mano —le dice el niño malo—. De la mía no se fíe, igual se hiela que se quema, nunca me sirvió para otra cosa que para pillar lo que los demás tiraban.

—No sabes lo que te agradecería que no me molestases.

—¿Anda usted apurado?...

—Voy a lo mío, y no necesito compañía.

Ambrosio intenta desprenderse de la mano del niño malo, pero no lo consigue.

—No me deje, se lo ruego —suplica el niño—. La infancia no es lo que se cree, el que más y el que menos la recuerda deformada, para bien o para mal. No hay otra edad que se invente tanto.

—No me importa, yo la hice desaparecer por completo en su momento. En mi caso no hubo un niño dando la tabarra, ése es un asunto de Carpo y tuyo, y voy a decirte una cosa: no hay quien lo entienda. Ese desgraciado podía tener la solitaria, un parásito en el intestino, y le traería más a cuenta que llevarte a ti como una rémora.

El niño malo se suelta.

—No me lleva, ni siquiera me tiene —dice molesto—. Soy yo el que lo aguanta y lo padece. La infancia se queda corta, no dura lo que merece y, en mi caso, me esforcé para que no acabara. Ese pobre desgraciado me echó el cuarto a espadas no ya para librarse de mí, para hacerme desaparecer, o matarme si llegara el caso, sino para que no lo cambiara y le hiciera mejor persona. Me hice malo porque no hubo manera de que él fuese bueno. Se la tengo jurada, es verdad.

—Ni entro ni salgo —dice Ambrosio—. Los pleitos ajenos sólo me traen complicaciones, con los míos tengo de sobra. Nunca pensé que un niño, malo o bueno, interviniera en la voluntad y en la conciencia de un adulto, por mucho que el adulto fuese un tarambana y tuviese la vida echada a perder.

—Es que no es como usted lo cuenta. Yo recabo lo mío, me niego a que me quiten lo que me pertenece y a no ser como me da la gana. El niño ya no tiene otra edad que la de las piedras que fue tirando por el camino para no perderse. Esa edad también es una carga y un sufrimiento, no voy a decir que no, pero me niego a recoger las piedras y a volver a guardarlas en el bolsillo.

Ambrosio Leda siente que el niño malo está menguando, como si la condición de fantasma diminuto se hiciese más perentoria, o en el extravío de la niebla su figura encogiese abatida por la humedad.

—No sé lo que pintas tú solo —le dice—. No sé lo que te pasa, ya no soy capaz de darle vueltas a lo que cuentas y, si te soy sincero, estoy cansado de tanta cháchara. La noche me agota, tiene una trama que no da sosiego, todo el mundo habla demasiado. No puedes imaginarte el consuelo que supone el silencio del Bosque, no hay otro sitio en el mundo como Alcidia.

—Nunca estuve —dice el niño—. Yo soy un bicho urbano. Si alguien me lleva al campo, me asfixio. Las farolas son mucho más bonitas que los árboles.

—Piensa lo que te dé la gana, no voy a discutir. El cansancio nos hace más conformistas, y yo acepto cualquier cosa cuando me cuesta tanto moverme. Mira, allí tienes una farola, puedes sentarte en el bordillo, haces recuento de las piedras y descansas un rato.

## 171.

El niño malo merodea alrededor de la farola. Es un fantasma diminuto que, a cada vuelta, se encoge en la niebla como si se arrugara.

Ambrosio piensa que puede desaparecer igual que el recuerdo que lo rescató de su desdicha para retardar lo que la infancia le prometía y que jamás podría cobrar cuando esa infancia terminara: el futuro de una existencia que ya no era suya.

—Yo no tengo otro débito que el de vivir lo que me corresponde, lo que me cayó encima —decía Carpo Expósito—, y ya nada le pertenece a este mocoso que todavía, después de tanto tiempo, quiere lo suyo, como si lo suyo no se hubiese acabado, y él mismo no fuera otra cosa que un raquíico pensamiento o un desdichado recuerdo.

—Lo que quiero decirle es que Carpo y yo hemos tarifado, ya ve qué pena. Carpo me ha mandado a la porra, rompió la baraja. Ahora él tiene los pulmones reventados, y el mal humor del que está en las últimas. Esta noche le dieron para el gasto, dos o tres palizas, todas ellas bien merecidas, no lo dude. Me insultó, quiso zurrarme. Enciende cerillas y escupe sangre, no hace otra cosa.

Ambrosio tiene la intención de llevar la mano a la cabeza del niño malo. No se trata de una caricia, sino de una comprobación. El fantasma tiene mojado el pelo.

—Me quitó el saco.

—Es verdad —dice el niño malo—. Lo quería para cargar y disimular la plata del robo. No hay trapacería ni engaño que no haga. A mí me ha dado muy mala vida, ya lo sabe usted, y ahora me tira por la borda y si te he visto no me acuerdo.

—¿Qué hizo con el saco?... —inquire Ambrosio muy enfadado.

El niño malo se apoya en la farola y suspira con desaliento, como si el suspiro estuviese a punto de recobrar el llanto de su orfandad.

—No se lo puedo decir. Cuando volvió a donde había escondido la plata comprobó que ya no estaba, se la habían llevado. Carpo no tiene dos dedos de frente, usted lo sabe. Lo que arriesga para afanar lo que sea lo echa a perder con el descuido y la mala cabeza. ¿Dónde cree usted que había escondido la plata?

—Ni lo sé ni me importa.

—En el retrete del Barandales, igual que el alijo en el retrete de la Verja, siempre lo mismo, donde primero se le ocurre y mayor riesgo existe para que se lo quiten. En la Vela del Descarriado nunca hubo mayor sospechoso que él, todas las bofetadas le venían del mismo sitio.

Ambrosio vuelve a mirar al niño malo, y ve en sus ojos el brillo fantasmal de una lágrima que no se confunde con el goteo de la niebla, como si el propio cuerpo, encogido y estrujado, la hiciese brotar con el alivio de su necesidad. El niño se lleva la manga del jersey a los ojos y limpia la lágrima, al tiempo que vuelve a suspirar.

—Si usted quisiera pedirle que no me haga esto, que no me deje tirado, que se

avenga a tenerme con él —suplica el niño malo— no sabe lo que se lo agradecería.

—¿Estás seguro de que no tiene el saco?... —quiere saber Ambrosio.

—No sé lo que hizo con él.

—¿Dónde está Carpo?...

—Aquí cerca, en un portal. Ya le dije que ahora enciende cerillas y escupe sangre.

—Vamos a verlo —decide Ambrosio.

El niño malo viene a su lado y de nuevo quiere darle la mano, que Ambrosio rehúsa.

—Es el portal de una casa que no tiene tejado. A nadie se le ocurre calentarse con las cerillas, pero él se quema los dedos y luego sopla. La sangre la escupe cuando deja de toser. Yo quiero volver con él, aunque a lo mejor lo que tiene que hacer es ingresarse en el hospital para que le echen un remiendo.

## 172.

La niebla entra y sale del portal arrastrada por la corriente, y lame las piedras del dintel y las baldosas rotas y se escurre por los zócalos que tienen desconchada la pintura.

En el portal no hay nadie. Ambrosio va de un lado a otro, se asoma a un patio, siente la humedad de la niebla escurrida y, cuando vuelve hacia atrás, ve al niño malo, agachado en el recodo, entretenido en recoger del suelo las cerillas usadas.

—Se ha ido —dice el niño malo, señalando desolado las cerillas como la muestra más indicativa de la huella de Carpo, lo que queda como un residuo del abandono que devuelve su existencia fantasmal a la orfandad primitiva—. No me gustaba ser el quiste o la esquirra que lo contrariaba, pero tampoco me importaba demasiado, ya estábamos acostumbrados.

—Es un caradura —asegura Ambrosio—. No creo que sea la mejor compañía para nadie. Si te libraste de él, eso llevas ganado. Compartir una existencia como la suya es andar a la que salta, y siempre con el riesgo de que en el peor momento te deje en la estacada.

Cuando Ambrosio sale a la calle, con la niebla soplando en el arrastre de la corriente, oye la voz de Carpo Expósito, que le llama desde algún lugar indeterminado.

—Vaya calle arriba —le indica—, que le siga. Y por lo más sagrado, no se vuelva. Apriete el paso.

Ambrosio obedece. Una tos seca llega a sus espaldas como el ruido de un cacharro que se rompe.

La niebla se acomoda a la superficie del pavimento, apenas elevada en la cuesta donde la calle termina, y es como un gas tóxico, un veneno espumoso que procede de algún escape y lame la cuesta con la mala intención con que puede intoxicar las respiraciones.

Carpo Expósito adelanta a Ambrosio, y le aguarda en lo alto de la calle, con la respiración congestionada y la tos que lo dobla.

—Me enveneno —reconoce, con la mano extendida para que lo sujete, a punto de caer—. No es la niebla, es el humo que proviene de los sulfatos podridos del río. Tengo que irme lo antes posible de esta ciudad contaminada.

Cuando Carpo se recobra entre los brazos de Ambrosio, que tiene que hacer un gran esfuerzo para sujetarlo, vuelve a caminar, y lo hace como si la pierna derecha no le respondiera y cojease para buscar un alivio a la molestia de los músculos agarrotados.

—¿Qué le dijo ese mocoso?... —inquire, aguardando a que Ambrosio llegue a su lado.

—Que tarifasteis, que lo has mandado definitivamente a la porra.

—Se acabó lo que se daba. No me hizo saltar por los aires con aquella granada de puro milagro, y todas las veces que me detuvieron fue por su culpa. Hasta en la Vela del Descarriado me denunció. El quiste de una infancia pernicioso. La esquirra de un pasado que infecta el cuerpo y el espíritu. Siempre malmetiendo y dando la tabarra. Un coñazo de chaval.

Ambrosio observa que Carpo tiene un pie descalzo, el de la pierna de la cojera; en el otro la bota está a punto de salirse, como si tuviera dos o tres números de más.

—¿Te lo quitas de encima igual que si pretendieras quitarte el tiempo de lo que fuiste alguna vez?... Ese chico es el fantasma que te corresponde, el que recriaste para tener alguna compañía cuando supiste que nadie iba a quererte, que estabas más solo que la una.

Carpo alza los hombros y contiene la tos a duras penas.

—El mocoso era igual que el cadáver que uno lleva al hombro, el muerto que te cayó encima y del que te apiadaste. Pero en su caso, un cadáver quisquilloso y pelma. Lleno de mala uva y con muy mala entraña, y siempre con la idea puesta en lo peor que se le pudiese ocurrir.

—La infancia se muere, ésa es la verdad —dice Ambrosio, con el recuerdo conectado por algún conducto que no se compadece con la niebla sino con la claridad de alguna mañana soleada—. Es la edad que primero se acaba, y se muere sin otra resistencia que la del inocente que pierde ese estado del alma limpio de culpa. Otra cosa es que nos deje su cadáver, que no podamos enterrarla. Eso a mí no me sucedió.

—Se ve que tuve peor suerte.

## 173.

La cojera de Carpo se acentúa cuando da un traspié en el bordillo e intenta cruzar la calle con apresuramiento, como si de pronto se acordase de que tiene una cita urgente.

—Me robaste el saco... —le increpa Ambrosio.

—Se lo cogí prestado. Lo necesitaba para llevar la plata al perista. En ese negocio contaba con usted, iba a darle el tanto por ciento que se me ocurriera.

—No lo hubiese aceptado, yo no soy un ladrón. ¿Dónde está el saco?... Es lo único que me importa.

Carpo se apoya en una pared.

La niebla se mueve alrededor de él, lentamente sumida hacia la embocadura de una calleja donde resuenan algunas voces; las últimas llamadas de los primeros que se retiran en la noche de la Ciudad de Sombra o las murmuraciones que todavía revierten en el eco de las conversaciones, como si en cualquier caso las palabras no llegaran a apagarse aunque ya nadie las atendiera.

—Se lo quedó un amigo suyo, que estaba muy interesado en él —informa Carpo, muy solícito—, ya sabe usted a quién me refiero, ese que siempre quería saber lo que llevaba dentro, el periodista.

—¿Dónde estaba?... —inquire Ambrosio preocupado.

—Estaba en el Barandales, y me parece que le esperaba a usted. Metió la mano en el saco con el ansia del codicioso, sin poder disimularlo. Si en el saco había una serpiente, todavía estará chupándose la picadura.

—Vienes conmigo —le ordena amenazante Ambrosio—. No te voy a soltar hasta que recupere el saco.

Carpo Expósito resbala por la pared y se deja caer al suelo. Extiende los brazos con la trémula intención de aliviar el peso y contener la tos, como si necesitase que la vida se reconciliara al menos un rato con la ruina del cuerpo que se quiebra en la debilidad y el sufrimiento, y le concediese un apurado descanso.

—No me obligue que no doy más de mí. La plata desapareció, y lo que debo no habrá otro modo de cobrarlo que el de seguir zurrándome la badana. También es mentira que me tiré a la taquillera. Jamás conocí a una odalisca y nunca hice guardia en una garita de la Legión Extranjera. Para lo único que valgo con las mujeres es para hacerlas rabiar.

Carpo logra acomodarse. El pie desnudo se estira igual que un gusano que asomara en la pernera del pantalón, con el dedo gordo tembloroso y morado.

—Perdiste la bota... —dice Ambrosio, que no logra apartar la mirada del dedo, que le parece un bicho que intenta vanamente reptar huyendo de la cueva.

—No tenía fuelle. Corría sin dirección. Perdía lo que se me iba cayendo, un pedazo de cada cosa y de cada pensamiento. Ahora apenas me queda lo

imprescindible, y si no soy capaz de recogerme se acabó lo que se daba.

Carpo también está mirando el dedo gordo, que tiene la fijación de un apéndice del que acaso deseara desprenderse, como si en ese límite del cuerpo se cobijara lo que desorientó su existencia, un indicio de los malos pasos, de las equivocadas pisadas, de los tramposos pasadizos.

—Voy a hacer algo que le resultará extraño... —dice Carpo, que ahora suspira y logra evitar la tos o paliar la explosión de los pulmones—. Voy a volver a la Vela del Descarriado. Si me doy prisa puedo llegar antes de que los internos formen en el patio para pasar lista. Nadie podrá echarme nada en cara, viéndome como me van a ver. El que quiera acusarme lo tendrá crudo. A lo mejor, con un poco de suerte, me hospitalizan, la enfermería la tengo asegurada.

—Me parece bien... —dice Ambrosio, sin mucha convicción.

—Nunca llegué pronto a ningún sitio —musita Carpo Expósito, que se dispone a incorporarse, rechazando la intención de Ambrosio de ayudarlo—, y ésa es la razón de que jamás lograra asomar la jeta en el momento adecuado, cuando hay que estar presente para recibir las órdenes. No sé si con esa falta de responsabilidad es como la vida se tuerce de la peor manera. Yo nunca obedecí lo que la conciencia me dictaba, y le juro a usted que siendo malo me he sentido mucho mejor que si hubiera sido bueno.



## 174.

—Nadie aguanta de este modo tanto tiempo. Los que van y vienen, los que andan y ven y oyen, se entretienen de otra manera. Lo nuestro es la auténtica postración, aquí no se mueve ni una mosca.

—No quiero quejarme de vicio, ni que nadie se altere ni advierta que puedo estar incómodo. La razón de esta quietud es la misma que la de la tranquilidad del corazón y la conciencia. Hace ya tanto tiempo que las horas no tienen sentido, es igual que si la noche se paralizara o que al reloj se le hubiesen caído las agujas.

—Es porque te resignas, y de eso se trata, de que estemos resignados. Lo que nos cayó encima no es un castigo, es una imprevisión o un contratiempo. Nos cayó encima porque estábamos en el sitio justo para que así fuese, le podía haber sucedido a otro cualquiera. Tampoco es una fatalidad, es como digo: una mera circunstancia.

—Te haces un lío y, además, te amargas la existencia. Yo he visto la claridad como un cristal empañado o un trapo sucio y no tengo de ella ninguna nostalgia. En lo oscuro, aquí quieto, siento el sosiego de lo que no me conmociona, la beatitud de lo que se me derrite en las venas. Hay que valorar estas emociones, la sensación de haber quedado suspendido entre las dos orillas, y también entre el bien y el mal.

—Muy sencillo, muy fácil. Sosegados y sin ningún atisbo de la angustia con que nos colgaron. La cuerda al cuello y suspendido el ánimo. La mano que apretó la carótida. No olvido el vaivén del vientre y las piernas colgadas como dos palillos. Si al menos el sueño reconvirtiera la pesadilla en un reflejo humano.

—Puedes levantarte, nada nos lo impide. Das una vuelta alrededor de ti mismo y has bordeado el mundo y el abismo que lo cerca. El vértigo te ayudará a calmarte. No hay ningún bien en la cabeza que no sea susceptible de estallar, nada de lo que convenga apropiarnos. Ahora somos buenos o, al menos, bondadosos, eso no podrás negármelo.

—Para engañarnos, como beatos o bienaventurados, pero no como criminales. Daría todo lo que fui, lo que me correspondía y lo que quité o me robaron, por salir fuera, ver, andar, pararme en la primera esquina a imaginar lo que pudiese aguardarme en la siguiente.

—La punta de un hilo. El cabo suelto de la cuerda. Ni te mece el viento ni las estrellas te incordian. Hay una habitación que no tiene paredes. El firmamento es el suelo en el que pisas, la tierra el cuenco vacío donde enterraron los pensamientos. Te quejas de vicio.

—Me quejo de espanto. No me acomodo con esa facilidad con la que tú te avienes para estar apaciguado, como si nada quedara de aquel espíritu voluntarioso que te llevaba y te traía con igual inquina que desesperación. Iba detrás de ti o a tu lado, y no necesitaba levantar la cabeza para secundarte cuando apretabas la piedra con el puño. El bien era una encomienda mucho más comprometida y valerosa que la bondad.

—Un paso errado te lleva al abismo. Caerás de cabeza, quedarás colgado por un pie. La cólera se deshacía cuando la piedra se convertía en arena. Caerás de cabeza, luego no te quejes.

## 175.

Hay un deslinde entre los edificios que se diseminan en los alrededores del Temblor, la señal que los aparta como si indicara que conviene evitar un contagio, y es en esa reserva urbana donde los pasadizos de la Ciudad de Sombra son como incrustaciones entre las calles.

Algunas noches Ambrosio Leda se acerca para procurarse un último reposo, cuando hubo suerte y llenó el saco o, al menos, logró mediarlo, o cuando no colmó ninguna expectativa, y todavía apura ese recurso del merecido descanso, pensando que la noche está completa pero que antes de rematarla alguien puede procurar la última provisión.

—De este modo —dice algunas veces, cuando encuentra una compañía con la paralela suerte que tanto se parece a la paralela desgracia que, en la noche de la Ciudad de Sombra, se reparte de modo igualitario— se ajusta mejor la resignación con la expectativa, y el alivio se valora como el don de los caminantes que encuentran la posada a la vuelta de la esquina.

Unas noches, cuando ya la predicción de la mañana se percibe en la brisa que levanta la niebla con un esfuerzo denodado, como si la niebla hubiese fraguado con la compacta determinación de hacer un muro de humedad, Ambrosio llega al Barandales, que es un túnel minero donde los que beben se ordenan en las filas de las largas mesas, entrecruzadas las botellas con las jarras y los candiles. Otras noches, con igual niebla que la que ahora se derrama como si al fin se desprendiera de la bóveda que la tensaba y, al caer, esparciese los jirones del telón roto, Ambrosio llega al Galimatías, que es un almacén de coloniales donde los que beben aspiran la acritud de los ultramarinos, y los menos versados confunden las arpilleras de las legumbres con las raspas del bacalao.

—Dos negocios tan distintos y tan semejantes... —dicen los clientes que, como Ambrosio Leda, los frecuentan sin reparar demasiado en cuál de los dos entran, sabiendo que el reposo se obtiene con la misma complicidad, y que jamás en uno u otro hubo un sobresalto en esas horas finales de la noche, como si los establecimientos contaran con la bula que los dispensa igual que a los recintos sagrados.

—Dos negocios que, además, no tienen dueño. En la herencia de ambos hubo las mismas defunciones de los herederos, cuando la masa hereditaria se repartía entre igual número de primos hermanos, y las muertes dejaron liberado el patrimonio, como un pecio que flotaba en el naufragio de los propietarios desaparecidos, y sin que ya quedara nadie que tuviera derecho o intención de recogerlo.

—Ni dueño ni entidad... —asegura el cliente más viejo, el que más tiempo lleva aprovechándose de esa circunstancia que transformó el comercio en una dádiva, mientras en el túnel minero reluce al fondo la veta del carbón, y en el almacén de

coloniales los géneros y los comestibles se mantienen intactos, en el orden primitivo en que arribaron de ultramar.

Ambrosio llega al Barandales y no necesita abrir la puerta. Ésta es una noche en que la puerta permanece entornada, como si la concurrencia, que ocupa la mayoría de las mesas en la longitud que ampara el techo entibado, tuviese el recelo de un derrumbe o la prevención del grisú que precipitara el desalojo.

—No pensaba volver a verte —le dice Lepo Corada, que está sentado en el límite de un banco, muy cerca de la entrada—, pero sabía que ibas a venir.

Le hace sitio a su lado. Ambrosio apenas duda un momento, el tiempo que Lepo invierte en llenarle un vaso de la botella que tiene más a mano.

—En el Coto nos dieron un susto —recuerda Lepo Corada— y no eres la mejor compañía para verse metido en esos desmanes, aunque sé de sobra que no vas a contarlo. Ya te dije que si se enteran en la Redacción me levantan un falso testimonio.

—La noche, según pasa, menos la recuerdo... —reconoce Ambrosio, que no puede evitar la ansiedad al llevarse el vaso a la boca.

—Mejor que mejor. Aquel chiflado del Coto es de los que todavía desfilan con el arma al hombro. Te pegan un tiro por la espalda y vuelven a mirar los luceros. Los hay que se rascan la entrepierna con la boca del cañón. Yo la noche no quiero olvidarla porque luego la mañana está hueca. En el periodismo agrario las noticias andan esquilmadas, y no existe gacetilla que no tenga su tributo.

Lepo vuelve a llenarle el vaso a Ambrosio.

—Tienes mi saco... —asegura Ambrosio, antes de beber—. Te lo quedaste.

—Lo compré, y no te creas que me salió barato. Ese muchacho que anda contigo no regala nada. Esta suerte tuviste; si no lo hubiera comprado yo, a lo mejor no habrías vuelto a verlo.

En el túnel hay una concentración de ecos y es difícil distinguir entre los ruidos y las palabras. De cuando en cuando sobreviene un silencio que parece cortar la respiración, y alguien podría aventurar que en las labores de la minería los que callan la boca son quienes más necesitan sosegar los pulmones, cuando el riesgo de la silicosis es alto.

—La antracita es igual que la plata —musita Lepo Corada— y tiene en la veta esa atracción del oro que se puede coger con las manos. Hay una vida mineral más hermosa que la vegetal y la biológica, pero ya ves cómo nos desentendemos de ella y hasta la despreciamos. Nadie enciende la lámpara ni empuja la vagoneta ni agarra el martillo. Somos una turba de parroquianos ajenos a la herencia de la revolución industrial, ya ves la cara que ponemos.

Ambrosio Leda observa la pipa en las manos de Lepo. La golpea contra la mesa y luego se la lleva a la boca, sin intención de encenderla.

—Balma es una urbe ociosa y opaca. Los tenderos y los burócratas se complacen en mirarla sin otra idea que la de pasarle la mano por el lomo. Ya lo ves, amigo mío, nos sometimos a la costumbre de estar aparcados, quietos y con el alma en vilo y no hay dios que nos mueva. Ésta es una sociedad chafada que a duras penas sostiene un tendido eléctrico, aquí la ruina es lo que más se parece a la rutina, y la biología sufre el menoscabo de la pasividad.

Ambrosio observa los ojos encendidos de Lepo, que vuelve a golpear con la pipa en la mesa. Recuerda los intermitentes raptos con que el gacetillero improvisa lo que no llega a escribir, como si en la imaginación el alcohol contagiara una euforia amarga, que en algunas ocasiones deriva sin solución de continuidad en la estrofa que remata lo que dice con la misma necesidad del estrambote.

—Suma de pesar y ánimo cascado —recita, al fin, Lepo Corada con la voz reblandecida y los ojos fijos en la llama del candil— en la cifra del mal y el sentimiento, que envenena la luz y el pensamiento, de un mundo derruido y fracasado...

Los clientes del Barandales guardan silencio, como si hubiesen escuchado los versos de Lepo. El túnel tiene el reflejo de la lampistería, una suma de destellos que se inmiscuyen en las paredes húmedas e iluminan el goteo de las escorreduras en los zócalos.

—Siempre quise saber lo que llevabas en el saco —dice Lepo Corada, que vuelve a llenar el vaso de Ambrosio—, pero nunca pude imaginarme lo que iba a encontrar.

—Nada que te interese.

—Nada que tenga una explicación razonable. El saco de la vida, lo que oculta quien la arrastra como si recogiera lo que tiran los demás. ¿Era eso lo que tanta curiosidad me despertaba?... No iba equivocado, pero había más de lo previsto. No

era la vida que podía imaginar.

—Devuélvemelo.

Lepo Corada deja la pipa en la mesa y pone sobre ella el saco, que Ambrosio coge con ambas manos, prevalecido de su propiedad y dispuesto a defenderlo.

—Está vacío... —corroboraba.

—Vamos por partes. Ese muchacho me lo vendió caro. Yo no voy a quedarme con lo que había en él, pero tienes que decirme dónde te hiciste con estos objetos.

Lepo pone encima de la mesa la patena, el reloj y la sortija.

—El reloj y la patena son de oro —dice Lepo—. La sortija es una bagatela, no vale nada, bisutería de medio pelo.

—El valor es de otra especie, tengo que devolvérsela a su dueña, le prometí encontrarla... —dice Ambrosio, cogiéndola y guardándola en el bolso de la chaqueta con cierta precipitación, como si fuese el objeto que más le interesara.

—Esa patena y ese reloj no los has robado.

—No he robado nada.

—Pero son objetos muy comprometidos. ¿Quién te los dio, dónde los encontraste?...

Ambrosio se lleva el vaso a la boca y casi inconscientemente acerca la mano izquierda al bolsillo interior de la chaqueta, donde guarda las cartas que le dieron el obispo y el gobernador.

—Me los regalaron... —asegura, sin que Lepo le quite el ojo de encima.

—Ambos tienen grabada una fecha, nada más, ninguna otra indicación. Se ve que la patena y el reloj significaban algo. La inscripción tendrá algún sentido.

—No me fijé.

—La misma fecha, ya ves qué coincidencia.

Ambrosio comprueba lo que dice Lepo. Asiente, con la patena en una mano y el reloj en la otra. El brillo dorado emite un reflejo mineral.

—La noche de Balma da mucho de sí, y las compañías pueden ser de lo más variado. Ya te advertí que sabía más de lo que crees de tus pasos y pisadas. A fin de cuentas la noche es la misma para todos, aunque cada cual vaya por la suya.

—De la mía hay poco que contar... —dice Ambrosio, depositando en la mesa el reloj y la patena—. Si intentara enhebrarla para hacer de ella la totalidad de las que llevo completas, saldría un único resultado, sin que pudiera acordarme de la mayoría de las cosas. Existe una voluntad urbana que es muy superior a la mía.

—Balma es así de ociosa y de opaca, igual de indolente que quienes la habitamos, y ya es el colmo de la miseria dejar en sus manos la facultad de decidir nuestra conducta y nuestra ruta, que es tanto como decir nuestro destino. Así nos luce el pelo, amigo mío, unas sombras que se desvanecen en la Ciudad de Sombra...

—La verdad es que nunca tuve la sensación de desaparecer. Con frecuencia ando confundido y a veces confuso, pero siempre me mantiene la intención de seguir, y no me importa demasiado la niebla o lo que se oculta en la oscuridad. También me ayudan a mantener la conciencia despierta las voces que revierten por encima de cualquier música o de cualquier ruido. Son casi ininterrumpidas las conversaciones que escucho. Esas voces me reclaman como si yo fuese el depositario de su conocimiento.

—Eres un ser privilegiado, amigo mío, no me cabe la menor duda. Eres un hombre virtuoso. No me extraña que logres sobrevivir entre la inocencia y la piedad, cuando somos tantos los que apenas podemos aguantarnos a nosotros mismos. Ni la piedad ni la inocencia tienen sitio donde la vida cuesta tanto y está tan malbaratada. Balma no tiene virtud.

Lepo Corada vuelve a coger el reloj y la patena. Ambrosio hace un intento de levantarse, con el saco en la mano.

—El obispo Galar y el gobernador Devesa son tus amigos, te he visto más de una vez con ellos. No me gusta seguir a nadie, pero la curiosidad es la mejor herramienta del gacetillero.

Ambrosio se queda quieto, de nuevo sentado, y suelta el saco.

—Los acompañaba. Paseaban juntos, se veían muchas noches... —reconoce.

—Dos almas gemelas —dice Lepo, acariciando la patena y el reloj—. Mira, esta casualidad es el mejor ejemplo de que son dos almas gemelas, la misma fecha que, en ambos casos, corresponde a un paralelo nombramiento. Supe en seguida que eran de ellos. Al obispo Galar lo hicieron obispo el mismo día que nombraron gobernador a Devesa. Los amigos se estiman aunque desconozcan estas casualidades. Cualquiera podría decir que esas fechas forman parte del destino de ambos. Toma, te los

devuelvo, el regalo que te han hecho es la mejor demostración de lo que te aprecian.

Ambrosio duda en coger la patena y el reloj.

—Casi sería mejor que te los quedaras tú... —indica indeciso.

—¿Te los dieron esta noche?...

—El obispo en el Palacio, donde estuve cenando, y el gobernador poco antes de que se encontraran. La verdad es que no me conviene conservarlos, tienes razón, son dos objetos comprometidos. Esta noche es más peligrosa que ninguna, aunque ambos se ocuparon de que nada pudiera pasarme, quiero decir, de que no me viese complicado. Tengo estas cartas de ellos, y supongo que el obispo y el gobernador cuentan en ellas lo que les parece oportuno para que nada me suceda.

Lepo acaricia los objetos y mueve la cabeza pensativo. Ambrosio ha mostrado las cartas, que vuelve a meter en el bolsillo interior de la chaqueta. Se pone de pie, decidido a irse, con el saco en la mano.

—¿Quieres que los guarde?... —pregunta Lepo—. Me parece que no acabo de entenderlo. ¿Ha sucedido algo?...

—La noche está completa, pero todavía debo ir a la Estación —dice Ambrosio—. El correo del Noroeste puede llegar con el mismo retraso con que lo hizo un día de hace quince años, al menos eso predijo Lucina, la niña ciega.

—Me dejas preocupado —reconoce Lepo Corada—. Voy a guardarlos, pero si ha pasado algo tienes que decírmelo. No me gustan los sustos, ya lo sabes, y un buen gacetillero debe estar al tanto de lo que hacen las autoridades.



## 178.

Ahora escapa la noche y el primer atisbo de la luz está en la cola que se arrastra lentamente como un fantasma huido por el horizonte de Balma, donde el resplandor es una espina que hiere la mirada, mientras la niebla va cayendo seca en la superficie urbana y ni siquiera tiene la estela del humo en su declive polvoriento, apenas el resuello de una respiración enferma.

Esa noche llegó a abarcar los confines de su andadura con la persistencia de quien se aferra a lo que logra hacer suyo, y se complace en tenerlo acaso más tiempo del debido, como si la propiedad no proveyese otra alternativa, pero sabiendo que en el curso natural de las cosas y de los acontecimientos la realidad es mudable y nada permanece sin cambio y alteración.

Es ahora una noche que pierde la batalla, y también la concentración y el ensimismamiento, igual que pierden la oportunidad de ser fieles a sí mismos los habitantes de la Ciudad de Sombra que duermen inquietos y viven aletargados, poseídos por el mal de la Historia y la revelación inesperada de los secretos que perturban su conciencia.

La fidelidad no está contemplada como un atributo del propio conocimiento, y la Balma que de nuevo asoma la cabeza en el amanecer que destella en su corona aboga otra vez por la perdición y el silencio, como si la suma de todo lo que en ella sucede, el latido de las palabras y los actos ruines, la memoria removida y la inmovilidad que espesó el pasado fuese parte de la contribución más patente a su desaparición.

Los contrastes de la realidad y el sueño, la amistad de los dormidos y los callados, la convivencia entrevelada de los vivos y los muertos, de quienes mataban y morían con parecida determinación, también están contemplados en el común aliento de los desaparecidos, como si la contribución obtuviera iguales deseos que verdades, una quimera empecinada en la desgracia con que la vida cobra lo que ya perdió la cualidad de la deuda, lo que dejó de ser un débito y es apenas una carencia, el tributo que ya nadie debe a nadie.

Lo que Ambrosio Leda tarda en llegar a la Estación es lo que tarda en derretirse el pensamiento que en él se resiste, cuando las calles le asedian con su denodada voluntad, a entregarse, como si ya fuera uno más de los habitantes de la Ciudad de Sombra, contabilizado en el padrón, y al igual que ellos se adueñara del mismo sueño y la merecida vecindad.

Las noches acumuladas, que ahora arrastran la misma cola por el horizonte de Balma donde el resplandor es la espina que hiere la mirada, son la parte crucial del

patrimonio de Ambrosio Leda, que no atesora otra cosa que lo que ellas depositaron en el saco con que durante quince años acarreó su existencia, y es en ellas, en el recorrido donde perviven las huellas de su acumulación, donde puede reconocerse o al menos adivinar lo que subsiste de la vida de un emboscado.

—Poco más de lo que queda... —se dice Ambrosio, sin que las palabras lleguen a los labios— y poco menos de lo que resta. El propio correo me puede servir, aunque me daría lo mismo una dirección que otra.

## 179.

El correo del Noroeste viene con el retraso con que lo hizo aquella mañana de un dieciséis de enero de hace quince años, y Ambrosio Leda, que se apresura en el último tramo del andén con la sensación de que sus piernas no le responden, piensa que es ésa la circunstancia que mejor avalaría la decisión de tomarlo.

—Poco más de lo que queda... —vuelve a repetirse mentalmente— y poco menos de lo que resta. ¿Llegó la hora de poner pies en polvorosa? Ni un día más ni una noche menos.

El convoy es más largo que el que llegó aquel día pero tiene parecidos elementos en su composición, como si en el tiempo hubiesen pervivido algunos vagones que prestan igual servicio a los viajeros de siempre.

Son pocos los que bajan y menos los que suben. El correo anclado en la Estación es un animal rendido que llegó tarde donde no parecía tener demasiado interés en llegar, y que respira con el desaliento de los pulmones rotos, acomodado a la expectativa de una guarida que lo cobije lo más lejos posible de su destino.

—Nunca llega al Castro, siempre se queda un poco más allá del Desierto de Moravines... —dicen algunos usuarios escamados, que saben que la vida que discurre en los ferrocarriles tiene desgastados los rodamientos y desahuciadas las consignas y las salas de espera—. Hay que aguantar en el calor o en el hielo del Desierto hasta que un mixto se acerca a recogerte, como si los viajeros no tuvieran otra cosa que hacer que escuchar las quejas y sufrir los desplantes de los vigilantes y los revisores.

Ambrosio va por el andén hacia el último vagón. Hay una mujer que parece indecisa, acaso recién bajada del vagón o a la espera de subir. Se mueve hacia uno y otro lado, y cuando Ambrosio llega a su altura se le queda mirando, tal vez necesitada de decir algo, una súplica, una información.

El vapor que sube de las vías no interfiere en la mirada de Ambrosio, ni empaña los ojos donde la niebla tanto contribuyó a la opacidad del cristalino, ni ayuda a difuminar la claridad de un pensamiento que en seguida parece corresponderse con el que pueda tener la mujer, como si en ese tiempo en que ambos sostienen las miradas hubiese una transmisión casi emotiva, de la que ninguno de los dos es consciente.

—No sé dónde estoy... —dice ella agobiada, y no es difícil percibir en su rostro la inquietud de quien acaba de despertar del sueño de un viaje que la desorientó.

Ambrosio deja el saco en el suelo. La respiración del convoy es más lenta, como si el cansancio la fuese sosegando y apenas necesitara el esfuerzo de un suspiro.

—Es la Estación de Balma. El correo del Noroeste llegó con mucho retraso y ahora, como suele suceder, tardará en salir de nuevo. Si no conoce Balma, no se crea usted que pierde mucho.

La mujer todavía sostiene la mirada, y lo hace con un gesto de curiosidad y

extrañeza. Viste una gabardina ajustada con un cinturón y lleva, sobre el cabello recogido en una coleta, un pañuelo azulado.

Ambrosio arrastra un instante el saco. La intención de volver a cargarlo a la espalda no le complace, casi le avergüenza, y en el esfuerzo de los ojos, que entorna un momento, para aliviarlos y no perder la claridad, hay también un gesto de rubor y nerviosismo.

—Es un tren que no cumple los horarios ni los cometidos... —dice, sin que sus palabras respondan a la necesidad de una información razonable que alguien requiere, más allá de la inutilidad de ofrecerla—. El único cálculo que puede hacerse es el del tiempo del retraso, siempre más horas de las debidas pero nunca las mismas. Tampoco se garantiza que llegue a su destino ni, en cualquier caso, se devuelve el dinero correspondiente del billete a los viajeros.

La mujer no parece enterarse muy bien de lo que dice Ambrosio.

—Es que me había dormido... —confiesa— y de pronto me desperté desconcertada. No sé si el mundo termina o empieza aquí mismo, quiero decir si estoy en alguna parte o en ningún sitio, perdone mi confusión.

## 180.

La mujer da unos pasos por el andén. La confusión se corresponde con la indecisa y desorientada voluntad que desgobierna esos pasos, lo que todavía el sueño imprime en el despertar agobiado y que la mueve sin rumbo.

Ambrosio la observa. Es una mujer joven. Tiene la figura tan delgada y frágil que estaría más cerca de la enfermedad que de la salud, un aire de ausencia que la debilita y la distancia, como si en el desconcierto mostrara la incapacidad de reponerse, un breve desaliento que enturbia su conciencia.

—Me parece que estoy algo mareada... —susurra cuando Ambrosio, advertido de la precariedad de sus movimientos, se acerca a ella y la coge del brazo—. No sé lo que me pasa. Tampoco sé si estaba dormida o me había desvanecido.

—Algo caliente le vendrá bien... —propone Ambrosio, que se echa el saco al hombro y la ayuda a caminar—. El correo hace demasiados desvíos y las traviesas no garantizan la seguridad de las vías, mucho traqueteo. En el tren se duerme con mayor angustia que en ningún sitio.

—Perdí la cabeza, me parece que cuando miraba por la ventanilla se me fue el santo al cielo, me quedé en blanco. No estoy segura de haberme dormido, pero podría recordar algo de lo que soñaba, ya ve qué confusión.

—No es el mejor viaje, se lo aseguro —dice Ambrosio, que siente el cuerpo de la mujer como una rama seca recién recogida del suelo, con la inconsistencia de su desprendimiento—. Cualquier vagón puede descarrilar cuando menos se espera, como si la máquina no tuviese la obligación de mantener el orden en el convoy. A veces da miedo ver pasar los ferrocarriles como si fueran animales asustados. El correo es uno de ellos, algunas mañanas me entretengo mirándolo desde la pasarela.

—Debe de ser así... —dice la mujer, que se aferra al brazo de Ambrosio—. Tenía miedo en algunas curvas y me sobresalté cuando en vez de parar en una estación aumentó la marcha, como si no le fuera posible detenerse o el maquinista se hubiese dormido.

—No subo a un tren desde hace quince años, ni quiero ni me apetece pero, ya ve usted, hoy vine a la Estación dudando si hacerlo. El propio correo me vale, como cualquier otro, pero ya estoy arrepentido.

La cara de la mujer tiene los rasgos de lo que Ambrosio Leda reconstruye en un recuerdo difuminado. La mira con la atracción que motiva ese recuerdo, y mientras lo hace cierra los ojos y el rostro se le revela en el espejo roto donde cada mañana se mira él mismo, cuando percibe el rastro del tiempo que arruga la frente y agranda las ojeras, el temblor de alguna palpitación inadvertida, lo que las cataratas van cerrando entre las legañas y la luz entrevelada del chamizo.

En la barra de la cantina de la Estación hay dos ferroviarios que bostezan alelados, mientras se limpian la carbonilla de los ojos, y en la atmósfera fría parece

haberse refugiado algo de la niebla que la mañana comenzó a deshacer y que en los andenes se mezcló con el vapor y el humo esparciendo su humedad.

La mujer sorbe el café con leche, sujetando la taza con las dos manos, y no se percata de la mirada de Ambrosio, que reincide en la contemplación de esos rasgos que el recuerdo interpone en el espejo roto. Una mirada que por un momento repercute en ella, sin que la advierta o la consienta, como si también tuviese la previsión de un recuerdo parecido o, al menos, la suspicacia que compromete un sobrentendido o un vago presentimiento.

—Ya se me pasó... —informa la mujer—. Esto era lo que necesitaba. El sueño me intranquilizó tanto como despertar sin saber dónde estaba. Uno de esos sueños que te amargan la vida.

—Estoy solo... —cuenta Ambrosio, mientras remueve su café con la cucharilla— y llaman a la puerta. Me levanto, estoy muerto de frío, desnudo. No hay nadie. Regreso a la cama y vuelve a suceder lo mismo. No hay nadie, el frío es mayor, me tiembla todo el cuerpo. Entonces decido esperar, con la puerta abierta y un ramalazo de hielo y oscuridad que anega la habitación y casi hace volar la cama, como si entraran el viento y la noche del Polo Norte. Cuando me despierto estoy agarrotado, con los músculos tan comprimidos que pueden romperse. En la almohada hay unos copos de nieve.

—No puede ser la misma habitación... —dice la mujer, que suspira mientras deja la taza en la mesa— pero llaman de la misma manera en que usted lo cuenta, quiero decir que acaban de despertarme esos golpes en la puerta, y me resisto a levantarme para abrir. No es la misma habitación, ni siquiera es la mía donde estoy acostada. El miedo es el frío, también estoy sola y desnuda. Cuando me despierto, en vez de unos copos de nieve en la almohada hay unas gotas de lluvia.

## 181.

Ambrosio y la mujer guardan silencio. Los ferroviarios de la barra bostezan y se ríen. En la atmósfera de la cantina se diluye la niebla que se mezcló con el vapor y el humo.

—A lo mejor —dice Ambrosio, con la inquietud que deriva de la mirada que recompone en el espejo roto los rasgos del rostro de la mujer y los suyos— los sueños ayudan a algún grado de reconocimiento. La misma llamada y el mismo frío. No he tenido muchas oportunidades de compartir ese tipo de emociones y secretos. Por lo menos hace quince años que huyo de los sentimientos que pudieran trastornarme o delatarme. He necesitado enfriar el corazón y la mente hasta límites insospechados.

—No sé lo que usted habrá pasado... —dice la mujer, que vacía la taza con el último sorbo y cierra los ojos un instante, ajena todavía a la mirada de Ambrosio—. Me gusta eso que dice de que los sueños puedan ayudar a algún grado de reconocimiento. Yo me reconozco en ellos, y reconozco de modo insistente a mi madre, que me acompaña casi de forma obsesiva en muchos de ellos. El miedo y el frío, así es. Una puerta que no me atrevo a abrir, y que es igual que la suya, aunque sea distinta la habitación.

Ambrosio asiente y baja los ojos, consciente ahora de que es ella quien fija en su rostro la mirada, y persuadido de que esa mirada le procura a ella la paralela inquietud de un presentimiento.

—¿Qué edad tiene usted?... —pregunta con espontánea confianza.

—Veintidós años... —dice la mujer, sonriendo—. El tiempo suficiente para que la vida no vuelva a engañarme.

—Hay que esforzarse un poco para que eso suceda. Es frecuente que el engaño no tenga nada que ver con la experiencia de haber vivido y haber aprendido a defenderse.

—La verdad es que no me esfuerzo demasiado, pero he tenido que espabilar. Una se engaña a sí misma con tanta facilidad como te engañan los otros. Hace mucho tiempo, cuando era una niña, me engañaron por primera vez, y lo hicieron de la forma más cruel que pueda imaginarse. La persona a la que más quería del mundo me mintió, y era un engaño y una mentira que estaban premeditados para cambiar mi vida, para que todo se volviera del revés. Yo era una niña incapaz de comprender nada, pero predispuesta para entender lo que aquella desgracia me supondría. La vida puede acabarse a los siete años. La vida que una niña se merece, la que necesita el amparo de los suyos. Fui esa niña perdida en el Bosque, dejada o abandonada, como la protagonista de alguno de esos cuentos que tanta angustia me crean.

Ambrosio Leda siente la sacudida que remueve el recuerdo de lo que le corresponde, y no se atreve a alzar los ojos hasta que piensa que ella ha dejado de mirarle.

—Es curioso... —dice la mujer, acentuando la cordialidad— lo que supone encontrarse casualmente a alguien, como a usted y a mí nos sucede esta noche, y que el encuentro suscite la naturalidad de hablar de lo que, en mi caso, casi nunca hago. El miedo y el frío, que dice usted al contarme su sueño y hacer yo lo mismo con el mío. El reconocimiento que el sueño proporciona. No sabe usted lo que esto puede reconfortarme, sobre todo después de la confusión y el desconcierto en que me encontraba al bajar del tren. Tengo que agradecerle lo que está haciendo por mí.

—Esperaba al correo... —confiesa Ambrosio—. Me habían vaticinado el retraso exacto del mismo en que llegué a Balma hace quince años. Y voy a serle sincero, alguien podría llegar en él, no sé si por casualidad o predestinación. La vida no puede quedar eternamente incompleta, es igual que las novelas. Una trama se acaba, mejor o peor, cuando se completa, igual que yo intento desde que vivo en Balma completar la noche. Iba a tomar el correo, se me ocurrió casi espontáneamente, una idea bastante absurda, pero ya estoy arrepentido. ¿De dónde viene usted?...

—De Doza.

—¿Vive allí?...

—Siempre he vivido en Doza. Ahora voy al Castro, me han ofrecido un trabajo en la Tabacalera. Es la primera vez que dejo Doza, pero no se crea que me importa demasiado.



Ambrosio tiene la impresión de que es ella quien ahora le está mirando, acaso con la paralela curiosidad con que él lo hace, atraída por los rasgos que sugieren un parecido que no se detalla pero se presiente, el espejo roto que pudiese tener alguna correspondencia en el recuerdo de una niña abandonada.

—Pudo ser un engaño piadoso... —musita Ambrosio, que ha bajado la cabeza con un gesto resignado, y alarga la mano sobre la mesa, cerrando suavemente el puño, para abrirlo después sin poder evitar el temblor de los dedos—. Las mentiras son a veces necesarias, y la razón de las mismas encuentra alguna justificación insospechada. Yo llevo al menos un cuarto de mi vida mintiendo, engañando al mundo con algo tan importante como mi propia identidad, ya ve qué desafuero. He tenido que engañarme también para lograrlo, quiero decir para que la mentira tuviera más posibilidades de no ser descubierta. Casi podría afirmar que soy una mentira.

Ella cierra los ojos. Lo ha mirado con menos atención de la que Ambrosio pudo suponer. La curiosidad no deriva de los rasgos que aprecia en el rostro de Ambrosio con alguna inquietud, sino de lo que todavía fluye en la sensación de un encuentro tan inesperado como incierto, lo que el abrupto despertar del tren la hace relacionar con la consciencia recobrada tras el desvanecimiento, lo que tiene de irreal la referencia del sueño que acaban de contarse, como si la habitación y la puerta abierta no comunicasen otra cosa que la circunstancia de un parecido temor.

—Mi padre... —dice la mujer, que poco a poco la observación de Ambrosio ha reconducido, tras la confesión de sus años, a una muchacha de figura más frágil y juvenil que la que delatan sus ojos, lo que en ellos suscita la edad como resultado de una contemplación madura, más firme en la experiencia y la desgracia que en la ilusión del tiempo que le hubiera correspondido— se fue de casa, y no hubo otra explicación que la de quien huye sin previo aviso. Las razones que pudiera tener para hacer lo que hizo no se las contó a nadie, y menos a mi madre, que jamás pudo comprender lo que había sucedido.

—Hay que marcharse... —asegura Ambrosio en un susurro ensimismado que aumenta el temblor de la mano extendida, de tal modo que los dedos no le obedecen—. Un secreto miserable, nada que tenga otra explicación. El miedo o la vergüenza o la propia necesidad de hacerlo, porque no queda otro remedio.

—Ese hombre tenía problemas pero no razones... —dice la mujer que Ambrosio reconvierte en la muchacha cuya figura también participa del temblor con que su mano palpita sin control, como si más allá de los presentimientos y las constataciones se hubiese completado la noche en ambos con el frío y el estremecimiento de la niebla que con igual emanación se apoderó de la Ciudad de Sombra y de la Estepa por donde venía el correo del Noroeste, con el retraso de un tiempo perdido—. El

engaño era lo más propio de la cobardía. El mal que podía causar no tenía nada que ver con la desgracia que evitaba a la familia desapareciendo. Para tomar esa decisión no había otro motivo que el de su propio egoísmo, y no existió ningún contrapeso al sufrimiento que supuso aquel abandono, aquella falta de responsabilidad.

Ahora Ambrosio sujeta la mano derecha con la izquierda, la inmoviliza. En la muchacha hay un gesto severo, también doloroso, como si sus últimas palabras surgieran de un esfuerzo indignado.

Ella aprieta los labios y mueve la cabeza. Asiente desolada cuando alza los ojos y mira a Ambrosio, como si en la lejanía escuchase una voz que también él pudiera compartir, la de alguna conversación de un pasado que ya no existe pero que percute en su mente de modo parecido a como percuten las conversaciones anónimas de Balma en las noches en que los pasos y las pisadas y los pasadizos remueven las voces que perduran entre las sombras, como si el eco de las mismas formara parte de la música funeraria de una Ciudad que también semeja un camposanto o un asteroide desprendido del firmamento.

—¿Qué razón que no fuese otra cosa que la sinrazón de pensar que la vida iba a convertirse en un perjuicio para todos? —musita de nuevo ensimismado Ambrosio, y se da cuenta de que el ejercicio con que durante tanto tiempo borró su mente, la práctica metódica y progresivamente afianzada para lograr la desaparición, puede resultar baldío, como si la huida fuese el recurso de la mayor contradicción.

—La gente se muere de pena... —dice la muchacha, que acaba de mover la coleta como si alguien le hubiese tirado de ella— y es mejor estar lejos. La pena que te mata como una herida silenciosa, sin sangre y sin dolor.

## 183.

La mano izquierda de Ambrosio roza el saco e intenta cogerlo, como si el intento conllevara la decisión de marcharse, acarrear el saco con la demostración de alguna encomienda urgente que justifique irse de ese modo repentino.

La muchacha sonríe, y es en esa sonrisa donde se abre con mayor claridad una figuración sostenida en el recuerdo, el gesto que está más allá de las sugerentes formas del rostro, de los ojos azulados y la barbilla prominente que afianza su delgadez y, con ella, la impresión de una fragilidad que pudiera estar mucho más cerca de la enfermedad que de la salud.

La sonrisa no ayuda a hacer más nítida la coincidencia que Ambrosio aprecia en los dos rostros contenidos en el espejo roto, el suyo y el de ella, una superposición amoldada a la previsión del parecido, que es como un dato que sobreviene y dibuja algo más entrañable y directo en el propio recuerdo. La sonrisa de una niña que corre alborozada por el pasillo o que está sentada en la mecedora durmiendo a la muñeca.

—Mi madre no lo pudo comprender... —dice la muchacha, asintiendo con la melancolía de una contemplación que fija en las palabras un interior doméstico y una figura que apenas se mueve mientras se consolida su derrota— y no sé si sería más acertado decir que ni siquiera lo intentó. Hacerse a la idea de lo que había sucedido conllevaba un coste que la sobrepasaba. Yo tenía siete años, mi hermano era un recién nacido. Ella removi6 todos los rincones de la casa buscando a su marido, igual que si hubiera perdido un anillo o un alfiler. Tenía la confianza de encontrarlo en el único espacio de su vida donde disfrutó de la imprescindible felicidad en la compañía de aquel hombre al que tanto había querido.

Ambrosio tiene el saco sobre las rodillas. Lo que guardó en él no llena su pensamiento con el beneficio de los frutos de la busca y la subsistencia; la vida se corresponde mejor con el vacío de la desgracia de llevarlo al hombro, un peso muerto que atañe a las decisiones del pasado y que revierte en el desánimo con que ahora podría recordar todas las noches de la Ciudad de Sombra, orientadas como una sola noche en la que no hay sosiego ni alimento.

—La niña no sabe lo que la madre padece y, sin embargo, el tiempo colmará el conocimiento hasta casi hacerlo insufrible. Esa mujer se deshace manteniendo como puede la fortaleza para defender lo que queda, lo que le dejaron, y se deshace mientras continúa, año tras año, buscando al hombre que debe de estar escondido en alguno de los rincones de la casa. Yo puedo llegar a apreciar, todavía siendo niña, lo que mi madre emprende uno y otro día, como si restara la posibilidad de un hallazgo o un descubrimiento que restañase la pérdida, y así poder restablecer la vida quebrantada. Lo puedo apreciar porque en muchas ocasiones la acompaño en la búsqueda, me sumo gozosa a esa empresa que va fraguando el ánimo desolado de mi madre y, al fin, con no menos prontitud, su desquiciamiento.

La muchacha abre las manos sobre la mesa, y hace un gesto de comprensión y conformidad, cuando Ambrosio, que atenaza el saco sobre las rodillas, ya no es capaz de mirarla.

—La pena que te mata como una herida silenciosa, ya lo ve... —repite ella, mientras vuelve a asentir resignada—. ¿Qué le parece?...

—No sé por dónde anduve en estos quince años, los pasillos en que me pude extraviar, las habitaciones en que estuve escondido... —musita Ambrosio antes de levantarse como urgido por una llamada, sin que las palabras respondan a un pensamiento claro—, ni me acuerdo de dónde vine, ni de lo que tenía ni de lo que dejaba...

—Mi madre no volvió a salir de casa. Estaba convencida de que en cualquier descuido podría perder a mi padre, ya no se trataba tan sólo de buscarlo sino de evitar que se fuera, que desapareciese. No lo podemos consentir, decía primero muy nerviosa y en seguida desesperada, y la niña que la acompañaba seguía mirando debajo de las camas.

—Tengo prisa... —advierde Ambrosio, que tropieza al volverse y hace caer la silla en que estaba sentado—. Va a tener que disculparme.

## 184.

En los andenes la niebla voló con el vapor y el humo no se mueve bajo las ruedas y los engranajes del convoy, como si se hubiera solidificado y quedara una capa de cal y aceite esparcida por las vías.

Ambrosio acelera el paso y la muchacha va tras él, menos sorprendida que alterada, como si en la reacción del hombre percibiera la contraposición de los sueños en que se abría la misma puerta para un recibimiento muy distinto, aunque el temor de la expectativa fuese común y el riesgo de salir supusiera la misma alerta desgraciada.

—No quería contrariarle... —dice ella cuando llega a su lado—. Nunca valoro lo que supone una confidencia, ni el sentido de un secreto que no conviene desvelar. Soy así de sincera y cuento lo que me sucede con excesiva facilidad, tiene que excusarme.

—No es por eso, no se inquiete —dice Ambrosio, que cede el paso y la coge del brazo—. Es que de pronto me di cuenta de que se me hace tarde. Tengo prisa. Soy una de esas personas que resisten en la noche hasta completarla, y cuando se hace de día regresan al escondite. Ya sabe usted que en estos tiempos conviene andar con cuidado y no demorarse. En Balma el que no corre vuela, y el que se queda rezagado siempre es sospechoso.

—Es que hablo demasiado, pero no le tomé a usted por un extraño, muy al contrario. Abusé de su confianza, ha sido muy paciente conmigo. Todavía no estoy segura de haberme dormido en el tren o haberme desvanecido. Voy a volver al vagón, espero que con un poco de suerte el Correo emprenda la marcha sin demorarse demasiado.

—Nunca se sabe —dice Ambrosio—. La vida en los ferrocarriles siempre tiene esas vicisitudes, los imprevistos y los incumplimientos. También los encuentros. A los trenes lo único que hay que pedirles es que no descarrilen.

La muchacha se desprende del brazo de Ambrosio y en los cuatro pasos que la alejan, a la altura del último vagón, ya no es la muchacha que mueve la coleta con el aire de una colegiala y la reminiscencia de una niña que corre alborozada por el pasillo de la casa, sino la misma mujer que bajó del tren desorientada, confundida, como si el andén fuese el escenario que improvisaba el sueño o el desvanecimiento, un lugar ajeno parecido a la superficie de un lago donde el que despierta o recobra la consciencia asoma la cabeza todavía con la angustia de no poder respirar.

—Ese hombre también pudo morir de pena —dice Ambrosio—, sin sangre y sin dolor.

—No lo sé y ni siquiera me importa —asegura la mujer, que cierra los ojos un instante, como si en su mente el pasado recabara lo que ni al sueño ni al desvanecimiento pertenece, el latido de lo que en ese pasado se soporta como un

largo sufrimiento, que resulta inminente e inmisericorde, un aviso y una amenaza sin contemplaciones—. Mi madre ya no busca al huido y yo sería lo último que quisiera hacer, nada me indignaría más que al fin encontrarlo, en otro rincón del mundo, muy lejos de donde durante tanto tiempo lo buscó aquella niña, debajo de la cama o disfrazado con la colcha como un fantasma.

—Si ella ya no busca al huido —dice Ambrosio, con la voz temblorosa— es que ya no lo necesita. Sería lo más justo, si al menos el tiempo ayuda a poner las cosas en su sitio, o el olvido sosiega los sentimientos.

—Ya no lo busca porque murió en el empeño. Ningún día dejó de hacerlo, y se fue muriendo poco a poco, progresivamente desquiciada, sin llegar a perder por completo el juicio, prisionera de la única razón de encontrarlo. Una mujer que se hizo vieja sin que el tiempo discurriera en la proporción de su declive, como si la edad se hubiese aliado con el sufrimiento en la vana y disparatada ilusión de un hallazgo que en cualquier caso podía matarla.

Ambrosio ayuda a la mujer a subir al vagón. La última mirada parece desmentir la mínima coincidencia en el reconocimiento, como si el ajuste de las facciones en el espejo roto no tuviese ninguna razón de ser.

—¿Te llamas Lila?... —se atreve a preguntar, cuando ella alza la mano para despedirse.

—No, me llamo Dora. Lila se llamaba aquella niña engañada a la que todavía intento olvidar.

## 185.

—No tiembla el bien, es el mal quien lo hace. El perdigón en la conciencia y ese sudor frío que es la fiebre de los culpables.

—Se le puede adivinar el tesón con que se empeña quien oculta algo. La impertinencia, el descaro. De eso se trata, de un ocultamiento pertinaz. El que obra con la conciencia limpia nada tiene que ocultar. La frente alta. Le veo mover las manos como dos aspas espantadas, y no sé si se dio cuenta de que nada más sentarse aplastó una mosca, ya no sé cuántos insectos lleva liquidados. Las manos no logran atar lo que la mala conciencia desborda. El pensamiento del mal, no el del bien, tengamos eso en cuenta, no vayamos a engañarnos.

—El que sale de casa sin la voluntad de cumplir lo que debe sale desorientado, predispuesto al incumplimiento, como si en el aire respirara la molicie. Los vicios son el mejor complemento de las malas ideas. Con ideas y vicios se pierde la fe. La esperanza y la caridad suenan a falso.

—Lo mejor es aceptar el castigo. La culpa es el pan nuestro de cada día, nos alimentamos de ella. Va a ser mejor que confiese lo que tanto le atormenta. El mal previsto, no interponga una justificación que a nadie satisfaga. El mal previsto, el previsible, el que envenena el corazón y aturde la cabeza. En cualquier caso, lo que jamás al bien compete. No conviene hacer ascos a lo que uno mismo administra, hay que ser consecuente.

—Estuve perdido. La noche me encerraba con menos piedad que la misma conciencia. No son los pasos reglamentarios del que se orienta y mide el porvenir, son las pisadas de quien jamás logró descabezar un sueño con tranquilidad y provecho. Me asomo a la primera esquina y el paisaje es un bosque quemado. ¿Dónde pudo llegar el recuerdo de la figuración que me perseguía?... Un bosque quemado, un cuartel sin bandera, un solar al que arrojaban la basura para enterrar a los animales muertos. La esquina nada tiene que ver con el afán de seguir viviendo. Estaba perdido, el mundo no tenía respiración ni movimiento.

—La razón de los hechos, no divague, el valor de las circunstancias. Los actos fijan la huella del comportamiento. Y siempre hay alguien que nos ve, alguien que supo de nosotros lo que ni siquiera sospechábamos. Lo supo, lo quiso saber.

—¿Qué te puede importar que te miren, que te vean, que te sigan, que lo sepan? ... No voy a esconderme. No quiero seguir engañándome, ya fueron suficientes mis mentiras y mis vicisitudes. Daba pena ver el mástil desnudo en el balcón del Cuartel. Una vez hice guardia en una garita derruida, me dormí y me robaron el fusil y el gorro. En el Bosque el humo del incendio ahuyentaba a los bichos, vete a saber si los animales muertos del solar no eran los mismos.

—Aplastas la mosca porque no contiene la inquietud, los nervios, no logras tranquilizarte, no hay sosiego cuando la mente resbala detrás de los insectos...

## 186.

Ambrosio Leda perdió el destino en aquella mañana en que el correo del Noroeste llegó a la Estación de Balma con el mismo retraso con que lo había hecho quince años atrás.

Perder el destino no era un modo de consumir el extravío y al fin acabar consumando también la desaparición, sin que ya nadie en las noches de la Ciudad de Sombra volviera a encontrarlo y requiriera sus servicios. Tampoco, en ese caso, nadie iba a echarlo en falta. Las servidumbres de Ambrosio Leda tenían esa improvisación de las encomiendas y los encargos que hacemos a quien menos apreciamos, al que tenemos más a mano y está necesitado y se pliega a nuestros requerimientos sin la menor objeción, como si en el discurrir de su existencia no hubiese otras posibilidades que las de esa suerte de andadura llena de reclamos y reclamaciones.

Los que le conocimos y, alguna que otra noche, hicimos de su compañía un recordatorio de algunos asuntos inconfesados, guardando siempre las distancias pero sin evitar la mención de los comunes secretos que al ser intuidos y desvelados, hasta donde es posible, ayudan a anudar las tramas de las novelas que tanto nos gusta leer y escribir, sabemos que fue en esa mañana cuando perdió el destino.

—Lo perdí sin que supusiera nada especial, que eso quede bien claro... —diría Ambrosio Leda, si ahora estuviese aquí con nosotros y le apeteciese seguir hablando—. El destino que no es exactamente el hado que gobierna mi cabeza y, con ella, los actos que irremediablemente me atan a su desconocida fuerza, ni siquiera el encadenamiento de los sucesos que sobrevienen de forma necesaria y fatal. El destino entendido como el sentido que fuerza mi vida y la hace ser como es, entregada y falsa, acomodada a ese subterfugio de la voluntad urbana que en Balma tanto daño y tan pocos beneficios me proporcionó. Lo perdí, es verdad, y esa noche, que está en la cola de tantas otras, era como el fondo de un túnel al que llegaba con las cataratas más alborotadas que nunca.

Esa pérdida de Ambrosio Leda, tan relacionada con su soledad, no le hizo cambiar, ya que nada especial iba a suponerle, como él mismo afirmaría, pero sí alargó el regreso de un modo extraordinario, tan distinto al que habitualmente se producía al final de las noches, cuando con el primer atisbo del amanecer, el cuerpo tendido de la Ciudad de Sombra se daba la vuelta hacia un lado y podía escucharse lo más parecido a un bostezo y hasta en algunas ocasiones la escueta ventosidad que apuraba el aire fluvial en las orillas del Margo y el Nega.

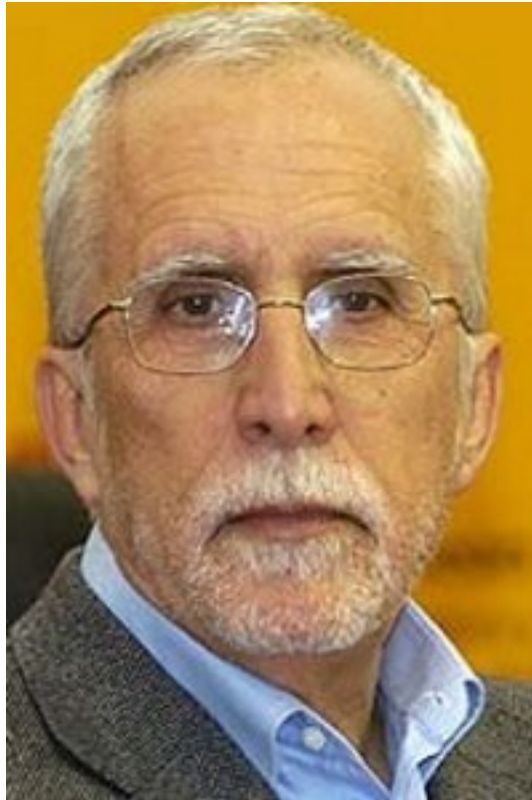
La mañana tenía en sus inicios la nitidez morada que deja la niebla cuando se esfuma o un resabio cárdeno que hacía más intensa la herida de la luz, y Ambrosio Leda pudo respirar más conmovido que amargado esa atmósfera lavada que pone en



evidencia el deterioro de una urbe que subsiste entre el descuido y el aborrecimiento de sus vecinos, cuando desde la pasarela de la Estación vio el correo del Noroeste retomar la marcha, con la parsimonia con que el animal rendido recupera la respiración y el ánimo para poder hacer, al menos, un último esfuerzo.

El trabajo del regreso, la ruta cotidiana para volver, por uno u otro lado del cuerpo tendido de la Ciudad de Sombra, con pocas variantes aunque eligiese la ribera de cualquiera de los dos ríos, y no demasiadas diferencias ni distancias al hacerlo por el Este de la Condonación o el Oeste de la Simiente y el Temblor, dejando al Sur las Colominas y el Ejido y la Manchuria, no supuso especial esfuerzo en lo que Ambrosio Leda hizo aquella mañana. Ni siquiera parecía interesado en llegar más pronto o más tarde a la Corona de Espinas en el Norte para encaminarse al Bosque de Alcidia, tras cruzar la puerta de tierra y demorarse en la Vaguada de Letio, para arribar al chamizo, dejar el saco, abrir la puerta y comprobar que, como en tantas ocasiones, la niebla o la lluvia o la nieve habían forzado la entrada para robarle el sueño que yacía enmohecido en el camastro.

—No me apetecía regresar o, lo que es peor, además del destino había perdido la orientación para hacerlo, sin que eso me preocupara en absoluto... —diría Ambrosio Leda, si todavía estuviese aquí con nosotros, y la compañía acuciara el favor y la necesidad de sus palabras, como cuando en el chamizo encendía el fuego, y la lumbre removía sus pensamientos que nunca iban más allá de lo que podía suceder o haber sucedido en los últimos días, ya que Ambrosio Leda, como bien sabemos, no tenía pasado y, en su caso, los pensamientos apenas acarreaban recuerdos cercanos o previsiones inmediatas—. En realidad, invertí todo el día en volver. Estuve muy entretenido, ya que de la noche apenas recordaba nada y, sin embargo, no sentía el menor cansancio ni tenía hambre, ni lo que andaba me parecía necesario, quiero decir que ya no existía voluntad alguna, ni urbana ni propia, ni libre albedrío ni reuma o escozor. Un hombre que no tiene ninguna rémora y que pasea sin que le aturda otra cosa que un pájaro cascarrabias o una gallina clueca o el griterío de los chavales que hicieron pellas y andan corriendo detrás de una rata ciega por el albañal. La mañana estaba fresca, el aire limpio y el Dios de los cristianos se rascaba satisfecho la barba y el ombligo.



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942). Es autor de, entre otras, las novelas *La fuente de la edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Fantasmas del invierno* (2004), *Azul serenidad o la muerte de los seres queridos* (2010) y *Pájaro sin vuelo* (2011). El volumen *Fábulas del sentimiento* (2013) recoge las doce novelas cortas de ese ciclo narrativo. Sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006). Con *La ruina del cielo* (2000) obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica. *La cabeza en llamas* (2012) fue distinguida con el Premio Francisco Umbral al libro del año.

Es miembro de la Real Academia Española, Premio Castilla y León de las Letras, Premio Miguel Delibes, Premio de Literatura Observatorio D'Achtall y Premio Rivas Cherif por la adaptación teatral de su trilogía *El reino de Celama*.

Su obra está muy traducida a otras lenguas y ha sido llevada al cine y al teatro.